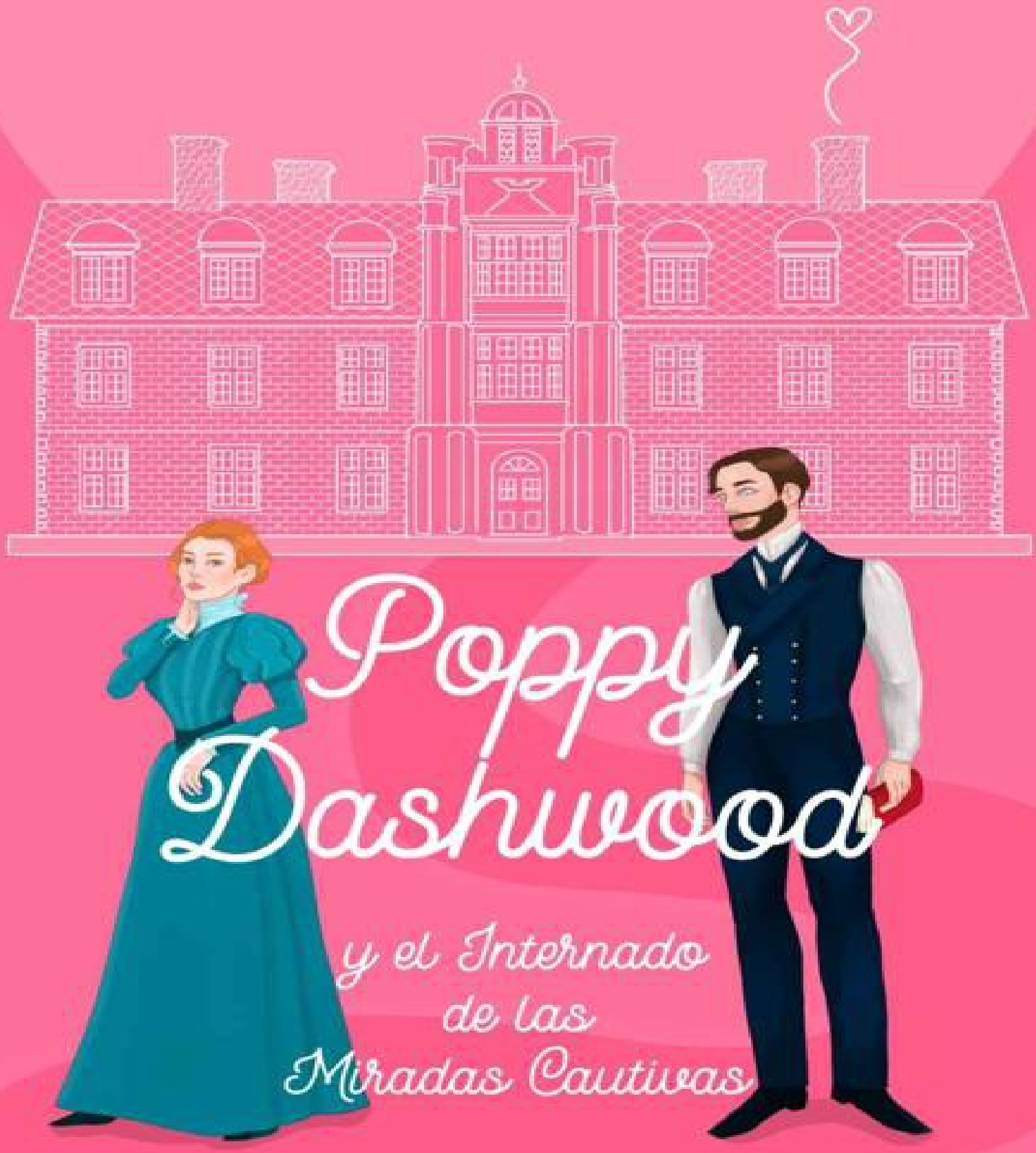


Poppy Dashwood

y el Internado de las Miradas Cautivas

Xio Sonechko

Poppy Dashwood

y el Internado de las Miradas Cautivas

Xio Sonechko

Poppy Dashwood y el internado de las miradas cautivas
© 2024, Xiomara Elgueta
Publicación independiente

Primera edición: abril del 2024
ISBN: 9798878933896

Diseño e ilustración de portada: Xiomara Elgueta
Corrección de texto: Xiomara Elgueta
Diseño interior: Xiomara Elgueta
Imágenes de la maquetación: Freepik

Todos los derechos están reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro

en cualquier forma, sin la autorización previa y escrita del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito en contra de la propiedad intelectual.

Para más información sobre este libro, por favor visita: www.instagram.com/xiosonechko/

Si los sentimientos antiguos se habían de renovar, el pasado debía volver a la memoria de ambos: estaban forzados a regresar a él.

JANE AUSTEN, *Persuasión*

Por primera vez, mirando atrás, a cada lado y adelante, vio un abismo insondable en todas partes. Sintió que el único punto sólido era el presente; todo lo demás eran nubes sin forma y una profundidad vacía, y tembló ante la idea de tambalear y caerse en ese caos.

CHARLOTTE BRONTË, *Jane Eyre*

PRIMERA PARTE

El regreso de la prometida

1

Inglaterra, 1895

Poppy

Mientras el trasatlántico se acercaba a la costa, Liverpool lucía oscuro, envuelto en una espesa cortina de nubes grises. El humo, de tanto barcos como chimeneas, era perceptible a la distancia, tan denso que incluso el aroma salado y cortante del océano competía con el amargor de este.

Era una postal familiar ante los ojos de Poppy Dashwood, quien recordaba con detalle su amarga partida, y ahora regresaba tras una década habitando en Canadá. Un largo tiempo viviendo con extraños, que no tardaron en convertirse en lo que en realidad eran, familia.

Poppy cumplía dieciséis años cuando fue reclamada por parientes a quienes desconocía. Frederick Gulp fue el hermano mayor de su difunta madre. Él, su esposa e hija, Minnie, cruzaron el Atlántico para ir por ella cuando conocieron su paradero, y le habían dado una buena vida en la Isla de Terranova, en Canadá. Ellos disfrutaban relatando a sus amigos y visitantes acerca de cómo salvaron a su sobrina de la orfandad, librada de un lúgubre y sombrío internado donde fue acogida tras la muerte de sus padres. Poppy no se molestaba en corregirlos. En más de una ocasión ella también utilizó dicha historia para congraciarse con sus nuevas amistades. Lo cierto era que su vida en el internado en Thorne no fue terrible, y su difunto padre se aseguró de ello.

Nicholas Dashwood fue el párroco de la pequeña localidad de Thorne, ubicada en el sur de Yorkshire. Él, su esposa Eliza, y la pequeña Poppy vivían felices en la residencia tras la parroquia, con un enorme sauce llorón en el patio trasero, y un cementerio en el frente.

Poppy jamás vio fantasmas allí, ni siquiera los de sus padres cuando murieron de una súbita fiebre.

Los amigos que cosecharon tras una década viviendo en el pueblo recibieron cariñosamente a Poppy, de tan solo siete años. El banquero de su padre se ocupó de contabilizar la herencia de la pequeña, y revisar si existía algún pariente que pudiera hacerse cargo de la niña. El único que continuaba con vida era su tío, el señor Gulp. Sin embargo, les resultó inubicable, obligando a inscribir a la niña en el internado de señoritas de los Rochester.

—Pops —llamó Minnie, su querida prima, también apoyada en la baranda del barco—. ¡Poppy!

—¿Sí? —la aludida se obligó a regresar de entre sus recuerdos.

—Estás más distraída de lo normal, ¿estás segura de que quieres bajar aquí, tú sola?

—Sí, no tendré problema alguno.

Poppy acomodó su cabello rojizo tras sus orejas, en un intento de lucir más compuesta. Si bien su prima era varios años menor que ella, gozaba de una apariencia alta y madura. Su cabello rubio brillaba incluso tras haber pasado semanas sin ser bañado por el sol.

—¿Por qué no bajas con nosotros en Southampton? —preguntó Maxwell, el esposo de Minnie. —Puedes quedarte unas semanas en nuestro hotel en Londres, y hacerte de lo que necesites antes de continuar con tu aventura.

—No, no me atrevería a inmiscuirme más aún en su luna de miel. No después de todo lo que ya hicieron por mí.

—Pops, sabes que no es problema alguno —insistió Minnie—. Lo que necesites, sea lo

que sea, no dudes en pedirlo.

—Te lo agradezco, prima —dijo tomándola de la mano, con sincera gratitud.

* * *

Una vez el trasatlántico llegó a puerto, Poppy desembarcó con su baúl y maleta de mano. Era todo lo que alcanzó a tomar ante su apresurada partida.

Gracias a la bondad de sus tíos, Poppy pudo ahorrar gran parte de su paga como institutriz a lo largo de los años. Con ese dinero pudo darse los lujos que jamás soñó creciendo como una huérfana, como comprar una bolsita de caramelos o rentar un cómodo carruaje para que la llevara a la estación de trenes.

El plan era sencillo. Tomaría el tren hasta Sheffield, donde pasaría la noche en algún hotel, y a primera hora de la mañana continuaría su camino a Thorne, donde su vieja amiga Lucy la esperaba.

Lucinda Harland, nacida como Rochester, era su amistad más preciada. Se hicieron amigas mucho antes de que sus padres murieran, cuando recibían clases de catequesis las mañanas de los domingos. Y luego, en el internado, se convirtieron en hermanas. A pesar de los años que llevaban sin verse, mantuvieron un flujo de misivas constantes, logrando mantener al día su amistad.

Lucy llenaba planas hablándole sobre su esposo e hijos, sobre sus travesuras y ocurrencias, de la salud de sus padres, y de la vida de sus amigas del internado. De quien jamás escribía era de su hermano mayor, William. Y Poppy jamás tuvo el coraje de preguntar por él.

Con boleto en mano, la joven subió al tren.

Era una romántica, por lo que a menudo se perdía en sus pensamientos, idealizando cosas antes de que ocurrieran. Las semanas que pasó en el Atlántico las utilizó para imaginar ese recorrido, deshaciendo los pasos hasta regresar al lugar donde nació. Miró por la ventana apenas pestañeando hasta llegar a Manchester. En su infancia le había parecido la ciudad más grande del globo, pero ahora conocía Nueva York, con sus luminarias eléctricas y tráfico errático que la hacían parecer la metrópolis del mundo.

Ya cuando el tren comenzó su ruta hacia Sheffield, Poppy se encontraba demasiado cansada para continuar disfrutando del camino. En algún momento se durmió, y fue la pareja de ancianos sentada frente a ella quienes la despertaron en su parada.

* * *

Poppy apenas comprendía lo que el cochero le decía debido a su espeso acento, parecido al que tuvieron sus padres y ella, pocos años atrás.

—Este es el hostal, señorita —repitió el hombre, con insufrible lentitud.

—Muchas gracias, señor.

Este le extendió la mano para ayudarla a bajar, pero eso no impidió que se hundiera en el barro. Tras ponerse a salvo en los adoquines de la entrada, el hombre cargó su baúl hasta la puerta, dándole una mirada de la cabeza a los pies. Poppy se removió con incomodidad, pero levantó el mentón, dándole a entender que no se sentía cohibida ante su insolencia. No era bien visto que una muchacha viajase sola, pero ella ya estaba acostumbrada a las miradas de reproche. Siendo una institutriz, le era habitual encontrarse rodeada de soledad y prejuicios.

La joven rentó una habitación allí, donde se encerró a comer y a anunciar su llegada a su

amiga a través de una breve carta. Comió pastel de pescado, una delicia típica de la zona. Un trozo de pescado, envuelto en papa y frito en grasa de cerdo. Recordaba detestarlo siendo una niña, no obstante, ahora le parecía lo más delicioso que hubiera comido.

Antes de que el sol se hubiera puesto, Poppy ya se había dormido. Aún sentía el balanceo de las olas estando en tierra firme, y el aroma del mar en sus rizos.

Por la mañana despertó ante el golpeteo en su puerta, y la voz de la dueña del hostal.

—Señorita Dashwood, traigo su té.

Tras anunciarse, la mujer entró y depositó la bandeja sobre una mesita cercana a la puerta.

—Muchas gracias… —contestó la joven con voz pastosa—. ¿Podría saber qué hora es?

—Son las siete, señorita. El tren no sale hasta las ocho y veinte.

—En ese caso, me gustaría tomar un baño caliente antes de partir.

La joven deseaba lucir y oler tan bien como pudiera. No quería dar una mala impresión ante su llegada a Thorne. Estaba al tanto de que su amiga era ahora la señora de una de las familias más ricas de la zona. Además, desconocía con quién podría cruzarse.

Siendo una huérfana de cabellos rojos, Poppy jamás esperó que William Rochester se fijase en ella. Él era unos años mayor, alto y con amables ojos azules. Will estudiaba en Edimburgo auspiciado por su tío, un magnate del acero quien, al no tener hijos propios, tomó al muchacho como su protegido y heredero. Por supuesto, todas las niñas del internado estaban encaprichadas con él. Y sin ser desagradable, William las ignoraba a todas ellas.

En su último invierno en Thorne con los Rochester, Poppy recibió un obsequio anónimo en Nochebuena. Un hermoso ejemplar del lenguaje de las flores, sin remitente ni nota. Tan solo una amapola roja, seca entre las páginas. Le tomó semanas descubrir de quién se trataba. Hasta que las clases fueron retomadas, encontró en su banquillo una nota con la misma flor de su nombre, y una caligrafía familiar.

“No soy bueno con las palabras ni las flores, pero por ti no temo intentarlo. Desearía haber tenido el coraje de decirte que fui yo quien te dio ese libro en Navidad, pero me reconforta saber que te gustó. Cuento los días para volver a verte. —WR”.

«William Rochester».

El grito que soltó en ese momento le costó una mañana entera de castigo, pero por fortuna nadie descubrió la nota que guardaba en el bolsillo de su delantal.

Poppy aún guardaba dicho libro, repleto con cada una de las notas que Will alguna vez dejó para ella. Era su posesión más preciada, la única por la que se atrevería a luchar contra las llamas por rescatar.

Pese a su fascinación con el muchacho, Poppy jamás le confesó a Lucy lo que sentía por Will, ni siquiera cuando esta insinuaba lo perfecto que sería que su mejor amiga se casara con su hermano, para ser una familia por todas las de la ley. Poppy se arrepentía de haberlo hecho, ya que al creer su indiferencia hacia este, Lucy jamás le había dicho si William se casó con alguna joven merecedora de su amor, sobre su paradero, ni su salud.

Con frecuencia, en las noches en que Poppy no lograba conciliar el sueño, se preguntaba si él continuaría viviendo en Thorne o si habría partido a Escocia con su tío, y más importante todavía, si a diferencia de ella, Will había logrado ser feliz.

* * *

Comenzaba a oscurecer cuando el carruaje se detuvo en las altas rejas que bordeaban la mansión

Harland. El aliento de Poppy, y del resto de los pasajeros del carruaje, se detuvo al presenciar la magnitud de la residencia. Sus recuerdos no le hacían justicia al presente.

Las anchas paredes de ladrillo rojo se erguían con una elegancia atemporal entre aquel cambo repleto de árboles y flores primaverales. Poppy recordaba con especial cariño las tardes de verano que pasó allí. Ella y los Rochester eran invitados con frecuencia por la familia a la residencia Harland. Pasaban las calurosas tardes tomando refrigerios en el jardín, o recorriendo las fastuosas galerías de la familia, repletas de obras de arte. Allí nació en Poppy el amor por dicha disciplina. No contaba con materiales de ningún tipo para replicar lo que allí veía, pero con su pizarra y tiza lograba imaginar tantos colores como podían existir.

Tras bajar del carruaje y acomodar sus rizos dentro de su sombrero, Poppy llamó a la puerta. Su pulso temblaba, y sentía sus latidos tamborear en sus oídos. Respiró hondo una y otra vez, buscando lucir más serena de lo que se sentía. En lugar de ser el mayordomo quien abriera la puerta, ahí se encontraba la mismísima Lucy, cubriéndose el rostro antes de gritar.

—¡No lo puedo creer! —chilló, antes de envolver sus brazos alrededor de su amiga. —¡Estás aquí!

—¡Lucy! —Poppy estrechó a la joven, dejando de lado cualquier sensación de nerviosismo que hubiera sentido segundos antes—. ¡Me alegra que hayas recibido mi carta!

—¡Claro que sí! Llevo semanas esperando tu llegada. Desde que escribiste que podrías regresar a Thorne no he dejado de perseguir a cualquier mensajero que se cruce en mi camino. —Lucy tomó a la pelirroja por los hombros, y estudió su rostro como si quisiera absorber cada cambio en su semblante, cada nueva peca en el puente de su nariz, cada mota dorada en sus ojos marrones. —¡Estás idéntica a cómo te recordaba!

—¡También tú! —La joven admiró los ojos azules de su amiga, tan similares a los de su hermano. Llevaba el cabello castaño recogido en la nuca, con rizos enmarcando su rostro.

—Disculpa mi apariencia, estaba persiguiendo a los niños para que se asearan antes de irse a la cama.

Poppy no vio nada que disculpar. De hecho, se sintió cohibida ante su elegante aspecto.

Si bien Poppy no era ajena a la moda del momento, no podía permitirse los últimos diseños. Vestía un conjunto de seda en azul marino, acompañado de un sombrero que mantenía su cabello protegido del viento. Minnie había elegido el atuendo el año pasado, por lo que, frente a Lucy, lucía medieval.

Su amiga llamó al servicio, para que llevaran el baúl y maleta de Poppy a su habitación, mientras ella se entretenía describiendo la ruta hasta esta.

—¿Recuerdas que te dije que Ernest enloqueció cuando cambié el tapiz del ala sur? —preguntó refiriéndose a su esposo—. Bueno, este es, y ahora le encanta. Cada vez que vienen amigos desvía el camino para enseñárselos.

Poppy admiró el papel de seda que cubría las paredes, incluso más elegante que la tela de su vestido.

—La cena ya está lista —anunció Lucy, abriendo la puerta de la habitación destinada a Poppy—. Si necesitas descansar, puedo pedir que te traigan la comida aquí. Ya le avisé a todo el mundo que estabas de regreso. De seguro mañana recibirás media centena de visitantes.

—¿A todos? —Poppy consideró si sería adecuado preguntar por Will.

—¡Sí! Y se supone que no debo decírtelo, pero mis padres están preparando una cena de bienvenida en tu honor.

Poppy ahogó un chillido.

—¡Eso no es necesario!

—¡Poppy, hemos estado años esperando por tu regreso! Que no te extrañe ver que armemos un carnaval en tu honor. Ahora ve, refréscate y reunámonos en las escaleras.

* * *

Con la premura con que dejó Canadá, Poppy apenas logró empacar un par de vestidos. Minnie se ocupó de la mayoría, desempolvando los atuendos que la pelirroja almacenaba en la casa de sus tíos. El conjunto azul era su traje para el clima frío, acompañado por guantes blancos y una bufanda en color crema. Tenía un vestido liviano, pero elegante, de color verde esmeralda, que podría servir en una cena más formal, y el resto de su baúl estaba ocupado por faldas, blusas y otros accesorios.

Poppy se quitó la chaquetilla de seda, y trenzó su cabello lejos de su rostro antes de bajar. Tal como le había dicho, Lucy la esperaba en las escaleras junto a su esposo, el señor Harland.

—¿Recuerdas a Poppy, esposo?

Este asintió con lentitud, aunque era evidente que mentía.

Poppy no recordaba mucho sobre él. Al ser mayor que ellas, jamás se había unido a sus juegos, pero le parecía un muchacho tímido, y algo arrogante. Era gracioso como su amiga terminó casada con un hombre tan opuesto a sí misma.

—Muchas gracias por recibirme en su hogar, señor Harland.

—Llámeme Ernest, por favor —estrechó su mano por unos segundos—. Puede quedarse todo el tiempo que desee. Lucinda me ha contado mucho de usted.

—Vamos, la cena nos espera. Ivy y Aspen están con la nodriza. Suelen comer con nosotros, pero por esta vez nos reuniremos con ellos después de la cena, si es que no se duermen antes.

Lucy la guio al comedor. Todo era hermoso y atrayente a la vista, pero Poppy se sentía tan hambrienta que lo único que le tentaba admirar era la comida.

—Entonces, ¿qué te trae a Inglaterra de manera tan sorpresiva?

Poppy había estudiado cuidadosamente su respuesta, para no levantar sospecha alguna.

—¿Recuerdas a mi prima Minnie? —esperó por el asentimiento de su amiga—. Pues acaba de casarse. Su esposo y ella han comenzado su luna de miel en Londres, para luego viajar al sur de Francia. He aprovechado su invitación para regresar por una temporada.

—¿Y en tu trabajo lo permitieron?

La pelirroja asintió.

—Los señores y los niños también aprovecharon la llegada del buen clima para viajar —mintió.

—¡Qué fantástica oportunidad! Aquí jamás hay buen clima, y Ernest siempre se niega a dejar Yorkshire.

Su esposo lució avergonzado.

—¡Ni siquiera quiso ir a Londres por la primavera! Lo cual terminó siendo una bendición, ya que nos permitió reencontrarnos, Poppy querida.

Las muchachas se sonrieron con calidez, como si los años sin verse no hubieran sido más que semanas. Poppy sentía alivio al ver que su amiga seguía siendo la misma joven dulce y alegre; que el dinero de su nuevo apellido no la había cambiado.

Si bien los Rochester no eran una familia pobre, desde el accidente a caballo del padre de la familia, esta se vio enfrentada a un estado económico delicado, obligándolos a adquirir deudas y a dejar su mansión para convertirla en un internado de señoritas, mientras ellos se mudaron a

una austera cabaña al borde de la residencia principal.

Cuando Poppy dormía en una de las habitaciones del internado, rodeada por una veintena de niñas, se preguntaba si Lucy se hubiera convertido en su mejor amiga si su familia no hubiera caído en desgracia años atrás.

Tras la comida, los adultos se refugiaron en el estudio. Ernest se retiró a un rincón a leer uno de sus libros, mientras que las mujeres se sentaron junto al fuego a beber una copita de jerez.

—¿Estás cansada, Poppy?

—Un poco. Admito que me dormí un par de horas en el carruaje —rio la pelirroja—. Es un milagro que no haya despertado en York.

—¡Y sin maletas o un penique en los bolsillos! —Lucy se unió a las risas—. Aún no puedo creer que hayas regresado. No sabes cuánto te he extrañado.

—También yo, Lucy. Fue imposible conseguir una amiga a tu altura en Canadá.

—¡Ah, pero no dudo que lo intentaste!

Poppy rio.

—No tuve oportunidad. En cuanto llegamos a Canadá me obligué a encontrar una ocupación. No me podía permitir ser una carga para mis tíos.

—Debe ser terrible trabajar… —comentó Lucy, haciendo girar su copa vacía entre sus manos.

—No lo fue. Gracias a lo que aprendí en el internado estuve mejor formada que la mayoría de las mujeres allí. No tardé en ser contratada como institutriz por una de las familias adineradas del pueblo. No les importaba mucho lo que les enseñara a los niños, mientras les sirviera para aparentar que podían permitirse una institutriz inglesa.

—¿Tus tíos te obligaron a trabajar?

—No, ya te lo dije, lo hice por iniciativa propia. Ellos viven cómodamente, jamás me permitieron pagarles por techo, vestimenta o alimentos.

—¿Y no existe ningún caballero que llame tu atención en Terranova?

Poppy negó con la cabeza. No se atrevía a decirle a su amiga que el matrimonio no era para ella, por miedo a ofenderla. Se había prometido a sí misma no casarse a menos que estuviera enamorada y por completo convencida de que era la decisión correcta. Y hasta la fecha, aquello no ocurría.

—Si me lo pides, puedo encontrar a algún viudo o soltero para ti —susurró en tono confidencial—. Incluso puede que mi hermano sucumba al fin al matrimonio.

El corazón de Poppy se saltó un latido.

—¿William continúa soltero? —susurró de vuelta, sin poder creer lo que escuchaba.

—¡Sí! ¿Acaso no te lo dije? Diría que es un casanova incurable, pero la realidad es que con los años no hace otra cosa que volverse más arisco.

* * *

Tal como Lucy le advirtió, el día siguiente recibió tantas visitas como horas tenía el día. Ni siquiera tuvo oportunidad de visitar a sus padres en el cementerio antes de que los Rochester llegaran. Poppy estaba a la mitad de su taza de té cuando el mayordomo los anunció. La joven se congeló en su lugar, con la vista fija en el arco de entrada al comedor. No supo si logró disimular su desilusión cuando Will no estuvo entre ellos.

Por los años que pasó siendo una huérfana sin otra alma en el mundo a quien pudiera llamar familia, el señor y señora Rochester se habían convertido en sus padres. Sin pensarlo dos

veces, dejó su desayuno y fue hasta ellos.

—¡Poppy Dashwood de regreso en Thorne! ¡No lo puedo creer! —exclamó la señora Rochester, dándole un apretado abrazo.

—No ha cambiado nada, ¿verdad? —dijo Lucy, desde su asiento a la cabecera de la mesa.

—¿Qué dices? ¿Acaso no vez que está incluso más hermosa?

El señor y señora Dashwood se quedaron a almorzar, mientras los demás visitantes llegaban y se iban, tras convencer a la muchacha que los visitara en el transcurso de la semana. Al finalizar el almuerzo, y cuando el sol alumbró de entre las espesas nubes, todos se trasladaron al jardín.

—Esta noche en nuestra casa tendremos cena y cartas en honor al regreso de nuestra Poppy, ¡están todos invitados! —anunció el señor Rochester.

—Debemos saberlo todo de tu vida en Canadá, Poppy querida —agregó la señora—. Thorne es demasiado aburrido, necesitamos las novedades de las colonias.

—Me temo que la vida es igual de tranquila allá, señora Rochester, pero haré mi mayor esfuerzo por entretenerla.

—¡Eres tan dulce como te recuerdo, niña!

—¿No haría el papel de una buena nuera, madre?

—¡Por supuesto que sí!, pero ya todos nos hemos dado por vencidos con Will. Lamentablemente, heredó el carácter amargado de mi hermano.

—¿Por qué el señor William Rochester no los ha acompañado? —se atrevió a preguntar Poppy.

—Es martes, querida. A esta hora debe estar enseñando en la escuela de varones del pueblo.

—¿Vendrá a la reunión de esta noche? —preguntó Lucy.

—No lo sé, hija —contestó su padre—. Te aconsejo que no lo atosigues con tus planes de matrimonio. Ya sabes que no le gusta cuando haces de celestina.

—¿Sabe que Poppy está aquí? Me imagino su sorpresa si llega a la cena sin esperar verla sentada junto a nosotros.

—Le extenderemos la invitación, sin embargo, no es seguro que asista.

* * *

Por la tarde, aprovechando la partida de los Rochester, Poppy hizo el camino a su vieja casa. Lucía idéntica, con ladrillos de piedra gris, y ventanas blancas. Lo único que cambiaba era la madera de la entrada, la que fue restaurada.

Sus recuerdos de su vida ahí eran una mezcla de la realidad y de su imaginación. Albergaba recuerdos de haber jugado sobre la hierba con su madre, mientras su padre leía su sermón a modo de práctica. Había sido una vida tranquila y humilde, pero repleta de amor.

Las tumbas de sus padres sufrían del abandono. Las hierbas crecidas apenas permitían ver las losas con sus nombres, pero a Poppy no le costó dar con ellas. Hizo una lista mental de las herramientas de jardín que debía traer al día siguiente, para despejarla de las malezas.

Permaneció acuclillada frente a ellas hasta que sus rodillas dolieron.

No tenía nada que decirles.

Poco después del fallecimiento de ambos, Poppy era capaz de hablar con ellos a diario. Los conocía tan bien que podía imaginar las respuestas a sus dudas y preguntas, e incluso oía sus

comentarios. Con los años las voces se desvanecieron, olvidó sus rostros y maneras, pero siempre que los necesitaba, lograba sentirlos junto a ella.

* * *

De regreso en la mansión Harland, Poppy se vistió y peinó con especial esmero. Usó el vestido verde que Minnie empacó para ella, de escote cuadrado y mangas tres cuartos, con vistosos bordados en hilo dorado. Si bien había perdido peso debido a los malos ratos sufridos antes de su partida, la tela de este lograba adherirse a las curvas restantes. Carecía de algún tocado elegante para la ocasión, así que se conformó con asegurar su espeso cabello con broches bañados en oro. Debía tener fe de que su peinado duraría toda la velada, pero por el peso de este, las probabilidades eran bajas. Habían pasado meses desde su último corte de cabello.

Poppy se miró al espejo una vez más. Lucía bien. No elegante y estilizada como Minnie o Lucy, ya que jamás tendría sus facciones afiladas. Debía conformarse con su rostro redondo y mejillas infladas.

Le era inevitable tener expectativas sobre la cena. No sabía cómo reaccionaría William al verla de regreso, sobre todo sabiendo el secreto que ambos ocultaban.

Hace una década, un mes tras darle aquel libro del lenguaje de las flores, Will regresó a Thorne por el fin de semana. Mientras Poppy juntaba coraje para acercarse a él y agradecerle el regalo, este la alcanzó en los jardines. No hablaron mucho, pero por su nerviosismo se permitió creer que el muchacho gustaba de ella.

Después de eso, las cosas escalaron con lentitud. Los domingos en la iglesia, antes de partir de regreso a sus estudios, Will rozaba sus nudillos con los de ella. La ayudaba a bajar de los carruajes, y sin levantar sospechas, le ofrecía el brazo mientras paseaban en grupo. Poppy no supo si la estaba cortejando, ya que desconocía a quién tendría que pedir autorización para hacerlo, siendo ella una huérfana. Tampoco sabía si sus intenciones eran serias, o nada más que un encaprichamiento pasajero. Sin embargo, le aliviaba saber que él no le pedía nada a cambio para alimentar sus atenciones, solo un rizo para llevarse a Edimburgo, una tarde específica.

La joven recordaba haber sentido envidia de las demás muchachas de su dormitorio. Mientras ellas salían a citas, por supuesto acompañadas por chaperones, Poppy se conformaba siendo un secreto. Los sábados por la noche, todas se reunían alrededor de la cama de quien hubiera salido, a escuchar el picante relato de su cita. La mayoría había sido besada más de una vez y por más de un chico, otras más audaces y convencidas de un pronto compromiso, permitieron bastante más, pero lo suficiente para no arruinar su reputación y virtud.

¿Y Poppy? Nada. Lo más cerca que estuvieron Will y ella era la vez que la tomó de la cintura para ayudarla a bajar del carruaje. Tras eso ayudó a bajar a su hermana, madre, y a la anciana señora Floyd. Nada romántico en absoluto.

El siguiente fin de semana, cuando el muchacho estuvo de regreso, Poppy recibió una nota. Habían descubierto que, si el muchacho usaba la papelería de su hermana, no levantaba las sospechas de las cuidadoras y era más sencillo comunicarse. El papel amarillo le pedía verse en el río lo antes posible, y así fue. Al llegar, vio a Will yendo de un lado a otro, con la mano en su bolsillo y el ceño fruncido, dándole apariencia contrariada. Poppy se acercó en silencio, admirando su figura alta y anchos hombros. Al verla, el semblante de Will se suavizó.

—Viniste —dijo trotando hacia ella, con una sonrisa ansiosa bailando en sus labios.

En saludo, Poppy tomó su mano y acarició sus nudillos. No llevaba guantes.

—Me pediste que llegara lo antes posible. ¿Pasa algo?

—Tengo algo importante que decirte… —Will cayó en una de sus rodillas en un movimiento fluido—. Poppy Dashwood, ¿serías mi esposa?

La joven se congeló en el lugar, con una mezcla de confusión e incredulidad. Podía escuchar los insectos que rodeaban el río, el borboteo de este, a las aves piar, y el viento batir las hojas de los árboles.

—¿Lo dices en serio? —soltó ella.

—Nunca he estado más seguro de nada, Poppy. Te quiero a mi lado, para siempre.

—Pero, Will…

La expresión del muchacho se tiñó de pánico. La luz de sus ojos pareció consumirse.

—¿No te gustaría serlo? Ser mi esposa, me refiero —preguntó con la voz casi temblorosa.

Poppy mordió su labio inferior, sin saber si se atrevería a decir lo que rondaba en su mente.

—Me gustaría serlo, pero…

—¿Qué pasa, Poppy? —su voz se rompió.

—Esto es muy inesperado, Will. Además, nosotros ni siquiera nos hemos besado —susurró lo último avergonzada.

Aun pasmado, Will soltó una carcajada.

—¿Es eso? —preguntó incrédulo—. ¿Si te beso me dirás que sí?

—Puede que me ayude a considerar la respuesta…

Apenas terminó de hablar, Will la acercó por la cintura y la besó. Sus labios llenos se presionaron contra los de ella con suavidad por un momento. La respiración de ambos parecía febril y temblorosa. Poppy separó los labios para aspirar su aroma, pero malinterpretando el gesto, Will aprovechó de besarla de manera más intensa. A la muchacha le temblaron las rodillas y se tambalearon hasta encontrar soporte en el árbol tras la joven. Will la besó como si fuera un experto, o eso pensó Poppy.

Will mantuvo una mano en su cintura, mientras la otra la hundió en su cabello rojo.

—Sé mi esposa, te lo ruego, Poppy —susurró sobre sus labios, una y otra vez—. Sé mi esposa.

Después de tantos años, la joven entendió a lo que se referían sus amigas cuando hablaban de mariposas en el estómago. Las sintió todas, miles de ellas, recorrerla por doquier.

Si podía besarla así a diario, podía imaginarse junto a Will para siempre.

—Seré tu esposa, William Rochester —susurró, sin ánimos de soltarlo.

Se besaron por lo que parecieron horas, con sus cuerpos presionados contra aquel árbol. Cuando las manos del muchacho subieron de su cintura al pecho, Poppy recordó que no porque estuvieran comprometidos debían consumar el matrimonio.

Obligándose a mantener la distancia del otro, Poppy le hizo preguntas más razonables como, ¿cuándo anunciarían el compromiso a su familia? ¿Era mejor que primero él buscara la aprovación de su familia para cortejarla de manera oficial? ¿Por cuánto tiempo debían mantener en secreto su compromiso? William confesó que sus padres no tenían idea de lo que planeaba, pero sí tenía la aprobación de su tío. Poppy eligió confiar en él, pero le hizo prometer que a su regreso le confesaría todo a los Rochester. Se sintió con el derecho a exigirlo, ya que habían pasado meses ocultando su relación.

Sin embargo, a los pocos días los Gulp llegaron a Thorne, y se llevaron a Poppy a Canadá, sin planes de regresar.

Poppy no se atrevió a negar la oferta de su familia, tampoco a confesar su compromiso.

No le escribió una nota de despedida a Will, ni en los largos años que estuvo en las colonias. Se convenció a sí misma de que lo suyo fue un enamoramiento adolescente, porque lo era. Sin embargo, pasó todos esos años pensando en lo que pudo suceder de haberse quedado, y soñando con un beso que la hiciera sentir igual.

2

Poppy

El señor Rochester dio inicio a la cena sin pista alguna de la presencia de su hijo. Poppy ocultaba su inquietud charlando animadamente con todos sus viejos conocidos. Sin embargo, era capaz de sentir en la piel lo cerca que se encontraba de Will. Era cosa de mirar a la espesura de árboles que se alzaba al otro lado de la ventana, para imaginar el camino que llevaba al internado. La actual residencia de Will.

Escuchando por ahí y por allá, Poppy averiguó gran parte de su vida. Al parecer, tras terminar sus estudios en Edimburgo, Will tomó el control de la escuela de señoritas, en lugar de continuar manejando los negocios de su tío. Will se enfrentó a la furia de este por su determinación, perdiendo acceso a la fortuna y contacto con su tío por largos años. Todos desconocían la razón tras dicha decisión, pero la señora Rochester guardaba la hipótesis de que lo hizo por ayudar al negocio familiar. Desde entonces, William se convirtió en el tutor de matemáticas y geografía del pueblo.

Cuando el plato principal fue servido, el tema de la conversación era *el pasado*. Todos aportaban datos y anécdotas sobre la infancia de Lucy y Poppy y sus travesuras. Como la vez en que jugando a las escondidas en la granja de la señora Scott, dejaron abierta la puerta del gallinero y las aves huyeron rumbo al bosque. Les tomó una semana encontrarlas a todas.

Nadie notó cuando William Rochester entró en el comedor.

Nadie, a excepción de Poppy.

—¡Llegaste! —saludó su madre—. Vamos, siéntate. Te hemos guardado un puesto.

Will saludó con un movimiento de cabeza general, y caminó hasta el asiento vacío que le indicaban. Llevaba el cabello corto, casi al ras de la piel, y el rostro oculto entre una espesa barba castaña oscura.

«Luce mayor de lo que es en realidad» —pensó Poppy. Si no estaba equivocada, Will tenía veintinueve años, pero sus maneras y apariencia lo hacían parecer cansado. Lucía una espesa barba que ocultaba su esculpida mandíbula. Pese a la distancia, la joven podía ver sus bonitos ojos azules, que lucían grises debido a la oscuridad del rincón donde fue ubicado.

El estómago de Poppy se contrajo dolorosamente. Quizás, ante los ojos de él, ella también lucía diferente. Su lozanía juvenil había expirado, dejándola en aquel cuerpito pálido y delgaducho.

Desde que su cuerpo terminó de formarse, Poppy siempre tuvo una figura que bordeaba en lo rellenita, obligándola a lucir un tanto aniñada. Sin embargo, debido a los disgustos del último tiempo, perdió una cantidad significativa de peso, que resultó en que sus vestidos le quedaran grandes, dándoles apariencia de prestados, haciéndola lucir incluso más insignificante que antes.

Antes de sentarse, Will estudió la habitación, extrañado.

—¿A qué se debe el festejo? —preguntó.

La profundidad y masculinidad de su voz la sorprendió.

—¿Acaso no te has enterado? ¡La señorita Dashwood regresó! —exclamó su padre, con alegría.

William barrió la mirada hasta que sus ojos azules cayeron sobre ella. Él no dijo nada, y con el rostro desprovisto de sorpresa, asintió en su dirección a modo de saludo, para luego sentarse y no volver a mirarla por el resto de la velada.

Poppy intentó sonreír y continuar participando animadamente en la cena, pero le era imposible. Apenas era capaz de controlar su semblante. Y cada vez que la señora Rochester le hablaba, la joven temblaba al mirar en su dirección, ya que Will estaba sentado frente a ella.

Las veces en que se descubrió mirándolo, este comía en silencio, con la vista fija en su plato, inalterado por su presencia.

—¡Vaya! —exclamó el señor Rochester—. ¡Pero miren cómo pasa el tiempo! ¡Son casi las diez! ¿Están seguros de que tienen energía para jugar a las cartas?

—¡Por supuesto que sí! —respondieron los más animados. Por su parte, Poppy convino, aún incapaz de dejar de lado el hecho de tener a Will en la misma habitación.

—Poppy —llamó Lucy—, ¿estás segura de que deseas quedarte?

—¡Es cierto! La pobre señorita Dashwood llegó ayer por la noche y apenas ha tenido oportunidad de descansar.

A pesar de todo, la muchacha aceptó. Había pasado tanto tiempo recluida, que sin importar el cansancio que sintiera, anhelaba la interacción social.

—Entonces vamos ya. ¡Las cartas nos esperan en el salón!

Todos se pusieron de pie para trasladar la fiesta al lugar mencionado. Fue en ese momento cuando Poppy vio a William escabullirse fuera de la estancia, rumbo a la entrada.

* * *

William

Conociendo el camino de memoria, Will cruzó el bosque rumbo al internado. No le importaban los peligros de la oscuridad ni las bestias que se ocultaban en esta, ya que lo único que deseaba era alejarse tanto como pudiera de *ella*.

Ahora entendía los murmullos de la señora Floyd en la mañana. Él no tenía tiempo ni oídos para chismes, por lo que no le prestó atención a lo que ella hablaba con Maud, el ama de llaves. Tan solo creyó que estaban siendo más desagradables y habladoras de lo normal. Jamás imaginó que después de diez años *ella* regresaría.

Will pateó una piedra iluminada por la luna.

«Al menos tuvo la decencia de lucir afectada» caviló, negándose a pensar en sus ojos castaños, observándolo al borde del pánico, ni en ese cabello rojo que en ocasiones aparecía en sus pesadillas.

No imaginaba que la trajo de regreso, pero esperaba que estuviera pronta a partir, porque ambos no podían existir en el mismo lugar.

Si no fuera el inicio de la primavera, y se encontraran prontos a terminar el año escolar, Will tomaría sus cosas y se iría a buscar tranquilidad a alguna ciudad distante, pero no podía. Por la mañana tenía clases en el internado, y por la tarde en la escuela de varones del pueblo. No tenía escapatoria, no obstante, si estaba en sus manos evitarla, lo haría sin pensarlo dos veces.

* * *

Por la mañana, la falta de sueño le cobró factura a William. Este pasó la mitad de la noche

removiéndose en su lecho, y la otra mitad encontrando qué hacer para distraerse de su frustración. Las lecciones estaban prontas a comenzar, y él se sentía tan cansado, que una jaqueca se asentó en lo alto de su cráneo.

—¿Todo bien, señor Rochester? —preguntó la señora Floyd, la anciana maestra con quien trabajaba.

—Sí.

La viuda frunció los labios y acomodó sus gafas sobre el puente de la nariz. Ella lo conocía bien, y desde hace muchos años, por lo que sabía cuándo él estaba molesto y no deseaba hablar. No obstante, para su inacabable tortura, Maud apareció por la puerta, cargando la bandeja con el té.

Por más que lo intentó, Will no pudo aislar sus voces.

—¿Cómo le fue anoche, señora Floyd? —susurró la mucama—. ¿Cómo está la señorita Dashwood?

—Sigue tan bien portada como siempre, me atrevo a decir. Sus años en las colonias no la han cambiado en absoluto. Ella continúa siendo un ejemplo de persona. Además, muy elegante y buena moza. Es una lástima que no haya encontrado un esposo.

Will se dio cuenta de que tenía la vista y atención fija en la conversación de las mujeres, en lugar de escribir o calificar el montón de tareas frente a él.

—Espero que ella aún me recuerde…

—¡Lo hace! ¡Por supuesto que sí, Maud querida! Ayer preguntó por ti, y prometió venir a saludar pronto.

William estuvo a punto de asfixiarse con su propia respiración. Tosió, atrayendo la atención de las mujeres, y vaya cómo lamentó hacerlo.

—Señor Rochester —llamó Maud, desde el otro lado del salón de profesores—, usted también fue a la cena, ¿no?

—Sí, no me quedé por mucho tiempo.

El arisco hombre dirigió su mirada de regreso a su trabajo.

—Ya conoces al señor, Maud. Comió y se retiró sin siquiera despedirse de los invitados. Le haría bien entender que, si bien su familia y nosotros estamos acostumbrados a su *forma de ser*, los demás no lo están. No imagino cómo debe sentirse la señorita Dashwood ante tal falta de respeto.

El aludido ignoró el reproche. No existía nada en el mundo que le importara menos que los sentimientos de tal señorita.

Con la cabeza todavía latiendo gracias a su jaqueca, William se dirigió a clases. Era su única clase del día en el internado, para luego ir a la escuela de varones de Thorne por las tardes. El sujeto tenía claro que no sería un día fácil.

El grupo de niñas iban desde los ocho a los dieciséis años, y en ese momento contaban con catorce alumnas residentes. Algunas descendientes de grandes familias, otras hijas de panaderos o vendedores. No todas vivían en el internado. Las que pertenecían a la zona, iban y venían a diario desde sus hogares.

Pese a las pocas comodidades con las que contaba el internado, lograban arreglárselas para enseñar a todas, y dar un sueldo digno a los profesores, pero solo apenas.

El internado contaba de tres pisos, sin contar el ático, donde los sirvientes dormían. En el primero estaba la cocina, el comedor, las salas de clases y la biblioteca donde las muchachas estudiaban por las tardes. En el segundo, estaban las recámaras de los profesores, y un salón para tomar el té de uso exclusivo para estos. Y en el tercero, los cuartos de las muchachas, donde

reinaba el caos en las primeras horas de la mañana, y después de la cena.

—¡Corran, ya viene! —gritó una alumna cuando vio a William aparecer en las escaleras. Si bien no alcanzó a ver su rostro, reconoció su voz. Peggy, la revoltosa del grupo. Cuando el profesor entró a la sala, las muchachas estaban instaladas en sus respectivos pupitres.

Todos conocían el carácter severo de William. Era estricto, y siempre exigía el mayor respeto cuando se encontraba al frente de la clase. Las reñía cuando no se comportaban, y era odiado por sus castigos. Sin embargo, él jamás utilizaba otro tipo de escarmiento físico. Y por supuesto, nunca mezclaba sus problemas personales con las clases.

Sus constantes jaquecas no eran una justificación para reñir más de la cuenta a sus alumnas, ni para descuidar sus lecciones.

Horas más tarde, y tras finalizar sus horas en aula, alguien llamaba a la puerta de su despacho.

—¿Señor Rochester? —llamó la señorita Appleby, abriendo la puerta con timidez.

—Adelante —contestó, concentrado en el libro de finanzas frente a él. Levantó la vista brevemente, y le indicó a la mujer que tomara asiento.

Mientras él cumplía el rol de enseñar matemáticas y geografía, la señora Floyd modales, costura, y arreglos florales (cuando la época lo permitía), la señorita Appleby era la encargada de enseñar ortografía y francés. Entre los tres recaía la tarea de mantener el internado a flote.

—Señor Rochester, vine a comunicarle algo muy importante. —Aquello captó su completa atención—. Me temo, que no podré regresar al internado en septiembre.

—¿Existe alguna razón?

Will no tuvo intención de sonar tan duro, pero aquella noticia arruinaba por completo su sistema, y lo colmaba de más trabajo del que ya soportaba.

—Usted sabe que mi madre no se encuentra bien, y el doctor le ha recetado climas más cálidos. Por lo que utilizaré mis ahorros y lo que queda de la herencia de mi padre para mudarnos al sur. Eastbourne de ser posible.

—Ya veo. Lamento oírlo, señorita Appleby. Las alumnas la extrañarán mucho.

Ella sonrió con aflicción.

—Gracias por comprenderlo, señor.

Will asintió en despedida, y retomó su trabajo. La señorita se detuvo en la puerta, tomando con fuerza la madera de esta. Dudó, lo miró intentando encontrar el coraje para decir algo. Pero fuera lo que tenía por decir, se lo guardó, y cerró la puerta a sus espaldas. A Will no le pareció raro. Estaba acostumbrado a las miradas anhelantes de la señorita, y al silencio que le seguía.

Tanto sus padres como Ernest Harland sugirieron que sería una alianza conveniente si ambos se casaban. Remarcaban lo mucho que tenían en común como profesores, pero él sabía que lo recomendaban porque ambos eran solteros.

Will tenía demasiado trabajo para ser un buen esposo, o un buen padre. Y tampoco tenía interés de serlo. Alguna vez sí lo había hecho. Imaginó una vida similar a la que tenía, pero con una esposa dulce e inteligente, y niños pelirrojos jugando en los terrenos. No obstante, todas esas esperanzas habían quedado sepultadas, años atrás.

3

Poppy

Los primeros días de Poppy en Thorne fueron, por lo menos, agitados. Visitas iban y venían con la misma frecuencia y velocidad que ella era convocada en sus hogares. Sin embargo, pronto la curiosidad de sus amigos dejó de girar en torno a su vida en Canadá, y abordaron el tema de su soltería.

Si bien tenía suficiente edad para ser considerada una *solterona*, sus conocidos no parecían percibir por qué Poppy no había encontrado un esposo. La joven deseaba creer que ignoraban sus faltas debido al cariño que sentían por ella, pero lo cierto era que Poppy era una huérfana con un apellido sin peso, quien agotó su herencia antes de llegar a la madurez.

Aunque ninguna de las personas de su círculo fuera parte de la aristocracia, ella pertenecía a una categoría social distinta a la de todos allí, e incluso en Canadá era mal visto casarse fuera de su clase. Poppy era una institutriz, una trabajadora. Aunque se codeara con familias de clase alta, no pertenecía a ella. Y su educación tampoco le permitía ser parte de los sirvientes. La joven pasaba sus días cuidando y educando niños ajenos, y sus tardes, encerrada en la soledad de su recámara, leyendo o pintando. Sus únicos momentos en sociedad eran los domingos, cuando los Carmine, sus últimos empleadores, le permitían visitar la mansión de sus tíos.

Era una vida tranquila y solitaria, pero era la vida que eligió. Después de tantos años, se había acostumbrado. Primero sirvió a una familia de comerciantes, quienes se habían hecho de una reciente fortuna. Les gustaba aparentar, y contrataron a Poppy para que enseñara modales a tres niñas. La familia no tardó en sentirse descontenta con su labor. Tal vez avergonzados al notar los errores que cometían a diario en sociedad. Luego vinieron los Carmine, con una niña de diez y un varón de ocho años. Ambos eran unos angelitos, por lo que resultó ser una experiencia positiva… hasta que todo cambió.

—Poppy, querida, ¿en qué piensas? —llamó Lucy, quien podaba los rosales frente a ella.

—En nada —mintió—. Solo pensaba en mis tíos.

—¿Los extrañas tan pronto? ¿Por qué no les escribes si aquello te hace sentir mejor?

—Lo haré —Poppy volvió a mentir. Sabía que, de hacerlo, ellos no les responderían. Era extraño lo bien que se le daba mentir y engañar en el último tiempo. Se preguntaba qué dirían sus amigos si se enteraran de los motivos de su abrupta visita a Inglaterra. *¿La verían con los mismos ojos si supieran que la dulce Poppy había huido de Canadá? ¿Qué murmurarían acerca de la ingenua Poppy si sus secretos la siguieran hasta allí?*

—Ahí vas de nuevo, lejos, perdida en tus pensamientos, Poppy querida.

La joven se disculpó.

—Lo siento, esta tarde me encuentro más introspectiva que de costumbre.

—Tal vez un viaje al pueblo te ayude a distraerte —dijo Lucy sacudiéndose las manos enguantadas en su delantal—. ¿Te apetece acompañarme?

* * *

A pesar de los años, Poppy amaba a Lucy. Era su amiga y confidente acerca de casi todos los temas de su vida. Sin embargo, a veces le costaba empatizar con ella. Desde niñas tenían objetivos distintos en la vida. Lucy siempre quiso ser una esposa, tener hijos, y lo había logrado a cabalidad, incluso con un esposo rico. El deseo de Poppy, a la misma edad, era convertirse en una ninfa del bosque, y por supuesto falló.

En la actualidad, y dejando sus fantasías de lado, Poppy no podía dejar de notar como Lucy se veía obligada a buscar pasatiempos como la jardinería para mantenerse ocupada, cuando tenía a disposición a los mejores jardineros de la zona. No tenía la obligación de cuidar a sus hijos, ya que tenía quien lo hiciera. Ni siquiera tenía razón de salir de su casa para ir de compras, pero lo hacía de todas formas solo para distraerse de tantas comodidades.

A diferencia de Poppy, Lucy jamás tendría que trabajar un minuto de su vida, y por fortuna, no tendría la necesidad de hacerlo. Y aunque le avergonzara admitirlo, esto la hacía envidiarla, y también resentirla. En los pocos días que llevaba viviendo en su lujoso hogar, se sentía como una mascota, dispuesta allí para mantenerla entretenida. Sin embargo, ¿quién era Poppy para quejarse? Ella misma utilizaba la bondad de su amiga, y el cobijo de sus paredes como escondite.

—¿Qué te parece este colgante? —preguntó Lucy, quien levantaba un guardapelo de plata, con un jazmín tallado.

—Es muy hermoso.

—Se acerca el cumpleaños de Ivy, y quiero darle algo especial.

Poppy no veía cómo era una buena idea regalarle un colgante de plata a una niña de seis años. Podría perderlo, o incluso peor, tragárselo.

—¿Y algún juguete?

La puerta de la tienda se abrió a sus espaldas, dejando entrar el aroma y ruido ensordecedor de la lluvia.

—Todos le darán juguetes. Además, ella ya tiene cientos.

Poppy cayó en cuenta de lo difícil que sería para ella encontrar un regalo para la niña, sobre todo con su limitado presupuesto. Algo pareció llamar la atención de Lucy en otro escaparate, por lo que se alejó con premura, dejando a la pelirroja procesando sus opciones.

Cuando Poppy se volteó, decidida a regalarle una muñeca a la niña —tuviera cientos o no —, vio a su amiga hablar con su hermano, al fondo de la tienda. Poppy dudó en acercarse, por miedo a interrumpir, como también a encontrarse cara a cara con él. No obstante, su amiga no tardó en llamarla con un insistente movimiento de mano. No le quedó más opción de ir.

—Señorita Dashwood —saludó él.

Poppy hizo una rápida reverencia. Las mejillas le ardían. Su mirada se encontró con la azul de él, por más que el señor evitara mirarla.

—¿Qué haces aquí? —insistió Lucy a su hermano.

—Mi pluma se rompió.

—¿No pudiste esperar a que la lluvia pasara para venir por una?

—Necesito una nueva antes de que mi próxima clase comience —respondió con sequedad.

—¿Viniste caminando? —preguntó, aunque era evidente. Estaba por completo empapado. —Déjame llevarte a la escuela. Mi carruaje está afuera.

—No —respondió cortante.

—Will, no es necesario que te hagas el valiente. Enfermo no le haces un favor a nadie.

El huraño hombre mantuvo su negativa, pero Lucy, acostumbrada a conseguir lo que

desea, logró convencerlo de subir al carruaje tras hacer su compra. Poppy fue la primera en acomodarse, con ayuda del cochero. Lucy se sentó junto a ella, y William frente a ambas. Su presencia alta y encorvada parecía oscurecer el extremo del coche donde se sentaba.

Mientras él parecía evitar en todo momento que su mirada se centrara en Poppy, la muchacha absorbía cada detalle de él. Estando tan cerca podía oler su colonia mezclada con el olor de la tierra húmeda. Sus ojos azules lucían grises debido al clima. Sus largos dedos descansaban tensos sobre la tela de sus pantalones marrones.

—Recuerda que este sábado festejaremos a Ivy. Debes venir, o estará tremendamente decepcionada.

Will soltó lo que parecía ser un gruñido.

—No quieras parecer más desagradable de lo normal solo para molestarme —le reprochó Lucy—. Sé que adoras a Ivy y que estarás allí, pase lo que pase.

El señor rodó los ojos, pero en el segundo en que bajó la guardia, estos vagaron en dirección a Poppy, quien lo observaba con atención.

La joven lo vio respirar hondo antes de hablar.

—¿Hasta cuándo pretende quedarse en Inglaterra? —soltó casi como una reprimenda.

—¡William! —gritó Lucy.

La pelirroja pestañeó sorprendida, notando que tenía la boca demasiado seca para responder.

—¡Ya verás, Will! —continuó la hermana de este—. ¡Le diré a mi padre sobre lo horrible que te has comportado con la pobre señorita Dashwood!

Este aún la observaba, con los labios apretados y la mirada gélida sobre ella.

—Partiré cuando llegue el verano—mintió Poppy, sin inmutarse.

William asintió. Dio un rápido golpe al techo del carruaje, indicándole al conductor que debía detenerse. En cuanto lo hizo, saltó fuera, a la lluvia y al barro.

—¿Me crees ahora cuando te digo que con cada año que pasa se vuelve más huraño? —preguntó Lucy.

Poppy asintió sin decir nada, aún estupefacta por lo ocurrido. *¿Qué le había pasado al Will que ella había conocido? Porque quien fuera ese hombre, mitad bestia, no era su Will.*

* * *

El cumpleaños de Ivy llegó. La pequeña cumplía siete años y se encargó de que todos en la mansión lo supieran. Aquel día se había levantado incluso antes que el servicio, y corrido por toda la casa gritando para que los demás se despertaran también. No quería desperdiciar ni una sola hora de su cumpleaños.

Ivette, mejor conocida como Ivy, era la hija mayor de Lucy, y también una revoltosa incurable. Tenía el cabello castaño dorado de su madre, y los ojos verdes de los Harland. Aspen, su hermano menor por dos años, era un pequeñín tímido, quien siempre parecía ocultarse detrás de las faldas de su nodriza y madre.

Tras dos semanas de visita allí, Poppy comenzaba a ganarse el cariño de los niños, quienes al fin bajaban la guardia y se permitían ser dulces con ella.

Lucy organizó un almuerzo en honor a su hija. Había invitado a sus amigas, que también eran madres, para contar con presencias infantiles en la fiesta. Poppy conocía a la mayoría, pero no a todas. Estaba la señora Matson, quien tenía dos hijos de la edad de Ivy, la señora Lackenby, quien según le contaron, había asistido acompañada de su hija de ocho años y su cuñado, el señor

Thomas Lackenby. Soltero.

La pelirroja resistió la urgencia de blanquear sus ojos ante el último fragmento de información. Lucy estaba empecinada en encontrarle marido, y tras el desplante de Will en el coche, lo había tachado rotundamente de la lista. «*Si bien era su hermano, William no era un ser civilizado para su dulce amiga*» —dijo, o algo por el estilo. De todas maneras, a Poppy le daba igual. Ella no estaba allí para encontrar marido.

La joven prefirió mantenerse cerca a las personas que sí conocía. La señora Floyd, su antigua maestra, la increpó de inmediato por no haberla visitado aún en el internado. Poppy se excusó con las clases de las niñas, y lo estrecho de sus fines de semana. La viuda le creyó su casi mentira, sin embargo, Poppy no podía ocultarse a sí misma la realidad.

William.

Él era la razón de su evasiva. Al visitar el internado, estaría condenada a cruzarse con él. Aún se le teñían las mejillas de rojo cuando recordaba la manera en que este le habló en el carruaje. No llegó a gritarle, pero su tono brusco y mirada afilada le provocaron una infinidad de sensaciones. La odiaba, era evidente. Poppy era consciente que le debía una disculpa por marcharse sin más. No obstante, si él no se comportaba como un hombre civilizado, ella no tendría el coraje para acercarse y hacerlo.

* * *

William

Como era usual, nadie notó a William cuando entró al salón. Los asistentes charlaban, repartidos por la estancia y la terraza, sin prestar atención a los niños que corrían por el lugar. La primera en verlo fue la cumpleañera, quien le dio un abrazo antes de demandar su regalo de cumpleaños.

—¡Qué me trajiste, tío!

Will sacó un pañuelo de su bolsillo, y lo abrió mostrándole el contenido a la pequeña. Una lagartija muerta y asquerosa.

—¡Sí! —saltó la niña—. ¡Gracias, gracias, gracias!

—Los niños del pueblo me ayudaron a cazarla. Me aseguré de que fuera la más repugnante de todas.

—¡Me encanta!

Ivy corrió de regreso a sus amigos. Sorprendió a algunos levantando al animal, y persiguió a quien luciera más aterrado por esta.

William fue hasta Ernest, quien bebía una copa de ponche. Muy a su pesar, su cuñado se había convertido en uno de sus pocos amigos, si no el único. No podía negar que lo detestó en la infancia por ser un niño rico altanero, y lo volvió a odiar cuando cortejó a su hermana. Sin embargo, con los años había logrado congeniar con este.

—Te veo cansado —dijo levantando la copa a sus labios—. Bueno, más cansado que lo usual.

Will asintió. Paseó la vista por el lugar, y no le costó encontrar a la causante de parte de sus pesares. Su cabello de color naranja se destacaba entre los otros.

—El internado va de mal a peor. El señor Cooper se lastimó la espalda, y la señorita Appleby anunció que no volverá en septiembre.

—Vaya —dijo sin entonación alguna.

—Sí. Tendré que publicar un anuncio en el periódico local para su reemplazo. —Will dudó en continuar. Sabía que un tema tan poco interesante no podría importarle menos a su

amigo. Su desinterés no era de extrañar. Siempre tenían las mismas conversaciones, y viceversa. A William tampoco le importaba cuando Ernest se quejaba de sus problemas de rico, pero lo oía de todas formas.

—Te será difícil encontrar otra maestra en el área. Tal vez debas publicar en York, Leeds, e incluso Sheffield. —Algo pareció cruzarse por su cabeza—. ¿Y no has pensado en la señorita Dashwood?

—¿Qué? ¿Por qué? —Will intentó encubrir su sobresalto tomando un bocadillo de la mesa. —¿Qué tiene que ver ella?

—La señorita Dashwood es una institutriz allá en Canadá. Además, habla francés, por lo que sé.

Su mirada vagó hasta la espalda de la mencionada. Notó que charlaba con el hombre frente a ella. Thomas Lackenby, el hermano menor de George Lackenby. Ambos unos libertinos incurables. Cada tarde que cruzaba el bar de Thorne luego de sus clases, veía los caballos de ambos en el bar, atraídos por el alcohol y las apuestas.

—Ella no me sirve, se irá cuando llegue el verano.

—Es una lástima.

—¿Por qué?

—Porque ahora tendrás que buscar un reemplazo para Appleby, hombre —Ernest lo miró extrañado—. ¿Qué te pasa? ¿El cansancio te está afectando más de la cuenta? Ya sabes dónde está la habitación de invitados por si quieres ir a recostarte antes de la comida.

William pensó en negarse, pero la verdad si se sentía bastante cansado. Sin el servicio del señor Cooper, Will se vio obligado a tomar sus labores. Aquella mañana debió levantarse antes del amanecer a cortar leña y a asear las caballerizas.

Will conocía bien el camino a dicha habitación, por lo que avanzó los pasillos de forma inconsciente. Le dolía el estómago por el hambre, y comenzaba a sentir una mano invisible presionar su cabeza. Al llegar, se lanzó de espaldas sobre la cama, y dejó que los minutos pasaran hasta la comida.

Había cumplido su cometido al visitar a su sobrina, ahora solo deseaba comer y regresar a avanzar en sus labores en el internado. Sin embargo, había algo en el ambiente que no le permitía relajarse. Un aroma dulce, acaramelado, casi comestible inundaba la recámara, y le aguaba la boca. «*¿Era posible que los aromas de la cocina llegaran hasta allá? No, era un olor distinto*». William levantó la cabeza de las almohadas.

La habitación era la misma a la que había entrado tantas veces, pero pequeños detalles aquí y allá lo alertaron. Un libro con hojas sueltas sobre la mesita de noche. Un pañuelo de una tela traslúcida y volátil enrollado en la silla del rincón. Botas femeninas bajo esta…

Sí, William había sido tan estúpido para entrar en la habitación que Poppy ocupaba.

El hombre se puso de pie de un salto. Aquel aroma dulce se había transformado en ponzoñoso.

Unos pasos se escucharon por el pasillo, y antes de que pudiese reaccionar, Poppy entró en la recámara. Will se congeló en su lugar, incluso sus latidos parecieron detenerse. La joven se inclinó frente al tocador, y al mirarse en el espejo, lo vio petrificado junto a la cama.

Profirió un corto y agudo grito, y con rapidez se cubrió la boca y se volteó hacia él.

—¿Qué hace aquí? —demandó, con los ojos marrones a punto de salir de sus órbitas.

Por un instante las palabras se agolparon en su boca, sin saber cómo hablar.

—Ernest me ofreció la habitación para descansar… —murmuró, agobiado, molesto y confundido en partes iguales.

La expresión de la muchacha se relajó, pero su pecho se levantaba con agitación.

—Lamento la intrusión —se disculpó, e intentó dejar la alcoba.

Poppy lo detuvo.

—Espere, señor Rochester.

William se detuvo a regañadientes en el marco de la puerta.

—Me gustaría que también aceptara mis disculpas —comenzó ella, luciendo angelical, como si él no supiera lo malvada que podía llegar a ser—, por lo que pasó hace ya tanto tiempo.

Will pestañeó sin dar crédito a lo que oía. Esa última parte fue la que había despertado el ardor en su columna. «*Tanto tiempo, había dicho. ¿Cómo si fuera el tiempo capaz de borrarlo todo? ¿De curar lo incurable?»*

—Haga con sus disculpas lo que le plazca, porque no son aceptadas —musitó, dando el primer paso para dejar la habitación.

—¿Cómo dice?

—No tengo interés alguno en aceptar sus disculpas.

Will volvió al salón. Nadie había escuchado el grito de la joven, y por fortuna, la comida estaba siendo servida. Minutos más tarde, Poppy regresó a la estancia. No se permitió a sí mismo mirarla. Sabía que estaba allí, dos puestos a la derecha, frente al suyo

Sintió una patada, era de su madre, sentada junto a él.

—William —susurró esta— ¿podrías cambiar tu expresión? Asustas a los niños.

* * *

Poppy

Ella había cumplido con lo que era esperable y decente de su parte, y aunque la reacción no fue la esperada, no podía hacer mucho al respecto, más que tragarse el orgullo y continuar.

A mitad del almuerzo ya todo su malestar fue dejado de lado. Si William prefería ser un alma en pena, absorbiendo la energía positiva del cuarto, ella haría lo opuesto. Estaba ahí para reencontrarse con sus queridos amigos, y pasarlo bien. Además, gracias a Thomas, ni siquiera debía esforzarse.

El muchacho era animado y conversador. Si bien no era capaz de verlo con otros ojos, no podía negar su carisma. Poppy no recordaba haber reído de tal forma en mucho tiempo. Se hubiera sentido avergonzada de hacerlo, pero tanto la señora Rochester como la señora Floyd se reían incluso más fuerte que ella ante los ingeniosos comentarios del joven.

Thomas se encontraba a la mitad de una anécdota que incluía a él mismo de vacaciones en Bath, una cabra y un saco de patatas cuando Ivy pasó balanceando una taza con limonada frente a ellos. Nadie le tomó particular atención a la niña cuando miró a sus espaldas y sonrió con picardía, antes de voltear todo el contenido de la taza sobre la ingle de Thomas. La mancha hacía parecer que se había orinado encima.

Antes de que sus padres pudieran reprenderla, la niña corrió por las puertas del jardín, seguida por los demás infantes.

Poppy, quien había advertido las intenciones de Ivy, miró en dirección a William, de pie junto al recipiente de ponche. Era difícil saberlo, pero detrás de su espesa barba, él parecía ocultar una perversa sonrisa.

4

Poppy

Poppy esperó a ir al internado hasta que supiera que no existía posibilidad alguna de que su camino se cruzara con el de William. Gracias a la señora Floyd se enteró de todos sus pasos y horarios, sin levantar un ápice de sospecha por parte de la mujer.

El día miércoles de la siguiente semana, esperó paciente en la cabaña de los Rochester antes de emprender rumbo al internado. Le tomó cinco minutos cruzar el bosque, tupido de robles, arces y abedules más antiguos y eternos que todo allí, para avistar la magnífica mole del *Internado Rochester para Señoritas*.

La mansión se elevaba solemne sobre los terrenos de la finca. Un edificio de tres pisos de ladrillos rojos y abundantes ventanas ribeteadas de blanco, rodeado de extensos jardines, siempre verdes. Poppy tomó la calzada empedrada hasta las escaleras de la entrada, donde Maud y la señora Floyd la esperaban ansiosas de darle un recorrido completo del lugar, como si ella no hubiera vivido allí por casi una década.

Le presentaron a la señorita Appleby, una mujer delgada y tímida, quien anunció su pronta partida. En cosa de semanas, las clases llegarían a su fin. Las alumnas regresarían a sus hogares por el verano, y dejarían a la mansión desprovista de vida y risas.

«Pobres paredes —pensó Poppy—*, pronto no tendrían a quien más oír que al oscuro y tedioso William Rochester»*.

Se encontraban bebiendo té en la sala de profesores, cuando la señora Floyd le preguntó a Poppy acerca de sus planes. La muchacha no estaba segura de su respuesta.

Si bien Maxwell, el esposo de Minnie, tenía una empresa textil en París, ellos planeaban regresar a Canadá tras su luna de miel. Le habían ofrecido quedarse en el lujoso apartamento de los Evans, pero Poppy no deseaba aprovecharse de la solidaridad de sus amigos.

En su lugar, planeaba seguir su plan inicial: Buscar trabajo como institutriz. De seguro existía alguna familia en el condado que necesitara de ella. Tan solo deseaba que las cosas no acabaran como la última vez, porque luego de Thorne, ya no le quedaban muchos lugares a los que huir.

—Tras estos maravillosos días de regreso en Inglaterra, no creo que pueda regresar a la pequeña Terranova.

Poppy agregó un terrón más de azúcar a su té. Le gustaba dulce.

—¡Eso es magnífico, querida! ¿Piensa quedarse con los Harland?

La joven negó de inmediato.

—No me atrevería a aprovecharme aún más de su bondad. Por el contrario, pretendo encontrar ocupación. Si no es aquí, en los poblados cercanos.

La señora Floyd dejó caer su taza con premura sobre el platillo.

—Ya escuchó que la señorita Appleby se retirará del internado, ¿por qué no habla con el señor Rochester para llenar el puesto vacante?

—No, no —dijo con rapidez—. De seguro, el señor desea a alguien más capacitado que yo. Apenas he trabajado con dos familias.

—Trabajando se aprende, Poppy querida. Yo cuando llegué aquí no sabía nada. Mi

esposo apenas había fallecido, y no tenía otra cosa de qué valerme que mis modales. Y ya ve cómo todo ha resultado. Llevo cerca de veinte años aquí.

Poppy asintió. Sabía que, en una situación ideal, ese era el lugar de ensueños donde ejercer su labor. El problema era William.

—Pese a que al señor no le agrado, lo mencionaré cuando llegue el momento.

—Al señor William Rochester no le agrada nadie, pero él sabe anteponer el trabajo a sus malas pulgas.

Una vez más, la muchacha asintió con un complaciente movimiento de cabeza. Se conocía bien, y sabía que no le pediría la plaza al señor. No sabía qué tan al tanto estuviera Will de sus planes, pero sin duda escuchó sobre la ocupación de ella en Canadá. Bueno, era para mejor que no supiera. Él jamás le ofreciera el lugar, la odiaba y lo dejó bastante claro en la fiesta de cumpleaños de su sobrina. Además, estaba la mentira que Poppy le dijo en el coche, sobre que retornaría en el verano a las colonias. Ella tampoco deseaba trabajar junto a él. Verlo a diario, por veinte años, compartir techo con él.

La piel de su espalda se erizó.

«No, claro que no. Sonaba como toda una pesadilla».

Esa bestia que se hacía llamar William Rochester no era su Will. Ni siquiera lucía como lo recordaba, con esa barba descuidada que le cubría la mitad del rostro. Sus ojos azules habían pasado a ser más cercanos al gris, como la piedra, sin brillo alguno. Y para qué mencionar sus modales. Nadie imaginaría que asistió a la prestigiosa Universidad de Edimburgo.

—Ya sabe que también tiene otra opción —dijo la señora Floyd, debido a la mueca pensativa de la pelirroja—. Si se lo propone, y sale más en sociedad, no demorará en encontrar un esposo. Se lo aseguro.

—Esa opción expiró para mí, hace ya tiempo.

—No diga eso. Cada vez las jovencitas tardan más en casarse. De seguro llama la atención de algún hombre, o viudo. ¿Acaso no recuerda al señor Thomas Lackenby? Apenas si era capaz de quitarle los ojos de encima. Puede que no sea el heredero de su familia, pero sigue teniendo una buena posición.

—Es por lo mismo que necesita una esposa con dinero, apellido y familia. De igual manera, no soy capaz de verlo de otra forma más que como un buen amigo. Ya me he resignado. Y estoy por completo satisfecha con mi decisión.

La señora refunfuñó ante sus negativas.

Cuando bajaba la guardia, Poppy podía a llegar a ser más negativa de lo que las personas esperaban, y eso siempre los desconcertaba.

* * *

Las semanas transcurrieron y Poppy se ocupó de evitar majestuosamente a William. En la iglesia jamás volteó a verlo, y ya que él partía apenas la ceremonia hubiese concluido, tampoco cruzó palabra con él. Ni siquiera en las cenas parecían consentir la presencia del otro. Sin embargo, las personas comenzaban a notar la aversión entre ambos.

El señor Rochester, padre, lo mencionó en un almuerzo. Poppy intentó fingir no darse cuenta, mientras que William, con su cara seria y de pocos amigos, alimentó los rumores. Minutos después, mientras bebían jerez en la terraza, los señores los obligaron a sentarse juntos.

Ninguno de los dos habló. Poppy se entretuvo oyendo las anécdotas de los demás, mientras que Will gruñía cada vez que los demás reían.

Con la única que Poppy podía hablar de su frustración hacia él, era con su prima Minnie. Cada semana recibía una carta de su parte, acompañada de algún regalo. Esta vez, le había enviado un hermoso vestido de verano que usaba en ese momento, azul marino, con líneas blancas, y accesorios a juego. Según la misiva, era lo último en la moda de París.

Desde que Poppy se unió a la familia de su tío, su relación con Minnie era estrecha. Ella estaba al tanto del fallido compromiso de ambos, una década atrás. Le había tomado un año poder abrirse con ella sobre aquel tema en específico. Antes no había podido. Si bien la muchacha era tan cercana como una hermana, cada vez que intentó pronunciar las palabras sentía que estaba a punto de ahogarse con estas. Pero cuando pronunció el secreto, Minnie compartió su dolor. Ahora, compartía su enojo.

* * *

William

Tras aguantar tanto como pudo, Will se puso de pie. Tenía ese aroma acaramelado que ella desprendía, grabado otra vez en sus fosas nasales. Nadie podía reprocharle si partía temprano. Se había quedado por más tiempo de lo que planeaba, pero de eso tenía la culpa su padre por traer a tema lo que no debía.

Tras despedirse de sus sobrinos, quienes jugaban en la alfombra del corredor, William fue hasta el guardarropa de la entrada, en busca de su abrigo y sombrero, cuando escuchó la voz de su hermana en el comedor. Lucy estaba acompañada por las señoras Matson y Lackenby, sus odiosas amigas. William no les prestó atención, hasta que escuchó el nombre de Poppy.

—No sé si llamarte valiente o ingenua, Lucy —dijo Matson—. ¿Cómo puedes tener a esa mujer soltera en tu casa? ¿No temes que robe a tu marido?

—La señorita Dashwood jamás haría algo así.

—Entiendo que sea tu amiga, pero pasó mucho tiempo fuera. No puedes fiarte de ella cómo antes. Quién sabe qué tipo de vida llevaba en Canadá. Es bien sabido que la moral de las pelirrojas es dudosa.

—Poppy trabaja como institutriz en una buena familia de Terranova… —Lucy intentó defenderla una vez más, pero las mujeres continuaban interrumpiéndola. Will ya sabía que las mismas se aprovechaban de su hermana por ser menor que ellas.

—Y del peor tipo, estoy segura —dijo la señora Matson, una vez más—. De esas que se empeñan en robarle el marido a las señoras decentes, y romper familias.

—Deberías hacer lo más sensato, Lucy, demandar que se marche —agregó la señora Lackenby—. Ya ha agotado su bienvenida en tu hogar.

Will vio a su hermana considerar lo que le decían. Podía ver la preocupación y confusión en sus ojos grisáceos.

—Lucinda, Aspen está preguntando por ti —anunció William, entrando en la estancia.

Las mujeres lo miraron sorprendidas. No obstante, nadie pensaría que William Rochester tuviera interés alguno en escuchar conversaciones de mujeres. Usualmente, no lo hacía, excepto cuando estas pretendían arruinar la amistad de décadas entre su hermana menor, y su engañosa amiga.

Lucy se excusó, y salió al corredor. Will hizo un movimiento de despedida a las mujeres, y siguió a su hermana.

—No creerás que lo que dicen esas harpías es cierto, ¿no, Lucy?

—Por supuesto que no —su voz tembló con levedad—. Poppy no sería capaz de hacer

algo así. Y tampoco Ernest.

—Qué bueno que tengas eso claro. Además, de todas formas, tu amiga pronto se irá y no tendrás que soportar los comentarios insidiosos de esas brujas, que se hacen llamar señoras.

Lucy lo miró extrañada.

—Poppy no planea regresar a las colonias. Está buscando trabajo en la zona. Incluso ya publicó un anuncio en el periódico, ¿no lo sabias? —Lucy llegó al lugar donde los niños jugaban. Aspen no levantó la vista hacia ella, por lo que la mujer debió asumir que ya no la necesitaba.

—No, no lo sabía.

Ahora comprendía por qué la señora Floyd se empañaba en que supiera de la ocupación de la pelirroja en su antiguo hogar. Ella deseaba que *esa mujer* tomara el empleo de la señorita Appleby.

—Fue un cambio de planes reciente. Se suponía que regresaría a Canadá cuando el verano estuviera pronto a terminar, ya que es ahí cuando su prima Minnie regresará de su luna de miel. Por eso me pareció extraño cuando te mintió ese día en el coche.

«Así que siempre planeó quedarse hasta el final del verano, y no hasta el de la primavera».

—Tal vez solo lo hizo para molestarme.

—Y bien merecido lo tienes. No has sido otra cosa más que un perfecto asno con ella.

5

Poppy

Los días soleados en Thorne eran escasos incluso en el verano. La estación había llegado, fresca y presumiblemente breve. No obstante, la tarde era lo suficiente cálida para tentar a Lucy y Poppy a dar un paseo a caballo por los terrenos. La última no era para nada la experta que era su amiga. Ni siquiera podía subir o bajar de la montura sin ayuda. Sin embargo, la actividad le resultó revitalizante tras tantos días encerrada bajo un cielo encapotado.

—¿Te ha escrito Minnie otra vez?

—Sí. Su luna de miel está por terminar. Planean venir a Thorne antes de regresar a Canadá.

—Sería maravilloso volver a verla. ¿Qué edad tenía cuando la conocimos?

—Doce años.

—Es increíble lo rápido que pasa el tiempo.

—Pienso igual. Quien sabe cuánto tarde en volver a visitarme.

—Siempre existe la posibilidad de que vayas, mientras me escribas, por supuesto.

Poppy reflexionó si ese sería el momento de confesar su secreto, las razones que la llevaron a ocultarse allí esa primavera.

—Lucy —la pelirroja dudó en continuar, aun así, lo hizo—. Algo pasó, en Terranova, el pasado invierno.

—Puedes decirme, Poppy. Sabes que no te juzgaré.

Ese era el problema, no estaba segura si aquello era verdad. Tampoco quería que su amiga creyese que inventaba esa historia para ganarse unos días más bajo su techo. Aunque no lo mencionaran, Poppy sabía que había agotado su bienvenida. Los Harland preguntaban cada vez con más frecuencia sobre su retorno a Canadá, o sus planes de buscar empleo.

Poppy respiró hondo. Le diría la verdad, parte de ella al menos.

—Lucy, no vine de vacaciones, yo hui de casa de mis tíos. —Poppy escuchó la inspiración de sorpresa de su amiga, pero no se atrevió a mirarla—. Ellos me comprometieron con un hombre, pese a que yo me negara. Ninguna de las partes aceptó mi respuesta, por lo que Minnie y su, en ese tiempo, prometido, me ayudaron a escapar.

»Es por eso que no puedo regresar. Ya no seré bien recibida por mis tíos. Ellos me han dado tanto, y en serio lamento haberlos traicionado, pero simplemente no podía casarme con ese sujeto.

—¿No lo amabas?

Poppy negó.

—Yo… Yo tampoco amaba a Ernest al principio —comentó Lucy—. Me gustaba la idea de ser su esposa, y así me convencí de que podría amarlo. Él ha sido mejor esposo de lo que esperaba, por lo que no tardé en enamorarme de él.

—Eso no podría ocurrirme, al menos no con ese hombre…

—¿Tiene un apellido?

Poppy apretó los labios, incapaz de pronunciarlo.

—Está bien, Poppy —concilió su amiga—. Cuando quieras hablar de aquello, ya sabes

que siempre estaré para ti.

Lucy estiró la mano hacia ella, y Poppy la tomó, arriesgando caer de su montura. Llegaría el momento en que le diría toda la verdad, cuando ella misma pudiera procesarla.

Regresaban a los establos cuando Ernest y William corrían hacia ellas. El primero lanzaba su costosa chaqueta al heno de las caballerizas, mientras el segundo subía sus mangas, dejando a la vista la piel dorada de sus antebrazos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucy a su esposo.

—¡No tenemos tiempo para ensillar caballos! ¡Bajen ya! —gritó Harland.

Lucy descendió de un salto, antes de que su esposo tomara la montura y se alejara en la dirección contraria a la que habían llegado.

Poppy pensó en lanzarse con la misma gracia de su amiga, pero fue incapaz. La altura era demasiada para sus piernas cortas. Antes de que fuera capaz de tomar la decisión, sintió un cuerpo duro y cálido en sus espaldas, quien incitaba al caballo a galopar a toda velocidad.

La muchacha profirió un grito ahogado, y se aferró a la montura. Volteó lo suficiente para ver el mentón barbudo de Will sobre ella.

—¿Qué estás haciendo? —Poppy perdió las formalidades en medio de los gritos. El viento azotaba su rostro, y enredaba su cabello.

—Unos maleantes han robado en la casa de los vecinos. Han ido en esta dirección.

—¡Déjame bajar! —gritó la muchacha, aterrada de ser parte del enfrentamiento.

Will cruzó uno de sus brazos contra su cintura para mantenerla en su lugar.

—Si bajas ahora, te desnucaras. Debiste ser más rápida en las caballerizas.

Claro que debió hacerlo. Prefería tener un tobillo torcido, que un agujero de bala en el pecho.

William continuó fustigando al caballo, y si bien iban a toda velocidad, no logró dar alcance a Ernest, quien apenas era visible en las colinas. El hombre gruñó ante su descontento, pero desaceleró la marcha. Poppy no quiso pensar que era su culpa. Si bien había recuperado su peso normal, no era tan pesada. Debía ser por el cansancio del animal, o que la montura de Lucy era un imponente espécimen, mientras el de ella apenas era un viejo jamelgo.

Will aún la tenía aferrada por la cintura, cuando se detuvo y dio la vuelta. Él no parecía notarlo o importarle, pero Poppy comenzaba a ser consciente de su toque. El grosor de su corsé y vestido le impedían sentir su calidez, pero notaba como sus manos grandes y largos dedos abarcaban la profundidad de su cintura con fuerza.

Poppy agradeció que, desde su ángulo, William no pudiera ver cómo sus mejillas se teñían de rojo.

—¿No se suponía que partiría en cuanto llegara el verano?

Ah. Ahí estaba el William Rochester que detestaba.

—Ha ocurrido un cambio de planes.

—¿No se avergüenza de aprovecharse de la bondad de mi hermana?

La muchacha mordió su labio con fuerza, antes de responder.

—No veo por qué he de importarle. No es usted quien me alimenta.

Un corto silencio.

—Si sabe lo que le conviene, váyase.

—¿Es una amenaza? —Poppy se giró contra su pecho. La mano del señor la dejó libre al fin, permitiendo ver cómo sus ojos la evitaban.

—Un consejo, diría yo.

—Pues yo solo acepto consejos de mis amigos, y usted, *señor,* no es uno de ellos.

Will soltó una carcajada seca y poco amable.

—Quizá no debería ofender a quien tiene las riendas de su vida, indudablemente, en sus manos.

—Vuelve a amenazarme —notó ella, volviendo la vista al frente.

William rio, y la vibración recorrió su columna. Acercó su boca al oído de Poppy, como si necesitara susurrar, como si no estuvieran solos a la mitad de la nada.

—Tómelo como desee.

Su voz grave acarició la piel desnuda de su cuello.

—No le temo, si eso es lo que lo entretiene —la voz le tembló un poco al pronunciar lo anterior—. Puede que sea su deporte asustar mujeres indefensas, pero no crea que sus amenazas surten efecto conmigo. No olvide que lo conozco desde la infancia, y no he olvidado sus momentos más vergonzosos.

Will resopló, pero en lugar de continuar con la discusión, hizo que el caballo retomara el galope. Poppy sentía su propio cuerpo rebotar contra la montura y las piernas de Will. Él pareció notarlo también, ya que alejó su ingle de ella.

Al regresar de las caballerizas, el hombre descendió de un salto y se alejó de regreso a la casa. Poppy esperó a que el mozo de cuadras la ayudara a bajar.

—¿Qué pasó? —preguntó Lucy, quien los esperaba a la sombra—. ¿Dónde está Ernest?

—Lo perdí de vista.

Lucy y Poppy esperaron a que el marido de la primera regresara. No tardó, y para su tranquilidad, estaba ileso. Al parecer, había estado cerca de atrapar a los maleantes, pero estos avanzaron a pie hasta una tupida arboleda, impidiéndole el paso a Harland. Tras refrescarse, los tres fueron a la casa de los afectados a expresar su preocupación.

* * *

Semanas más tarde, y aprovechando que William se encontraba fuera del pueblo, Los Rochester, los Harland y Poppy se encontraron en la cabaña de los primeros para una tarde de cartas.

—Señorita Dashwood —llamó el señor Rochester, padre—. ¿Es cierto lo que me contó la señora Floyd? ¿Qué está buscando oficio como institutriz en el condado?

—Sí, señor. Planeo quedarme en Inglaterra en lugar de regresar con mi prima a las colonias.

—¿Lo dices en serio, querida? —preguntó la señora Rochester.

Poppy asintió.

—Creía que estaba al tanto de la partida de la señorita Appleby. ¿No le parece tomar su puesto en el internado? Will no ha encontrado reemplazo en ningún sitio, es por eso que partió a Kingston en busca de alguien, pero no creo que encuentre a una persona dispuesta a trasladarse hasta aquí por la paga.

—Dudo que él desee contratarme. No le agrado mucho, y tampoco tengo la experiencia necesaria.

—Will puede ser quien se encargue del internado, pero soy yo el dueño, querida —respondió el señor—. Usted es como una hija para nosotros, y lo que necesite, no dude en pedirlo. No esperará que, teniendo una plaza disponible para usted, y conociendo lo responsable que es, no se la ofrezcamos.

—Pero, el señor William…

—Él sabrá entender. No puede anteponer su malhumor ante su trabajo y educación de

tantas muchachas.

—¿Aceptaras, querida? —insistió la señora.

Poppy dudó en contestar. Quería decir que no, y arreglárselas por si sola y así evitar tener que ver a Will a diario, y aún peor, trabajar para él. Se imaginaba las humillaciones que sufriría bajo su mandato, debido a todo el resentimiento que él sentía en su contra. No obstante, ¿qué podía hacer? Sus intentos de encontrar una familia a quien servir habían sido infructuosos, y cuando los Rochester le ofrecían la solución a todos sus problemas, no podía negarse.

—Claro que sí, aceptaré el lugar —respondió, con un repentino dolor de estómago.

6

William

Su viaje a Kingston había sido una pérdida de tiempo. La mujer con la que Will se reunió parecía perfecta para el cargo, y a pesar de su avanzada edad, tenía la energía y salud suficiente para ocuparse de las muchachas. Sin embargo, el sueldo le pareció insuficiente.

William lo entendía. Si ella supiera la cantidad de veces que las mensualidades no eran suficientes para pagar su propio sueldo como profesor y administrador. O las veces en que los inviernos eran demasiado inclementes que incluso debía poner dinero de su bolsillo para costear los gastos de la institución.

A pesar de su insistencia, la mujer dijo que no. Y William se vio obligado a regresar sin alternativas y planes para solucionar el problema en que estaba metido. Lo más probable era que debiese abandonar la escuela de varones del pueblo, y concentrarse por completo en el internado, que era en dónde su sueldo nacía. Las muchachas no podían saltarse las clases de ortografía y lectura. Y si bien él no sabía nada de francés, tendría que arreglárselas con algún libro o enciclopedia.

Llegó a la hora del té. El señor Cooper lo recibió en las caballerizas. Este ya se había recuperado de la espalda y retomaba sus ocupaciones de forma usual. Al menos ya no debía ocuparse de cumplir también con sus labores.

Will avanzó a largas zancadas en dirección al internado. Faltaba un mes para el retorno de las alumnas, para soportar el ajetreo y las inacabables jaquecas. Colgaba su morral junto a la puerta de la cocina, cuando vio a Maud. La mujer, un par de años mayor que él, lo miró con los ojos a punto de salir de sus orificios, y huyó del lugar. Aquello fue extraño. Maud era una de las pocas qué sabía lidiar con el malhumor de Will, ¿cómo lo hacía? Ignorándolo. No se ofendía con su tono cortante, ni gruñidos. Era por esto que a él le agradaba.

William lo dejó pasar. Subió las escaleras en dirección a su cuarto. Necesitaba tomar un baño y vestirse con ropa limpia tras su largo viaje. Cruzaba el pasillo del segundo piso, cuando escuchó la risa de la señora Floyd. Aquello no era extraño. La mujer solía recibir visitas, pero lo que llamó su atención era la procedencia de su risa. Esta venía de la abandonada alcoba que perteneció a la señorita Appleby. Will fue hasta la puerta, esperando a que sus problemas se hubiesen resuelto y la señorita hubiera abandonado sus planes en el sur y estuviera de regreso, pero su sorpresa fue mayúscula.

De rodillas en la alfombra, junto a la cómoda, y guardando su ropa en esta, estaba la pelirroja de sus pesadillas.

Poppy Dashwood.

William dio un paso atrás, sin dar crédito de lo que veía.

«¿Por qué esa mujer ocupaba la alcoba?»

«¿Por qué guardaba su ropa en esos gabinetes?»

«¿Por qué estaba ahí?»

Un mareo lo llevó a afirmarse del marco de la puerta.

—¿Señor Rochester, se encuentra bien? —preguntó Maud, reapareciendo en el corredor.

—¿Qué hace esa mujer aquí? —preguntó con los dientes apretados.

—Su padre la contrató… ¿No me diga que encontró reemplazo para la señorita Appleby en Kingston?

El hombre no fue capaz de contestar. Abandonó sus deseos de descansar y bajó las escaleras en dirección a la cabaña de sus padres. Estos le debían una explicación. Por tantos años, él lo había dado todo por ellos, por la institución. Abandonó los planes que su tío tenía para él por mantener el negocio a flote, y ahora era así cómo le pagaban, apuñalándolo por la espalda. Desestimando sus decisiones, contratándola a *ella* de entre todas las mujeres.

* * *

Poppy

—Señorita Dashwood —dijo Maud, entrando sigilosamente en su nueva alcoba. Era una habitación pequeña, pero mucho mejor que la que tuvo con los Carmine. Las paredes estaban adornadas por un papel tapiz blanco, con vides en distintos tonos de verde. Contaba con una cama de doseles, algunos muebles para su vestimenta, una mesita con dos sillas, y lo mejor de todo, vistas hacia el bosque—. El señor Rochester ya llegó.

Tanto Poppy como la señora Floyd parecieron alerta por la noticia.

Apenas esa mañana se trasladó al internado, bajo la insistencia del señor Rochester padre. Ella hubiera esperado a tener también el visto bueno de Will, pero en parte deseaba ver su reacción. No obstante, sería un bodrio trasladar sus cosas de regreso con los Harland si las cosas no resultaban.

—¿Parecía molesto? —se atrevió a preguntar la muchacha.

—Muchísimo. Lo vi aquí, junto a la puerta. Parecía descompuesto. De inmediato hizo el camino a casa de sus padres.

—Creo que deberíamos dejar de desempacar.

—Por supuesto que no, Poppy querida —dijo la señora Floyd—. Él podrá no estar de acuerdo con las decisiones de su padre, pero jamás se atrevería a desafiarlo. Además, le guste o no, contratarla es la decisión más sensata. ¿Por qué iría hasta la costa por una institutriz habiendo una disponible justo aquí?

Poppy sabía la respuesta.

—Es extraño. Will es brusco y hostil, pero jamás se había comportado así con nadie. Actúa como si la odiase. —comentó Maud.

—Supongo que puedo imaginar por qué —contestó la señora Floyd.

La pelirroja se congeló en su puesto.

—Es evidente, ¿no? De seguro, el señor Rochester estaba enamorado de la señorita Appleby, y es por eso que no quiere que Poppy ocupe su lugar. En caso de que ella desee regresar.

El frío en Poppy se extendió hondo, hasta sus huesos.

—No lo sé, señora Floyd —dudó Maud—. Ellos jamás fueron cercanos.

—La otra opción es que él esté enamorado de la señorita Dashwood, pero me parece más ilógico aún.

—¿Todas sus teorías se basan en el amor? —se atrevió a preguntar Poppy—. ¿Y si él me odia solo por deporte? Tal vez hice algo mal antes de partir con mis tíos, y su resentimiento no hizo más que crecer con los años.

—No diga sandeces, señorita Dashwood.

Las mujeres continuaron planteando teorías, cada una más alejada de la realidad. Poppy

guardó su ropa y meditó su decisión una vez más. Estaba segura de que Will haría de su situación un infierno, pero ella ya tenía experiencia. Ya no importaba su comodidad, sino su supervivencia. Trabajaría allí, y se esmeraría en ello, pero no cerraría las puertas a nuevas oportunidades. Su situación era delicada, estaba de pie sobre hielo delgado.

* * *

—Poppy. Digo, señorita Dashwood —se corrigió Maud. La preocupación era palpable en su tono —, el señor Rochester ha regresado, y quiere verla en su despacho.

La joven se puso de pie y desempolvó su vestido. Respiró hondo. El momento había llegado. Sería un ejemplo de mujer, centrada, modesta y responsable. Todos le aseguraron que William no solía mezclar sus asuntos personales con el trabajo, y esperaba que fuera así. Poppy siguió a Maud escaleras abajo. Ninguna dijo nada.

Las paredes, que por tanto tiempo habían sido quienes la protegieron de la lluvia y el frío, ahora se cerraban a su alrededor. Poppy comenzaba a creer que fue un error aceptar el empleo.

Junto a la biblioteca, una puerta abierta las esperaba. El mismo despacho que perteneció a su padre, ahora ocupaba Will. En cuanto entró, el olor a polvo y libros la golpeó en la nariz. Era evidente que la habitación necesitaba limpieza y ventilación. La ventana tras el escritorio estaba cerrada, y la cortina apenas dejaba entrar una columna del sol de media tarde.

En cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguió mejor la silueta encorvada de Will, sentada en su escritorio. Era evidente que los muebles no fueron diseñados para alguien de su altura.

Él no levantó la mirada cuando ella entró.

—Puede regresar a sus labores, Maud —ordenó él—. No se moleste en permanecer tras la puerta, escuchando lo que no le atañe.

—Sí, señor.

Poppy dudó qué hacer. Este no le ofreció sentarse cuando estuvo frente al escritorio. Se sentía tiesa, como si cada extremidad pesase una tonelada.

—Señor Rochester… —comenzó Poppy, pero fue interrumpida por el mismo.

—No sé qué tanto le habrá dicho mi padre sobre el puesto, así que permítame ponerla al día —William levantó la vista hacia ella, pero sin observarla en absoluto—. Este es un trabajo demandante y mal pagado. Deberá trabajar de lunes a domingo, tres horas diarias con las muchachas del grupo de las mayores, y dos más con las menores.

» Por las tardes, deberá supervisar el trabajo de ambos grupos en la biblioteca. Los sábados se espera que pueda enseñarles algo de sus conocimientos personales, como jardinería o el manejo de algún instrumento. Si no posee ninguno, deberá ayudar a las muchachas con las actividades de confección y arreglos florales dictadas por la señora Floyd y mi madre.

» Los domingos también colaborará con el orden de las muchachas ida y vuelta de la iglesia. Después de eso, tiene la tarde libre. —Will se detuvo por un segundo, volviendo la vista a los papeles frente a él. No, no estaba buscando algo que agregar. Alejó la vista porque daba la conversación por terminada—. ¿Está todo claro?

Poppy apenas tuvo tiempo de asentir. Él hablaba rápido, como si tuviera todo aquello ensayado. No obstante, no distaba de lo que su padre le había informado a la joven, al ofrecerle el trabajo.

—Por último, su salario será de veinte libras anuales. No se le cobrarán aparte el alojamiento, las comidas ni la lavandería.

—Entendido.

William le sostuvo la mirada por un instante. Poppy habría jurado que él se preparaba para decirle algo, algo fuera de su estudiado discurso, pero las palabras no dejaron su boca.

—Si no tiene ninguna duda o demanda, puede retirarse.

Poppy dio un paso atrás. Aun tensa, en estado de alerta.

No fue ni la mitad de malo de lo que pensó que sería. El sueldo era poco, incluso menos de lo que ganaba con los Carmine, pero no le importó. Era suficiente para arreglárselas por un tiempo. Poppy no tenía ningún vicio o pasatiempo que drenara sus ahorros.

La joven dejó el despacho, y fue al jardín, donde sabía que encontraría a la señora Floyd, con un libro en sus manos. La puso al tanto de lo ocurrido.

—¡Es maravilloso, entonces se quedará!

Las manos cálidas de la señora Floyd le aportaron más contención de la que hubiera recibido en mucho tiempo. Por un momento, Poppy deseó poder desempolvar los recuerdos del tacto de su propia madre, pero le fue imposible.

Estaba hecho. Tenía empleo, techo y una cama donde descansar. Sí, tendría que compartir techo con el mismísimo William Rochester, soportar su resentimiento y odiosidad, por ¿cuánto tiempo? ¿Semanas, meses, años? Era el precio que debía pagar para mantenerse segura. Era curioso, que las paredes que la protegieron siendo una niña, volverían a hacerlo de adulta.

SEGUNDA PARTE

El internado del señor Rochester

7

Poppy

Su primera semana de regreso en el internado no fue fácil. Cada mañana, Poppy debía reunir todo el coraje que le fuera posible antes de bajar a desayunar y enfrentar el día. No lograba acostumbrarse a la presencia lúgubre y oscura de Will. Y aunque él no estuviera cerca de ella, lo sentía en los huesos a cada momento. Tal vez nunca se adaptaría a tenerlo cerca, y siempre viviría en un constante estado de alerta, como un conejito frente a un lobo hambriento.

La joven se encontraba tan perturbada por su presencia, que no tardó en reconocer sus pasos, incluso sobre alfombras. Por las mañanas, ella dormitaba cuando lo escuchaba dejar su habitación. Sus zancadas largas y pesadas hacían vibrar las maderas del pasillo, con un ritmo similar al de la marcha fúnebre. A la joven se le erizaba la piel al darse cuenta de lo cerca que estaban, qué estarían por un largo tiempo. William Rochester, su alguna vez prometido, durmiendo en la habitación principal, al otro extremo del corredor, a tan pocos metros, tan escasos pasos de distancia. Poppy aún no entendía como fue tan dócil para aceptar la propuesta de trabajar junto a él.

Esa mañana, cuando la muchacha al fin estuvo preparada para bajar a desayunar, se encontró con él, Maud y la señora Floyd en el comedor. La estancia le traía recuerdos de su infancia ahí, de las mesas repletas de niñas, aroma a pan recién horneado, de tantas voces y tantas risas. Ahora, Poppy no ocupaba la banca junto a la ventana, sino la mesa asignada a los maestros. Las animadas voces fueron reemplazadas por la porcelana tintinear a manos de la señora Floyd, los pasos de Maud en la cocina y el silencio de Will.

Él y Poppy no habían vuelto a hablar desde la tarde en su despacho. La joven prefería aclarar sus dudas respecto al internado con su antigua maestra, Edith Floyd, quien también la ayudaba a organizar las clases que preparaba para el regreso de las alumnas.

Poppy estaba ansiosa y nerviosa en partes iguales. Jamás contó con una audiencia para sus enseñanzas. Con los Carmine, se acomodaban en el piso de la sala de juegos de los niños, y ojeaban libros mientras ella les instruía el tema de la lección.

Extrañaba a Alice y al pequeño Aaron.

Ellos no tenían la culpa de lo ocurrido. Le dolía saber que, si no hubiera sido tan impetuosa, aún podría estar con esos pequeños. Quizás hubiera sido mejor que traicionara su ética y a sí misma por ellos, en lugar de huir de su vida en Canadá.

—Señorita Dashwood, le ha llegado una carta desde París —anunció Maud, limpiando su mano libre en la tela de su delantal.

Poppy se levantó de un salto a encontrarla, lo que atrajo la mirada de William. A penas tuvo tiempo de notar como él fruncía el ceño. La joven contuvo las ganas de tomar el sobre y olerlo. No sabía por cuantas manos había pasado la pieza de papel desde que dejó las de su prima.

—¿Quién le escribe, Poppy querida? —preguntó la señora Floyd, mientras untaba crema en su scone.

—Es mi prima, la señora Evans —contestó, rasgando el sobre. Dentro, la misiva era corta y precisa. La joven leyó con rapidez, antes de soltar un chillido de emoción y volver a la mesa—.

¡Sí, vendrá! Dice que la próxima semana estarán de visita en Thorne.

—Me alegro por usted. Podrá ver a tu prima antes de que regrese a Canadá.

La sonrisa de la muchacha se esfumó. Cuando Minnie volviera a Terranova sin Poppy, sus tíos sabrían que ella no regresaría jamás, al menos por cuenta propia.

—¿Qué ocurre, querida?

La pelirroja negó, haciendo que su cabello se alborotara alrededor de su rostro.

—Nada… —mintió—. Es solo que la extrañaré cuando pase.

* * *

William

Era la tercera noche que Will soñaba con la insufrible mujer frente a él. Antes de que regresara a Thorne, esta aparecía en sus pesadillas, pero no con mucha regularidad, y por supuesto que no a diario. En el último sueño estaban de regreso en el caballo, la tarde en que los forajidos atacaron la mansión vecina a la de los Harland. La tenía a ella entre sus piernas, con sus caderas anchas y cintura estrecha. Sentía sus manos arder por sujetarla y atraerla hacia él, la suavidad de su culo contra sus piernas y las hebras de su cabello flotando a su alrededor, provocándole comezón en el rostro. Incluso despierto y a metros de ella, olía aquel aroma acaramelado inundar sus sentidos.

Debido a esto, William se encontraba más tenso y malhumorado de lo normal. Los malos ratos y conflictos que la mujer ocasionó entre él y su familia en los últimos días justificaban lo mucho que pensaba en ella. Su mente lo malinterpretó. Él no la deseaba en absoluto. Lo único que sí deseaba, era que ella se mantuviera tan lejos como era posible de él.

—Señor Rochester, ¿escuchó lo que la señorita Dashwood dijo?

El aludido levantó la vista de su lectura. Había dejado de leer varias páginas atrás, pero con un libro en mano evitaba ser parte de la conversación, y también servía como barrera entre ambos.

—No —respondió, mirándola por un momento. El contraste de sus ojos oscuros, y piel clara siempre atrajo su atención…

«Basta».

—Le preguntaba si está bien que mi prima y su esposo pasen a conocer el internado —preguntó la muchacha.

A Will le resultaba gracioso lo diferente que actuaba ella cuando se dirigía a él, que al resto de las personas. ¿Acaso le temía? ¿No había dicho unos días atrás que no era así? ¿Qué ella conocía vergüenzas de su pasado para utilizar en su contra? *«No era otra cosa que una criatura mentirosa, embustera»*—pensó Will. La única vergüenza en su pasado era cuando le rogó que fuera su esposa.

Will se regodeó en la incertidumbre que cruzaba el rostro de la mujer, mientras la hacía esperar por su respuesta. Se preguntaba qué diría o haría si le decía que no, pero no lo hizo. Tal vez, ahora que su prima vendría de visita, la convenciera de regresar a Canadá con ella. Así acabarían parte considerable de sus problemas.

—Que vengan, si así lo desean. Pero los refrigerios corren por su cuenta. No estamos en condiciones de alimentar a extraños.

—Sí, señor. Muchas gracias —respondió. Era obvio que dicho agradecimiento también era falso.

* * *

Poppy

Como cada tarde, Lucy apareció en la entrada del internado, esta vez acompañada de Aspen e Ivy. Desde que Poppy dejó su hogar, la morena la visitaba casi a diario. Y cómo en cada ocasión, la pelirroja dejaba todo de lado por acompañarla, derrochando preciadas horas de preparación para el inicio de clases. No le molestaban sus visitas, al menos por el momento. La señora Floyd era agradable, pero ambas ya habían agotado los temas de conversación. También, Lucy traía chismes y refrigerios para amenizar la tarde.

Tomando una cucharada del sorbete de crema y vainilla, que una de sus sirvientas preparó, Lucy comenzó con su repetitivo interrogatorio.

—¿Cómo te adaptas? ¿Estás segura de que no quieres regresar a la mansión? Estaba pensando en que podrías venir a diario en la calesa desde Harland. No sería un problema en absoluto. Yo apenas la uso.

—Lucy, no haces otra cosa que insistir en ello. Ya te dije que estoy bien. Vivir aquí no es tan terrible como lo imaginas. Asimismo, viajar a diario sería un inconveniente para todos.

Según el itinerario que ideó, tenía su día repleto de tareas, y perder casi una hora de viaje a diario saldría directamente de su horario de descanso.

—¿Y William? ¿Sigue siendo desagradable contigo?

—No —respondió con honestidad—. La verdad es que ha sido más que civilizado.

Lucy estrechó la mirada.

—Es cierto —agregó la señora Floyd—. Me he encargado de estar muy atenta al señor Rochester. Sigue siendo el mismo ser huraño que ha sido desde hace tiempo, pero al menos no ha dicho nada fuera de lugar. Incluso sus gruñidos han cesado.

—Es cosa de que se acostumbre a Poppy para que retome sus malos hábitos.

La señora Floyd estuvo de acuerdo.

—Ya lo conocerá mejor cuando comiencen las clases, Poppy. Sus frecuentes dolores de cabeza lo mantienen tan irritable como un oso en primavera. La señorita Appleby y yo intentábamos no incordiarlo en absoluto.

—¿Desde cuándo se volvió así? Recuerdo que cuando éramos jóvenes él era… agradable.

—No podría decirle la fecha exacta, Poppy querida —respondió la anciana entre cucharadas de helado.

—Fue un cambio progresivo. Will vivió por unos años en Edimburgo con nuestro tío, y a cada visita llegaba más huraño. Mi madre dice que mi tío le contagió los modales, que el aire en Escocia es tan frío que los marchita.

«Así que había sido su tío el causante» —pensó Poppy. Aquello le quitaba la culpa de encima, ya que no fue ella la autora de tanta amargura, sino alguien más. Al fin y al cabo, en una década ocurren muchas cosas. Ella era en quien se convirtió, no a causa de Will. Sí, pensó en él seguido, quizás demasiado, pero las decisiones y caminos a los que llegó fueron creados por sus circunstancias y las de su familia, no las de su infructuoso romance juvenil.

—Alguien llegó a casa preguntando por ti, Poppy —Lucy le dio un ligero toque en las costillas para llamar su atención.

—¿Sí?

—¿No quieres adivinar quien fue?

Poppy repasó su lista de conocidos, e imaginó quien pudo no enterarse de su reciente

contratación.

—Te está tomando mucho tiempo, Poppy. Fue Thomas Lackenby, por supuesto. Su hermano y él vinieron a visitar a Ernest ayer por la tarde. Apenas hubo puesto pie en la sala, inquirió acerca de ti.

—¡Un pretendiente! ¡Qué maravilla! —exclamó la señora Floyd.

—El señor Lackenby no me pretende… —la joven no pudo esconder el rubor de sus mejillas—. Hicimos buenas migas, eso es todo.

—Yo diría que mucho más. Le he dicho que aquí puede encontrarte, y prometió escribirte.

Aquello no le gustaba en absoluto. No era nada en contra del muchacho. Las veces en que hablaron, él fue muy encantador y pese a la diferencia de sus circunstancias y edad, lograron empatizar. Sin embargo, un pretendiente no era lo que Poppy buscaba. Debía concentrarse en su trabajo. No podía darle excusas al señor Rochester de estar incumpliendo con su empleo. Y aunque quisiera sepultar el hecho en el fondo de su mente, no quería ser cortejada por alguien viviendo bajo el mismo techo de su antiguo prometido. Solo complicaría las cosas para ella.

—Lucy —se quejó la joven—, por favor, no hagas de esto algo que no es. No estoy en busca de un pretendiente, ni nada parecido. Tengo mucho trabajo del que ocuparme aquí.

La mujer rodó los ojos.

—Él ha preguntado y yo he respondido. Eso es todo, Poppy Dashwood. Si él se enamora de ti, o tú de él, yo no tengo nada que ver.

¿Cómo podría decirle Poppy a su amiga que llevaba años sin enamorarse? ¿Qué su corazón tenía espacio reducido para el amor, y qué fue ocupado por un hombre a quien ya no reconocía?

—Es hora de que regrese a casa —Lucy se puso de pie con rapidez, y llamó a los niños, quienes jugaban con uno de los perros.

—Lucy, no quise ser desagradable…

—Déjalo, Poppy —la interrumpió—. Tienes mucho que hacer aquí, no necesitas que venga a distraerte de tus labores.

La pelirroja los acompañó hasta la calesa, sin decir nada, ya que su amiga fingía estar preocupada por el vestido manchado de Ivy.

—Minnie y su esposo estarán aquí la otra semana. Ella preguntó por ti, dijo que quiere verte —mintió Poppy. Su prima si le preguntaba seguido por su amiga, pero no la mencionó en su última misiva.

Lucy volvió a observarla, considerando qué tan molesta estaba con ella para responderle. Su mirada azul no era igual de gélida que la de su hermano.

—¿Vienen en tren? Podríamos ir por ellos a la estación —Lucy le dio un rápido apretón de mano antes de partir. Era un alivio saber que la amistad entre ambas era tan firme, que una discusión como aquella no tenía el poder de separarlas.

* * *

Poppy paseaba de un extremo al otro de la estación. Los mismos veinticuatro pasos ida y vuelta. No era tanto una estación, sino más bien una parada, al norte de Thorne. Aun así, la joven utilizaba la extensión del andén para aplacar su nerviosismo. Sus pasos repiqueteaban en la piedra húmeda, debido a la fina llovizna veraniega que las rodeaba.

—No desesperes, ya llegaran. Solo llevan unos minutos de retraso —Lucy la consoló,

sentada cómodamente en una de las bancas de la estación, con su cochero a unos metros de distancia. La mujer vestía de azul claro, cómo el cielo veraniego cuando este no estaba sepultado entre gruesas nubes grises.

Desde su última visita, en que ambas se hablaron con dureza, todo continuaba con naturalidad. No era la primera ni la última de sus discusiones, pero preferían dejar esas ligerezas de lado. Esa mañana, Lucy la pasó a buscar en su carruaje, para recorrer el barroso camino hasta el pueblo, donde esperarían a los Evans para llevarlos a su hotel.

—Tengo que ocuparme en algo. No soy buena esperando —respondió Poppy, quien no detenía su marcha.

—No te conocía este lado impaciente, Poppy.

—Ni yo. Rara vez tengo algo por lo que esperar.

En ese momento, vio el hilo de humo resaltar en las nubes oscuras.

«¿Podría ser?» pensó, y pocos minutos después lo confirmó. Los únicos en bajar en la parada de Thorne fueron sus primos. Mientras Max se ocupó de contar la media docena de maletas y un par de baúles, Poppy se abalanzó sobre su prima.

—Te extrañé mucho —repitieron ambas, abrazándose con fuerza frente a la entrometida mirada de los pasajeros del vagón.

—No sé qué haré sin ti en Canadá, Pops —dijo Minnie, sin ánimos de soltarla—. Debiste venir con nosotros a Francia, así al menos podría haberte visto por más tiempo antes de regresar.

—Pero vendrán a visitarme, lo prometieron, ¿cierto, Max?

—Por supuesto, Poppy.

El tren retomó su camino, con un ensordecedor rugido. La pelirroja volvió a presentar a sus dos mejores amigas, con quienes podía pasar horas hablando de la otra.

—Es como si ya la conociera —comentó Minnie, y Lucy estuvo por completo de acuerdo.

* * *

Los Evans se quedarían en Thorne por cinco días. Para Poppy esto resultaba absurdo, insólito, ¿cómo se suponía que cinco días pagarían por la ausencia de meses de su prima? El verano apenas iba por la mitad, aunque bajo las pesadas nubes no lo pareciera.

Si bien detestaba tener que separarse de su única familia de forma tan súbita, lo entendía. Cuando el otoño arribara, las tormentas transformarían el océano en una bestia aún más peligrosa y difícil de cruzar para su regreso. Era mejor que partieran mientras el Atlántico se mantuviera apacible.

Tras acomodarse en su hotel, todos se trasladaron a la mansión Harland, donde Minnie deleitó a las mujeres con sus experiencias en Francia. Poppy escuchaba sus historias imaginando cada edificio, cada salón y parque, maravillándose con la potencia de su imaginación. Esperaba algún día conocer esos parajes, y pintarlos no desde sus fantasías.

Lucy también escuchaba con atención, mirando de vez en cuando con desdén a su esposo, por su inflexible decisión de no dejar Thorne ni siquiera en los meses de verano.

Era interesante ver como sus dos amigas, quienes provenían de diferentes clases, terminaran el mismo lugar, en cuanto a bienestar y comodidad. Minnie nació en una familia mercante de clase media quienes, gracias a los negocios de su padre, ascendieron hasta codearse con las mejores familias de Canadá. Por el contrario, en el pasado, los Rochester fueron una familia incluso más imponente que los Harland, pero que por desgracia lo perdieron casi todo.

Lucy creció casi tan pobre como Poppy. No obstante, su apellido, modales y belleza le permitieron llegar hasta donde estaba.

—¿Cuándo podremos conocer el internado, Pops? —preguntó Minnie.

Maxwell y Ernest estaban en algún sitio de la mansión, repasando las obras de arte adquiridas por los Harland durante las décadas. Mientras tanto, las mujeres se trasladaron a una mesa del jardín, donde bebían limonada y comían los bocadillos.

—Ya le pregunté al señor Rochester, y dijo que podían ir.

—¿En serio? ¿Y él estará ahí? —preguntó Minnie con un tono que dejaba entrever segundas intenciones.

Poppy dio un puntapié bajo la mesa a su impertinente prima, para recordarle que Lucy no sabía lo ocurrido entre su hermano y su mejor amiga.

—No estoy segura…

—Maxwell quiere hacer una donación. Le conté que reciben muchachas de la zona que no pueden pagar la tuición, y quiere ayudar.

—Eso sería muy amable de su parte —agradeció Lucy—. Antes, el internado recibía donaciones de la mayoría de las grandes familias de la zona, pero desde que mi hermano está al mando, ha dejado de lado las visitas sociales y estos parecen haber olvidado sus aportes.

—Eso es terrible. Me aseguraré de que Maxwell lo sepa —dijo Minnie con una elegancia antinatural para su corta edad—. Entonces, ¿está bien que mañana traslademos la reunión al internado?

* * *

Poppy tomaba desayuno con la vista clavada en William. Buscaba la mínima oportunidad que tuviera, para hablar con él y avisarle que su prima la visitaría ese exacto día. Estaba atenta, quizás demasiado, a cada uno de sus movimientos. Veía cómo la tela de su chaqueta se adhería a los músculos de su brazo cada vez que levantaba la taza a su boca, la forma en que sus ojos grises examinaban con rapidez los párrafos que leía, e incluso el suave y constante movimiento de su pecho al respirar.

Era odioso. Él podía lucir mayor, pero no por eso menos atractivo de lo que había sido.

Will bajó el libro, dispuesto a ponerse de pie tras terminar de desayunar.

—¡Señor Rochester! —llamó Poppy, con demasiada intensidad. La joven se aclaró la garganta y lo intentó otra vez—. Señor Rochester, quería hacerle saber que hoy mi prima y su esposo estarán de visita en el internado.

—Ya me había dicho.

—Sí, solo deseaba que lo tuviera presente, para que no se llevara ninguna sorpresa.

—Está bien… —Will hizo el amago de ponerse de pie.

—Señor Rochester —volvió a llamar la joven—, he terminado el plan de estudio de las jóvenes, y me preguntaba si le gustaría revisarlo, o agregar algún tema en particular.

Algo más profundo que la sorpresa brilló en los ojos del hombre.

—¿Siguió el esquema de la señorita Appleby? —preguntó de forma atropellada—. De ser así, estaría todo correcto.

—Lo seguí, pero también agregué ciertas áreas que podrían facilitar la comprensión de temas complicados.

Will suspiró con fastidio, lo que casi sonó como un gruñido.

—Está bien, lo verificaré por la tarde.

—¿Saldrá? —preguntó la joven, en un arrebato. Estaba nerviosa por la visita de su prima, y esperaba que ella y Will no tuviesen que cruzarse.

Si no tuviera una gruesa barba cubriéndola, a Poppy le pareció que Will apretó la mandíbula. El señor masculló un áspero «sí», y retomó su rumbo.

* * *

Los Evans llegaron a media mañana en el lujoso carruaje que rentaron del hotel. Minnie vestía de rosa pálido, color que realzaba su cabello arena y piel dorada, teñida por su acalorada luna de miel en el sur de Francia.

Maxwell permaneció en la biblioteca, acompañado por la señora Floyd, ansiosa de entretenerlo mientras Minnie y Poppy subían a conocer la pequeña habitación de la última. No había mucho que ver, por lo que apenas entraron, Minnie depositó el paquete que traía sobre la cama.

—Ábrelo —le ordenó con dulzura.

—No tenías por qué, Minnie —Poppy acarició la caja de cartón con cuidado—. El vestido a rayas que me enviaste fue un regalo de lo más bondadoso, pero ya no necesito otro. Deberías ocupar tu dinero en consentirte a ti misma.

—Ya tengo todo lo que necesito —le restó importancia la rubia—. Además, sé que no pude empacar todas tus cosas antes de partir, así que me ocupé de reponer algunos objetos importantes.

Poppy dudó un momento. Minnie la conocía bien, mejor que nadie actualmente, y ambas compartían el gusto por los vestidos, incluso cuando la pelirroja no podía permitírselos. Es por esto que Poppy en ningún momento dudó que se tratara de algún tipo de prenda.

Levantó la tapa de cartón, y retiró el papel de seda que cubría un particular maletín de madera. Estaba grabado con sus iniciales en letras doradas: P. E. D.

—¿Qué es?

—Bueno, no es un vestido, ¿verdad?

Con el labio inferior entre sus dientes, Poppy tomó el maletín para ubicarlo sobre sus rodillas y lo abrió. Su respiración quedó atrapada dentro de su pecho. Sí, era el más ambicioso de sus sueños ahora materializado en sus manos. Acuarelas, en al menos treinta pastillas de colores, barras de carboncillo, plumas, borradores, paletas de mezclar, pinceles, compases y más.

—Minnie, no debiste… —la voz se le entrecortó, pero no podía despegar la vista del regalo—. Te lo agradezco, te lo agradezco mucho.

Tras estudiar el contenido una y otra vez, Poppy dejó el maletín junto a ella y abrazó a su querida prima.

—Sabía que te gustaría. Max insistió en que te lo enviara lo antes posible, pero soy egoísta y quería ver tu reacción cuando lo abrieras.

—No sé cómo retribuir todo lo que has hecho por mí, Minnie.

—Poppy, no hay nada que retribuir. Max y yo queríamos darte algo que te hiciera recordarnos, y que te devolviera las sonrisas. Sé que debiste abandonar muchas cosas para poder escapar, y fuiste muy valiente al hacerlo.

—Fui una cobarde.

—No es así, Poppy. Cualquiera en tu situación se hubiera resignado a esa vida amarga, pero tú fuiste lo suficientemente valiente para huir, ya que ese no era tu lugar.

—Mi sitio es junto a mi familia, y los defraudé de forma irremediable.

—Mis padres lo superarán. Tal vez tarden en hacerlo, pero se darán cuenta de qué lo que hicieron estuvo mal —Minnie tomó el rostro de su prima entre sus manos—. Y si es por verte feliz otra vez, me alegra que hayas huido, y no dudes por un segundo que te ayudaría a hacerlo todas las veces que hiciera falta.

8

Poppy

El recorrido del internado estuvo a cargo de la señora Floyd, quien estaba al tanto de las mejoras y cambios en el lugar. El grupo la siguió, mientras Poppy añadía anécdotas que iba recordando al avanzar; como la vez en que un grupo de alumnas, entre ellas la pelirroja, bajaron a medianoche por pan y mermelada, y en un arranque de curiosidad, terminaron en el sótano, al confundir la puerta de la alacena en la oscuridad.

A pesar de la incomodidad inicial que sintió al retornar, Poppy cada vez se sentía más como en casa. Aunque asfixiante y polvoroso, el internado fue su hogar por nueve años, años que incluso superaban los que llegó a vivir en casa de sus fallecidos padres. Las alfombras azules de los corredores, y las paredes recubiertas por paneles de madera cálida, resultaban acogedoras, evocadoras de tantos recuerdos de infancia.

—Y este es el invernadero, por supuesto —anunció la señora Floyd, tras llevarlos a través de los jardines. La estructura de metal y cristal capturaba la luz del sol, sus rayos dorados se filtraban en el interior, calideciendo e iluminando la atmósfera perfumada de tantas flores y plantas—. Cultivamos gran parte de los vegetales y flores que utilizamos en el internado. Aquí imparto mi clase de arreglos florales los sábados. Clase donde la señorita Dashwood se ofreció a ayudar.

—Olvidé mencionarlo, señora Floyd, pero estaba pensando enseñar algo diferente, ahora que mis amigos me han obsequiado pinturas y material de arte.

—Maravilloso, opino que a las niñas les gustaría mucho aprender de arte —respondió la señora, sorprendida por el cambio de planes y tal vez algo molesta.

—Si el tiempo me lo permite, también quiero continuar ayudándola con el cuidado de las flores —se excusó Poppy.

—Está bien, querida. No se preocupe. La señora Rochester también se ocupa del invernadero los fines de semana. Nos sobrarán manos.

Una vez terminado el recorrido completo de la mansión y los alrededores, regresaron a la biblioteca, donde la señora Floyd se excusó. Al parecer, tenía planes con su buena amiga, la señora Scott, de camino al pueblo.

—Interesante mujer, tu antigua maestra —comentó Minnie, siguiendo a la misma con la mirada mientras se alejaba por el corredor hacia las escaleras.

—Es evidente que no se lleva bien con extraños —bromeó Maxwell, ganándose un golpe en el brazo por su esposa.

—La señora Floyd ha sido de gran ayuda estas semanas.

Poppy sentía tremenda gratitud hacia la mujer, no sabía que hubiera sido de su estadía allí sin ella.

—Al fin tengo oportunidad de preguntar, Pops. ¿Cómo te sientes al trabajar con tu antiguo pretendiente?

Poppy estudió sus alrededores, asegurándose que no estuviera alguien cerca para oír su conversación. La biblioteca tenía las puertas entreabiertas, pero sabía que Maud había ido al pueblo, la señora Floyd se preparaba para salir, y Will no se encontraba desde la mañana. Los

únicos testigos eran los retratos y tomos adornando las paredes y libreros.

—Me siento tensa, constantemente, pero admito que es tolerable. Él me evita tanto como puede, y yo se lo agradezco.

—¿No ha traído a colación el tema? —Volvió a preguntar Minnie, quien puso al tanto de la situación a su esposo, con el permiso de la pelirroja.

—No, intenté disculparme, pero él no estuvo de acuerdo en aceptar. No sé dónde nos deja aquello. Supongo que ninguno de los dos imaginó que terminaríamos trabajando y durmiendo bajo el mismo techo, por lo que nuestra enemistad continúa patente.

—Se odian, entonces.

—Él a mí sí, sin embargo, Will no ha hecho nada que alimente mi odio hacia él. Puede ser desagradable, pero parece ser así con todo el mundo. Tendría que hacer algo particularmente retorcido para lograr que yo comparta dicho sentimiento.

* * *

William

Will retornó al internado después de un corto almuerzo en casa de sus padres. Estos, como siempre, lo fatigaron con su buen humor y energía, pero sin ofrecerle el tipo de entretenimiento que el hombre buscaba. Se sentía inquieto, deseoso de aire fresco, deporte y distracción. Tal vez Ernest estuviese disponible para una tarde de tiro o cabalgata, o lo que fuera que se le ocurriera para alejarlo de sus pensamientos.

Eran diversas las preocupaciones que corroían su mente incluso en tardes soleadas de verano como aquellas. Comenzando por las misivas recibidas dicha semana, donde le fue anunciado que tres de sus alumnas no continuarían en el internado. Sus finanzas se desplomaban de manera estrepitosa, y siendo orgulloso, no se atrevía a buscar la ayuda de su padre. No obstante, prefería recurrir a este, en lugar de a su tío.

William caminó de regreso al internado, deteniéndose en las caballerizas, donde consideró si era pertinente salir en busca de entretenimiento o continuar ideando un plan para sacar a flote la fuente de trabajo de su familia. La última era la opción más inteligente. Al cruzar las puertas de la mansión, este se sorprendió por las voces extrañas provenientes de la biblioteca, tal parece, se desacostumbró al frecuente bullicio. No tardó en recordar que cierta mujer recibía visitantes aquel día.

No era intención de Will escuchar conversaciones ajenas, pero su despacho quedaba junto a la biblioteca, y las puertas de esta se encontraban convenientemente abiertas.

—¿Cuándo podremos conocerlo? —preguntó una voz femenina, desconocida. Will asumió que debía tratarse de la prima.

—Esta mañana le advertí que vendrían a visitar el internado —respondió Poppy—. Por lo que dudo que Will se aparezca por aquí.

«Will» se repitió el mismo. Era extraño escucharla pronunciar el diminutivo de su nombre. ¿Cuántos años habían pasado desde que escuchó su nombre dejar esos labios? Y, ¿se atrevía a llamarlo *Will*, de manera tan informal, mientras él ni siquiera se atrevía a pronunciar las cinco letras de su nombre?

—¡Poppy! ¿Por qué hiciste eso?

William se encontraba tan absorto que no notó al hombre que lo observaba, sentado en el apoyabrazos de uno de los sillones. Tampoco notó como el mismo les advertía con un disimulado gesto de su presencia.

Segundos después, escuchó los pasos livianos de una mujer acercarse a la puerta.

—Señor Rochester —llamó Poppy, con el rostro tan rojo como su cabello.

La menuda mujer avanzó hasta él, seguida de una joven alta y rubia y el hombre que debía ser su marido—. Me gustaría presentarle a mi prima Minnie, y a su esposo, el señor Evans.

—Un placer —respondió Will, con el tono serio y tosco que guardaba para extraños.

—Señor Rochester —dijo la rubia, cuyo nombre ya olvidó—, permítame felicitarle por su encomendable labor, y a su familia por tratar tan bien a mi prima durante sus años viviendo aquí.

—Gracias —Will dudó un momento. Sabía que era de buena educación devolver el halago, pero no se le ocurría nada. No solía prestar suficiente atención a la conversación de la pelirroja con su anciana maestra para recordar siquiera un detalle acerca de su familia, fuera de su residencia en Canadá.

—El señor Rochester es un hombre de pocas palabras —lo excusó la señorita Dashwood.

«¿Por qué sentía la necesidad de defenderlo? ¿Acaso se avergonzaba de su carácter huraño?»

—Eso parece —sonrió la rubia, mirando de manera particular a su prima, como si ambas compartiesen una broma íntima, que de alguna forma lo incluía.

—¿Podría hablar con usted en privado, señor Rochester? —preguntó el esposo de la rubia, con tono solemne y una voz más profunda de la que esperó—. Es un tema de negocios.

Will asintió.

—Claro, acompáñeme —hizo una tiesa cortesía, y se alejó de las mujeres. Abrió la puerta a su polvoroso despacho. Cómo no había estudiantes, no se molestaba en cerrar la puerta con llave. Antes de ubicarse en su chirriante silla, le indicó al joven que tomase asiento frente al escritorio, repleto de documentos, libros y kilos de polvo.

—Cómo ha dicho antes mi esposa, Poppy nos ha contado sobre el gran trabajo de su familia en el internado. ¿Es cierto que aceptan jovencitas que no pueden permitirse pagar una plaza?

Will entornó la mirada. Estaba acostumbrado que los demás la llamaran por su nombre de pila, sin embargo, le resultaba extraño que un individuo, para el desconocido, lo hiciera de forma tan despreocupada.

—Así es. Son muchachas del pueblo, que no necesitan alojamiento, sino educación.

—Es aplaudible. ¿Reciben algún beneficio del parlamento?

—Me temo que no, ¿señor…?

—Evans, Maxwell Evans.

—Me temo que no, señor Evans. La cantidad de jóvenes no es suficiente para recibir el subsidio acordado por el parlamento. Me temo que las familias del pueblo aún no creen que la educación sea imprescindible para las mujeres.

—Es una lástima, en serio. De todas maneras, me gustaría aportar con un donativo, al nombre de mi familia, ¿cien libras estaría bien?

A William se le heló la sangre.

—No puedo aceptar. Es una suma excesiva.

Cien libras, aquello era casi una quinta parte de las ganancias anuales del internado. Dicha suma cubría el sueldo de la señorita Dashwood por cinco años. Ninguna persona en sus cinco sentidos, ni con suficiente dinero para derrochar, donaría ese dinero sin esperar algo a cambio. *«¿Acaso era esa la forma de cimentar la estadía de la pelirroja en el lugar?»* —pensó Will—. *«¿Así funcionaba su vida ahora que era parte de una familia adinerada? ¿Iba a su merced, cambiando los planes de los demás, y detrás aparecía algún pariente rico asegurando*

su lugar con dinero?»

—Vamos, hombre, acepte —insistió Maxwell Evans—. Solo quiero que continúe ofreciendo una buena educación a las jóvenes del lugar.

Will lo observó, analizando si debía confiar en el desconocido.

—¿Qué pide a cambio?

—Ya le he dicho que solo busco ayudar, pero si espera que le dé algunas condiciones, lo haré. Ahí verá usted si las ejecuta o no.

—Hable entonces.

—Podría ser una condición que cumpla la plaza de cinco estudiantes becadas. Si el dinero no es suficiente, puede arreglarse.

—Es más que suficiente.

—También sería cómodo implementar un transporte que acerque a las muchachas del pueblo hasta aquí, si es que no existe ya.

Lo había. El señor Rochester, padre, enviaba su carruaje al pueblo por las niñas en días lluviosos, pero consideraba una buena idea tener un acuerdo propio, y no solo cuando el clima fuera desfavorable.

—Esas serían mis únicas recomendaciones, señor Rochester. ¿Aceptará el donativo?

Maxwell lo tentó, con suspicacia. Will era desconfiado por naturaleza, por lo que no podía entender cuál era el truco. Sin embargo, lo necesitaba. Con dicha suma podría recontratar a la mujer que ejercía de celadora, quien vigilaba que las niñas se comportaran fuera de la sala de clases, e incluso encontrar a alguien que ayudara al señor Cooper con las tareas de mayor peso.

—Se lo agradezco, señor Evans. Su donación será bien utilizada.

Ambos estrecharon sus manos en un solemne apretón. Maxwell tomó de su chaqueta cinco notas bancarias de veinte libras cada una, y se las entregó. Solo un insensato llevaría esa cantidad de dinero encima.

—Si me permite decirlo, señor Rochester. Es una pena que las cosas no resultasen entre usted y Poppy —comentó con total liviandad—. Ahora mismo podríamos estar charlando de cuñado a cuñado.

El cuerpo de William se tensó de repente, como si un ardor lo hubiera atravesado de manera abrupta. Su rostro se contrajo en una mueca de disgusto, su mandíbula se tensó, apretando sus dientes con fuerza, mientras controlaba su irregular respiración. Cualquier indicio de conformidad y calma se desvaneció.

9

William

Por las siguientes dos horas, Will paseó de un rincón a otro de su despacho. Podía oír las risas de las mujeres en la habitación contigua, lo cual solo hacían aumentar su cólera. En cuanto las visitas se despidieron, William mandó a llamar a la pelirroja.

Esta entró, de nuevo roja y agitada.

—Si me lo permite, necesito subir en busca de mi carpeta con las planificaciones.

William se puso de pie, controlando su respiración.

—¿Cuántos lo saben? —preguntó, tras avanzar a grandes pasos los metros que los separaban—. ¿Es su anécdota de la hora del té, hablar de mí y lo que pasó? ¿Se ríe cuando les cuenta cómo me ilusionó y abandonó como a un imbécil?

Poppy tartamudeó ante la cercanía, su pecho casi rozaba el de él. El ángulo de su cuello parecía doloroso al levantar el rostro hacia el suyo.

—Por supuesto que no…

—¿Lo sabe Lucy?

La joven dio un paso atrás, en busca de soporte.

—Si usted no fue capaz de decírselo a ella, o al resto de su familia, no me corresponde a mí hacerlo.

William entornó la mirada.

—¿Reciente mi decisión? Le recuerdo que fue el secretismo de nuestro acuerdo, lo que le permitió alejarse de mí sin dar explicaciones —Will dio otro paso adelante—. ¿Es por eso que se fue? ¿Por qué mantuve lo nuestro oculto por un tiempo?

Poppy estiró la mano tras de ella, dando con una mesita polvorienta y repleta de libros, donde encontró el soporte que buscaba. Humedeció sus labios antes de responder.

—No, no me fui por eso —los ojos de la joven brillaban, pero su tono se mantuvo sereno y firme—. Jamás lo resentí. Ni siquiera tuve tiempo de convencerme de que el compromiso era real.

William luchó y luchó por no preguntar, pero le fue imposible contenerse, las palabras ya pesaban en su garganta.

—Entonces, ¿por qué se marchó?

Poppy bajó la mirada, tal vez intimidada por la ferocidad de sus ojos grises, o la vergüenza de sus decisiones.

—Usted no sabe lo que es vivir sin una familia —comenzó la joven—, vivir creyendo estar sola en el mundo. Los Gulp llegaron por mí, y volví a reconocer el rostro de mi madre en los rasgos de mi tío —Poppy volvió a posar sus ojos castaños en William—. ¿Cómo podría haberles dicho que no? Tenía que ir con ellos, debía conocerlos. Y sí, fui una cobarde al no despedirme de ti, *Will*. Pensé que cuando estuviera lejos podría hacerlo, pero la tarea jamás se volvió fácil. No pude, y lo lamento.

Un escalofrío lo recorrió al escucharla, al ver cómo esos labios pequeños y rosados articulaban esa palabra tan común que era su nombre. Will no pudo responder.

—Te pedí disculpas antes —continuó Poppy—, pero no estás dispuesto a aceptarlas. Sé

que no hay nada que pueda hacer para lograr que cambies de opinión.

«La hay, claro que la hay». Pensó en su boca, en lo suave y fresca que debía ser su piel bajo su tacto, en su cabello largo y sedoso entre sus dedos, en su aroma a caramelo… Will se alejó de ella, con el pulso acelerado y la cabeza nublada.

Al imponer distancia, la niebla comenzó a disiparse.

«Una familia» se repitió. Era exactamente aquello lo que Will le ofreció hace una década, formar una familia juntos. Sin embargo, ella había preferido la propia.

—Deberías volver con tu familia, entonces. La que sí elegiste. Márchate de regreso a Canadá.

William deseó dar por concluida la conversación, el enfrentamiento, pero la joven continuó de pie contra la sucia mesa. Por el movimiento de su pecho, notaba que su respiración no era tan estable como creyó.

Poppy respiró profundo.

—No, ya no puedo regresar.

Will quiso preguntar, pero cualquier cantidad de curiosidad respecto a ella era inconcebible. Sin embargo, no podía evitar imaginar qué era lo que le impedía volver, ¿un crimen, una ofensa, una deuda, o una decisión propia?

—Will, solo te pido que convivamos en paz. No te traeré problemas, no resentiré que me ignores. *En serio* necesito este trabajo.

«Era eso, entonces. De seguro sus problemas eran económicos». Will tomó uno de los billetes que el señor Evans le había dado, y lo deslizó por el escritorio en dirección a la chica. Veinte libras, su sueldo anual. No pretendía ayudarla, sino darle lo que le correspondía. Ya vería ella que hacía con este, si lo apostaba y lo perdía era su problema. Tal vez así terminase marchándose, en busca de techo y trabajo en otro lugar.

—Es su sueldo. Tómelo.

* * *

Poppy

Poppy regresó a su habitación temblando. Tomó el libro que descansaba en su mesita de noche, y lo lanzó al piso, haciendo que las decenas de notas en papel amarillo se desperdigaran por la alfombra verde y el suelo de madera.

Sola dejó salir las lágrimas que controló por largos minutos. Estaba orgullosa de sí misma, por haber mantenido el temple y no derrumbarse frente a Will. No obstante, a solas, ya no debía pretender ser fuerte, o más amable de lo que era. Podía permitirse desmoronarse sobre la cama, y llorar hasta que se hartase, y lo hizo.

* * *

Horas más tarde, Poppy fue despertada por un melódico toque en la puerta. Tal como predijo, lloró hasta quedarse dormida, con el vestido y botas puestas. Con rapidez, la muchacha se desperezó y permitió que la persona que la buscaba entrase, deseando que sus ojos no lucieran tan hinchados como los sentía.

Era Maud.

—Señorita Dashwood, ¿está usted dormida a esta hora? ¿Y vestida? ¿Se encuentra bien?

Poppy imitó una risa.

— Sí, me temo que la visita de mi prima y su esposo me agotó. Hemos paseado tanto.

—Me alegra que la hayan venido a visitar —comentó con una sonrisa. Momentos después, su vista fue a la alfombra, donde yacía el libro del lenguaje de las flores, y las notas amarillas regadas por doquier.

Poppy se precipitó a recogerlas, antes de que Maud pudiera reconocer la caligrafía de su antiguo Will, un Will que le profesaba su cariño a cada palabra.

Algo en su estómago se apretó.

—Bah, ya olvidaba a qué venía. La señora Floyd está esperando que alguien la acompañe a cenar, está sola abajo. El señor Rochester salió sin decirle a nadie donde iba, como de costumbre.

Poppy no tenía hambre, pero solo aumentaría su malestar pensar en la pobre señora Floyd comiendo a solas.

—Me lavo la cara y bajo, Maudie.

Tras oír el apodo cariñoso, la mujer fue hasta ella y la besó en la frente, como cuando era una niña. Ni siquiera aquella muestra de honesto afecto podía aliviar el vacío en su pecho.

La siguiente tarde, Poppy no se atrevió a confesarle a Minnie lo ocurrido en el despacho con Will. Se encontraban en el salón de té del pueblo, donde la muchacha, sobreexcitada, comentaba lo atractivo que el hombre le había parecido, y lo diferente que era a lo que imaginó. La pelirroja no tuvo el coraje de arruinar su impresión.

—¡Y tiene el mismo acento que tenías cuando vinimos por ti, Pops!

—Es el acento de todos aquí, Minnie.

—Sí, pero en él, con esa voz profunda… —la muchacha soltó un chillido.

Poppy deseó que Maxwell luciera al menos ofendido, con el comportamiento de su esposa. Sin embargo, él era un hombre seguro de sí mismo.

—Y cómo él te observaba, tan *passionnelle* —pronunció en perfecto francés.

«¿Apasionado?»

—Cabreado, querrás decir —Poppy bebió de su té.

—Creo que el perfume francés que usas se te subió a la cabeza, querida —sentenció Maxwell.

—No estoy diciendo ninguna locura. Tengo un buen par de ojos, ¿saben? —Minnie cuadró sus hombros con elegancia—. Sí, puede que él ya no se comporte como antes, pero es evidente que aún le afecta tenerte cerca.

Poppy ni siquiera intentó considerar las palabras de su prima.

—Lo digo en serio —continuó la rubia—. Visualiza lo que te digo. Si Will se encontrase por completo indiferente, eso querría decir que sus sentimientos por ti no eran verdaderos, y que no le afecta tu regreso, pero no es así. El señor Rochester continúa molesto, sus ojos arden cada vez que te mira.

En ese momento eran las mejillas de Poppy las que ardían.

No, no podía ser ingenua y dar fe de las palabras de Minnie. Ella apenas lo había visto un par de minutos, Minnie no podía ni imaginar la furia con la que la abordó en el estudio, la gelidez y apatía en su mirada cuando ella con tanta dificultad le confesó lo mucho que necesitaba ese trabajo. Y la manera en que deslizó aquella nota bancaria a través del escritorio, como si la tentara a abandonarlo, una vez más.

10

Poppy

En los días que vinieron, Will no tuvo problema en fingir que nada ocurría, en pretender que Poppy era una mancha en la pared, en lugar de su alguna vez prometida. Por su parte, la muchacha estaba decidida a hacer lo mismo. No creía poder odiarlo, pero su forma de ser le ayudaba a mantenerse alejada de él, y a ahogar los sentimientos y esperanzas que ingenuamente albergaba.

Aun así, todo marchaba con normalidad. La señora Floyd no parecía sospechar que nada fuera de lugar ocurriese, y si Maud lo hacía, no lo demostraba. El único inconveniente que Poppy tenía, era la revisión de su trabajo que quedó pendiente con Will. Sabía que él no mezclaría sus asuntos personales con el trabajo, pero la joven temía romper el pacto que ambos mantenían de ignorarse. Poppy recurrió al señor Rochester padre. Él había sido su profesor de aritmética por muchos años, así que estaba al corriente de los estándares necesarios de su institución.

Esa mañana, cuando la joven llegó a la acogedora cabaña de los Rochester, los encontró desayunando. Ocupaban una mesita circular en la cocina, en lugar del comedor elegante, donde cada semana invitaban a sus amistades a compartir.

—Por lo que veo, señorita Dashwood, todo está de maravilla —comentó el señor Rochester—. Me sorprende su organización. Veo que ha tenido más experiencia de la que nos hizo creer.

—Me gusta estar preparada, no soy buena improvisando.

—Ser organizada es bueno, muy bueno. ¿Y qué opina William sobre sus clases? ¿Las aprueba?

Poppy dudó un momento.

—No he tenido oportunidad de enseñárselas, debido a la visita de mi prima.

La señora Rochester, quien llenaba de mermelada y crema su panecillo, preguntó:

—¿Cómo se encuentra su prima, señorita Dashwood? ¿La veremos por aquí antes de que regrese con su esposo a las colonias?

—Me temo que no, señora Rochester. Mañana planeamos partir a Withernsea por el fin de semana, y por lo que sé, el martes zarpa su barco de regreso a Canadá.

—Es una lástima, Poppy. Deberían venir esta tarde, a merendar, al menos.

El señor chistó, devolviendo la atención a su taza de té ya tibio.

—Deja que guarden sus energías para la playa, Charity.

—¡Son jóvenes! ¡Están rebosando de energía, esposo!

* * *

Les tomó tres horas llegar a la localidad costera de Withernsea. Fueron recibidos por el aire salado del mar, el sonido de las gaviotas, y una llovizna fina y caladora que anunciaba devastar sus planes en el exterior.

En cuanto avistaron un hostal de familiares paredes de ladrillo rojo y un cartel que anunciaba habitaciones vacantes, se detuvieron en busca de té y refugio.

—Tienen suerte —anunció la anciana dueña del lugar—, las habitaciones estaban ocupadas en todo el pueblo, pero está condenada llovizna hizo que muchos regresaran a sus hogares antes de tiempo.

Los dirigió al segundo piso, donde Max y Minnie tomaron la habitación matrimonial, y Poppy otra más pequeña y acogedora con vistas al establo. Aún le costaba acostumbrarse al hecho de que su prima fuera una mujer casada, con un esposo y muy pronto hijos.

A Poppy le gustaban los niños, no obstante, debido a su situación actual, no estaba segura si alguna vez tendría los propios. Era probable que terminara sus días como la señora Floyd, y no le molestaba en absoluto dicha posibilidad.

Cuando la lluvia amainó, el grupo dejó la calidez del hostal para recorrer la playa.

Poppy recordaba haber visitado el pueblo con sus padres. Sus recuerdos eran difusos, pero recordaba el faro, y la arena dorada de la playa, los pasteles de pescado, y alimentar a las gaviotas con este tras detestarlo.

—¿Todo bien, Pops? —preguntó Minnie, enganchando su meñique enguantado con el suyo.

—Sí —mintió la pelirroja. No porque quisiera ocultarle la verdad a su prima, sino por ocultarla de sí misma. Quería descansar, y dejar de lado las preocupaciones del internado, de Will y sobre todo de los difusos recuerdos de sus padres.

* * *

William

—La casa se siente vacía sin Poppy, ¿no lo cree, señor Rochester?

Will no estaba seguro si la señora Floyd siempre fue de esta forma, o aquella mañana le resultaba más habladora de lo normal. Sin la señorita Dashwood de por medio, quien funcionaba como un escudo, no había quien desviara las preguntas de la mujer en su dirección.

Will gruñó en respuesta.

No quería estar de acuerdo, ni diferir con su percepción.

—Veo que su antiguo malhumor ha regresado —comentó llevándose la taza de té a los labios. Will agradeció los segundos de silencio que el líquido le concedía—. ¿Ha recibido alguna carta de la señorita Appleby? Nos escribió a Maud y a mí contándonos sobre su piso en…

Will aisló su voz. No, no había recibido noticias de la antigua profesora, y dudaba que ella tuviera ánimos de escribirle. A Will poco le importaba. En lugar de fingir prestar atención, prefirió hundirse en las páginas del libro frente a él.

Era una recolección de cuentos góticos qué tomó prestada de la biblioteca de Ernest. En ese momento, leía un relato tenebroso, pero a la vez melancólico y familiar. Un hombre enfermo, con una familia y hogar en ruinas, asechado por terrores espectrales, que acabarían consumiéndolo. Ya veía donde estaba la similitud del cuento con su propia existencia.

—Señor —llamó Maud, junto a él.

Ni siquiera la vio llegar.

—¿Qué pasa? —preguntó irritado por la interrupción.

—Su padre lo espera en el despacho.

La mujer lucía nerviosa, pero Will no supo decir el porqué. No era extraño ver a su padre

allí. Este pasaba todas las semanas a ver el progreso de Will como administrador. Además, su madre, quien ayudaba como celadora e impartía clases de horneado los sábados, se ocupaba de mantenerlo al día de cualquier novedad.

—¿Cómo van las cosas, hijo? —preguntó su padre, apoyando el peso en su bastón.

Will le hizo un gesto para que tomase asiento.

—No muy bien. Son al menos tres las niñas que han avisado con antelación que no retomaran las clases. Quedará por ver cuantas más no llegan en septiembre.

—Es terrible. Tal vez podamos escribirles para insistir en la importancia que tiene el estudio, sobre todo en las nuevas generaciones, y en el inicio de un nuevo siglo.

Will estuvo de acuerdo.

—Por el lado positivo, recibimos un gran donativo por parte de Maxwell Evans, el primo de la señorita Dashwood.

—Ah, ¿sí? —preguntó su padre, sorprendido.

—Sí, cien libras, al contado.

—¡Eso es maravilloso! ¿Por qué no me lo dijiste antes? Debí haber invitado a los Evans a comer como dijo tu madre.

—Lo lamentó, padre.

El hombre chistó, contrariado por la oportunidad perdida.

—¿Y la señorita Dashwood? ¿Te parece preparada para el comienzo de las clases?

Will levantó los hombros con indiferencia. Se arrepintió, aquello no reflejaba bien en su trabajo. Debía dejar sus animosidades con la pelirroja de lado, pero le resultaba un tanto difícil hacerlo.

—Antes de partir me ha enseñado lo que tiene planeado —comentó su padre—. Qué jovencita más organizada. ¿Tuviste oportunidad de revisar su trabajo, William?

—No, lo mencionó, pero no tuvimos oportunidad de reunirnos. Le pediré ver sus avances cuando regrese.

—Harías bien en hacerlo. Te fascinará, William. Todo está muy bien, pero me preguntó por qué no te las dio a ti, en lugar de ir a pedir mi consejo. ¿Estás siendo difícil con ella?

—Para nada —mintió.

—Debes ser amable con ella. No queremos que pase lo mismo que ocurrió con la señorita Appleby.

—Yo no tuve nada que ver con la partida de la señorita Appleby, fue el doctor quien le recetó partir.

—Sabes a qué me refiero, William. La señorita Appleby y tú parecían muy afines, de haberle hecho la pregunta correcta ella permanecería aquí, receta o no.

Will fingió no saber a qué se refería.

Su padre continuó.

—No debe ser coincidencia que la señorita Dashwood haya llegado a tomar su lugar, ¿no? Con sus aptitudes e innegable atractivo, ¿sería tan difícil darte a conocer mejor con la señorita Dashwood?

—Mi hermana ya dejó de lado su faceta de casamentera, no necesito que tú vengas a tomar su lugar.

—Los hombres necesitan, ya sabes, soltar tensiones. Una esposa te ayudaría con eso, a ser más… animado.

—Estoy bastante viejo para recibir lecciones sobre la concepción, padre. Si necesitara animarme, no iría precisamente con la señorita Dashwood.

—William, no tienes por qué terminar como tu tío. Míralo, tanto trabajó para conseguir dinero y comodidades, y ahora no tiene herederos a quienes dejar su fortuna. —El hombre hizo una pausa para sopesar la situación—. Trabaja duro, muchacho, pero aprovecha los años que te quedan. Ya tarde te darás cuenta cuando seas una pasa vieja, como yo.

—La próxima primavera iré a Londres en busca de una esposa.

—Eso dijiste el año pasado, William.

—Pero este año lo digo en serio.

* * *

Poppy

El domingo por la mañana, los Evans y Poppy regresaron de Withernsea. Planeaban descansar por el resto del día, pero en cuanto llegaron a su habitación del hotel, la mucama les entregó la nota donde eran invitados a la cabaña de los Rochester. Por supuesto, no rechazaron la invitación. Era una oportunidad de pasar más tiempo con Poppy, antes de su inevitable viaje de regreso.

La tarde fue amena y tranquila. La señora Rochester tuvo la magnífica idea de hacer un improvisado pícnic en los jardines traseros, con vistas al hermoso estero que yacía allí. Poppy relató su desafortunado viaje, y aunque el clima no fuese ideal, habían logrado divertirse y comprar unas cuantas chucherías en la feria del lugar. Sus amigos no tardaron en establecer conversaciones propias. El señor Rochester le agradeció el donativo a Maxwell, y viceversa, por cuidar de Poppy en su infancia.

Nadie, ni siquiera Minnie, inquirió acerca del paradero de William, y a la pelirroja, poco le importaba.

La mañana del lunes, los Evans partieron a la costa opuesta. Poppy lamentó no tomarse el día para acompañarlos a Liverpool. Sin embargo, Minnie y Maxwell insistieron en que era peligroso e innecesario que hiciera tan largo viaje, para luego devolverse sola. Era preferible que ahorrara sus energías para las interminables cartas que prometió enviar cada vez que tuviera algo que contarle a su querida prima.

Antes de subir al tren, Minnie la abrazó con fuerza. Poppy lo agradeció, ya que en su hombro pudo ocultar las lágrimas que brotaban. La extrañaría tanto. Perdería a una de sus mejores amigas, a su hermana, con quien había compartido tantas tardes de juegos, interminables paseos y conversaciones. No obstante, sabía que volvería a verla. Tenía que ser así.

—Ya comenzaremos a planear nuestro viaje de regreso a Thorne —anunció Max.

—Les escribiré con tanta frecuencia, que cuando vuelvan no tendré nada nuevo que contarles.

Poppy intentó reír, mientras secaba las lágrimas en sus mejillas.

—De ser así, recorreremos toda la costa mediterránea, y no nos faltará de qué hablar.

Y con un último apretón de mano, Minnie subió al vagón.

Poppy retrocedió, perdiéndose entre la multitud de pasajeros. Suspiró profundamente para estabilizar su respiración. Sabía que volvería a verla, que los meses le podrían parecer largos, pero que antes de que el próximo verano llegara, tendría a su prima otra vez junto a ella. Tal vez para entonces, sus tíos la hubiesen perdonado. A lo mejor, los problemas de los que huyó, ya se habrían solucionado. Quizás algún día, podría regresar a Canadá con su familia y la frente en alto.

* * *

Con la partida de sus primos, y el resfriado del pequeño Aston, que mantuvo ocupada a Lucy, Poppy tuvo pocas distracciones acerca de su trabajo, y del nerviosismo que este le provocaba. Cada mañana, se escabullía e iba hasta el salón a practicar y volver a acostumbrarse a cada rincón.

Era una estancia amplia e iluminada de paredes amarillas, y largas cortinas de color naranja, que proporcionaban una atmosfera cálida y acogedora. Alguna vez, aquel fue el salón principal de los Rochester, donde organizaban sus fastuosos bailes, y recibían decenas de amistades, entre ellas, sus fallecidos padres.

Ahora, la habitación se dividía en dos. En la primera mitad estaban los pupitres de madera oscura, como los demás muebles. Frente a estos, una pizarra empotrada a la pared. En el muro opuesto a las ventanas, yacían una serie de armarios, donde se albergaban los útiles escolares de las muchachas.

En la otra mitad, estaba la chimenea, rodeada de una colección de textos infantiles. Era evidente que los Rochester eran una familia instruida, ya que además de contar con una biblioteca repleta de libros, también exponían al menos una centena de tomos allí. El resto de dicha mitad de la estancia estaba amueblado con sillones con cojines bordados a manos por las alumnas, y espacio suficiente para jugar, cuando el clima no les permitía salir.

La joven no veía cambios significativos desde sus años como estudiante. Los pupitres fueron barnizados, y la distribución alterada, fuera de esto, todo le era familiar.

Poppy practicó, practicó y practicó. A veces la señora Floyd y la señora Rochester la acompañaban y aconsejaban sobre qué mejorar, pero finalmente estuvieron de acuerdo en que lo haría de forma magnífica. Ella, si bien se sentía preparada, continuaba sintiéndose nerviosa.

* * *

Aquella mañana de domingo, finalizada la iglesia, Poppy paseaba por Thorne en compañía de la señora Floyd y su amiga, la señora Scott. Las mujeres eran parte del grupo formado por los Harland y los Rochester, pero al envolverse en un tema de conversación propio, se adelantaron a la comitiva.

Era un día cálido de mitad de agosto. No obstante, la briza fresca proveniente de los páramos les ofrecía aliento para continuar con su paseo. Poppy agradecía el descanso mental que este le proporcionaba. Si bien aún faltaban dos semanas para el comienzo de las clases, sabía que, si se encontraba de regreso en el internado, no tardaría en hallar más trabajo en el cual ocupar su mente. Sus cartas hacia Minnie se habían tornado tediosas, hablando nada más que de sus preocupaciones.

—Señorita Dashwood —gritó alguien, desde la acera contraria.

Poppy debió cubrir su rostro de los rayos del sol antes de ver los rizos rubios del señor Thomas Lackenby rebotar hacia ella.

—Señor Lackenby —saludaron las mujeres.

Thomas respondió con una inclinación hacia el trío, pero su atención y ojos verdes se centraron en la pelirroja.

—Ha pasado mucho tiempo desde que coincidimos en la residencia Harland, señorita Dashwood. ¿Cómo ha estado? Me alegra saber que no ha regresado a Canadá, después de todo.

—Me fue ofrecido un lugar como maestra en el internado de los Rochester, como habrá

escuchado.

—¡Sí, por supuesto! No me he atrevido a visitarla en sus nuevas acomodaciones. Me temo que no sería bien recibido —bromeó él.

No fue ajeno para ninguna de las mujeres el doble significado de la última frase. Poppy no supo si preguntar. Desconocía alguna enemistad entre él y los Rochester. Thomas Lackenby sonrió ampliamente, dispuesto a retomar con un tema más ameno.

—Tal vez usted y sus amigas quisieran acompañarme al salón de té, en busca de una taza y refrigerios.

Poppy buscó una forma amable de negarse, pero la señora Floyd se adelantó.

—Me temo que sería una falta de respeto que dejáramos a los Harland, para unirnos a usted, señor Lackenby. Puesto que hemos sido invitados a merendar a su casa.

Cronometrado de manera perfecta, los pasos de los demás las alcanzaron.

—Thomas —saludó Ernest—, ¿estirando las piernas tras el sermón?

El rubio hizo una rápida inclinación antes de pasar junto a Poppy y acercarse a quien lo llamaba.

—Así es. Tengo las piernas entumecidas después de un largo viaje a Londres —Thomas estrechó la mano de los caballeros—. Tenía la intención de invitar a la señorita Dashwood y a sus acompañantes por limonada, pero me comentan que tienen compromisos previos.

Poppy, quien mantenía la mirada en sus zapatillas, dirigió sus ojos hacia el grupo. Rápidamente, los ojos de Will capturaron los suyos. La miraba, incluso antes de que ella se hubiese percatado.

Un nudo se acentuó en su estómago, al recordar la ira en su última conversación. Ya habían pasado semanas desde aquello, pero no creía jamás recuperarse. No imaginaba que pensaba de ella tras admitir que no podía regresar a Canadá. Will la miraba con atenta desconfianza. Poppy desvió su atención con las mejillas ardiendo.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —propuso Harland a Lackenby.

—No sería correcto inmiscuirme en sus planes.

—Ya es tarde para eso, hombre, estás invitado. Acompáñanos de regreso.

En el camino de vuelta a los coches, Lucy dejó el brazo de su esposo, para acercarse a Poppy. No tardó en inquirir sobre la invitación de Thomas.

—¿Se excusó por no haberte visitado?

Poppy negó.

—Él dijo que no era bienvenido en el internado, ¿sabes por qué?

—No tenía idea —susurró la morena—. Mis padres no tienen inconvenientes con él, así que imagino que el problema reside en Will.

Will no se unió a la velada, lo que no era sorpresa para nadie.

Poppy se mantuvo alejada del señor Lackenby, no porque le desagradara su presencia, sino por evitar los comentarios e intentos de emparejarlos. La joven prefería escuchar las historias de la señora Scott, quien le contaba cómo era su maestra, Edith Floyd en su juventud.

Al parecer, ambas crecieron como vecinas, siendo amigas por sesenta años y aun sintiendo un cariño inigualable por la otra. Inclusive, tras el fallecimiento del señor Floyd, su viuda estuvo a punto de mudarse con su querida amiga en su acogedora granja. Aquello fascinó a Poppy. Imaginaba que algún día, cuando fuera mayor, ella y Lucy o Minnie podían compartir una casita en el bosque o en la playa, donde ella pintaría retratos de ellas, y de las infinitas flores de su imaginario jardín. Sin embargo, dicha fantasía requería la muerte del esposo de una de ellas.

* * *

La mañana del martes, casi un mes desde su discusión con Will, este se acercó a ella.

—Señorita Dashwood —saludó con voz firme, tras interceptarla a mitad del corredor del primer piso.

Will mantenía la mirada baja, por lo que Poppy tuvo el coraje de estudiar los detalles de su rostro, como la arruga en su entrecejo, y sus largas pestañas, que iban de oscuro a claro. También notó que había recortado su barba, dándole una apariencia más cuidada y elegante.

—Espero que esté preparada para el comienzo de las clases —dijo él, con voz grave—. Algunas familias llegarán a lo largo de la próxima semana, pero la mayoría estará aquí el domingo, después de la iglesia.

Poppy asintió.

No supo qué contestar, ya que este no le hizo ninguna pregunta, tan solo anunció hechos de los cuales ella ya estaba al tanto.

—Gracias —pronunció tras un largo momento de duda.

Will se mantuvo de pie frente a ella un momento más, quizás confundido. Luego asintió, y se alejó de ella.

* * *

William

«Criatura taimada e infantil» se repitió Will mientras cruzaba las puertas vidriadas hacia el jardín. Él fue tan considerado como pudo permitirse, debido a su clara enemistad, y acuerdo tácito de ignorarse. ¿Y ella cómo respondió? *«Gracias»* se repitió. Un seco y desanimado *gracias*.

Era definitivo, todo lo que hiciera esa pelirroja insufrible tenía el poder de agriar su humor.

William se dirigió a los establos, buscando algo que sacara sus pensamientos del tema. Estuvo a punto de ensillar uno de los caballos cuando vio el hacha y los troncos a medio cortar que había dejado el señor Cooper horas antes. El hombre se desvistió de la cintura para arriba, quedando con una liviana camiseta blanca. La tarea no le tomó demasiado tiempo. Al principio debió coordinar su fuerza y puntería para acertar en la beta de los troncos, pero tras unos minutos, la tarea se tornó mecánica, y su mente vagó hasta regresar a la mujer que lo atormentaba.

La escuchó practicar casi a diario desde su despacho. Su preparación era evidente, tenía los temas claros y los explicaba de manera sencilla. Quizás su voz fuera demasiado dulce, pero no tardaría en tomar el ritmo cuando las muchachas regresaran.

Lo haría bien.

Pronto su padre le pediría su opinión sobre el desempeño de Poppy, y tendría que comerse sus especulaciones sobre las habilidades de la mujer. Había demostrado ser diligente respecto a su trabajo. Aun así, William no podía evitar sospechar que, algún momento, ella decidiría partir, quizás regresar a Canadá, dejándolo en busca de una nueva maestra, y arruinando todos sus planes, una vez más.

Era una posibilidad que el tal Thomas Lackenby fuera el responsable. Era evidente su interés en la señorita. La forma en que la miraba, y luchaba por capturar su atención en cada

momento. Tal vez él tuviese planes de comprometerse con ella, pero no podía asegurarlo. Thomas era el hermano menor de los Lackenby, y no poseía las mismas facilidades de su hermano mayor. No heredaría la finca, ni las propiedades de su padre, por lo que estaba obligado a encontrar una esposa adinerada.

Aun así, eso no le impedía divertirse ilusionando a la pelirroja. Will no tenía ánimos de inmiscuirse en su amistad. Tan solo esperaba que Poppy continuara demostrando ser más inteligente que lo que los demás asumían de ella.

11

Poppy

Los primeros días de septiembre vinieron de la mano con la llegada de nuevos integrantes al personal del internado. La señora Prince llegó a tomar el lugar de celadora y enfermera. Era una mujer de unos cuarenta años, alta, delgada, y muy elegante, con cabello rubio color plata. No era particularmente habladora, no obstante, tanto a Poppy como a la señora Floyd les agradó de inmediato.

Esa misma tarde llegaron los Brennan, un matrimonio joven, de unos veinte años, proveniente de Doncaster. La mujer ayudaría a Maud, y su esposo al señor Cooper, con el mantenimiento de la mansión. La señora Floyd parecía contenta de tener nuevos rostros con quienes charlar y conocer, no obstante, Will ya comenzaba a lucir incómodo. «*Ahora había tres nuevas personas que debían acostumbrarse a sus hoscas maneras*» pensó Poppy.

Tal como él predijo, las muchachas arribaron el primer fin de semana del mes, tan fastidiadas como ansiosas por comenzar un nuevo año escolar.

Las primeras fueron dos hermanas provenientes de Crystal Peaks. Cecilia, de ocho años, era una recién llegada en todos los aspectos. De acuerdo a las palabras de su hermana mayor, Elsie, la pequeña apenas sabía leer, y olvidaba incluso las vocales, por lo que pertenecía al grupo de la señora Floyd. Elsie formaría parte del de Poppy.

Pronto llegaron más niñas, algunas provenientes de Doncaster, otras de Goole, Crowle y Belton. Por más que lo intentara, para Poppy fue imposible recordar la localidad de todas ellas. El sábado por la noche, ya tenían nada más que ocho niñas revoloteando por el internado. El silencio, era un lujo que no se podrían permitir por un largo tiempo.

La mañana del domingo, aprovechando el buen clima, caminaron rumbo a la iglesia. En la entrada, fueron bienvenidas por el párroco y los feligreses, quienes les desearon un buen año escolar. Las jovencitas ocuparon el asiento frente a ellos, para que pudieran mantener un ojo vigilante mientras se llegaba a cabo el sermón. Poppy tomó asiento junto a su querida señora Floyd, cuando notó quien ocuparía el lugar restante.

La pierna de Will rozaba la suya. Poppy intentó con fuerzas ignorar el hecho de tenerlo junto a ella, pero por mucho que lo detestara, no podía obviar su presencia, ni el movimiento de su pecho al respirar, o los músculos de sus piernas, perceptibles a través de la tela de sus pantalones. Mismas piernas que no mucho tiempo atrás habían rodeado sus caderas, mientras perseguían sin éxito a un grupo de malhechores.

Poppy no supo cuando tiempo estuvo mirándolas. No fue hasta que Will aclaró su garganta que la joven volvió a mirar al frente, con las mejillas ardiendo.

* * *

De regreso en el internado, vestidos con sus mejores galas, dieron la bienvenida al resto de las muchachas y a sus familias en un día de campo en los jardines de la mansión. Eran veintiún niñas y adolescentes, tres menos que el año anterior, comentó la señora Floyd. Eso dejaba a Poppy con catorce alumnas, y las siete menores con la mujer.

—Esta es la señorita Dashwood —la presentó la señora Rochester—, nacida y criada en Thorne. Antes de resaltar como institutriz en Canadá, fue alumna aquí, en el internado. Es un orgullo contar con su inmejorable servicio.

Los padres sonrieron, no obstante, la miraban con cierta desconfianza, quizás por su edad, apariencia, o probablemente su situación marital, ¿cómo una mujer soltera pretendía formar a sus hijas en esposas ejemplares? La pelirroja no tenía idea. Ella se encargaría de enseñarles ortografía, mejorar su ritmo de lectura, tanto en su idioma nativo como en francés, era la señora Floyd quien estaba a cargo de los modales.

Minutos más tarde, Poppy fue en busca de un pastelillo a la mesa de los refrigerios, donde encontró a su compañera de labor.

—¿Cómo ha ido su presentación?

—Las niñas son adorables, pero sus padres no tanto.

—No debe preocuparse, Poppy. Los padres se marcharán en cosa de horas, serán las muchachas con quienes deba convivir por el resto del año. —La mujer pareció recordar algo importante—. Estaba charlando con los padres de Peggy Bennett cuando por casualidad oí al señor Rochester comentar que este año tendremos otras seis alumnas becadas.

—Entonces tendremos veintiséis alumnas en total…

—Sí, las seis restantes vienen del pueblo, por lo que no se hospedan con nosotros. De todas formas, no suelen durar mucho. Tardan en tomar el ritmo de las clases, y cuando la época de cosechas llega, sus familias les encuentran más utilidad en los campos.

* * *

Tras su primera semana como maestra, Poppy estaba exhausta. Las noches le parecían tan breves como un pestañeo, y apenas lograba descansar antes de que escuchara los pasos del servicio comenzar el día.

No culpaba a las niñas por su desgaste, sino a la presión que se ejercía a sí misma. Las muchachas resultaron ser perfectos ángeles, prestaban atención, y siempre estaban dispuestas a participar con entusiasmo en cada actividad. Sin embargo, era Poppy quien se presionaba con interminables preocupaciones. Su estómago estaba tan tenso que apenas podía probar bocado en todo el día. Aun así, estaba conforme con su rendimiento. Tan solo esperaba acostumbrarse, para comenzar a disfrutar su exigente, pero reconfortante labor.

El domingo por la tarde, los Rochester llevaron a las muchachas al rio que cruzaba su propiedad. Estaba soleado, cálido, inclusive. Era como si la naturaleza les regalara un último día de verano, antes de azotarlos con el frío y la niebla del otoño. Poppy hubiese querido acompañarlos, pero la señora Floyd insistió en que necesitaba un descanso, recalcando los círculos oscuros bajo sus ojos.

Mientras llenaba la bañera, Poppy abrió la ventana, dejando entrar la briza cálida y aromática del exterior, y la canción de las aves. Se había acostumbrado al ruido con rapidez, tanto, que le parecía extraño encontrarse sola y en silencio en la mansión. Una vez el agua estuvo lista, agregó un toque de extracto de rosas, y entró en ella, relajándose músculo a músculo. Estaba ya sumergida, cuando notó que dejó la ventana abierta.

* * *

William

Will tomó la decisión de regresar antes al internado. Él no era un aporte para el entretenimiento de las muchachas, y sabía que su madre, la señora Prince y la señora Floyd las cuidarían bien en su ausencia.

El hombre entró a la biblioteca desierta. El personal se encontraba en su tarde libre. Maud y su padre solían visitar a sus familiares en el pueblo, y los Brennan se encontraban en el río, con los demás. La única persona en la mansión debía ser Poppy, quien suponía que descansaba, en lugar de andar de paseo en casa de Lucy.

Will le había comentado a la señora Floyd lo agotada que lucía Poppy, con la esperanza de que la convenciera de descansar, y así fue. Él haría lo mismo. Tenía lecturas pendientes, y le haría bien repasar algo de sus libros de historia para sus futuras lecciones.

Iba camino a su despacho, cuando escuchó un grito desde el segundo piso. William no llegó a pensarlo dos veces, cuando dejó caer el ejemplar en sus manos, y corrió escaleras arriba.

12

William

William Rochester se precipitó hacia los gritos de Poppy, con los escalones desapareciendo bajo sus largas zancadas. Estaba dispuesto a enfrentar cuál fuera la situación que provocara el pánico y los desgarradores gritos de la pelirroja. Él imaginaba lo peor. Quizás algún maleante se abrió paso en la propiedad, encontrándose con la desprotegida señorita Dashwood.

Will esperaba no llegar demasiado tarde.

Empujó la puerta, y esta cedió ante el impacto, revelando el cuarto de baño del segundo piso. Una sombra oscura agitaba el visillo de la ventana.

«Un animal. No, un ave».

La pelirroja volvió a chillar, esta vez de manera más aguda, atrayendo la mirada de Will. La muchacha se abrazó a sí misma para luego zambullirse de regreso a la bañera, pero habían bastado unos segundos para que él viera más de lo que debía. Poppy estaba de pie en la bañera, completamente desnuda.

Will alejó la mirada de inmediato. No era la primera vez que veía a una mujer desnuda, por supuesto que no. Avanzó hacia la ventana, y liberó al ave hacia el exterior, para dejar el pequeño cuarto lo antes posible.

Bajó las escaleras, obligándose a mantener la mente en blanco. Cruzó el pasillo rumbo al exterior, sin un segundo pensamiento al libro que abandonó en la alfombra. Caminó hasta ser engullido por la oscuridad del bosque que rodeaba su propiedad, y después de un largo momento, se permitió destrabar sus músculos, liberar la respiración que quemaba en sus pulmones.

Poppy, de pie en la bañera, completamente desnuda. Su largo cabello rojo lucía oscuro mientras goteaba sobre su figura curvilínea, sobre sus pechos llenos, bañados en pecas. Su piel húmeda, lustrosa y perfecta, cubriéndola por doquier. Y su rostro, pasmado por la sorpresa. Esos ojos oscuros, que ya no lo miraban, lo hacían con tal pánico que le erizaba la piel.

Will se llevó las manos a la cabeza, sin dar crédito de su error, de su impertinencia al entrar a un cuarto de baño sin anunciarse. Ahora tendría que disculparse con ella, pero, ¿cómo lo haría? ¿Cómo la miraría a la cara sabiendo que no podía dejar de imaginar el tacto de sus pezones sobre sus nudillos, entre sus labios?

Deambuló por el bosque, sin temor a perderse. Necesitaba estar solo, pensar en algo que no fuera Poppy, pero no podía. La erección en sus pantalones se tornó incómoda y, por supuesto, vergonzosa. Era un adulto, un hombre de casi treinta años, y aun así no podía aplacar sus instintos al ver un cuerpo desnudo. Su respiración llegaba a entrecortarse al imaginar su mano perdiéndose entre el vello pelirrojo de su entrepierna.

«Suficiente…» se reprendió a sí mismo. No era apropiado pensar de esa manera sobre una mujer, y menos la señorita Dashwood, con quien debía convivir a diario. Sin embargo, era difícil detenerse, sabiendo que alguna vez ese cuerpo menudo y curvilíneo se había presionado contra el suyo.

La tarde en que le propuso matrimonio, ella le permitió besarla y tocarla sin llegar demasiado lejos. Fue sencillo detenerse, ya que tenía la certeza de que pronto serían marido y mujer. No obstante, ese joven William jamás imaginó lo que escondía bajo las prendas.

Will gruñó, y continuó con su caminata. Deseaba alejarse de Poppy tanto como fuera posible, antes de arrastrarse de regreso a ella. ¿Poppy lo miraría como un loco si él golpeaba la puerta de sus aposentos y le implorara que lo tocara, qué le permitiera a él hacerlo? ¿Se negaría, o se lo permitiría? Al fin y al cabo, ella le había roto el corazón años atrás. Tendría que haber una forma de compensárselo…

Aquellos eran los pensamientos de un hombre trastornado. Era evidente que transcurrió mucho tiempo desde la última vez que tuvo relaciones. Tal vez, si se complacía a sí mismo, recobraría su cordura. Will no tenía otra alternativa, y si es que la había, ya era tarde para darle más vueltas al asunto. Desabrochó sus pantalones y se complació en la oscuridad del bosque.

* * *

Poppy

Poppy decidió no dejar su habitación por la vergüenza de tener que cruzarse con Will. Esperaba con todas sus fuerzas haber sido rápida al sumergirse de regreso a la tina, y que él no la hubiera visto. Deseaba que fuera así, pero no podía ser tan ingenua como para creerlo.

De todas maneras, Will no lucía impresionado en absoluto. Entró en el cuarto de baño con la mirada encendida, con cada músculo de su fornido cuerpo en alerta, pero al verla, el fuego en sus ojos azules se apagó.

Ella creció en aquel internado, comparándose con la belleza de una veintena de muchachas más hermosas que ella. Sabía que su cuerpo era pálido y pecoso, pero fuera de eso, poco lo diferenciaba del de otras mujeres. Y, aun así, no había nada en ella que interesara a William Rochester. Tampoco era que a Poppy le atañeran los gustos de Will, pero suponía que si una persona, del género que fuese, descubría a otra desnuda, al menos tendría el instinto de lucir sorprendido, avergonzado, o aturdido.

En el desayuno, Poppy intentó descubrir si Will la miraba de forma diferente, pero él mantuvo la vista anclada en las páginas del libro de historia clásica que leía. Por otra parte, tanto Maud como las señoras Rochester y Floyd insistían en preguntarle si se encontraba bien, tras su ausencia en la cena.

—La siesta de ayer me sentó mal, pero me encuentro bien ahora.

—¿Está segura, señorita? —pregunto Maud, con su espeso acento—. Cuando le llevé el té anoche me pareció que lucía algo afiebrada.

—Ya te dijo que fue la siesta, Maudie —reprendió la señora Rochester, quien ese día dirigía las plegarias—. Es por eso que yo jamás tomo la siesta. Uno siempre despierta más cansado que cuando se recostó.

Una vez las alumnas terminaron de desayunar, el bullicio fue en aumento hasta tornarse ensordecedor, por lo que la señora Rochester guio a ambos grupos al gran salón. Poppy demoró su salida, reuniendo sus libretas y gafas de lectura.

—Señorita Dashwood —llamó William, de pie detrás de ella.

La joven volteó, rogando que sus mejillas no se enrojecieran, sin embargo, Will mantenía la vista fija en la mesa más cercana, en lugar de mirarla a ella.

—Lamento lo ocurrido ayer —continuó con tono solemne—. Escuché los gritos, y en la premura por socorrerla, olvidé llamar a la puerta. No volverá a ocurrir.

El ángulo de su rostro era muy favorecedor. A pesar de que su tupida barba cubriera la mitad de su rostro, la luz de la mañana delineaba el perfil de su nariz romana, y teñía de dorado las puntas de sus pestañas.

—Comprendo… —Poppy se las arregló por contestar. Las mejillas le quemaban de la vergüenza, pero al menos él se disculpaba. Eso le hacía creer que, a pesar de sus maneras, Will era más educado de lo que pretendía ser. Además, era la primera cosa amable que había hecho por ella desde su regreso.

—En el futuro, le recomendaría no dejar las ventanas abiertas —agregó con tono de reproche. *«Ahí concluía su disculpa…»* —Peores cosas que un ave podrían entrar en un descuido.

—Eso está claro… —soltó Poppy, sin pensarlo.

Will levantó la vista hacia ella.

—¿Disculpe? —preguntó con los ojos entornados —. Si no fuera por *su* imprudencia, yo no hubiese tenido motivo de subir. Además, ¿quién en su sano juicio le temería a un ave?

—Pues dicha ave entró con innecesaria violencia, antes de quedar atrapada en la cortina.

Will bufó. Antes que él pudiera agregar otro comentario ácido, Poppy se adelantó:

—De todas maneras, señor Rochester. Agradezco sus disculpas. Como verá, a mí si me enseñaron a ser agradecida por los milagros de la vida, y aceptar disculpas cuando son ofrecidas.

—Yo jamás me disculpé, no fue mi culpa en absoluto.

—Lo lamenta, y eso es consuelo suficiente para mí. Y si me lo permite, tengo labores que retomar.

Poppy pasó junto a él, con su falda marrón apenas rozándolo, y deleitándose con su expresión de fastidio.

* * *

Poppy

Por supuesto, las cosas entre Will y Poppy continuaron tensas, incluso más de lo normal. La incomodidad de ambos era palpable en cada silencio, en cada cruce de miradas en el salón de maestros, incluso en la cena, cuando se esforzaban por ignorar la presencia del otro. Si bien Poppy continuaba orgullosa tras haberlo confrontado, no podía evitar sentir vergüenza tras verse expuesta ante él. Le ayudaba saber que Will era totalmente indiferente a su desnudez, pero la joven jamás podría superarlo, sobre todo, porque su orgullo fue herido.

William Rochester podía no ser su persona favorita, pero Poppy no podía negar lo atractivo que le resultaba, incluso con su hosquedad. Había tardes en las que ella buscaba una excusa para ir a la cocina, justo cuando él cortaba leña en los establos, y observarlo a través de la ventana.

Le resultaba emocionante verlo utilizar su fuerza, o como su ropa se ajustaba a su cuerpo en cada estocada. Era una faceta diferente a la que solía ver de él. Will era el hombre más erudito que conocía, siempre con un libro bajo el brazo, pero su falta de interés social le hacía guardarse sus conocimientos para sí mismo.

Era inteligente, atractivo, y trabajador, de lo único que carecía era de un corazón y buenos modales.

* * *

Después de un par de semanas trabajando, Poppy llegó a la conclusión que la clase que más le gustaba impartir era la de los sábados. Al ser un grupo pequeño, Poppy no debía preocuparse de

capturar la atención de diecisiete alumnas, sino solo ocho. Era agradable tener una excusa para pintar. Además, se divertía charlando y compartiendo su gusto común por el arte y las flores con ellas.

Debido al clima lluvioso de Yorkshire, el grupo se reunía en la biblioteca y no en el exterior, como a ella le hubiera gustado. Sin embargo, el grupo de jardinería de la señora Floyd les permitían usar alguna de sus flores como modelos. Para esa clase, prepararon un arreglo floral con crisantemos, girasoles y margaritas amarillas que encarnaban el ambiente otoñal a la perfección.

Todas hicieron un trabajo maravilloso, poco a poco aprendían a utilizar la cantidad de agua apropiada, y a mezclar los colores para llegar al color esperado.

Después del almuerzo, Poppy regresó a la biblioteca a guardar las pinturas que dejaron secando cerca de la chimenea. En un extremo de la mesa, unas muchachas de su grupo ayudaban a las menores con su tarea de aritmética.

Poppy no tardó en descubrir la peculiar manera de organización que tenían las alumnas residentes. Existían dos grupos, divididos por la habitación en la que dormían. Las jóvenes de la recámara norte eran lideradas por la revoltosa Peggy Bennett, y las del cuarto sur, por Imogen Clifton, ambas de dieciséis años. Bajo la autorización de la señora Rochester, idearon un sistema de puntos para mantener la organización de cada grupo:

La recámara que ordenara primero las camas, ganaba un punto.

La recámara que llegara primero al comedor por las mañanas, ganaba otro.

La recámara que sumara las mejores calificaciones, recibía cinco puntos.

Y al final de cada mes, la señora Price entregaba el cómputo a la señora Rochester, y esta le organizaba a la recámara ganadora una fiesta de té con los manjares más deliciosos.

Les quedaba una semana para que terminase el primer mes, y todas las muchachas demostraban un comportamiento ejemplar, estudiando, entregando sus tareas a tiempo, y ayudándose entre ellas.

La señora Floyd le había dicho que desde que crearon dicho sistema, las cosas eran más fáciles para la celadora, pero era cosa de que naciera alguna disputa, para que las enemistades y competencias entre recámaras comenzaran.

—Señorita Poppy —llamó Maud, llegando junto a ella—, el carruaje de la señora Harland acaba de asomarse en el camino.

La pelirroja se alegró al saberlo, ya que Lucy ya no la visitaba con la misma frecuencia. Fue un tema común entre sus conocidos que las primeras semanas ejerciendo como maestra fueron difíciles para Poppy. Si bien se preparó tanto como pudo, el cansancio la superó. Fue por esto que no tuvo tiempo ni energía de visitar a su amiga en las últimas semanas, ni de escribir a su prima, quien debía encontrarse de regreso en Terranova.

—Le podrías decir que me encuentre aquí, por favor, Maudie. Me quedan unas cuantas cosas por ordenar.

—Claro, señorita.

A los pocos minutos los pasos enérgicos de Lucy cruzaron el marco de la puerta.

—¿Sigues trabajando, Poppy? —La morena la miró con lástima, pero apresuró su paso para llegar a ella y abrazarla.

—Lucy, gracias por visitarme —contestó, devolviéndose el gesto—. Solo estoy esperando a que seque la pintura. Después de eso, tengo el resto de la tarde libre.

—¡Magnífico! ¿Cómo te sientes, querida? A penas te veo los domingos en la iglesia, y siempre te ves tan cansada. Tal vez debería hablar con William, que te quite algunas clases de

encima.

—Que ni se te ocurra, Lucy. Estoy bien, me tomó algo de tiempo, pero ya me acostumbré.

—Si tú lo dices.

—Mejor cuéntame alguna novedad, ¿cómo van las cosas en la alta sociedad *Thorneriana*?

Lucy comenzó con sus noticias sobre las señoras Matson y Lackenby, y también las propias. Al parecer, la institutriz alemana que le recomendó la tía de Ernest le colmaba los nervios.

—Es ilógico que me sienta juzgada en mi propio hogar, y menos por una empleada… —Alguno de los dibujos que secaban sobre la mesa llamó su atención—. ¿Quién pintó este?

—Ese es el mío.

—¡Dios, Poppy! ¡Es increíble!

—Gracias —Poppy dejó salir una risita nerviosa. No era la mejor aceptando cumplidos, pero estaba orgullosa de aquella pintura, sobre todo de los crisantemos, que era una flor un tanto difícil de retratar.

—Deberías regalármelo —bromeó Lucy.

—Es tuyo si lo quieres.

—¡Gracias! Haré que Ernest lo envié a enmarcar a Doncaster.

En ese momento la puerta de la biblioteca se abrió, dejando entrar un aroma delicioso, seguido de la señora Rochester.

—Vine a traerles estos panecillos recién horneados, cortesía de mis alumnas. Quedaron fantásticos. Siguieron la receta al pie de la letra.

A pesar de haber almorzado recientemente, la pelirroja no aguantó la tentación, y tomó uno.

—Mira, mamá —Lucy le enseñó su regalo—. Poppy lo pintó.

—¿Eso es cierto, querida? Es maravilloso. ¿Y lo hiciste en tan poco tiempo?

La aludida asintió, con la boca llena.

—¿Qué más puedes pintar?

La corteza azucarada a medio masticar de los panecillos arañó su garganta tras obligarse a tragar.

—Se me dan bien las flores, edificaciones… —Poppy deseó tener un poco de té. De todas formas, los panecillos estaban deliciosos.

—¿Y personas? ¿Pintas personas?

—No se me dan tan mal como los animales.

Sin importar cuantas enciclopedias contemplara, jamás había podido dibujar un caballo que no luciera como una cabra de piernas largas.

—El señor Rochester desde hace años desea hacer una pintura del jardín que da al bosque, tal vez usted podría pintarlo, señorita Dashwood.

—Por supuesto.

A Poppy también le gustaba ese jardín. Era un tanto oscuro, pero por la tarde, la luz se colaba entre los árboles dándole un aspecto misterioso y mágico.

—¿Le parece bien el próximo domingo?

—¡Mamá! —la reprendió Lucy—, ¿pretendes darle aún más trabajo a Poppy?

La señora rio.

—Sin presiones, querida. Puedes tardarte tanto como quieras. Serás recompensada

generosamente.

—No es necesario, lo haré con gusto.

* * *

El domingo de la semana siguiente, después de visitar el cementerio, Poppy caminó hasta la cabaña cargando su precioso maletín de acuarelas, y un caballete que tomó prestado del internado. El señor Brennan se ofreció a ayudarla, pero la joven se negó, ya que no pesaba tanto como parecía.

Tras tomar un refrigerio con los Rochester, Poppy se dirigió a su área de trabajo: el jardín. Por un milagro de Dios y los espíritus de la naturaleza era una tarde soleada, y si bien no hacía calor, a Poppy le bastaba con tener la luz dorada bañando su escenario.

Estaba dando gruesas pinceladas de pintura verde, para eliminar el blanco de la hoja, cuando la señora Rochester y su hijo llegaron frente a ella.

—¡Finalmente ha llegado su modelo, señorita Dashwood!

13

Poppy

—Lamento el cambio de planes —se excusó la señora Rochester—, espero que no le moleste, pero usted me dijo que también pintaba personas, y yo llevo años intentando convencer a William de que se deje retratar.

La expresión pasmada en el rostro de Will evidenciaba que este había sido más bien engañado, que convencido.

Poppy no era buena negándose, y menos a personas que le habían dado tanto como los Rochester. Le pidió al señor William Rochester que se ubicara donde le pareciera mejor, mientras ella retiraba parte de la pintura verde de la hoja con un pañuelo.

Era mejor que comenzara con él. Si bien el sol variaba a cada minuto gracias al follaje del bosque y a las nubes, era más confiable que esperar a que William estuviese dispuesto a estar quieto frente a ella por más de media hora.

Will estaba de pie unos metros frente a ella y, cómo siempre, lucía molestó. Era un sacrilegio mezclar aquel fondo tan prístino y celestial, con la brusquedad de su rostro. Lucía como un villano, en medio de jardín de cuentos de hadas.

Este optó por posar con los brazos cruzados, casi de perfil. Lo supiera o no, la luz lo favorecía. Resaltaba los hilos dorados en su cabello y barba, y hacía ver sus ojos del color del cielo. Poppy lamentaba no tener óleos, con la opacidad de estos le podría sacar mayor provecho a su modelo.

Los primeros trazos de carboncillo fueron los más difíciles. Estaba obligada a mirarlo más de lo que le gustaría, más de lo que soportaba sin que un escalofrío le recorriera la columna, o que las mejillas le picaran. Era un alivio que él no la mirara también. Este mantenía la vista fija en la oscuridad del bosque.

—¿Falta mucho?

Apenas habían transcurrido unos pocos minutos.

—Aún no termino el boceto, ¿podría suavizar un poco el entrecejo?

Will la miró por un instante.

—Está roja.

—Es mi color natural —respondió sin inmutarse. Poppy se encontraba concentrada en las líneas de su expresión.

—¿Cuánto tiempo suele tomarle un retrato?

—Jamás hice uno de un hombre, así que me tomará más tiempo del usual. Tenga paciencia.

—Tengo mejores cosas que hacer en lugar de estar aquí, parado sin hacer nada.

—¿Cómo qué? —Le causaba interés, más bien curiosidad, saber dónde iba Will cuando no lo veía oscurecer la mansión con su presencia. No sabía si tenía amistades fuera de su familia y Ernest, el esposo de su hermana.

—Tengo un internado al que dirigir, por si no lo ha notado —respondió él, malinterpretando su pregunta—. Debería estar respondiendo cartas de las familias de las alumnas, revisando las cuentas…

—Si tiene tanto que hacer, ¿por qué aceptó que lo retratara?

Will volvió a mirarla, con evidente molestia.

—Jamás acepté. Fue mi madre quien me hostigó, y me trajo hasta aquí sin una pista de lo que tramaba.

—Le aconsejaría, otra vez, que dejara de fruncir el ceño, si no quiere quedar inmortalizado como un gruñón por el resto de su vida.

—No tiene sentido ocultar lo obvio.

Poppy apretó los labios. Él tenía razón. La joven dio los últimos trazos al boceto, la forma de su cabello corto, marcando los puntos donde la luz lo bañaba y al arco romano de su nariz. *«Sí, lucía bien»* pensó. Si fuera por ella, lo dejaría así, sin pintar.

—¿Cómo va?

—El boceto está terminado, solo falta la pintura.

—¿Puedo verlo?

—Si se mueve, no logrará regresar a su lugar y retomar la pose… —Ya era tarde, Will iba hasta ella.

Este se detuvo quedando fuera de su campo de visión, quizás unos pasos detrás de ella. Poppy no quiso mirarlo, imaginaba que él estudiaba el retrato con su típica mirada seria y falta de emociones.

—¿Le complace? —La joven no estaba acostumbrada a recibir críticas de su trabajo, ya que siempre fue un pasatiempo privado.

Will dudo un momento.

—Está bien, quizás las piernas estén algo largas.

Su voz sonaba un tanto ronca.

—Así es como lucen sus piernas…

Will la ignoró.

—Y esa mano, ¿no cree que es demasiado grande?

—Sus manos son grandes… —Poppy giró el rostro hacia él, sobresaltándose al notar que el suyo estaba más cerca de lo que supuso, casi sobre su hombro.

Will se enderezó, retornando a su metro noventa de estatura, y dio un paso atrás.

—Deje de mirarme así. —Sus ojos azules brillaban oscuros.

—¿Mirarlo cómo? —preguntó ella, con la boca extrañamente seca. No tenía idea de qué hablaba. Se sentía agitada por la cercanía, pero no sabía cuál era la expresión en su rostro o cómo lo observaba.

Will gruñó algo que ella no entendió, y giró sobre sus talones, dirigiendo sus largas zancadas al bosque. Poppy seguía sin tener idea de qué hizo para molestarlo, pero necesitaba que él regresara a su lugar, antes de que la luz se perdiera entre las ramas. Devolviendo el pincel al vaso de agua, la joven lo siguió a la espesura del bosque.

Caminó un par de minutos, antes de encontrar a William, con la frente presionada contra el tronco de un árbol, luciendo adolorido, o molesto.

—Señor Rochester, necesito que regrese al jardín…

Apenas había pronunciado su nombre, cuando Will deshizo los pasos hacia ella, con la mirada oscura y torturada. Ni en un millón de años imaginó que Will deslizaría sus largos y ásperos dedos por su mandíbula, llevando su rostro hacia el de él, y presionaría sus labios con los de ella.

* * *

William

Incluso antes de llegar a sus labios pudo oler el aroma acaramelado emanar de su piel. Will no tuvo la fuerza de voluntad para detenerse, ni siquiera para absorber su aroma, o la manera en que sus párpados se cerraron cuando su mano entro en contacto con su mejilla. Quería besarla como antes, sin importar las consecuencias.

Había sido una tortura estar de pie en ese jardín, expuesto frente a esos ojos castaños que lo estudiaban y replicaban. Cada minuto fue un infierno, uno del que no podía huir, ni quería hacerlo.

Poppy separó sus labios para él, y un leve mareo lo llenó al sentir la suave humedad de su boca. Si bien la deseaba, el resentimiento continuaba allí, recordándole todo lo que Poppy le arrebató. Lo despojó una vida con ella, y el privilegio de una década besándola como lo hacía en ese momento.

A cada roce se hundía más y más en el calor de su boca y en el peculiar sabor a pastel de manzana de esta. Todo en ella era dulce, comestible. Las semanas que llevaba fantaseando con besarla, no se comparaban con la realidad, ni con las consecuencias que debía afrontar.

Aún estaba a tiempo de detenerse, y debía hacerlo. Un beso, era todo lo que podía permitirse sin cruzar la línea de su moral. Era un hecho que deseaba a Poppy, y era algo con lo que tendría que lidiar por sí solo. Debía extinguirlo como un fuego indeseable, ya que no tenía pretensiones de un nuevo compromiso con ella. No se rebajaría a pedirle que fuera su esposa, jamás.

Will dio un paso atrás, rompiendo el beso, y alejándose de ella de una vez por todas.

14

William

Will interpuso distancia entre ellos caminando entre los árboles. Necesitaba aclarar sus pensamientos, medir las consecuencias de sus actos, y en parte, disimular la erección que comenzaba a crecer en sus pantalones. Un beso había bastado para dejarlo en evidencia.

«¿Qué había hecho? ¿En qué momento decidió dejar la lógica de lado, y ceder al capricho de un beso de esa mujer?» La única conclusión a la que llegaba era que Poppy lo tenía trastornado. Desde su llegada a Thorne no hizo otra cosa que alimentar su odio por ella, transformándolo en algo más. Y semanas atrás, esa tarde en el cuarto de baño, su cuerpo desnudo fue la gota que rebalsó el vaso.

Ahora tendría que darle explicaciones diferentes a las de ese día. El beso no había sido una casualidad, ni un error. Fue un impulso, que ya comenzaba a lamentar. Sin embargo, en lugar de emprender rumbo al internado, cometió el desliz de mirar atrás. Poppy continuaba de pie donde la dejó, acariciando sus labios enrojecidos sin dar fe de lo que acababa de pasar. Pareció sentir el peso de su mirada sobre ella, por lo que levantó la vista hacía él.

—¿Por qué me besaste?

No sonaba molesta, pero eso no logró tranquilizarlo.

—Baja la voz —masculló, no tanto porque temiese que alguien los escuchara en aquel solitario lugar, sino para evadir la pregunta.

La pelirroja caminó entre los árboles hasta llegar a él. Tenía las mejillas teñidas de rojo y pecas. Su respiración estaba acelerada cuando estiró la mano para tocarlo.

—¿Por qué me besaste, Will? —susurró.

Sus ojos marrones brillaban como dos piedras de río.

Will dio un paso atrás, encontrándose con el tronco de un árbol. Este tartamudeó varias veces antes de ser capaz de hablar con normalidad. *«¿Cómo una mujer pequeña e insignificante como ella podía dejarlo sin habla?»*.

—Porque quise hacerlo —dijo, deseando ser capaz de perturbarla tanto como ella hacía con él.

—Hazlo otra vez.

Poppy tiró de las solapas de su chaqueta con suavidad, incitándolo a besarla. Podía ver en sus ojos las ganas que tenía de hacerlo, pero la diferencia de altura se lo impedía.

Will negó con la cabeza. Deseaba hacerlo, por supuesto que sí. Lo deseaba con cada centímetro de sí mismo, pero no podía. Poppy deslizó sus manos por su pecho, hasta sus hombros. Cuando la pelirroja le quitó la chaqueta, él no la detuvo.

—Will…

Y hasta ahí llegaba su autocontrol. Will hubiese querido ser decidido, y mantener su postura hasta que Poppy le rogara por un beso más, pero no lo era. Antes que la muchacha terminara de hablar, ya tenía un brazo alrededor de su cintura, elevándola hasta su boca, y presionando su cuerpo entre un tronco y él.

Poppy rodeó su cuello con sus brazos, envolviéndolo en aquel delicioso aroma que desprendía.

Will la besó, sin medirse. Deslizó una mano por sus caderas, hasta sus piernas, indicándole que estas también lo rodearan, y así, firmemente asegurada, Will tuvo las manos libres para tocarla. Acarició la curva de su cintura, indeciso acerca de su siguiente límite.

Poppy mantenía una mano sobre su hombro, y la otra con los dedos hundidos en su cabello. Su pecho se levantaba y contraía presionado contra el de él. Will intentó mantener alejado el recuerdo de su cuerpo desnudo, de sus pecas bañando su piel lechosa. La pelirroja llevó su mano hasta el rostro de Will, acariciando su mandíbula a través de la espesa barba. Poppy separó sus labios de los suyos, quizás en busca de aire, pero en su lugar dijo:

—Tu barba es más suave de lo que imaginé.

Su miembro palpitó al saber que ella, Poppy Dashwood, imaginaba el tacto de su barba.

«¿Qué otras cosas pasarían por esa cabeza? ¿Cosas tan perversas como la de él?»

Will deslizó las manos por su abdomen, sintiendo la tela firme de su corsé, hasta encontrarse con la blandeza de su busto en el borde superior. Recibió la respiración sorprendida de Poppy en su boca, y le fue imposible contener la sonrisa socarrona que comenzaba a tirar de sus mejillas.

Después de acariciarla sobre la tela, las manos de Will bajaron, siguiendo la forma de sus costillas, cintura, y caderas redondas. El polisón que daba forma a su vestido, le impedía encontrar su trasero, lo cual lo decepcionó más de lo esperado. Si bien había visto todo lo que ocultaba, quería más.

Mientras la recorría, dio con el lazo que aseguraba su delantal, y tiró de este. Poppy le quitó la chaqueta, era justo pagar prenda por prenda. La pelirroja no pareció sorprendida cuando Will lanzó la prenda tras él, continuó besándolo con las mismas ansias, mientras que acariciaba sus brazos tensos.

Deshizo unos cuantos botones, con la excusa de que el borde de su blusa le impedía besar su cuello, pero los dedos del hombre no se detuvieron hasta que la tela de su camisola fue visible.

Will dejó de besarla, sin separar su rostro del de ella, dándole el tiempo suficiente de negarse a que él siguiera. La muchacha tenía los labios enrojecidos, y el rostro irritado por su barba, pero presionó su boca con la suya otra vez, impaciente por continuar.

Con inesperada habilidad, William deshizo cada botón, y probando su suerte, le quitó la blusa también, dejando a la vista su corsé, y una camisola de manga corta bajo este. Era suficiente. Ahora veía las pecas de sus brazos y hombros, y quería besarlas todas, quería borrárselas a besos.

Will hundió su rostro en su cuello, besando, chupando y mordiendo su piel traslúcida. La respiración ahogada de Poppy era amortiguada por el sonido del viento entre las ramas, y el lejano gorgoteo del arroyo.

Will estaba tan envuelto en su tarea, que apenas notó la presión dejar su pecho cuando Poppy desabrochó su chaleco, y deshizo el nudo de su corbatín. Su erección se presionaba contra ella, y cada sobresalto de la chica lo estimulaba, produciéndole un placentero calor que recorría su columna.

Había dejado de lado su rencor y prudencia. Incluso el miedo de ser descubiertos, o lo que pensaría su madre cuando saliera al jardín a ver el avance de la chica, y no los encontrara. Ahora solo pensaba en tener tanto de Poppy como pudiera, tanto como ella quisiera darle.

Si al día siguiente ella se daba cuenta del error, y decidía regresar a Canadá, o emprender a la India, Will tenía la certeza que el recuerdo de esa tarde lo acompañaría por el resto de su vida.

En busca de más piel que besar, Will bajó los hombros de su camisola, dejando a la vista

sus pechos llenos y pecosos. Sus pezones estaban erguidos. Tal como imaginó, su piel era fresca, y más suave que la seda.

Poppy se retorció, atrayendo la mirada oscura de Will. La muchacha estaba roja, como una manzana, mientras su pecho se elevaba debido a su respiración rápida e irregular.

—¿Estás bien? —preguntó, comenzando a sentirse preocupado.

—Sí…

Will separó su rostro de ella un poco más, dándole espacio para que respirara el aire frío del bosque. Poppy empuñó su camisa, y lo atrajo de regreso a ella. Él la beso con lentitud, ayudándola a recobrar el aliento.

La joven recorrió la longitud de su brazo hasta llegar a su muñeca. Tomó de su mano, y la guio de regreso a la piel tersa y blanda de sus pechos. Poppy soltó débiles gemidos mientras él la besaba y tocaba, pero a cada caricia sus jadeos se tornaban más preocupantes.

—No puedes respirar —sentenció.

—Estoy bien —Poppy se retorció contra él.

Will posicionó una mano en su trasero para contener su peso mientras la separaba del árbol. Con la otra, tanteó los lazos de su espalda, estudiando si sería capaz de desatarlos sin tener que separarse de ella.

—Will, los cordones no. Tiene broches por delante… —con dedos ágiles, Poppy deshizo los primeros dos, dándole un ejemplo de cómo debía hacerlo. Will, quien siempre fue un alumno ejemplar, no tardó en deshacerlos todos, y lanzar la pieza a la hierba.

—¿Mejor?

Poppy asintió.

Si bien la camisola era traslúcida, Will no quería impedimentos, así que la retiró, lanzándola a la pila de ropa junto a ellos. Si sentía frío, él tendría que bastarle para mantenerse caliente.

Con Poppy entre sus brazos, desnuda de la cintura para arriba, Will se dio unos segundos parar volver a mirarla.

Podía ser la raíz de todos sus problemas, pero no podía negar que era la mujer más hermosa que hubiera conocido. Poppy continuaba con las mejillas encendidas y los labios irritados. Sus ojos brillaban, al igual que los mechones rojizos que escapaban de su trenza. Will debía ser el hombre más afortunado del mundo, ya que tenía a la misma afrodita entre sus brazos. Su mirada cayó en las manchas rojizas que comenzaban a formarse en su delicado cuello. *«¿Él las había hecho?»*

—¿Te duele?

—¿A qué te refieres? ¿Qué tengo? —preguntó llevando su mano al lugar.

—Creo que te lastimé.

—No me duele, en absoluto.

Fue demasiado brusco. Will apartó los mechones, y besó las marcas con una ternura que lo sorprendió.

«¿Qué demonios estaba haciendo?» Pero continuó besando las marcas de su cuello, con cuidado, haciendo camino desde estas a su hombro, repleto de pecas, para llegar a su pecho izquierdo. Dudó un segundo, antes de besarlo. Ahuecó el derecho con la mano, mientras que deslizaba la piel rugosa de sus labios por la suavidad de este.

Poppy lo observaba con nerviosa atención, quizás pánico. La parte retorcida de su cabeza se regocijaba al pesar lo último. Will besó castamente su pezón, para luego llevárselo a la boca y succionar. La pelirroja se llevó las manos al rostro, privando a Will de su reacción, pero podía

sentir el calor de sus jadeos.

«¿Jadearía así cuando deslizara su miembro dentro de ella? ¿Cuánto tardaría en quitarle el resto de la ropa, y recostarla sobre la hierba húmeda del lugar, y hundirse en ella?»

Mientras saboreaba su piel, un pensamiento diferente cruzó su mente. Un recuerdo de su adolescencia, una frase que en numerosas ocasiones lo había llevado de regreso al camino de la moral. Will no recordaba cuál era la pregunta que le hizo a su padre, pero recordaba bien la respuesta: *«Si no estamos plenamente convencidos de que una actividad está honrando a Dios, es un pecado»*.

Will se detuvo. Lo que Poppy y él hacían, y estaban prontos a hacer, era un pecado. Si continuaba, arruinaría su virtud, su oportunidad de encontrar un esposo y formar una familia, y lo peor de todo, condenaría su alma. Él podría vivir con su propia inmoralidad, con su debilidad por ella, pero no con la culpa de haberla condenado a la eternidad en el infierno.

Will dio un paso atrás, permitiendo que las piernas de la muchacha se deslizaran de regreso al suelo desigual del bosque.

—¿Qué pasa?

—Ya es suficiente…

Poppy se cubrió el busto con los brazos.

—¿Suficiente de mí?

—Sí. Es mejor detenernos ahora. No hemos hecho nada que no se pueda remediar.

—Tal vez tú tuviste suficiente, pero yo no.

—Basta.

Will se alejó de ella, sin mirar atrás, para evitar arrepentirse. Era lo más sensato, la única opción correcta.

El pene le latía adolorido, pero ya se ocuparía de este más tarde.

—Will —llamó Poppy, de nuevo junto a él. Tenía el cabello repleto de trozos de madera, tierra y hojas. Continuaba sin vestirse, y no parecía en lo absoluto preocupada por su estado de semi desnudez.

—Poppy —Will debió tomar aire tras pronunciar su nombre. Había pasado una década desde que esa palabra salió de su boca—. Lo hago por ti, ¿acaso no te preocupa tu honra? ¿Acaso no piensas casarte algún día? —La voz le tembló a pronunciar lo último.

—No, no tengo ambición de volver a comprometerme, después de lo que hice. No planeo ser una esposa.

Will chasqueó la lengua. Sabía que no lo decía en serio. Incluso en la cerrada y minúscula comunidad de Thorne, Poppy ya tenía un potencial pretendiente. No tardaría en ser cortejada por el miserable de Lackenby, o algún otro que la convertiría en su esposa.

—¿Cómo me verás a la cara mañana, después de lo que pasó hoy?

—No me avergüenza, por supuesto que no. ¿Sabes cuánto tiempo he esperado tus besos? ¿Saber que algo dentro de ti, que no es odio o repudio, te mueve hacia mí?

—Yo jamás te he repudiado.

—Pero, es evidente que no te agrado mucho.

Will rio.

Poppy lo tomó de la mano, e hizo que los nudillos de este se deslizaran por la piel de su vientre, por su pecho, hasta sus labios.

—No te agrado y, aun así, te preocupa mi honra —dijo, con deliciosa lentitud.

—No soy el animal que todos creen.

—Nadie piensa que seas un animal —ella besó sus nudillos—, puede que tengas los

modales de uno, pero continúas siendo un hombre.

Poppy tomó su hombro, guiándolo hasta sus labios, y Will estuvo a punto de ceder. No obstante, ya había sido difícil alejarse de ella antes, por tercera vez sería imposible.

—Basta, Poppy… —Apoyó su frente contra la de ella, con los párpados firmemente cerrados—. Me estás matando.

Las manos de Poppy se deslizaron por su pecho, rozando los botones y la tela blanca de su camisa. Los músculos de su abdomen se estremecían ante su toque. Parte de él deseaba que jamás se detuvieran, pero cuando sus manos llegaron a la tela de su pantalón, y acariciaron su miembro duro y sensible, la respiración se le entrecortó.

Will alejó el rostro de ella, y la tomó por la muñeca.

—¿Qué haces?

—Déjame ayudarte, Will. Dime cómo hacerlo.

Will tomó su mentón, y mientas acariciaba su labio inferior, estudió su rostro, sus hermosos ojos oscuros. Lo decía en serio. Era doloroso y a la vez placentero ver que ella lo deseaba tanto como él. Tragó, repentinamente con la boca seca. Que lo tocara no era tan terrible, mientras fuera sobre la tela. Era evitar el mal mayor.

Llevó su cálida mano de regreso a su entrepierna, guiándola a lo largo de su tensa erección. Se sentía un millón de veces mejor que cuando lo hacía él, sobre todo cuando tenía a Poppy sonrojada, temblorosa y semidesnuda contra él.

Will quitó la mano de la suya, y dejó que Poppy lo hiciera por cuenta propia. Cerró los ojos con fuerza, si bien todo aquello estaba mal, quería que durara un poco más, y si continuaba viéndola, sabía que estallaría.

—¿Está bien así?

Él gruñó algo parecido a un «ajá».

Poppy se detuvo un momento. Will supuso que ella finalmente había vuelto en sus cabales, pero la joven aprovechó los segundos desabrochando los botones de sus pantalones, liberando su miembro. La sensación de su mano en la piel sensible de su pene fue suficiente para hacerlo eyacular, pero se contuvo. Necesitaba que dicha tortura se prolongara tanto como pudiera. Sin abrir los ojos, se encorvó hacia ella, respirando contra su cuello y aspirando su aroma para conservarlo en sus recuerdos para siempre. Poppy le estaba dando uno de los mejores momentos de su vida, y él le pagaría de la peor manera posible.

«Por el bien de ambos».

Poppy cambió de mano, pero continuó lento y con un ritmo enloquecedor.

—Will, ¿lo estoy haciendo bien?

Él no contestó, no hubo necesidad de hacerlo. En ese instante, el éxtasis lo golpeó, como oro líquido en las venas. Will jadeó mientras que su semilla se derramaba por doquier, manchando el estómago y mano de la joven.

Le tomó un momento controlar su respiración. Al abrir los ojos, Poppy lo observaba confundida y expectante a la vez.

Mientras abrochaba sus pantalones, Will adoptó su semblante típico, el de todos los días, el que esa tarde había perdido. Hurgó en sus bolsillos y le extendió su pañuelo, para luego tomar sus pertenencias, y abandonarla en aquel tétrico bosque.

* * *

Poppy

Poppy se vistió. Sacudió las hojas y telarañas de su cabello y regresó al jardín. Todo estaba como lo había dejado, pero sin rastros de Will, a excepción del boceto. La joven se obligó a no pensar, en mantener su mente en blanco hasta estar a solas. *«¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Veinte minutos, una hora?»* Ahora todo le parecía un sueño, que poco a poco se tornaba en pesadilla.

Poppy guardó sus cosas con rapidez. No quería atraer atención hacia sí misma, y retirarse tan rápido como pudiera, por lo que tomó su maletín, dejó el caballete atrás, y regresó al internado.

Si se cruzó con Will, no lo notó. Vio de reojo a algunas alumnas que correteaban por los terrenos, escuchó la voz de la señora Prince, pero continuó caminando rumbo a su alcoba. Necesitaba llegar al silencio de su cuarto, lavarse los restos de Will de sus manos, y enredarse en las colchas de su cama hasta extinguirse por completo.

«¿Qué hice?»

TERCERA PARTE

El infierno del señor Rochester

15

Poppy

«¿Qué hice?» La pregunta se repetía una y otra vez en su cabeza, y Poppy se obligó a no desmoronarse.

Will le había hecho creer que se preocupaba por ella y su virtud, pero en cuanto obtuvo lo que necesitaba, se marchó sin decir una palabra. Quería suponer que el motivo era ese, el de protegerla, aunque en sus ojos azules no hubo rastro de amabilidad cuando le entregó el pañuelo, y ella lo recibió desnuda y vulnerable. No. Poppy no se permitiría a sí misma sentirse avergonzada, no por algo que disfrutó hacer.

Después de darse un baño con agua fría, Poppy se miró al espejo. Sus mejillas continuaban teñidas de rojo, consumiendo el color de sus pecas, y en su mirada habitaba un brillo que jamás había visto. Will la besó. *«Bueno, hizo mucho más que besarla»* pensó. Y ella también. Poppy acarició las marcas en su cuello, rojas y amoratadas. Will la besó con tanta intensidad que dejó huella, y ella deseaba que jamás desaparecieran.

Todavía percibía la respiración acelerada de él, grabada en su piel desnuda.

Antes consideró que no había nada mejor que sus besos, y tenía razón. Ahora que tuvo su boca otra vez en la suya, en su cuello y hasta en su pecho, no podía imaginar nada mejor. Quizás debió detenerse ahí. De esa forma, no hubiera enfrentado su abandono y la duda que pesaba dentro de sí misma, porque Poppy no era tan ingenua como para ignorar las repercusiones de sus actos. *«¿Confiaba en que Will no la despreciaría por lo que hizo, o peor aún, que él no tomaría ventaja de ella en el futuro?»*

Para su alivio, Will no apareció en la cena. Poppy agradeció la oportunidad de una noche tranquila, antes de que debiera enfrentar el infierno en el que se metió. No obstante, la sensación fue reemplazada por preocupación, cuando los demás empleados demostraron su inquietud acerca de su ausencia.

Era domingo por la noche, y nadie conocía el paradero de William Rochester.

La pelirroja no consideró que fuera extraño, ya que ella jamás sabía dónde él iba. Sin embargo, la señora Floyd le aclaró que era insólito que este se ausentara la noche previa a una mañana de trabajo. Poppy quiso ser capaz de revelar sus suposiciones, pero aquello era imposible. Tampoco deseaba ser egocéntrica y presumir que ella era la causante de su desaparición, pero lo creía probable.

Cuando la cena terminó, y el señor Cooper llevó la noticia a la cabaña, la señora Rochester visitó el internado para indagar acerca del paradero de su hijo, y del avance de la muchacha respecto al retrato que comisionó. Poppy improvisó una mentira a medias.

—Él se fue tras terminar el boceto. Dijo que no estaba dispuesto a permanecer allí sin hacer algo por más tiempo.

—Tan típico de William —murmuró su madre.

—¿Quisiera ver el progreso? Este fin de semana puedo continuar con el jardín, e intentar pintar de memoria al señor Rochester.

—Oh, querida. Eso sería magnífico.

La conversación se vio interrumpida por la llegada del señor Brennan, quien anunció la

ausencia de uno de los caballos.

Tras esto, llegaron a la conclusión de que William eventualmente regresaría. Eran apenas las nueve de la noche, y él era un hombre responsable, quien sabía cuidarse solo. No era un niño que debiese ser supervisado a cada movimiento. Las señoras Rochester y Floyd apostaban porque este se había reunido con Ernest en la residencia Harland, y que quizás fue invitado a cenar, y por eso su demora.

Poppy prefirió guardar sus suposiciones para sí misma, ya que estaba convencida de su culpabilidad en la desaparición. Este se marchó tras lo que hicieron en el bosque. Estuvo bien para ella, y creyó que también para él, antes de que la abandonara allí. Quizás hizo algo mal, algo que lo ofendió fuera de su entendimiento.

«¿Qué pensaría de ella?» Poppy le había dado a entender que ella no se respetaba lo suficiente para negarse. Que era una promiscua, capaz de tocar a un hombre hasta hacerlo reventar.

Sus mejillas se encendieron ante el recuerdo.

Aún guardaba su pañuelo tras haberlo enjuagado en el lavabo. No estaba segura si conservarlo o devolvérselo. Quizás lo guardara como un *souvenir*, un recordatorio de que lo que había ocurrido era real. La pelirroja se reprendió a sí misma por pensar así. Tal vez debía tomar como ejemplo a Will, y arrepentirse de sus actos, como también prepararse para las consecuencias de estos. Ella ya lidió con las bajas expectativas de William sobre su trabajo, y cuando consideraba haber superado aquello, ahora debería soportar sus discriminaciones por su aparente falta de moral.

«¿Y si Will tenía razón? ¿Y si algún día ella se enamoraba de un hombre respetable? ¿Cómo le explicaría que, siendo la hija de un párroco, ella no tuvo demasiados inconvenientes en convertirse en una adúltera?»

Will podía odiarla y juzgarla hasta el final de sus vidas, pero Poppy dudaba que llegara el día en que ella pudiera enamorarse de alguien, otra vez.

La muchacha se fue a la cama sin tener noticias del paradero de Will, pero recordando cada instante de su tarde juntos. La fuerza con la que la besó, nada parecida a la ternura con la que lo hizo hace tanto tiempo atrás. Parecía querer devorarla, y Poppy no podía negar que compartía dicha ansia.

Era pasada la medianoche, cuando un fuerte golpe en las escaleras la despertó. Sobresaltada y adormecida, Poppy permaneció en su cama hasta recopilar el coraje de encender la lámpara.

«Debía tratarse de Will» pensó, una vez su cerebro fue capaz de trabajar con claridad.

Poppy esperó un minuto y otro, a que el silencio volviera y poder dormirse, pero esto no ocurría. Curiosa, la joven se puso de pie, y abrió la puerta una fracción para ver el enorme cuerpo de William Rochester trastabillar por el corredor, rumbo a su cuarto.

No podía estar por completo segura, pero parecía ebrio, tanto que le costaba meter la llave en la cerradura de su puerta. Poppy había escuchado por parte de Maud que él no permitía que nadie entrase a su cuarto, o a su despacho, por lo que siempre cerraba todo con llave. Lo supuso un paranoico.

Poppy lo miró luchar con la cerradura y la llave por largos minutos, hasta que se dejó caer, deslizándose hasta el piso.

Tras un largo trago de aire frío y coraje, la pelirroja se envolvió en su bata y dejó el cuarto cargando su lámpara.

—¿Dormirás ahí? —susurró lo suficientemente alto para que él la oyera.

Will la miró, con los ojos vidriosos. Gracias a la luz proveniente de sus manos, notó que estaba empapado.

—Estoy bastante a gusto, la verdad.

—Vamos, dame la llave.

Poppy se arrodilló junto a él, intentando distinguir el brillo plateado de la misma en la alfombra. El hedor del alcohol llegó a sus fosas nasales, mezclado con la terrosidad de la lluvia.

Tras encontrarla, abrió la puerta.

El olor dentro de la alcoba era amaderado, denso y un tanto desagradable.

—Levántese —le ordenó Poppy—, despertará a la señora Floyd y al resto del internado.

Will permaneció con las piernas estiradas en el piso, y la cabeza apoyada en la pared.

—La señora Floyd tiene el sueño más pesado que el de un oso en invierno.

—Que envidia.

Poppy le tendió la mano a Will, para ayudarlo a levantarse, pero este se negó, poniéndose de pie con torpeza y entrando en la habitación.

La pelirroja permaneció fuera, permitiéndose una rápida mirada a la estancia. Distinguía una gran cama de doseles en el medio. Cortinas pesadas impedían el brillo de la noche, por lo que no vio mucho más.

Will se quitó la chaqueta en la oscuridad, y tropezó con algo que ella no alcanzó a divisar. Poppy sabía que era momento de regresar a su cuarto, que no había razón para arruinar aún más su reputación frente a él, pero quería asegurarse de que este llegara a la cama sin romperse la cabeza en el camino. Entró sin decir nada, y dejó su lámpara en la mesa de noche.

—¿Necesita ayuda?

Will bufó, a la vez que batallaba con los cordones de sus botas.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Te atreves a hablarme así después de lo que hicimos?

Poppy se congeló en su lugar, había esperado que el señor tuviera la delicadeza de no tocar el tema.

—Le hablo como corresponde.

Incapaz de descifrar el nudo, Will descartó la tarea y se concentró en los botones de las mangas de su camisa.

—Extienda su brazo.

—Poppy, déjalo ya…

—Dame tu brazo —le ordenó, tomándolo con fuerza. Poppy deshizo sus botones, notando el vello dorado de sus muñecas. La joven se reprendió a sí misma por notarlo, para luego ayudarlo a sentarse en el borde de su cama.

—¿No te asusta estar en el cuarto de un hombre ebrio?

—No…

La joven volvió a arrodillarse frente a él, para ocuparse de sus cordones.

—Pues debería —continuó él, estirando las palabras—. Los hombres somos bestias asquerosas, que no dejarían de lado la oportunidad de aprovecharse de una mujer bonita como tú.

Poppy le quitó las botas embarradas, y se puso de pie.

Will la observaba distinto a como lo hacía a diario, no con el mismo odio. Sus párpados caían pesados, dándole una apariencia somnolienta, pero el azul de sus ojos estaba fijo en ella.

—¿Quién te enseñó?

—¿A quitar botas? Supongo que aprendí…

Él la interrumpió.

—¿Quién te enseñó a tocar a un hombre así? —Aprovechando el silencio de la pelirroja, Will continuó—. No fue tu primera vez, ¿verdad? ¿Hubo alguien más?

La muchacha no fue capaz de mirarlo a la cara, ni de imaginar su expresión. «*¿Servía de algo mentir cuando ya se había dejado en clara evidencia?*»

—Yo…

—No me digas —soltó de pronto, apoyando la frente en el estómago de Poppy—. No creo que pueda soportarlo.

Su bonita bata y camisola no tardaron en humedecerse por el cabello empapado de este.

—Vamos, Will. Vete a la cama.

Will hundió su rostro en la superficie blanda de su estómago, y respiró hondo. Sus manos la tomaban por las caderas, pero sus dedos se hundían en los costados de sus glúteos.

—Lamento haberme ido así —dijo él, con la voz amortiguada por el abrazo—. Quería lastimarte para que dejaras de insistir, porque no soy fuerte, Poppy. No cuando se trata de ti.

Su corazón se saltó un latido al oírlo, pero guardó silencio, instándolo a continuar.

—Lastimarte fue la única forma que encontré para no cruzar esa línea. Si te tuviera, no podría dejarte ir.

—Entonces no lo hagas… —susurró de vuelta, agradeciendo que Will no la mirara, porque de ser así, no hubiera sido capaz de pronunciar dichas palabras.

—No puedo hacerte mi esposa, Poppy.

El calor que comenzaba a subir hasta su rostro se detuvo.

—¿Por qué no? —su voz temblaba, y no supo cómo evitarlo.

—Porque yo jamás te perdonaré por lo que hiciste.

16

Poppy

Poppy se quitó las manos de Will de encima, y regresó a su recámara.

Como esa tarde, le costaba respirar, pero por un motivo diferente. Quiso llorar, pero si no lo había hecho sola en el bosque, no lo haría ahora. Lo entendía. El día en que ella se disculpó y él no aceptó sus palabras, Poppy supo que no había razón para creer que Will albergaba sentimientos por ella. Sin embargo, esa noche por breves segundos se permitió pensar que sí. Will le confesó que sentía algún tipo de debilidad hacia ella. Sin embargo, intoxicado y honesto como nunca antes, él puso punto final a sus esperanzas.

Fue una ilusa.

Todo lo que hizo falta fueron un par de halagos para derribar las murallas que ocultaban sus deseos más profundos, su deseo de una vida junto a él, diferente a la que tenía en ese momento. Para ella, esa era la línea que jamás debió cruzar. Se convenció a sí misma de que todo lo que necesitaba era una vida tranquila en Thorne, y por meses se esforzó para conseguirlo. Ahora sabía que todo fue una mentira.

Tendría que enfrentar de manera interna sus deseos reales, y enterrarlos hasta que desaparecieran. Debía obligarse a odiarlo, porque de otra manera, volvería a albergar esperanzas de que Will cambiase de opinión, y cada vez rompería más de sí misma al recordar que él jamás la perdonaría

Poppy presionó sus palmas contra sus ojos, con innecesaria fuerza. Las lágrimas cayeron por sus mejillas, sin importar cuanto las reprimiera. ¿De qué le servía fingir que estaba bien, cuando estaba en la soledad de su cuarto? Allí nadie la vería derrumbarse, a nadie le importaría. Por el contrario, le ayudaría a quitarse un peso de encima y llorar hasta que el dolor dentro de su pecho se entumeciera.

* * *

Era temprano cuando Maud, y el resto de los sirvientes se enfrentaron al desastre causado por Will: Un camino de barro seco manchaba las escaleras de la entrada, hasta su puerta. Varias pinturas fuera de su lugar o en el piso, y su caballo a medio desensillar en las caballerizas.

Tras vestirse y revisar su apariencia en el espejo, para asegurarse de que las lágrimas de la noche anterior no la delataran, Poppy salió a colaborar en lo que pudiese.

—¿Lo escuchó llegar, señorita Dashwood? —susurró Maud.

Ella asintió.

—Estaba bastante ebrio. Tuve que ayudarlo a abrir su puerta.

La sirvienta levantó las cejas, sorprendida.

—No es común que él beba, menos cuando tiene clases al día siguiente. Mi padre intentó entrar en su cuarto para ver cómo se encontraba, pero está de un humor terrible. No creo que sea capaz de trabajar hoy.

—Todavía es temprano, tiene un par de horas antes de que el día comience.

Sin saberlo, William Rochester se encargó de probar el error de Poppy. La noticia de su

resaca llegó hasta la cabaña de sus padres, quienes no tardaron en tomar el control. La situación se manejó con discreción, para no crear rumores ni alertar a las alumnas acerca del deplorable estado de su profesor más estricto. En el desayuno, el señor Rochester, padre, anunció que él estaría a cargo de las clases de aritmética, ya que su hijo se encontraba indispuesto, debido a un resfriado. Mientras, la señora Rochester cuidaba de él en el segundo piso.

Después de terminar su primera clase, Poppy subió al salón de maestros a preparar material para la segunda. Organizó unas cuantas tarjetas con los colores en francés, para el grupo de las menores. Estaba sumergida en la tarea, cuando la madre de Will pasó a saludar.

—Señorita Dashwood, ¿está en su hora libre?

—Así es. —La pelirroja se percató de la tetera humeante sobre la bandeja en sus manos —. ¿Cómo se encuentra el señor?

—Insoportable como de costumbre. Maud le preparó este menjunje para la resaca, pero se niega a beberlo como un niño, si puede creerlo. Ya me cansé de insistir… —la mujer la miró como la tarde anterior, cuando la sorprendió con el cambio de planes respecto a su pintura—. Quizás si usted se lo llevara, él tendría la vergüenza suficiente para actuar como un adulto, y beberlo de una vez.

—No creo que yo pueda ayudar… —comenzaba a negarse.

—Inténtelo, Poppy, por favor.

La joven no tuvo una segunda oportunidad de negarse, cuando la señora le entregó la bandeja y continuó su camino escaleras abajo.

Poppy dudó unos minutos antes de entrar en la habitación. Como la noche anterior, esta se encontraba sumergida en las penumbras. William continuaba en cama, oculto tras el cortinaje de su cama de doseles.

La muchacha entró tan silenciosamente como le fue posible. Depositó la bandeja sobre un vestidor, y abrió las cortinas de terciopelo azul de las ventanas. Al hacerlo, los débiles rayos del sol iluminaron las espesas polutas de polvo que se desprendieron de la tela y muebles adyacentes. Si bien llovía, abrió la ventana para que el viento fresco se llevara parte de la inmundicia, ya que la nariz le picaba.

Estaba a punto de tomar la bandeja cuando Poppy no fue capaz de contener un sonoro estornudo.

—Madre, te he pedido que me dejes en paz —gruñó Will, desde su cama. —Llévate esa mezcolanza fétida. No la beberé.

La muchacha recopiló cada ápice de tranquilidad antes de acercarse, cargando la bandeja. Deposito esta de manera sonora, sobre su mesa de noche y abrió de un tirón la cortina de su cama.

Will yacía recostado sobre su estómago, con la almohada sobre su cabeza, como si intentara sofocarse. Estaba destapado a pesar del frío, pero vestido tal como lo dejó la noche anterior.

—Maud dice que le sentará bien, y su madre insiste en que lo beba. —Poppy sintió extraño volver al trato de cortesía, pero le parecía correcto interponer una barrera después de todo lo que ocurrió el día anterior.

Will lanzó la almohada a un lado, y la observó con los ojos azules teñidos de pánico.

—¿Qué hace usted aquí?

Él también volvía a hablarle de *usted*.

—Su madre me ha pedido ayuda y, como es frecuente, no me permitió negarme.

—Pierde el tiempo. Deje la bandeja y váyase. —Will se incorporó en la cama, e hizo el

intento de tomar la cortina. Poppy se lo impidió, para luego verter té en una de las tazas.

—Anoche llegó empapado hasta la médula. Si no toma algo caliente, podría resfriarse.

—¿Cómo sabe eso? —la expresión de Will se tornó pensativa, pero era evidente que le dolía utilizar la cabeza—. A penas recuerdo como llegué aquí desde el bar.

Una ola de alivio bajó por la columna de la chica. *«Will no recordaba su conversación de la noche anterior»*. Si bien eso no cambiaba lo ocurrido, porque sabía que lo dijo en serio, suponía que podía hacer más llevadera la convivencia entre ellos.

Poppy le entregó la taza, y él se negó a recibirla.

—Bebe, Will —la muchacha dejó de lado el trato cortés—. Solo intento ayudarte, al igual que Maud y tu madre. Te convendría recordar que no estás enfermo, tienes resaca. Ahora compórtate como un adulto, y bebe esto.

Will se frotó el puente de la nariz con los dedos, pero tomó la taza. Lucía minúscula entre sus dedos.

El vapor aromático llegó hasta la nariz de la muchacha. Él tenía razón, no olía particularmente apetecible, pero reconoció las notas de miel y hierbas.

Mientras William bebía el contenido de la taza, Poppy se permitió una rápida mirada alrededor. Junto a la entrada habían otras dos puertas, que debían dar a su baño privado, y quien sabe qué. Era una habitación enorme, debió ser la recamara principal de los Rochester, antes de que debiesen ocupar la mansión como internado. Los muebles eran de madera oscura. En una época mejor debieron ser lujosos, pero el polvo, los años y la oscuridad percudió su apariencia.

—¿Por qué no dejas que Maud limpie tu cuarto? —preguntó sin pensarlo.

La taza repiqueteó cuando Will la depositó de regreso en la bandeja.

—Maud siempre se inmiscuye en lo que no debe.

Poppy bufó.

—¿Acaso tienes muchos secretos?

Will hizo una mueca extraña.

—Desde la tarde de ayer, la lista se multiplicó.

Quizás Will tenía razón al proteger su privacidad, y ella debería hacer lo mismo. Tenía que comenzar a ocultar sus secretos y mentiras, como cualquier evidencia de la tarde anterior. Ella había guardado el pañuelo con las iniciales de Will entre los suyos. Tendría que devolvérselo u ocultarlo muy bien para que Maud no lo encontrara. Pero, ¿a qué conclusiones podría llegar? ¿Qué Will le prestó un pañuelo? Vaya escándalo…

—¿Cómo…? —Will dudó un momento—. ¿Cómo está tu cuello?

Poppy miró al corredor para asegurarse que no había nadie escuchando. Maud y la señora Rochester estaban abajo, y las alumnas en clases.

—Está bien —Poppy bajó un poco la tela de la blusa para mostrarle las manchas rojizas. Will las estudió por un momento, sin acercarse demasiado—. No duelen en absoluto.

—Discúlpame…

—No tenemos que hablar de lo que pasó —Poppy se alejó, interrumpiéndolo.

Él estuvo de acuerdo.

—No volverá a repetirse.

—Es lo mejor —convino ella—. Espero que, pese a lo ocurrido, podamos continuar llevándonos bien, o al menos ignorando la presencia del otro como hemos hecho hasta ayer.

Poppy le sirvió otra taza. Will puso los ojos en blanco, pero la aceptó. Ninguno se quitó los ojos de encima mientras él bebía.

La joven buscaba algún tema de conversación liviano para encubrir el silencio de la

habitación, o el hecho de que ambos estaban a solas en todo el segundo nivel, cuando un agudo grito la hizo saltar en su lugar.

—¡Señorita Dashwood, lo logró! —exclamó la madre de Will, llegando a la habitación con una nueva bandeja con pan tostado y mantequilla—. Sabía que lo lograría. Ahora porqué no me ayuda a convencerlo de que coma algo.

Poppy dio un paso atrás.

—Tengo mucho trabajo pendiente, señora Rochester. Y mi siguiente clase empieza en cosa de minutos… —la muchacha elaboró una interminable lista de tareas que no alcanzó a pronunciar.

—No tengo hambre, madre. Por favor deja que la señorita Dashwood regrese a sus labores, no la contratamos para esto.

—Pero, ¿qué…? —la mujer tomó el rostro de su hijo en sus manos, tanteando su temperatura—. Señorita Dashwood, ¿no cree usted que él se encuentra un tanto ronco? ¡Y mire esas mejillas, rojas como dos manzanas!

A Poppy, su voz siempre le pareció profunda, pero convino en que su rostro lucía enrojecido.

—No es nada, madre —respondió, Will, de regreso a su huraño semblante.

—William, ¿no me dirás que atrapaste un resfriado?

* * *

William

Pese a las protestas de su madre y contando con una salud envidiable, la mañana del martes Will estuvo de regreso en el comedor.

La única persona que lució feliz de verlo fue… Bueno, nadie. Le fue evidente el desconsuelo sus alumnas al verlo llegar, quienes creyeron salvarse un día más del examen de aritmética acordado la semana anterior. La señora Floyd le preguntó en repetidas ocasiones por qué no se tomó unos días para descansar, también ansiosa por deshacerse de él. Y la señorita Dashwood ni siquiera despegó la vista de su té, cuando él llegó a la mesa.

«La bendita señorita Dashwood, causante de todas sus penurias».

Esa tarde, tras dejar el bosque, Will luchó por encontrar cualquier distracción que lo alejara de ella, y así llegó al bar del pueblo. Will no era del tipo de personas que hablaban con extraños sobre problemas de faldas, pero había tanto que no recordaba de esa noche. Era capaz de recapitular su primera hora allí, bebiendo en una mesa del fondo, oculto de la mirada curiosa del cantinero, y de las otras tres almas que debían un domingo por la tarde.

Will no era un ávido bebedor, pero necesitaba desvanecer de su mente lo ocurrido con la pelirroja. No pudo. Incluso borracho no logró olvidar el sabor de su boca, su aroma dulce, la sensación suave y fresca de su piel. Aún escuchaba sus jadeos al tomar su pecho, y veía sus mejillas encenderse por la vergüenza.

Castigó cada recuerdo con un sorbo.

Sin embargo, entre más evitaba pensar en Poppy, más lo hacía. Y como un método distinto de castigo, sus pensamientos se tornaron oscuros, llegando a la conclusión de que ella podía haber condenado su virtud antes de lo ocurrido entre ellos. Una vez sobrio, se percató de lo inapropiado que era juzgarla de esa manera, pero antes esa noche, recordaba vívidamente sus ojos marrones observando mientras acariciaba su erección, concentrada, más no sorprendida.

A Will se le retorcían las entrañas al suponer que Poppy había tenido un amante en Canadá. No obstante, viviría con la duda, ya que no tenía coraje, ni la inmodestia de hacerle una pregunta así, ni la fuerza para escuchar la respuesta.

Él había tenido sus experiencias, la mayoría en sus años viviendo en Edimburgo. No había sido un casanova, ni nada por el estilo, y él jamás era quien diese el primer paso, a excepción de la tarde anterior. Bueno, él la besó y huyó. Si no fuera por la insistencia de Poppy, no hubiesen ido tan lejos.

¿Ella lo odiaría por haberla abandonado? Will creía que sí.

—¿Señor Rochester? —llamó la señora Floyd, observándolo con preocupación—. ¿Está seguro que se encuentra bien?

—Estoy bien, no se preocupe.

—Pues lamento decirle que está terriblemente distraído —comentó la señora.

Su mirada se trabó por un instante con la de Poppy, y supo que ella podía leer sus pensamientos.

Will recobró su amargado temple, y miró con fastidio a la señora Floyd.

—¿Qué quería decirme?

—Es el primer día de octubre, señor. Debe anunciar el grupo ganador.

—¿Mis padres no se ocuparon de eso ayer?

—Quise mencionarlo, pero había tanto sucediendo con su indisposición… —el reproche en su voz era palpable. La anciana le hizo una seña a la señora Prince, quien le tendió su libreta.

Tras los anuncios, Will se dirigió al salón. Notó como Poppy recogía sus cosas con lentitud, quizás para evitar cruzarse con él en el pasillo. Will quiso demorarse también, y así confirmar que lo detestaba, o al menos capturar parte de su aroma, pero la voz de la razón en su cabeza le impidió hacerlo, y lo forzó a ir raudo al salón.

* * *

Por el resto de la semana, Will batalló por atrapar una de sus miradas, no obstante, Poppy rehuía cada una de ellas. El hombre comprendía que estaba de pie en la tumba que él cavó, llenándose de tierra poco a poco, esperando por ser sofocado. El hecho de que Poppy lo odiara le carcomía la mente. La había herido, pero tenía el consuelo de saber que lo hizo para protegerla. Lo mejor era resignarse y regresar a ignorar la existencia del otro, o al menos pretender hacerlo.

Si antes de su encuentro en el bosque no fue sencillo evitarse, ahora lo era menos. Cada pensamiento viajaba de regreso a ella. Sentía tanta curiosidad como cuando se comienza un libro con una premisa atrapante, que incluso antes de terminarlo se sabe que será un favorito perpetuo.

Cuando ella lo abandonó, una década atrás, Will no entendía como se había prendado de aquella huérfana pelirroja. Ahora sabía que era todo en ella, su inteligencia, carisma e indudable belleza. Lo primero en capturar su atención, siendo un niño, fue su cabello del color de las llamas, y el mar de pecas en su rostro. Luego, al conocerla a la distancia, fue el tono siempre amable de su voz, su ingenio, y el contraste de sus ojos oscuros con su piel.

Él y Poppy habían crecido tan cerca, pero jamás juntos. Siempre obligado a partir a Escocia junto a su tío. Sin embargo, ahora estaba forzado a ahogar esa curiosidad y deseos deshonrosos, por difícil que resultara. No daría su mano a torcer, ya que Poppy fue la gran decepción de su vida, y no era fácil olvidarlo.

Ese domingo, Will dirigió la comitiva de alumnas hasta la iglesia por el camino principal al pueblo. Quiso encontrar una excusa para ir al final de esta, donde se ubicaba Poppy, pero era

estúpido y peligroso. Su deber era guiar y proteger a esa veintena de niñas, no complacer sus absurdos deseos. En la parroquia también evitó sentarse junto a ella, cediéndole el asiento a la señora Scott para que se encontrase cerca de su amiga, la señora Floyd. Will ocupó la banca tras ellas.

Thomas Lackenby y su madre no tardaron en llegar. El rubio se desvió de camino a su puesto en el frente, para saludar a la pelirroja.

Según Ernest, era poco probable que este se comprometiera con alguien de la provincia, debido a la fortuna de su familia, más específicamente a la de su hermano. La única forma de que Thomas continuara con un estilo de vida similar al que poseía, era casándose con alguna mujer más rica, y en Doncaster las probabilidades de que encontrase a una, eran pocas.

Aquello no lo tranquilizaba, y no tenía por qué. Si Thomas Lackenby decidía tener una vida modesta, y obtener la mano de la señorita Dashwood, Will no tenía ninguna carta en el asunto.

Por las horas en que se llevó a cabo el sermón, William Rochester batalló con mantener la atención de las alumnas en el párroco, y la suya lejos de la mujer frente a él. Sus pensamientos divagaban lejos de las palabras de la biblia, y sus ojos terminaban una y otra vez sobre su cuello. Las hebras de cabello cobrizo que se escapaban de su peinado camuflaban el borde de una de las marcas que él le había dejado. Un secreto que solo ellos conocían. Ni siquiera ese patán de Thomas Lackenby se enteraría jamás de que sus labios acariciaron la piel oculta de su cuello.

Cuando el sermón llegó a su fin, Will se encargó de coordinar a las alumnas para su regreso al internado. Algunas de estas se desviarían con la señora Floyd hasta el mercado, en busca de insumos, o algún artículo de salud. Mientras lo hacía, parte de su atención estaba centrada en la conversación de la pelirroja con su hermana. Deseaba averiguar si estas tenían planes en la mansión Harland, para quizás indagar con Ernest si Lackenby también estaba invitado a la reunión.

«No, no debía inmiscuirse en sus asuntos», se repitió una vez más. En su lugar, se despidió de su familia y comenzó el camino de regreso al internado.

Fue una mezcla de alivio, y socarronería hacia Lackenby, lo que sintió al ver a la pelirroja al final de la fila.

17

Poppy

En el primer domingo de octubre, Poppy no tuvo el coraje de visitar la tumba de sus padres, no después de lo que había hecho. Prefería evitar la culpa. Le gustaba creer que sus padres estaban en el paraíso, junto a Dios, y no observando cada una de sus decisiones. Aquello sería mortificante.

En su lugar, caminó de regreso al internado en compañía de la silenciosa señora Price. La mujer era una de las últimas adiciones al personal del internado, pero Poppy no tuvo problema en entablar una conversación amistosa para conocerla un poco más. Ya de regreso en la mansión, la pelirroja ocupó un puesto en la biblioteca, cerca de la ventana. Era temprano, pero las nubes oscuras obstruían por completo el sol. Debido al desuso del lugar aquel día, la estancia se encontraba gélida, pero la joven no tenía ánimos ni vio la necesidad de encender la chimenea.

Esa semana finalmente recibió una carta de Minnie, quien, tras un desvío a Nueva York, regresaba a Terranova. Las noticias no eran en absoluto alentadoras. Sus tíos continuaban decepcionados por la huida de la pelirroja, y se negaban a pronunciar su nombre.

Poppy deseaba entenderlos. Comprendía que actuaron de buena manera al comprometerla, deseosos de cumplir con su deber de entregar a la hija de su fallecida hermana a un matrimonio ventajoso. Sin embargo, por mucho que la joven insistiera, no fueron capaces de aceptar la decisión de Poppy de cuidar de sí misma. Era inteligente, trabajadora y responsable, características suficientes para ganarse la vida enseñando.

En respuesta a la carta de su prima, Poppy vertió su tristeza acerca del actuar de sus tíos, y de lo mucho que le gustaría tener a Minnie cerca, sobre todo en esa horrible semana. Aunque dudase por largo tiempo, decidió escribirle parte de lo ocurrido a su prima. Le contó sobre el desafortunado incidente en el baño, y el beso del bosque. Prefirió no referirse a lo demás, a excepción del abandono que sufrió cuando más quería de él. Y, por último, lo ocurrido a su regreso.

Su único alivio ese endemoniado fin de semana, era que Will no recordaba aquella noche. Su interior se retorcía al rememorar el anhelo en su propia voz, al pedirle que no la dejase ir. Eso también lo agregó a la carta. A pesar de su edad, Minnie era buena dando consejos, además era la única persona con quien podía hablar del tema. Lucy era su amiga más querida, pero no podía confesarle lo ocurrido con su hermano.

La puerta de la biblioteca se abrió, dejando entrar el ruido y las risas de las niñas jugando en el salón. Poppy no le prestó atención, ya que estaba a mitad de su relato, y las voces cesaron en cuanto la pesada puerta fue cerrada.

La joven levantó la vista para saludar a la alumna que hubiese entrado por un libro, pero en su lugar vio a William Rochester caminar hasta la formación de estantes en el fondo. La alfombra amortiguaba el ruido de sus pasos.

Poppy luchó por centrar su atención de vuelta a la misiva. En ese momento estaba a la mitad de su relato, pero su tren del pensamiento se precipitó por un acantilado. Intentó aprovechar la pausa para revisar su gramática, no obstante, sus ojos no tardaron en buscar a Will.

Este también la observaba. Incluso a la distancia, notó su ceño fruncido.

Poppy disimuló, bebiendo un sorbo de su té, ya frío.

—¿Desde cuándo usa gafas? —Su voz provocaba un leve eco en las paredes repletas de libros.

La voz profunda de Will condujo su sangre directo a sus mejillas. Levantó la vista, luchando por que su expresión no delatara el pánico de escucharlo. Él continuaba mirándola como antes, mientras avanzaba en su dirección. Poppy respiró profundo, antes de contestar.

—Desde hace unos cuantos años.

—Jamás la vi llevarlas antes —respondió Will, estudiando la montura de estas.

Poppy intentó apocar lo cohibida que se sentía ante su penetrante mirada. La joven evitaba llevar gafas cuando él estaba cerca, por vanidad y vergüenza, pero las necesitaba, sobre todo cuando la luz no era favorable para escribir o leer. Aunque no entendía por qué le preguntaba, o siquiera le importara las que llevara. Ella notó el montón de libros que aún cargaba bajo el brazo, pero prefirió no comentar al respecto, y acabar con la absurda conversación de una vez por todas.

Will bufó.

—Sabía que me iba a dar la razón…

Volvió a levantar la vista hacia él.

—¿Sobre qué, señor?

Will levantó los hombros con despreocupación y, sin contestar, continuó su camino rumbo a los estantes. Poppy guardó la carta que escribía entre sus papeles, depositó sus gafas sobre la mesa, y se puso de pie, siguiéndolo hasta el rincón de la biblioteca al que se dirigía.

—¿Sabía que le daría la razón *sobre qué*? —Poppy lo enfrentó, manteniendo la distancia.

Will lució asombrado de que ella lo hubiese seguido, como si no hubiera sido él quien la incitó a hacerlo con sus murmuraciones.

—Sobre que no podría verme a la cara, después de lo ocurrido… —el volumen de su voz se desvaneció de forma gradual.

Will mantuvo la atención en los tomos de los libros que cargaba, depositando el primero en el lugar correspondiente. Vestía su traje azul oscuro, que se ajustaba a sus hombros anchos.

—¿Y qué le parece que hago ahora?

—Ignóreme, señorita Dashwood. No pretendía decir lo primero en voz alta.

—Pero lo dijo.

—Sí, es evidente que tuve la razón.

—¿La razón sobre qué? ¿Aún piensa que me intimida? Ya le dije que no le temo.

—Me refería… —la interrumpió, bajando la voz, aunque se encontraran solos en el lugar —, a que tuve razón en detenernos cuando lo hice. Antes hubiese sido preferible, pero no sirve de nada mirar atrás cuando las cosas ya ocurrieron, ¿no lo cree? Tome —le tendió un libro pesado—, ese va por ahí, en la sección de griegos.

Sin tener la oportunidad de ruborizarse, debido a la distracción, Poppy introdujo el libro en el único espacio que vio disponible.

—Ahí no va… —Will se acercó, tomando el libro de su mano, y depositándolo en otra rendija, sobre la cabeza de la pelirroja.

Fue tarde cuando Poppy se dio cuenta de que su mano tomaba la suya, y de la proximidad de su pecho con el de él. Volvían a encontrarse frente a frente, en el sentido figurado, debido a la diferencia de altura de ambos.

Will fijó sus ojos en ella, y Poppy no dudó en retroceder.

—Lo lamento. —Él se aclaró la garganta.

—Ya lo sé. —William podía no recordarlo, pero ella sí. Poppy se cruzó de brazos, y retrocedió para regresar a su lugar en la mesa.

—¿Cómo sigue su cuello?

La joven resopló.

—¿Por qué le interesa? —preguntó, volteándose en su dirección.

Él levantó los hombros, restándole importancia al asunto.

—Ya le dije que está bien. Las marcas ya casi desaparecieron.

Como la mañana del lunes, Poppy bajó la tela para enseñarle su cuello por poco recuperado. Will avanzó hasta encontrarse frente a ella. Paseó la mirada por la parte expuesta, por su cabello, hasta su rostro. La joven sintió el calor teñir sus mejillas.

Poppy también lo observó, intentando leer su expresión. Quizás él estuviera conforme de que la evidencia de esa fatídica tarde estuviese desapareciendo, pero en su rostro solo vio decepción.

—Ve, no es para tanto. —La garganta de la joven estaba seca. Necesitaba un sorbo de aquel desagradable té frío—. No me lastimó en absoluto.

Will asintió, pero no retrocedió. En su lugar, levantó la mano hasta que sus yemas acariciaron el lugar. Poppy se tensó ante su tacto frío.

—Me hubiera gustado que durasen más tiempo —murmuró casi para sí mismo. Pasmada, ella solo fue capaz de preguntar por qué—. Sonará como una tontería, porque lo es —sus ojos azules recorrían su rostro—, pero me gustaba saber que tenía algo mío.

Su estómago se contrajo con violencia.

—Una marca —le reprochó, casi sin aliento.

Will negó con lentitud.

—Un recordatorio.

—¿Por qué necesitaría un recordatorio de esa tarde? Usted me dejó bastante claro que se arrepentía.

Will se inclinó en su dirección y por un momento ella creyó que la besaría, no obstante, sus labios se posaron en su cuello. Poppy demandó a sus piernas que retrocedieran, aunque estas se sintieran débiles y temblorosas. Aun así, no lo detuvo cuando comenzó a succionar, reviviendo las marcas.

Sus párpados cedieron ante la sensación cálida de su respiración sobre la piel sensible de su cuello, a la humedad de su boca. Su piel se erizó, y la piel sensible de sus pechos se presionó contra la rigidez de su corsé.

Si bien se había impuesto a sí misma odiarlo, la tarea se le dificultaba cuando lo tenía enfrente. Una semana había pasado desde aquella tarde sin retorno, exactos siete días. Ella lo había seguido por el bosque con el único motivo de obligarlo a regresar y completar la pintura, pero fue él quien llegó hasta ella y la besó, para luego arrepentirse y dejarla.

Y ahora, volvía besar su cuello, como si nada hubiese ocurrido.

—No te entiendo, Will —susurró ella. Ya no tenía sentido mantener las formalidades.

Él habló, y sus palabras vibraron contra la piel sensible de su cuello.

—Yo tampoco lo hago. Sé que cuando te veo, solo pienso en estar cerca de ti.

Teniendo los ojos cerrados, Poppy se sorprendió al sentir los labios de Will sobre los suyos, y su mano tomar su cintura, jalándola hasta la oscuridad entre ambos libreros, ocultos de las miradas curiosas que pudieran asomarse por la puerta.

Poppy deseó ser capaz de dejarse llevar una vez más, pero la herida de sus sentimientos rotos estaba demasiado fresca. Juntando cada ápice de voluntad, Poppy posó las manos en su

pecho y lo alejó de ella.

—Acordamos que *esto* no volvería a pasar.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? Antes me besaste, para luego arrepentirte.

—No me arrepiento…

—Sí, lo haces.

—No de besarte, Poppy —Él acarició su labio inferior—. Antes dijiste que llevabas tiempo esperando mis labios, y yo me siento de la misma forma. No tengo la fuerza ni las ganas de mantenerme alejado de ti.

—¿Qué me estás pidiendo, William? —le preguntó, frustrada y confundida en partes iguales—. ¿Qué te hico cambiar de opinión respecto a tu moral y mi honor? ¿Acaso no te importan?

Will dudó antes de contestar, y el corazón de Poppy se hundió en su pecho, por el temor de que él quisiera retomar la conversación abandonada esa noche.

—Dijiste que no tenías planes de convertirte en la mujer de otro, que no te interesaba conservar tu virtud —respondió después de un momento—. Pero si ya no estás dispuesta a ir más allá, no creo que besarnos de vez en cuando sea un pecado tan terrible. No es apropiado, pero mientras no crucemos esa línea…

—¿Quién te da la autoridad para decidir que es apropiado o no? Cuando no son tus valores, tu honra o Dios lo que te rige, sino tus deseos egoístas —Poppy se alejó de su toque—. Acordamos interponer distancia, y rompes el trato sin considerar cuanto me lastimaste la última vez.

—Creí que hacía lo correcto, Poppy —él volvió a capturar su mentón con ternura—, sigo creyéndolo. Si hubiéramos ido más allá, estaríamos lidiando con consecuencias irremediables.

Poppy respiró hondo. Lo entendía, pero aun así había algo que continuaba rondando su mente.

—Will, no creo que estés siendo honesto conmigo —dijo, sin mirarlo a los ojos—, no por completo.

—¿A qué te refieres?

—Dime qué te hizo cambiar de opinión sobre mí, Will.

18

Poppy

Tras su encuentro en la biblioteca, Will se marchó incapaz de darle la verdad, pero no fue necesario que lo dijera. Él le presentó su inquietud la noche que no recordaba, cuando le preguntó si hubo alguien más. Will presentía que la virtud de ella no estaba intacta, que no había nada que proteger, nada por lo que detenerse, y no estaba por completo equivocado.

Poppy tenía veinte años cuando Garrett llegó al servicio de sus tíos. El muchacho era francés y, según se enteró, el hijo mayor de una familia de escasos recursos que había emigrado recientemente a Canadá. A Poppy no le interesó en absoluto su incorporación como mozo de cuadras, hasta que una mañana este condujo el coche para llevar a Minnie y a ella de compras al pueblo.

El inglés del muchacho era nulo, por lo que Poppy estuvo a cargo de traducir al francés las órdenes de su prima. Garrett resultó ser un muchacho encantador que, a pesar de sus circunstancias, era muy educado también. Tras esa tarde, Poppy fue consciente de su presencia, y de la manera en que él la observaba cada vez que se cruzaban por los jardines. No era poco agraciado, con su piel morena y ojos verdes despertaba los suspiros de la mayoría de las sirvientas, pero Poppy cargaba con una herida que le impedía verlo como algo más que un amigo.

Y eso es lo que fueron por largo tiempo, hasta que una tarde Garrett la interrumpió a mitad de una oración con un beso. Los besos continuaron por varios meses. Poppy no sentía nada más que una sensación agradable, ya que no se comparaban a los besos que alguna vez recibió. Poco tiempo después, la muchacha consiguió trabajo en una casa al otro lado del pueblo, y sus encuentros con Garrett fueron escasos. Pasaron meses entre beso y beso.

Una noche en que sus tíos dieron una fiesta, Poppy salió a tomar aire fresco a la terraza, cuando Garrett la encontró. Al parecer los sirvientes también celebraban por cuenta propia. Él estaba borracho, y en su boca saboreó el vino barato. Poppy correspondió a sus besos, hasta que se sorprendió ante los jadeos de Garrett contra sus labios. Ahí se dio cuenta de lo que ocurría. Él se frotaba contra su vestido, con su miembro por fuera.

La joven se escandalizó, quiso golpearlo por su impertinencia y alejarse de él, pero Garrett tomó su mano y la invitó a tocarlo. Pasmada y algo curiosa, ella lo dudó, pero acabo permitiendo que él llevase su muñeca hasta su entrepierna, y se diera placer a sí mismo con la mano enguantada de ella. Esa noche, Poppy pensó que el infierno estaba pronto a tragársela, pero nada ocurrió. La mañana siguiente fue a la iglesia, dispuesta a confesarse con el padre, no obstante, fue incapaz de cruzar la entrada, por temor a cambiar su opinión de ella.

Garrett se disculpó, por supuesto. Sin embargo, esa misma tarde terminaron besándose y tocándose a contra ropa. En los años que vinieron, alguna vez intentó meterse bajo sus faldas, pero Poppy se lo impidió. Garrett se conformaba con besarla, y que ella lo tocase por unos minutos.

Una tarde de domingo, en que la muchacha se encontraba de regreso en la mansión de sus tíos, se enteró de las noticias acerca de Garrett. Al parecer este se había casado apresuradamente con una de las mucamas, la cual estaba embarazada. Poppy se vio sorprendida, más no molesta.

Por el contrario, se alegraba de que él hubiera encontrado una esposa y pudiera formar una familia propia, ya que lo de ellos había sido solo una distracción, un pasatiempo.

Quizás era eso lo que Will deseaba, una distracción. Poppy no le dio crédito al principio, pero sabía de la boca de sus padres que Will tenía planes de viajar a Londres esa primavera, en busca de una esposa.

Poppy consideró su situación. *«¿Era tan patética para ser su distracción por los meses que venían? ¿Se conformaría con un pedazo de él, otra vez? ¿Estaba dispuesta a mendigar segundos a su lado, para atesorarlos en la soledad de su futuro?».*

* * *

Poppy continuó evitando a William Rochester, y su indiferencia era tan férrea que ya ni siquiera notaba o le importaba que él la mirase. Una vez más, se concentró en su trabajo. Por fortuna, las muchachas la distraían con su energía y ganas de aprender a cada clase.

Tal como la señora Floyd anunció, las alumnas becadas tuvieron inconvenientes para adaptarse al ritmo de aprendizaje. Algunas jamás habían estado en la escuela, y no tenían más formación que la aprendida de mano de sus familias. Poppy estuvo al pendiente de ellas, y de las burlas que llegaron a recibir. La mejor forma de nivelarlas fue con clases extras en sus ratos libres, sin embargo, pronto alumnas regulares se ofrecieron a ayudarlas también. Poppy se preguntaba si lo hacían por los puntos extras que pudiera ofrecerles la señora Price, y fue grata su sorpresa al enterarse de que lo hacían por iniciativa propia, sin recompensas de por medio.

* * *

La mañana del sábado Will, la señora Floyd y ella se encontraban en el salón de profesores. Era allí donde pasaban los momentos libres de la mañana, antes de asumir sus talleres, donde el fuego crepitaba lejos del revuelo de las muchachas. Poppy se encontraba revisando exámenes, algo decepcionada de que las calificaciones de las muchachas hubiesen bajado tras la euforia del primer mes de clases.

—Poppy —llamó Will desde la otra esquina de la mesa.

«¿Cómo se le ocurría llamarla por su nombre cuando estaban en presencia de la señora Floyd?» La muchacha levantó la cabeza, encontrándose con William y nadie más. *«¿Cuándo los había dejado?»*

—¿Sí, señor Rochester?

Él resopló.

—Las nuevas marcas se borraron —comentó Poppy regresando la atención a los exámenes—, si eso es lo que se pregunta. Y le agradecería que no lo intentara otra vez.

—Lo lamento.

—Ya me ha dicho eso antes.

—Y lamento el ofrecimiento que le hice la otra tarde. Ahora entiendo lo inapropiado que fue. ¿Puedo hacer algo para recompensarla?

Poppy lo observó a través del desastre que reinaba sobre la mesa, sin entender qué tipo de recompensa le ofrecía.

—No necesito una recompensa, y lo mejor es que cada uno se mantenga por donde corresponde, para evitar malos entendidos.

Poppy reunió los cuadernos y exámenes en una pila, y los levantó para marcharse a

trabajar a su cuarto.

—Está molesta.

Al llegar a la puerta con las manos llenas, la pelirroja no pudo abrir la cerradura, por lo que el señor Rochester se puso de pie para ayudarla. Volvían a estar frente a frente, así que debía ser rápida para alejarse de él.

—Permítame… —Will le arrebató el montón de papeles.

Fue turno de Poppy para resoplar.

—Devuélvamelos, por favor.

—Al menos déjeme ayudarla.

—¿Por qué haces esto, Will? —soltó, irritada.

—Porque estás molesta, y no sé qué hacer.

Poppy no se permitió mirarlo a la cara por más de un instante, no cuando estaban tan cerca.

Tenía que admitir que lucía mejor que cuando lo vio la primavera pasada. Su cabello había crecido, mientras su barba lucía recortada pulcramente. Continuaba siendo el Will huraño al que se acostumbró, siempre oculto detrás de un libro, pero ahora con apariencia más cuidada.

La joven desvió la vista.

Ante su silencio, Will le hizo un gesto a la puerta abierta, indicándole que la seguiría mientras cargaba sus libretas. ¿Cuántos pasos eran hasta la puerta de su cuarto? Doce. Vaya paseo. Al llegar a su puerta, Poppy abrió la cerradura y extendió los brazos para recibir sus pertenencias, pero Will dio un paso dentro, rumbo a su pequeña mesita de desayuno. Depositó los documentos, miró alrededor, y se encaminó a la puerta.

—Te lo agradezco… —musitó ella.

Ya fuera, Will se detuvo a mirarla. La joven no sabía si alguna vez se acostumbraría a que él la mirara de otra manera que con la irritación de los primeros meses allí. Ahora, el arrepentimiento teñía su gesto.

Poppy respiró profundo antes de hablar.

—Encuéntrame en el bosque, después del almuerzo.

Will lució sorprendido, y tal vez aliviado.

—¿Por la cabaña?

—No, en el claro donde nos comprometimos.

* * *

Tras finalizar con su taller de pintura, Poppy almorzó con las alumnas en el comedor, sin pista alguna del paradero de Will. No sabía que esperar de él, o si atendería a su encuentro en el bosque. Si lo hacía, indagaría acerca de cuál era su escondite.

—Señorita Dashwood —saludó Maud, con su marcado acento, al verla entrar en la cocina—, ¿saldrá con la señora Floyd? Escuché que está arriba preparándose para dar un paseo con la señora Scott. El día está tan bonito, que puede que yo también aproveche de ir de compras al pueblo solo para tomar un poquito de sol.

—Te haría bien, Maudie.

—A usted también, Poppy. Se le nota incluso más pálida de lo que estaba cuando llegó de Canadá.

—¿Puedes creer que ya pasaron seis meses? —El tiempo sí que volaba—. Quisiera dar un paseo, pero tomaré una siesta para estar repuesta para la visita semanal de Lucy.

La pelirroja sabía que esta no vendría. Había recibido una nota la tarde anterior en que le avisaba que ella y Ernest irían a York por el día. Aquello le daba la distracción perfecta para ir al bosque a aclarar las cosas con Will, y que nadie la molestase mientras tanto.

—Maudie… —Poppy dudó en preguntar—, ¿sabes dónde se encuentra el señor Rochester? Me surgió una duda sobre los exámenes que estaba revisando, y la señora Floyd no pudo ayudarme a aclararla.

La mucama la observó con atención, mientras soltaba la innecesaria explicación.

—El señor siempre está encerrado en su despacho. Nos tiene dicho que nadie puede molestarlo, a menos de que su puerta esté abierta.

La muchacha soltó un suspiro de fingida decepción.

—Tendré que esperar por un milagro, entonces. O solucionarlo por mi cuenta. Bueno, gracias por tu ayuda, Maud.

La joven maestra cruzó el corredor rumbo a la biblioteca, y no se sorprendió cuando encontró la puerta del despacho de Will cerrada. Afiló el oído, pero dentro no se escuchaba ruido alguno, hecho que no era extraño.

Poppy dudó un momento antes de llamar a la puerta, y cuando finalmente lo hizo, nadie contestó. Tras haber confirmado su ausencia, hizo su camino al jardín de forma discreta, pero confiada.

* * *

William

Más allá de la copa de los árboles el sol brillaba casi cálido, pero allí abajo, entre helechos y hojas secas a medio podrir, helaba. William Rochester admitía que fue una pésima idea saltarse el almuerzo y dirigirse al claro apenas tuvo oportunidad. No porque tuviese hambre, aunque si fantaseaba con una taza humeante de té, sino porque allí no tenía otra cosa que hacer más que esperar a que Poppy llegase. No podía enterarse si ella cambiaba de opinión, o si todo fue parte de una broma pesada para ilusionarlo. Lo tenía merecido. Él la había dejado sola en el otro extremo del bosque, era justo que Poppy hiciera lo mismo.

Una vez más, Will revisó su reloj de bolsillo. Este dictaba que faltaba un cuarto de hora para las dos de la tarde, y según sus cálculos, el almuerzo había sido servido y retirado de las mesas.

De todas maneras, esperaría.

No pasaron cinco minutos, y Will volvía a verificar la hora. Se encontraba inquieto, y la incertidumbre no hacía más que torturarlo. Estaba inmerso en su pánico cuando escuchó pasos acercarse, gracias al crujir de hojas recién caídas. El cuerpo menudo de la pelirroja apareció por el sendero, con el rostro serio y las mejillas rojas, debido a las bajas temperaturas.

—Si viniste —comentó Poppy, abrazándose a sí misma—, pensé que habías cambiado de parecer.

—Creí lo mismo. —Will fue hasta ella, dispuesto a atraerla hacia él, para cobijarla del frío y besarla como tanto deseaba hacerlo, pero se detuvo—. ¿Por qué querías verme en este lugar, Poppy?

—Supuse que era un lugar que ambos recordaríamos —ella miró alrededor, encontrando el árbol donde se besaron por primera vez, hace tanto tiempo—. Necesitamos aclarar lo que ocurre, Will. Si no lo hacemos, nuestra convivencia se convertirá en un infierno.

—Estoy de acuerdo.

Poppy se adentró en el claro y Will la siguió, asegurándose de mantener parte de su atención en el sendero que llevaba al internado.

—Acerca de tu propuesta —continuó ella—, admito que no logro comprender cuáles son tus intenciones, o lo que esperas de mí.

Le encantaba lo directa que era.

—Solo lo sugerí porque pensé que era mutuo. —Will luchó por encontrar las palabras correctas—. Supuse que tú también me deseabas.

Tragó con dificultad, en parte avergonzado por admitir lo que ya era evidente.

—Lo hago —admitió ella, y a Will una ola de alivio y lujuria le recorrió cada ápice del cuerpo.

—Entonces, ¿está mal que desee estar cerca de ti? —le preguntó acercándose, y tomando su rostro entre sus manos gélidas. Lo alzó con ternura, para que su mirada estuviese sobre la suya —. No he cambiado de opinión, Poppy, sí me preocupa tu honra y la mía, pero llevo semanas enfrentando los valores que me enseñaron contra lo que siento por ti y, cada vez, eres tú quien prevalece.

Will estudió su silenciosa respuesta, la dilatación de sus pupilas, su respiración, incluso el mínimo batir de sus pestañas, pero ella se mantuvo inquebrantable. Mientras, sus labios quemaban por los suyos.

—Quieres que sea tu amante —dijo al fin.

—Dijiste que no tienes planes de convertirte en esposa, y yo tampoco planeo casarme. No habría terceras partes afectadas.

—Tus padres comentaron que planeas ir a Londres esta primavera, por una esposa.

—Eso era antes, Poppy. No me separaré de tu lado…

—Hasta que te hartes de mí —lo interrumpió.

Will resopló mirando al cielo, disipando la exasperación que sentía, para luego fijar su mirada azul sobre la de ella.

—Poppy, desde la noche en que te vi de regreso en la mesa de mis padres he sido un hombre trastornado. No hay hora en que no piense en ti. Por mucho que deseé odiarte, y créeme que lo intenté, no conseguí sacarte de mi cabeza. Y tras haberte besado, ya no puedo mantenerme al margen y pretender que nada ha pasado, no puedo volver atrás.

Rozó sus labios con los suyos, sintiendo la tibieza de estos, pero Poppy giró el rostro apenas se encontraron.

—Entonces, ¿te conformas con tenerme unos minutos, a escondidas, en este tétrico bosque?

Will no fue capaz de contestar, porque ella tenía razón, no era suficiente, jamás lo sería.

—¿Y en público? —continuó la joven—. ¿Ignoraras mi presencia como lo has hecho por meses?

—Levantaríamos sospechas si no lo hiciera…

—¿Sospechas acerca de qué, *William*? Vivimos bajo el mismo techo, compartimos cada comida, somos maestros de las mismas veinte alumnas, lo normal sería que mantuviéramos una relación de cordialidad frente a nuestros amigos.

—Puedo intentarlo, aunque sabes que no soy el mejor manteniendo conversaciones.

Poppy asintió, pero su mirada vagó pensativa.

Will acarició su mentón, antes de dirigir su mirada de regreso a la suya.

—¿Eso es todo lo que pides a cambio?

Ella resopló.

—No es una petición, Will. Es lo mínimo que esperaría de ti, ahora que sé que no me odias.

—¿Entonces?

* * *

Poppy

Will le había dejado claro todo lo que podía esperar de él, y si bien aquello la hacía miserable, era algo. No esperaría a que él cambiara de opinión, ni albergaría ninguna esperanza de que la perdonara. En el mejor de los casos, vivirían en el internado por el resto de sus días; continuarían trabajando codo a codo, escabulléndose por los pasillos para robar un beso del otro. Y en el peor, Poppy siempre podría volver a huir.

—Dime en que piensas —demandó él, insistiendo en capturar su mirada.

—Intento imaginar cuánto durará este acuerdo.

—Hasta que cambies de opinión, en el momento que sea.

—¿Y dónde nos reuniremos? ¿Aquí?

—El clima no lo permitiría. Podríamos encontrarnos por las noches, aunque sería sensato evitar estar a solas en nuestros cuartos.

—No puedo trasnochar, Will. Las horas que duermo no llegan a ser suficientes para aplacar mi cansancio diario.

—Nos reuniremos cuando puedas y quieras, Poppy. También está mi despacho, mientras no levantemos sospechas.

—¿Y si nos descubren?

—No lo harán… —susurró, con sus labios sobre los suyos, y el mundo comenzó a estrecharse.

Will la besó lento, sin prisas. Ella vaciló por un momento antes de deslizar sus manos por su pecho, acariciándolo hasta llegar a sus hombros. Pudo sentir como sus músculos se relajaban ante su toque, y su respiración temblaba.

Poppy sabía que era una pésima idea haber accedido a su propuesta, su buen juicio le advertía las consecuencias que podrían surgir si eran descubiertos. Sin embargo, cuando se trababa de Will y de la garantía de tenerlo, por breve que fueran dichos momentos, valían la pena arriesgarse.

19

Poppy

Poppy correspondió a sus besos hasta que la irritación en sus labios fue demasiada. Ella había accedido a su terrible proposición a cambio de que Will intentara ser más considerado con ella en público. Quizás así, si los notaban interactuar, no levantarían tantas sospechas como lo harían ahora, que Will había hecho evidente que la detestaba.

Una hora más tarde de su furtivo encuentro, ambos se encontraron en la biblioteca, a puertas abiertas y a la vista de todos. Poppy instalaba sus materiales de pintura en la mesa, decidida a avanzar en la pintura que la señora Rochester le había encomendado, mientras Will se ubicaba en uno de los sillones con un libro en mano. Ya era tarde para realizar una visita a los Rochester y su jardín, pero la joven aprovecharía de mejorar el boceto, y los detalles del fondo que pudiera recordar.

Will había aceptado volver a posar para ella a regañadientes. La joven aprovechó lo dócil que estaba después de su encuentro para recordarle su compromiso con el retrato. Además, también les daba una excusa para pasar tiempo juntos. Así que mientras Will leía, Poppy lo pintaba.

—¡Qué sorpresa verlos juntos! —exclamó la señora Floyd, quitándose la bufanda de sus hombros.

Antes de ella, varias alumnas habían pasado a comentar lo mismo, y a ver la pintura de la joven, por lo que Poppy tenía la respuesta memorizada.

—Logré convencer al señor de que leyese aquí para poder avanzar con el retrato que comisionó su madre.

—Y va muy bien, por lo que veo. —La señora se ubicó cerca del fuego, con su labor de costura, y ya no estuvieron solos.

Poppy sonrió para sí misma. Era una situación extraña, lo admitía. En ese momento, notó que Will la observaba. Alcanzó a divisar el atisbo de una sonrisa, que él rápidamente ocultó tras el libro que sostenía.

Los minutos pasaron, y la luz del sol se extinguió para dar inicio a una temprana noche.

Will masajeó el puente de su nariz.

—¿Le duele la cabeza, señor Rochester? —preguntó Poppy, alentándolo a hablar.

—Me temo que siento venir una migraña.

—El señor siempre sufre migrañas —respondió la señora Floyd—, Maud le suele preparar una tizana que le recomendaron para aliviarlas, pero él se niega a beberlas.

—Es porque no funcionan —respondió él, ya irritado.

—Quizás le duele la cabeza porque necesita gafas —sugirió la pelirroja—. Lee mucho, y la luz no siempre es adecuada. Eso fue lo que el médico me dijo antes de recetarme un par de ellas. Desde que las uso, ya casi no sufro jaquecas.

—Puede que ese sea el motivo. —La voz de Will volvía a ser suave.

—Debería hacer lo que le dice la señorita Dashwood, antes de que sea peor.

—Lo haré. Se lo agradezco.

* * *

Cenaron, y Will la siguió con la mirada cuando ella se despidió para regresar a su cuarto. Poppy no tenía claro que haría. Continuaba agitada y, como pocas veces, no tenía ganas de dormir. No estaba segura si era una buena idea concertar un encuentro con Will tan pronto. Debería hacerse desear, pero también quería recompensarlo por sus esfuerzos esa tarde. Sin embargo, la razón más importante eran las inmensas ganas que tenía por volver a besarlo.

A las ocho escuchó a las alumnas subir a sus recámaras, en compañía de las señoras Price y Floyd. Un cuarto de hora más tarde, reconoció sus pasos en las escaleras. Will caminaba lento, quizás esperando que ella saliera a darle las buenas noches, porque cuando Poppy abrió la puerta, él no lució sorprendido.

—Espérame en tu despacho —susurró ella—, a las diez.

Will la besó con rapidez, antes de cruzar el corredor rumbo a su alcoba.

* * *

A las nueve de la noche, Poppy escuchó a los sirvientes subir a sus alcobas en el ático.

Después de una larga discusión consigo misma, Poppy se vistió con su ropa de dormir. Era lo más inteligente, ya que, si era descubierta escabulléndose, podía mentir diciendo que iba camino a la cocina, en busca de un bocadillo nocturno. Vestida con su ropa de día, solo despertaría sospechas.

Poppy conocía bien la rutina de las personas allí, a qué hora se dormían, por lo que a las diez en punto dejó su habitación. Cuando entró en el despacho de Will, este ya se encontraba allí, vestido como antes, con chaqueta, camisa, pantalón y zapatos.

Él la miró de pies a cabeza.

—Pensé que sería más fácil escabullirme así, por si me descubrían —intentó explicar ella.

—Entiendo… —Will le hizo una seña para que tomara asiento cerca del fuego, mientras él servía dos tazas de té.

El aroma de la menta la alcanzó en su lugar.

—Deberías dejar que Maud limpiase aquí de vez en cuando —comentó Poppy, sentándose en el polvoriento sillón frente al fuego.

—¿Por qué? ¿Tienes alergias?

—No, es solo una sugerencia. Aunque ya me dejaste claro lo mucho que te gusta mantener tu privacidad.

Will se sentó en el sillón individual frente a ella, ubicando las tazas de té en una mesita auxiliar. Poppy estudió la distancia entre ellos.

«Quizás sí fue una mala idea venir».

La muchacha se puso de pie, y Will hizo lo mismo.

—¿Qué ocurre?

—Volveré a mi alcoba.

—Poppy, no… —Will la tomó de la mano, y ella se detuvo. Sin soltarla, él la rodeó para tomar asiento donde ella había estado segundos antes, invitándola a hacer lo mismo—. No me esperaba que vinieras en camisa de dormir, y como verás, estoy poniendo en práctica mi comportamiento ejemplar, por difícil que me lo pongas.

Will entrelazó sus dedos con los suyos.

—Lo lamento —susurró ella, avergonzada por su desliz.

—No importa.

Poppy capturó ese momento, para recordarlo cuando los días eventualmente se oscurecieran. La calidez de su voz al estar solos, en aquella habitación apenas iluminada por las llamas de la chimenea. El aroma del té de menta a sus espaldas, del polvo de los muebles, y la madera un tanto húmeda. Y a Will observándola, con sus ojos funcionando como espejo de las llamas a su costado.

Will sostuvo el extremo de su trenza con la mano que no sostenía la suya.

—¿Puedo?

Ella asintió, mientras él quitaba el listón de seda verde que amarraba su cabello, para luego deshacer con facilidad su trenza.

—Creo que jamás te he visto con el cabello suelto —Will deslizó los dedos entre sus hebras rojizas.

—Traía el cabello suelto cuando me sorprendiste en la tina.

Will hizo un gesto de dolor.

—No me hagas esto, Poppy.

Ella sonrió con supuesta ingenuidad. Si bien no lo hacía a propósito, lograba asumir los recuerdos que reavivaba en él.

«Y pensar que, en ese entonces, lo supuso indiferente».

—¿Dónde fuiste esa tarde? No llegaste a cenar.

Will acarició la piel expuesta de su cuello, acomodando su cabello tras ella.

—Di un paseo.

—Haces eso bastante, nunca sé dónde estás.

—¿Me buscas con frecuencia?

Will se inclinó hacia ella, depositando un rápido beso bajo su oreja.

Los ojos de Poppy se cerraron.

—No, pero me causa curiosidad saber dónde te ocultas… —musitó.

—Este suele ser mi escondite —Will besó la longitud de su cuello, creando un camino hasta su boca—. Y si el clima lo permite, o tengo tiempo disponible, salgo a cabalgar. Otras veces, doy paseos por el bosque, intentando dejar de pensar en ti.

—Me alegra que no resultara.

Ella capturó su labio inferior entre los dientes antes de besarlo.

Era cómodo besarse allí sentados, donde la diferencia de alturas era menor y el ángulo de sus cabezas ya no era doloroso. Will envolvió sus brazos alrededor de la cintura de la chica, atrayéndola hacia sí mismo. Sin embargo, debido a la forma en que él estaba sentado en dirección a ella, Poppy acabó parcialmente sentada sobre su rodilla.

La posición no le resultó incómoda en absoluto, por el contrario, el roce producido por el suave movimiento de su respiración era inesperado y placentero.

La pelirroja soltó un débil quejido.

Will la envolvió con fuerza, aumentando la presión en su centro. Su respiración se entrecortó, a la vez que una oleada de calor comenzaba a subir por sus piernas. Sorprendida, Poppy se alejó.

—¿Qué pasa? ¿Estás cansada? —Will acarició sus labios y mejillas enrojecidas.

—Un poco —mintió, evitando mirar en dirección a su rodilla. Poppy tomó las tazas de la mesita, y le extendió una. El té continuaba tibio, pero de igual manera le resultó refrescante.

—Es mejor que subas.

—Aún no —Poppy bebió el contenido de su taza, alargando los minutos—. ¿Todavía te duele la cabeza?

Will sonrió con los labios en el borde de la taza.

—Ya no.

—Quiero saber algo, ¿cuándo decidiste dejar crecer tu barba?

—Hace algunos años. Vivía en Edimburgo y me hacía cargo de los negocios de mi tío. Una mañana decidí no afeitarme, y antes de que lo notara, tenía barba — Will corrió los dedos entre el cabello castaño de esta—. Puede que me deshaga de ella.

—A mí me gusta.

Will intentó contener otra sonrisa, Poppy tomó ambas tazas para dejarlas de lado, y volver a besarlo.

Para evitar lo ocurrido, esta se sentó sobre su regazo, con las piernas colgando junto a las de él. Will la abrazó, envolviéndola por la espalda, y descansando las manos contra su abdomen.

—Supongo que tu plan no es tan malo como pensé —confesó ella—. De hecho, esto es muy agradable.

Will rio, y su respiración cálida acarició la curva de su cuello aún descubierto.

—Pensaba exactamente lo opuesto.

—¿No te gusta?

—Por el contrario —Will la abrazó con firmeza—. Fue arduo contener las ganas de besarte mientras me mirabas en la biblioteca esta tarde, pero estando a solas, es incluso peor. —Él atrapó la tela de su camisola entre sus dedos—. Es un ardor constante el saber que la única barrera hasta tu piel, es esta tela casi traslúcida, y que un movimiento es todo lo que me basta para desnudarte.

* * *

William

Por las próximas semanas, Poppy y Will se las arreglaron para reunirse unos minutos cada noche en el despacho de este, y algunas mañanas en el salón de profesores, cuando la señora Floyd se encontraba a cargo de las muchachas.

Ambos continuaron poniendo en práctica su mejor comportamiento, sin pasar de los besos. No obstante, tras sus encuentros, hacían lo que podían para remediar la ansiedad provocada a solas. Will imaginaba mil y una posibilidades, basándose en cada breve encuentro, dando rienda suelta a su perturbada imaginación.

El clima de octubre empeoró, por lo que la señora Rochester le permitió a la muchacha retomar la pintura del jardín cuando el esplendor del mismo regresara, junto con el buen clima.

Esa mañana de domingo, cuando el carruaje se detuvo frente a la iglesia, Will ayudó a bajar a las mujeres. Quizás puso demasiado esfuerzo en que las botas de la pelirroja no tocaran el barro, por lo que la señora Floyd compartió una suspicaz mirada con la señora Prince.

«Comenzaban a sospechar».

A Will le dolía el cuello y los hombros al evitar mirar en dirección a Poppy, pero resistió las dos horas que duró el sermón. Al finalizar el servicio dominical, la pelirroja se desvió en compañía de Lucy y los niños rumbo al cementerio, a visitar la tumba de sus padres.

En las semanas que llevaban reuniéndose, Will no se atrevió a preguntarle sobre ellos. Poppy jamás hablaba sobre el tema. Ella era pequeña cuando los perdió, y no fue mucho el tiempo que pasó junto a ellos.

Will recordaba a la madre de esta, quien dirigía las clases de catecismo. Poppy se parecía mucho a ella, dulce e inteligente. También recordaba la noche en que sus padres trajeron a casa a la niña. Él tenía diez años, y ella siete. Poppy lucía confundida e inmensamente triste, con una trenza a cada lado y las mejillas irritadas por las lágrimas. Lucy fue quien bajó las escaleras a toda velocidad para abrazarla, mientras él volvía a la cama.

Will alejó su mirada de la pelirroja, y prestó atención a sus alumnas que se formaban para regresar al internado. Notó que la señora Floyd charlaba con su madre, y por la forma en que lo miraban, supo que hablaban de él.

Comenzaba a maquinar un plan para acallar los rumores, cuando Ernest capturó su atención.

—¿Cómo va todo, William? Ya casi no te veo, ¿cuándo nos visitaras en Harland?

—Lo lamento. Con la llegada del nuevo personal, y las alumnas, las cosas han estado un tanto erráticas, pero comienzan a tomar forma.

—Me alegra oírlo. Sabes, estamos teniendo algunos inconvenientes con la institutriz de Ivy, y quería preguntarte si hay un espacio para ella en el internado.

—Por supuesto que sí.

—Pagaré, claro.

—No es necesario, eres familia.

—Es lo que corresponde.

Will estuvo de acuerdo.

—Ivy deberá entender que no habrá preferencias, será tratada como una más.

Ernest asintió.

—Aún no le hemos dicho, pero creemos que la noticia le alegrará. Tus padres tienen razón, es mejor que conviva con más niñas de su edad.

En lugar de regresar al internado con Poppy y las niñas, Will fue invitado a la mansión de su cuñado a almorzar, en compañía también de su padre. Poppy estaría ocupada en la fiesta de té del grupo de alumnas ganadoras del mes, y la distancia le ayudaría a disimular los rumores que se formaban en torno a ambos.

Ernest dio la noticia a Lucy y a Ivy, quien estuvo feliz de comenzar las clases tras el receso de invierno. Su esposa tendría que soportar a la institutriz solo un mes más, mientras esta encontraba un trabajo y nuevo hospedaje.

Tras comer, Will regresó al internado. Las alumnas y el personal estaban reunidos en el comedor, preparándose para la fiesta de té que se llevaría a cabo en la cabaña, por lo que Will se encerró en su despacho a leer y pensar. Encontró una nota en el libro que leía:

Encuéntrame en el invernadero. Es urgente.

Will se deslizó fuera de la mansión sin ser notado, y encontró a Poppy en el lugar.

—¿Qué ocurre? —sus manos se envolvieron en su cintura por instinto.

—Will, estoy segura de que sospechan sobre nosotros. Tu madre y la señora Floyd me emboscaron en el almuerzo. Te dije que no era una buena idea.

—¿Por qué? ¿Qué dijeron?

—Me hicieron preguntas sobre ti, comentaron lo bien que nos llevamos últimamente, y tu madre no paraba de repetir que su plan comenzaba a rendir frutos.

—Puede que sospechen, pero no tienen nada por sentado. Eso no significa que hayan visto algo.

—Pero si comienzan a prestar atención, no tardaran en encontrar algo —Poppy se quitó las manos de Will de encima—. No deben vernos juntos, no debí venir aquí.

—¿Fuiste cuidadosa?

—Sí, te vi acercarte por el camino y me disculpé para venir por flores, para decorar la mesa. Fue ahí cuando te dejé la nota, me la alegra que la hayas encontrado.

—Me conoces bien, supiste que libro estoy leyendo.

—Te presto atención.

Algo se retorció en su estómago, y antes que se diera cuenta, sus mejillas tiraban.

—Deja de sonreír así, Will. Estamos en problemas. ¿Entiendes lo que debemos hacer ahora?

—Tendremos que ser más cuidadosos.

Poppy negó, dando un paso atrás.

—Lo mejor es que guardemos las distancias por completo, Will.

—¿Por cuánto tiempo?

La muchacha se mordió el labio, pero no contestó. Will lo sabía, y no le gustaba en absoluto la respuesta. Podían ser semanas, meses, o lo que tomara para alejar las sospechas de su madre.

Will volvió a tomarla por la cintura, y ella le permitió besarla. Lo hizo con desesperación, capturando tanto como pudiera de ella, como si con ello la sensación de sus labios pudiera rendir hasta el próximo beso, si es que había un próximo.

Un manchón rojo capturó su atención por el rabillo de su ojo. Sobre el mesón, y junto al arreglo floral que la muchacha armaba en uno de los jarrones, yacía un tomo de *El lenguaje de las flores*. El mismo libro que él le había regalado tanto tiempo atrás, la Navidad en que no fue lo suficiente valiente para dárselo en persona. Y Poppy aún lo conservaba.

Will la besó con más fuerza.

No tuvo coraje para darle el regalo, ni para escribirle en busca de explicaciones cuando se marchó, y ahora, seguía sin ser lo bastante valiente para dejar de lado su rencor, y hacer algo para quedarse junto a ella como realmente quería, porque el temor de que Poppy volviera a abandonarlo persistía.

Apenas notó cuando Poppy cedió ante el peso de su cuerpo, quedando de espaldas contra el mesón. Ella no protestó, y continuó besándolo con la misma fuerza. Ambos entendían que aquella era una despedida. Will deshizo los botones de la nuca de la blusa de Poppy, para despejar la piel de su cuello. Ya no tenía ánimos de comportarse, por lo que besó el lugar hasta dejar una marca húmeda y rojiza.

Will tiró de su corbatín, dejando a la vista su propio cuello.

—Ahora haz lo mismo.

Poppy lo miró sorprendida.

—Creo que tienes un fetiche con los chupetones… —Sin embargo, no se negó. Llevó su boca caliente a la piel delgada de su cuello.

Will disfrutó del leve dolor de la succión, de la temperatura reconfortante de su respiración, y su ingle presionada contra la suya. Se movió contra ella, con la seguridad de múltiples capas de ropa de por medio.

Ella jadeó, pero no lo hizo detenerse. Besó por última vez su cuello, antes de regresar a sus labios.

Will tomó una de sus piernas, envuelta en medias de lana gruesas que llegaban hasta la mitad de su muslo. Deslizó los dedos por la fina tela de sus calzones, sabiendo de la apertura entre sus piernas, y lo que encontraría ahí, pero su tacto se desvió hasta su trasero. Apretó la piel cálida y blanda con fuerza, sin dejar de frotar su erección contra ella.

Poppy balbuceó algo contra sus labios, y Will se detuvo.

—Lo lamento —soltó de inmediato.

El pecho de la muchacha subía con rapidez mientras lo observaba.

—¿Qué pasó con los límites? —preguntó con voz ahogada.

—Por ahora no me interesan.

Poppy depositó una mano sobre su pecho, para alejarlo y ponerse de pie.

—Debo regresar, Will. La fiesta ya dará inicio. Si no vuelvo, vendrán por mí y nos descubrirán, quien sabe en qué circunstancias.

Él asintió, pero no estaba preparado para alejarse de ella, y quizás jamás lo estaría.

Poppy tomó el jarrón con flores y se marchó.

Will permaneció en el lugar largo tiempo después de que ella hubo salido por las puertas de cristal, con el libro olvidado en las manos y una extraña sensación en el pecho.

20

William

Si para Will octubre fue el mejor mes de su vida, noviembre era el peor. Antes de la llegada de Poppy, la primavera pasada, él se había trasformado en una especie de nube negra sobre las cabezas de todos allí. Era un ente hostil y taciturno que acababa con las conversaciones con tan solo entrar en una habitación. No obstante, ahora, se convirtió en un fantasma. Continuaba dictando clases, comiendo y respirando. Se aferraba a la rutina, porque no tenía nada más que la incertidumbre de cuantos días, semanas o meses le tomaría regresar a Poppy.

Cuando la perdió, una década atrás, fue terrible de una forma diferente. Pudo odiarla y culparla por su abandono, con la certeza de que jamás volvería a verla. No obstante, ahora, ella estaba a un toque de distancia, durmiendo tras la puerta frente a la suya, y el culpable era él. Si no la hubiera besado esa tarde en el bosque, la llama entre ellos no se hubiera encendido. Bien pudo pasar una vida entera oscilando a su alrededor, conformándose con verla y oírla de lejos, pero tras besarla, solo deseaba más.

Will se lavó la cara con el agua gélida de la palangana.

Su reflejo era un clon desmejorado de sí mismo. El azul de sus ojos lucía del color del hierro, rodeados de profundas y oscuras ojeras. *«¿Acaso tuvo más de dos horas de sueño la noche anterior?»*. Por la última semana, cuando se convencía a sí mismo que no era capaz de conciliar el sueño, Will bajaba las escaleras rumbo a su despacho con la esperanza de encontrar a Poppy allí, o lo que continuara impregnado con su aroma para ayudarlo a recordar las noches compartidas en el lugar. Cuando se rendía, regresaba a su polvoriento cuarto, demorando los pasos a través del corredor.

Ella jamás abría la puerta, y apenas le devolvía las miradas durante el día.

Will comenzaba a creer que había imaginado el mes de octubre. La única prueba de sus besos era la pequeña marca roja en su cuello. Estaba a punto de desvanecerse, pero continuaba allí. Cada mañana, él debatía si sería tramposo pellizcar la zona, solo para que prolongar su duración un par de días más.

Fijó la mirada en su reflejo.

«Era momento de dejar la obstinación de lado, y ceder».

William imaginaba un compromiso corto, con el tiempo suficiente para organizar una boda que fuera aprobada por el párroco. Sin embargo, ¿qué sería de ellos después? Tendría a Poppy, si es que ella decidía aceptarlo, y a Will eso le bastaría para tener una existencia feliz hasta el último de sus días. No obstante, era poco lo que podría ofrecerle a ella.

Él no tenía deudas, pero cada libra ganada se iba directo a las arcas del internado, o a la de sus padres. Se había guardado para sí mismo las circunstancias que lo llevaron a distanciarse de su tío, y lo dejaron sin acceso a su fortuna, que de todas formas no le correspondía. No tenía el dinero suficiente para formar una familia, ni manera de ahorrarlo. Y si bien, la parte más optimista de su conciencia le decía que Poppy lo aceptaría sin importar qué, Will quería darle todo lo que quisiera.

* * *

Poppy

Aquella tarde de sábado, Poppy se encontraba paseando por la galería de la residencia Harland del brazo de su amiga. Decidió aceptar la invitación de Lucy para así evitar la tentación de quedarse a solas con Will, y distraerse de las noticias que continuaban llegando a través de las misivas de su prima Minnie.

A pesar de los meses, nada parecía mejorar en Terranova. Los rumores acerca de la pelirroja se habían esparcido por la isla, arruinando por completo su reputación y la de los Gulp. Sus tíos continuaban negándose a pronunciar su nombre, y el peor de sus males continuaba amenazando con darle caza.

Sin llegar a imaginarlo, en las semanas que estuvieron juntos, Will se transformó en su contención y distracción. Él no le preguntaba sobre su tiempo en Canadá, por el temor a saber más de la cuenta y cambiar su percepción de ella. Aun así, ella lo agradecía, ya que no tenía el coraje de decir la verdad.

Sin un hombro con el que desahogarse, Poppy debía guardar cada una de sus preocupaciones. Ni siquiera el trabajo, que por meses la consumió, la mantenía ocupada ahora. Las clases comenzaban a llevar un ritmo lento y desganado, los días grises y ventosos habían acabado con cada ápice de energía en las alumnas, quienes se preparaban para regresar a sus hogares por el invierno.

A Poppy le hubiese gustado creer que, con la ausencia de las niñas, y las semanas que llevaba distanciada de Will, sería suficiente para disipar los rumores y finalmente regresar a él, pero sabía que las cosas no eran tan sencillas. Esa misma mañana Maud le comentó la manera en que la mirada gris de Will la seguía por cada rincón del internado. Poppy intentó restarle importancia, sin embargo, acabó atónita tras enterarse de lo mucho que la mujer sabía.

—Recuerdo que cuando eran jovencitos, y el señor venía de visita desde Edimburgo, él me hacía pasarle unas notitas amarillas. Se empeñaba en convencerme de que eran de parte de Lucy, como si yo fuera tonta.

La pelirroja se quedó muda.

—Nunca le dije a nadie, si es que eso le preocupa, señorita. Quizás a mi papá, pero él me advirtió que era mejor que no anduviera chismorreando. De todas formas, poco después llegó su familia. Estoy segura de que, si ellos no se hubieran aparecido esa primavera, usted habría terminado siendo la esposa del señor Will.

—¿Leíste las notas?

—¡Claro que no, como se le ocurre!

Tras el descubrimiento, Poppy fue a la biblioteca a dictar su clase con el rostro y la mente casi en blanco.

—Estás muy callada, Poppy. ¿Estás segura de que te sientes bien? —preguntó Lucy, trayéndola de regreso al presente, y a la magnífica galería de retratos y esculturas que se extendía frente a ellas.

La pelirroja asintió. Volvieron al salón principal, donde el resto de sus amigos se reunían jugando a los naipes, para resguardarse del aburrimiento y la tupida lluvia que azotaba el exterior. Nadie les prestó atención, además de Will. Poppy no había esperado que se uniera, pero allí estaba, junto a Ernest y Thomas Lackenby en un rincón.

Lucy y Poppy tomaron asiento frente al fuego, mientras Ivy y Aspen jugaban sentados en la alfombra.

—Mi hermano no deja de mirarte. Mi madre cree que te pedirá ser su esposa antes de que llegue la nueva estación. Nos sorprende que demore tanto en hacerlo, pero Will es alguien difícil

de leer.

—Opino que se están llevando una impresión equivocada. El señor Rochester no tiene ese tipo de intenciones conmigo.

—¿No te ha dicho nada que pudiera revelar algún tipo de interés hacia ti?

Poppy negó.

—Las pocas veces que cruzamos palabra es referente a las muchachas del internado —mintió.

—Es una lástima, sabes que eres parte de la familia, pero siempre he deseado que lo seas de manera oficial.

Poppy quiso decir algo gracioso que le restara importancia, sin embargo, no tenía las energías ni el ingenio.

La tarde en la que decidieron tomar distancia, en el invernadero, Poppy se guardó parte de la conversación que tuvo con la señora Rochester para sí misma. Esta insinuó lo mismo que Lucy le comentaba, que Will no tardaría en hacerle una propuesta de matrimonio. Ella sabía que no era así. Si estuviera en sus planes lo habría hecho. No obstante, él no se permitiría perdonarla jamás, y se conformaba con tener un pedacito de ella a escondidas.

Y al parecer, ella también lo hacía.

Poppy sabía que, si eran descubiertos, Will estaría obligado a casarse con ella, pero la muchacha no quería que las cosas fueran así. Aunque fuera estúpida e ingenua, ella guardaba la esperanza de que Will dejara el rencor de lado, que la amara tanto como la deseaba, y se casara con ella por elección, sin presiones ni argucias.

Entre más días pasaban, aumentaban las dudas de que aquello ocurriera.

* * *

Mientras Poppy bebía té y escuchaba el descontento de su amiga con la institutriz de la pequeña Ivy, Thomas Lackenby no tardó en alejarse de sus compañeros de cartas para unirse a ellas.

La pelirroja se alegró de que Lucy llevara la conversación, permitiéndole responder con brevedad a las preguntas que el señor le dirigía.

—¿Se siente bien, señorita Dashwood?

—Usted debe ser la octava persona en preguntarle lo mismo a la pobre Poppy —respondió Lucy.

—El invierno no me favorece —bromeó ella, pero sonó más seria de lo que esperaba.

Por el rabillo de su ojo vio una gran sombra que se dejaba caer en el sillón individual más cercano a ella. Las miradas de sus acompañantes se fijaron sorprendidas en dicha dirección.

Poppy no tuvo que mirar para saber que se trataba de Will.

—¿Aburrido de jugar a las cartas, señor Rochester?

—Sí.

La pelirroja evitó mirarlo. Sentía un hormigueo familiar al tenerlo cerca, pero a la vez lo maldecía por ser tan evidente y arruinar sus intentos de disimular lo que había entre ellos.

—¡Dios, William! —exclamó Lucy—. ¿Acaso las cosas en el internado van tan mal que no puedes permitirte una noche de sueño?

Poppy lo miró con atención por primera vez en días. Lucy tenía razón. Will se veía cansado y desaliñado. Su cabello y barba necesitaban un recorte, y el resto de él, un buen descanso. La muchacha no quería pensar que era la causante. Will era un hombre ocupado no solo con su labor en el internado y la escuela del pueblo, sino en la administración de la

economía de toda su familia. Sentía curiosidad acerca de la razón de su decadencia, y deseaba poder ser la cura, pero ambos sabían que lo mejor era alejarse hasta que los rumores sobre ellos cesaran.

Will la miró por un segundo, quizás dos o tres, antes de tomar el libro que ocultaba en el bolsillo interior de su chaqueta y acomodarse a leer.

Ella continuó siendo un miembro inactivo de la conversación, demasiado consciente de la presencia de William a su lado. Si bien lamentaba su actuar, y los rumores que este acarrearía, agradecía su silenciosa y reconfortante compañía.

* * *

William

Poppy se fue a la cama temprano, y quizás él debió hacer lo mismo, pero en su lugar fue al despacho y tomó el libro que aún conservaba en su poder. *«¿Se habría dado cuenta ella de su ausencia?»* Will ojeaba las páginas, algunas de ellas marcadas, en las que imaginaba que eran sus flores favoritas, o que tenían un significado especial para Poppy.

Esa Navidad, Will se partió la cabeza pensando en un regalo que a ella pudiera gustarle, y debatiendo contra sí mismo si tendría el coraje de entregárselo. Envidiaba a sus amigos, quienes cortejaban a sus novias abiertamente, mientras él no tenía el coraje de declarar sus sentimientos. Sin embargo, estaba decidido a que ese diciembre, después de tanto tiempo, lo haría.

La etiqueta dictaba que el mejor regalo para una señorita eran golosinas o flores, pero ambos le parecían impersonales y pasajeros. Las flores tardarían un par de días en marchitarse, y las golosinas no serían más que un momento azucarado, que se vería obligada a compartir con todas sus compañeras. Will quería darle algo duradero, que no levantara sospechas y que significara algo para ambos.

Sabía que a Poppy le gustaban las flores. No fueron pocas las veces en que la señora Floyd riñó a la pelirroja por tomar violetas de las macetas del frontis, ni las tardes en que la vio pasear del brazo de su hermana con margaritas prendidas de sus trenzas. Y su nombre, que significaba *amapola*.

Así, unió su amor por los libros, y el de ella por las flores. Will leyó la página ilustrada que pertenecía a su nombre. Aún se notaba la marca de la amapola que escondió allí, marchita hace mucho tiempo: «*Belleza, magia y vida eterna*».

Le reconfortaba saber que ella conservó aquel libro por tantos años. No le importaba si lo hizo para recordarlo, o porque era una de sus pocas posesiones. Era evidente que lo había cuidado con esmero.

Quizás Poppy sí había notado su ausencia.

Quizás creía haberlo perdido.

Quizás le haría falta para una de sus clases.

Quizás era momento de regresarlo a quien pertenecía.

Era tarde, por lo que Will dudó antes de llamar a la puerta. Si bien era una excusa absurda, se conformaba con verla un momento antes de irse a la cama. Se dispuso a golpear con suavidad, para que el sonido no despertara a nadie más que a la muchacha. Antes de llegar a hacerlo, Poppy abrió.

Su rostro estaba bañado por la luz amarilla de la flama de la lámpara que sostenía, resaltando las hebras cobrizas de su cabello que enmarcaban su rostro y ojos, que brillaban como caramelo líquido.

—Creí haberte escuchado… —susurró ella, pero fue interrumpida.

Will la envolvió entre sus brazos, apoyando el rostro en la curva desnuda de su cuello. Aspiró profundo su aroma comestible. Sintió la suavidad de su piel contra sus labios, y se fundió en el calor de su cuerpo menudo y reconfortante.

Apenas escuchó al libro golpear la alfombra al caer de sus manos.

Cerró la puerta, y la llevó a la cama sin despegarse de ella.

—¿Qué ocurre, Will? ¿Te encuentras bien? ¿Pasó algo? —preguntó con la voz cargada de preocupación.

—Todo está bien… —murmuró contra su piel. Sentados en el lecho, Poppy le devolvió el abrazo, hundiendo los dedos en su cabello—. ¿Podemos quedarnos así por un momento? Prometo que me marcharé en un minuto.

Poppy se acomodó contra las almohadas, y Will la siguió, apoyando el rostro contra su pecho, contando cada uno de sus latidos, y el suave movimiento de este al respirar.

Ese era el lugar en el mundo donde él pertenecía.

* * *

Fueron los pasos en la madera del piso sobre ellos los que alertaron a Will de lo ocurrido. El minuto que le prometió a Poppy se transformó en una noche entera. El sol comenzaba a brillar a través de la bruma del amanecer, y Will continuaba con la mejilla presionada contra el pecho de la pelirroja, envuelto en su abrazo y aroma dulce.

William se incorporó en la estrecha cama de la muchacha, despertándola con el movimiento.

Poppy lucía tan sorprendida como él, pero con arrebatadora belleza. Sus ojos oscuros resplandecían, su trenza cobriza a medio deshacer se esparcía por la almohada, mientras que su camisola estaba ligeramente abierta, revelando la piel pecosa de sus hombros.

Will se inclinó para besarla. Sabía que lo más sensato era marcharse antes de que alguien descubriera que no se encontraba en su cuarto, o que llegaran tarde al desayuno. Sin embargo, no existía nada que desease más que besarla en ese preciso momento.

Minutos después, le fue doloroso alejarse de ella.

—Te extrañé… —murmuró Poppy, acariciando distraídamente sus labios enrojecidos.

La fuerza de voluntad que recopiló antes para alejarse de ella se extinguió, y Will volvió a besarla, depositando su peso sobre ella, hundiéndola en el mullido colchón, presionando su cuerpo con el suyo. Él acarició la curva de su cintura, tentado a tocarla como lo había hecho en el bosque. Poppy enredó los dedos en su cabello, dando un fuerte tirón que lo llevó de regreso a sus cabales.

Ambos dieron comienzo al día con esa particular energía entre ellos. Debido a su compañía y a la magnífica noche de sueño que tuvo a su lado, Will se sentía renovado, y todos parecían notarlo y comentar al respecto de su mejoría. Esa noche, Will dudó en regresar. El encuentro que tuvieron lo mantenía agitado a pesar de las horas transcurridas. Era codicioso al desear estar con ella otra vez, sobre todo cuando habían acordado mantener la distancia. Sin embargo, tras irse a la cama, esta le pareció demasiado amplia y fría.

Cuando golpeó con suavidad su puerta, Poppy no tardó en abrir.

* * *

A pesar de lo arriesgado que era, Will continuó visitando a Poppy en su alcoba por el resto de la semana. Descubrió que la única forma en la que podía tener una noche de sueño tranquila, era a su lado. Ocultos bajo las sábanas, susurraban lo que hicieron a lo largo del día, las travesuras de las muchachas que los habían sorprendido y quizás molestado. Otras veces se besaban hasta dormirse.

A Will ya no le importaban las conjeturas de su madre o de la señora Floyd. En cuanto descifrara como conseguir nuevos ingresos, para asegurarle una buena vida a Poppy, le pediría una vez más que se convirtiera en su esposa. Planeaba invertir sus pocos ahorros en alguno de los negocios prósperos de Ernest en el continente. No obstante, antes necesitaba el consejo y ayuda de su padre, cuando este regresara de su tratamiento en Londres. A su retorno, les confesaría a sus padres los planes de comprometerse con la pelirroja.

Debía prepararse para sus reacciones.

* * *

La tarde del viernes, Will regresó al internado tras su jornada en la escuela de varones del pueblo. En cuanto cruzó la puerta de la entrada, le sorprendió el silencio del lugar. Recorrió el pasillo y no encontró ningún alma en el salón, en la biblioteca ni en los jardines. El lugar estaba desierto.

Caminaba en dirección al comedor cuando vio a la señora Brennan barriendo las escaleras, con el ceño fruncido.

—¿Dónde se encuentran todos? —preguntó, tomándola por sorpresa.

—¿No lo supo, señor? —la joven bajó presurosa—. Se encuentran en Harland. Ha ocurrido algo terrible.

El mundo se inclinó por un instante.

—¿Mi hermana se encuentra bien?

—Sí, señor. Tenga, esta es la nota que recibió Maud antes de partir. La dejó en caso de que no diera con usted a tiempo en el pueblo.

Will apenas alcanzó a leer las primeras palabras en la pieza de papel antes de correr de regreso a las caballerizas.

La nota era de Ernest, su cuñado, quien les informaba sobre el desagradable acontecimiento ocurrido en el camino cercano a su residencia. Al parecer, algunas de las alumnas quisieron ir al pueblo en busca de implementos para una improvisada fiesta de despedida, solicitando la supervisión de la señora Floyd y la señorita Dashwood. Estas caminaban rumbo al pueblo cuando el grupo fue abordado por tres bandidos, quieres robaron a las mujeres a punta de cuchillas.

La nota no decía nada más, nada sobre el estado de ellas, o si alguna fue herida en el altercado.

Will cabalgó tan rápido como su caballo se lo permitía. Pronto, cruzó las altas rejas de la mansión. Los sirvientes le indicaron que el grupo se reunía en el salón. Una veintena de miradas se posaron en él al verlo llegar, y ninguna se trataba de los ojos marrones que él buscaba. Mientras el pánico comenzaba a arder en su columna vertebral, Will entendió que debía mentir, y disimular su preocupación por la pelirroja.

Maud llegó hasta él.

—Dime que ocurrió, ¿alguna salió herida?

«Poppy, Poppy, Poppy». Estudió el cuarto en busca de su cabellera roja, pero no la

encontró.

—Las niñas se encuentran bien, señor. Están descansando en una de las habitaciones. La señora Floyd tuvo un ataque ansioso, pero el médico acaba de revisarla y dice que está bien.

—¿Y la señorita Dashwood?

—Ella se encuentra con el señor Harland y los oficiales en el camino, señor. Al parecer, estos vienen cazando a los bandidos desde York.

Will asintió. Debía marcharse, asegurarse de que Poppy se encontraba bien, pero su responsabilidad principal era asegurar el bienestar de las niñas, luego el de dicha maestra. En compañía de Maud y Lucy, Will fue hasta el cuarto donde las muchachas afectadas charlaban sobre la aterradora experiencia. Estas le informaron con detalles lo ocurrido.

Mientras que la señora Floyd perdió los cabales debido al nerviosismo y la sorpresa de ser acorralada por los bandidos, Poppy mantuvo la calma en todo momento. Instó a las muchachas a entregar el dinero para que estos no se acercaran a ellas, y que se mantuvieran tranquilas a pesar del arma que estos no dudaron en blandir cerca de sus rostros, amenazando con desfigurarlas. La pelirroja impuso tanta distancia cómo fue posible entre la cuchilla y las alumnas. No salió herida, pero los maleantes si la habían inmovilizado mientras buscaban en ella algún artículo de valor.

Will casi perdió el temple al escuchar que estos le pusieron un dedo encima a Poppy. Ahora, con más razón debía llegar a ella, asegurarse de que se encontraba bien.

Las jóvenes le agradecieron a Lucy por permitirles quedarse allí, y por los refrigerios que les procuraron para recobrar el aliento, y anunciaron que ya se sentían preparadas para unirse con sus demás compañeras en el salón. Will se tranquilizó al saber que se sentían mejor. Imaginaba que estarían ansiosas por regresar a sus hogares la próxima semana, a pasar el invierno.

Aprovechando el ruido del reencuentro de las muchachas, Will salió y montó rumbo al camino. No tardó en cruzarse con el carruaje de Ernest, quien le hizo detener la marcha. Ambos hombres bajaron de sus respectivos transportes, pero mientras Ernest iba hacia él, Will lo esquivó y entró en el carruaje a sus espaldas, arrodillándose frente a su otra ocupante, la señorita Dashwood.

Sin importarle que su cuñado los veía, Will tomó el rostro pecoso de la muchacha entre sus manos, y estudió su expresión. Lucía nerviosa, pero no supo si era por lo que él acababa de hacer, o por el robo.

—¿Estás bien? —No tenía ninguna herida visible, sin embargo, aquello no lo tranquilizaba.

Poppy asintió, pero era evidente que mentía. Acababa de atravesar un momento de estrés enorme, su vida había estado en peligro, y aun así hizo todo por mantener a las muchachas y a la anciana a salvo.

—Dime algo.

La pelirroja miró de reojo a Ernest, quien los observaba pasmado desde el exterior del carruaje. Will, todavía arrodillado, lo miró. No supo cuál era su expresión, pero de inmediato su amigo se alejó del transporte para darles algo de privacidad.

—Estoy bien, Will —pero mientras su expresión continuaba pacífica, su voz se quebró al pronunciar su nombre.

Sosteniendo su rostro, él besó con suavidad su sien derecha, su pómulo y mejilla, hasta llegar a la comisura de sus labios. Quiso decirle que haría pagar a los ladrones, que haría todo lo que estuviera en sus manos para que esos canallas fueran encontrados y apresados. Sin embargo, en ese momento ella lo abrazó, hundiendo su rostro en su cuello, y él solo quiso sostenerla y

acompañarla tanto tiempo como lo necesitara.

21

Poppy

De regreso en el salón principal de la mansión Harland, Poppy bebía de su humeante taza de té. Si bien continuaba agitada por el robo, se alegraba de ver a las muchachas tranquilas y a salvo una vez más. Estas relataban la historia de buen ánimo a cada visitante. No fueron pocos los vecinos que, tras enterarse del altercado, acudieron a la residencia en busca de información de primera mano y a comprobar el estado de la señora Floyd.

Para tranquilidad de la pelirroja, su compañera y antigua maestra se encontraba mejor que cuando la dejó para acompañar a los alguaciles. Gracias a los cuidados de la servidumbre de los Harland y de su leal amiga, la señora Scott, quien acudió rápidamente en su auxilio, Edith Floyd recuperó su vitalidad y su afable personalidad. De todas maneras, el doctor le recomendaba pasar la noche allí, lejos del bullicio del internado.

A su llegada, se sorprendió al ver allí a la veintena de alumnas, acompañadas también por Maud, el señor Cooper y la señora Price. La joven maestra recibió el cálido abrazo de todos ellos, bajo la atenta mirada de Will.

Sin él en el internado y la ausencia de los señores Rochester por su viaje a Londres, Maud y su padre no supieron cómo reaccionar ante la noticia, y les pareció apropiado que todos fueran a la residencia Harland a comprobar el estado de las mujeres afectadas. Por fortuna, a Will no parecía importarle el arriesgado actuar de los sirvientes, sabiendo que ladrones rondaban las cercanías.

Poppy dejó la taza vacía en la mesa auxiliar junto a ella. Una vez más, evitó mirar en dirección a William con cada músculo de su cuerpo. Tan solo minutos antes, en el coche, él le había dado la contención que ella no sabía que necesitaba. Al verlo saltar del caballo y correr hacia ella, su corazón chocó dolorosamente contra sus costillas. Aún sentía sus manos acunar su rostro, el sonido de su respiración agitada, y su mirada… Poppy no sabía si alguna vez en su vida alguien la miró con tal preocupación.

La pelirroja solo atinó a abrazarlo. El estrés causado por el robo, y aquella inesperada muestra de cariño, la confundió. Sobre todo, porque no se encontraban a solas. La acción precipitada de Will ponía en juego el secretismo de su relación. En el viaje de regreso, Ernest no se refirió a lo ocurrido entre ellos, pero, allí en el poblado salón, podía ver cómo este los observaba en un intento de descifrar lo presenciado.

Poppy se dio cuenta de que había llegado el momento de contarle a Lucy lo que ocurría entre su hermano y ella, antes de que se enterara a través de Ernest. Sin embargo, no sabía cómo decírselo. Hace apenas una semana le mintió al responder que su relación con Will giraba en torno a sus alumnas, y nada más, sin segundas intenciones. ¿Cómo le confesaría que su hermano mayor y ella llevaban dos meses besándose a escondidas? ¿Qué título le daría a su relación para no escandalizar a su amiga? ¿Cómo le explicaría que, a pesar de sus avances, Will no tenía ni la menor intención de casarse con ella? ¿Tendría el coraje para decirle a Lucy que aquello no le importaba, y mantener una expresión que no delatara que sentía lo opuesto?

Poppy estaba tan aferrada a su secreto con Will, que le era imposible dejarlo ir, incluso si eso significaba poner en riesgo su amistad más duradera.

* * *

Pese a la invitación de los Harland, los ocupantes del internado regresaron a este para cenar. Se conformaron con una comida rápida de pan y salchichas. Mientras la conversación no parecía cesar entre el alumnado, la ausencia de la señora Floyd era notoria en la silenciosa mesa de los maestros. Les tranquilizaba saber que regresaría el día siguiente.

Tras terminar de comer, Will instó a las muchachas a mantener la calma, y descansar para disfrutar su último fin de semana en Thorne. El próximo viernes regresarían a sus hogares por el invierno.

Will fue el primero en retirarse del comedor. Poppy imaginó que debía estar escribiéndole a sus padres en Londres sobre lo ocurrido, si es que no lo había hecho ya.

La pelirroja acompañó a las alumnas hasta el tercer piso, antes de regresar a su recámara. Le sorprendió ver a Will allí, sentado en la penumbra. En cuanto cerró la puerta, él se puso de pie y la abrazó, levantándola del piso sin esfuerzo alguno.

—Esta tarde conocí mi infierno personal. —La vibración de su voz contra la curva de su cuello la recorrió hasta lo más profundo—. Detesté ver como todos tenían la libertad de consolarte, mientras por horas me vi obligado a reprimir las ganas de tocarte, y de asegurarme de que te encuentras bien. Odié cada segundo.

Poppy no supo cómo responder. Era valiente cuando debía enfrentarlo, pero no sabía cómo reaccionar ante su preocupación.

Will se separó para estudiar su rostro, apenas iluminado por la luz que se filtraba por la cortina abierta.

—Soy un idiota al quejarme, cuando fuiste tú quien atravesó el inferno real. Dime, ¿cómo te sientes?

—Estoy bien.

—Sigues repitiéndolo, pero no consigo creerte. —Volvió a posicionar sus pies en la madera del piso, sin dejar de abrazarla—. ¿Ellos te lastimaron?

Poppy negó con la cabeza. En sus muñecas comenzaban a formarse dos pulseras amoratadas, que marcaban los dedos de uno de los ladrones al inmovilizarla contra un árbol del sendero. Se las había arreglado para mantenerlas fuera de la vista de los demás, pero sabía que Will las descubriría.

Ella dio un paso atrás, y deshizo los botones, revelando la piel magullada.

Con una mano sosteniendo su cintura y la otra en su codo, Will la guio hasta la ventana, donde estudió los moretones. Él se mantuvo serio, repasando las heridas una y otra vez.

—No duelen, lo prometo.

Él dejó ir el aire que contenía en sus pulmones.

—¿Por qué mentiste?

—No lo hice, estoy bien.

Will estudió su rostro, y Poppy agradeció la oscuridad, ya que no podía mirarlo a los ojos cuando él la observaba con tal intensidad.

—¿Ocultas algo más?

Poppy pensó en la larga lista de mentiras que había esparcido por el pueblo y en los rostros de sus amigos por los últimos meses. La lista era eterna, pero volvió a negar.

Will se separó de ella, y de inmediato sintió la pérdida. Este tomó la palangana y la toalla de lino junto a esta. Humedeció la tela en el agua fría, y volvió junto a Poppy. Envolvió sus muñecas con cuidado, permitiendo que la gelidez de la compresa ayudara con la inflamación.

—Gracias.

Will la besó en la frente y su barba le dio comezón en la nariz.

—Ahora debes descansar. Fue un día condenadamente largo.

—¿Te irás?

—¿Quieres que me quede?

Poppy dudó, llevando sus manos al pecho de Will, donde jugueteó con los botones.

—Pensaba que, como tenemos el segundo piso para los dos, hoy podríamos dormir en tu alcoba.

—¿Cuál es la diferencia?

—William, apenas cabes en mi cama.

—No sabía que eso fuera un problema… —él pareció considerarlo, pero no lucía por completo convencido de aceptar lo que le proponía la muchacha—. Mañana pediré que limpien mi recámara. Prefiero que esta noche nos quedemos aquí.

—¿Notará Maud que llevas una semana sin dormir allí?

—Dudo que ella recuerde como luce mi habitación, desde la última vez que la limpió.

* * *

A falta de un biombo que le otorgara privacidad, Poppy se desvistió a pocos metros de Will. Por las últimas noches, cuando este tocaba a su puerta, la pelirroja ya estaba lista para ir a la cama, sin tener que pasar por aquel incómodo ritual.

William, sentado en el borde de la cama, mantenía la vista fija en su propio atuendo.

Era irrisoria la aparente timidez de ambos, cuando este ya la había desnudado a la mitad del bosque, como si no pasaran cada noche en aquella estrecha cama, con la única barrera de su ropa interior. Sin embargo, habían sido buenos. Se apegaron a los límites establecidos por él. Cada roce había sido accidental.

Poppy entró en la cama, y Will la siguió, sin apagar la lámpara. Bajo las mantas, la muchacha lo abrazó, fundiéndose con su pecho cálido.

—Hoy no tuve miedo —le confesó—. Estaba demasiado preocupada por las muchachas y la señora Floyd para llegar a sentirlo. Fue la conmoción de verte llegar lo que me rompió.

—Eres valiente. Me alegra que hayas estado para defenderlas, pero me hubiera gustado estar allí para ti —Will apuntó a su muñeca vendada—, y que nada de esto hubiera ocurrido.

—Te prometo que estoy bien. —Poppy le sostuvo la mirada, y depositó un beso sobre su pecho, a través de la tela de algodón. El azul plomizo de sus ojos se hizo más pequeño. Podía sentir la tensión en sus músculos, y la rigidez que crecía rozando su muslo.

La pelirroja sonrió con ingenuidad y se acomodó contra él para besarlo, ahora en la boca. Deslizó la mano bajo su camisa, acariciando el relieve de los músculos en su abdomen, hasta llegar al vello de su pecho, para deshacer el camino de regreso a su ombligo. Will se estremeció ante sus caricias.

Poppy bajó hasta llegar al borde de sus pantaloncillos.

Las manos se Will se tensaron en su cintura, como una silenciosa advertencia de los límites que establecieron.

—¿Qué pretendes? —su voz era ronca.

—Puedo sentir que lo necesitas.

Él alejó su cadera de ella.

—Me ocuparé de *esto* y regreso en un momento.

Will hizo el intento de levantarse, pero ella lo detuvo.

—No te vayas —le pidió, besándolo—. Si necesitas hacerlo, hazlo aquí.

Él no volvió a alejarse de Poppy. Pese a que la besaba, ella percibía como William medía las probabilidades de que quedarse y hacerlo se transformara en una mala idea. Sin embargo, él había dejado claro que le costaba decirle que no.

Will se acomodó junto a ella, sin dejar de besarla, mientras con la mano libre se ocupaba de su erección.

Aprovechando lo complaciente que él estaba esa noche, Poppy le quitó la camisa. Sintió una leve punzada de envidia al no encontrar ni una sola peca sobre sus hombros. Llevó su boca hasta su cuello, para marcarlo como lo hizo antes. Will se detuvo para absorber el momento. Sobre sus labios, Poppy sentía su pulso acelerado y respiración entrecortada.

Dejando múltiples marcas a lo largo de su cuello, hasta su pecho, Poppy llevó una de sus manos hasta su entrepierna, para aliviar el vacío que palpitaba allí. Fue su propia respiración entrecortada quien la delató.

Will se incorporó de rodillas, llevando con él las estrechas mantas verdes que cayeron a sus espaldas. La muchacha se arqueó al sentir el deseo en su mirada, mientras él capturaba el movimiento de sus dedos hundirse en sí misma.

Ella también se deleitó con lo que veía. William tenía el cabello revuelto, y los ojos oscuros como dos pozos profundos, con la única luz del reflejo de la lámpara. A través de la barba podía ver sus labios entre abiertos. Su pecho magullado por sus propios labios se movía a un ritmo desigual, mientras que su mano recorría la longitud y grosor de su erección.

Poppy quería besarlo y mezclar su respiración acelerada con la de él, ahogar sus gemidos en su boca, pero Will tomó la parte posterior de su rodilla, haciendo que su pierna se flectara, para así otorgarle una mejor vista de lo que hacía.

Will la observó con atención, con los labios presionados contra su rodilla, masturbándose con lentitud.

Poppy sentía el calor de su respiración acariciar su pierna desnuda, contrastando con el frío de aquella noche casi invernal.

Will estiró una mano casi temblorosa hasta ella, acariciando el vello pelirrojo de su monte para llevar sus dedos hasta su entrada. Él soltó una grosería al sentir su humedad, sin embargo, a Poppy no le importó. La muchacha se retorcía sin ser capaz de contener los espasmos provocados al sentir su toque en aquella área, sensible y palpitante. Y cuando él dio con el lugar correcto, frotando con deliciosa lentitud, Poppy no fue capaz de reprimir un gemido demasiado alto con su nombre.

—Shh… —susurró observándola.

Aquello le provocó una nueva ola de calor que la obligó a arquear la espalda. Will aprovechó el movimiento para hundir su índice en ella.

William continuó tocándola con lentitud, con una mano para ella y la otra para sí mismo, pero no eran sus dedos lo que Poppy quería.

La muchacha se incorporó con ayuda de sus codos para mirarlo. No alcanzó a decir nada, cuando él negó, moviendo la cabeza. Era evidente que ambos pensaban lo mismo, que ambos deseaban lo mismo.

—Will, por favor…

Lo tomó por el cuello, guiándolo hasta su boca. Lo necesitaba, al menos sus besos, si no podía tener el resto de él.

Su boca quemaba contra la suya. Todo su cuerpo expedía un calor embriagador, que

perlaba su frente.

Will se acomodó entre sus piernas. Con una de sus anchas manos agarró su cadera, tomándose un momento para masajear su trasero. La muchacha abrió los ojos al sentir su erección rozando la cara interior de su muslo, encontrándose con las pestañas del hombre, que caían sobre sus mejillas enrojecidas. Habían pasado cada noche de la última semana juntos, y ella aún no se acostumbraba a lo atractivo que era.

William continuó acariciándola bajo la camisola, recorriendo el costado de sus costillas, hasta sus pechos. Le quitó la camisola en un solo movimiento, como lo sugirió tiempo atrás.

Sin dejar de besarla, Will se acomodó entre sus piernas y se hundió en ella.

No fue dolor lo que sintió mientras él se abría paso dentro de sus entrañas, sino una sensación placentera y a la vez desesperante. Fue ella quien soltó una grosería.

—¿Estás bien? —preguntó con dificultad.

Ella quiso decir que estaba bien, pero de su boca solo salió un sollozo ahogado. Intentaba recobrar la respiración cuando los labios de Will tomaron los suyos.

—Tranquila, Poppy. Respira —él deslizó fuera la longitud de su miembro.

—No te detengas.

Will la miró con el ceño fruncido.

En lugar de penetrarla, la besó, tomando cada ápice de su boca. Sus labios demoraron el camino hasta su cuello, hasta sus pechos. Tras unos minutos de tortura, cuando el cuerpo de la pelirroja estuvo relajado, lo volvieron a intentar.

Poppy tomó la longitud de su miembro una vez más, sintiendo cada asfixiante centímetro. Él gimió en su boca, aferrándose a su cadera con fuerza.

Tras unos minutos de besos y aquel roce enloquecedor, un hormigueo familiar se apostó en la parte posterior de sus rodillas, llenándola hasta subir por su columna. Poppy tomó la tela de la camisa de Will para ahogar sus gemidos, pero este lanzó la prenda al piso, y besó a la muchacha mientras estallaba.

Faltaron unas cuantas embestidas para que él acabara, saliendo de Poppy en el momento justo para correrse sobre su abdomen.

22

William

Will despertó con el usual pánico que lo inundaba al no encontrarse en su cama. Abrió los ojos en la completa oscuridad, deseando no haber dormido más de la cuenta. Sin embargo, el silencio le indicaba que aún era temprano, que tenía tiempo para disfrutar aquel despertar.

Poppy continuaba presionada contra su pecho, durmiendo tranquilamente.

Will rememoró la noche anterior, su aroma, sus gemidos, la suavidad de su cuerpo y el calor de este al envolverlo. Si ella no hubiera estado tan cansada, le habría pedido hacerlo otra vez.

No estaba en sus planes acabar con su virtud esa noche, en aquella diminuta habitación o en ese catre en el que apenas cabían. Los límites que estableció tenían el desesperado motivo de estar con ella, sin permitirse cruzar la línea sin retorno. Sin embargo, William estuvo convencido de hacerla su esposa antes de acostarse con ella, ya que de otra forma no lo hubiera hecho.

Estuvo convencido esa tarde, mientras todos tenían la libertad de consolarla, a excepción de él. También lo estuvo la noche en que tocó su puerta, con la excusa de devolver su libro, hace una semana. Lo estuvo hace una década, antes de que Poppy rompiera su corazón. Y volvía a estar convencido de que ella sería su esposa esa mañana, si es que ella lo aceptaba.

El domingo su padre regresaría desde Londres, y si bien no necesitaba su bendición para comprometerse con Poppy, deseaba oír sus consejos antes de aventurarse a invertir sus ahorros y de hacerle la pregunta a la muchacha. Su madre había dejado en claro que miraba la unión con buenos ojos, y su padre llevaba años animándolo a encontrar una mujer.

Además, siendo su esposa, Poppy podría ayudarle en el internado no solo en su calidad de maestra. Desde que Will tomó el control de la institución, dejó de lado una parte importante de sus funciones: la socialización. Siendo huraño, como solían describirlo, Will abandonó su deber de realizar visitas sociales a familias dispuestas a donar. Con más donaciones sería sencillo llegar a fin de mes, y el correr de voz atraería a nuevas alumnas fuera de la región.

Quizás junto a ella, el internado prosperaría, permitiéndoles ahorrar el dinero suficiente para remodelar una de las cabañas del otro lado de la propiedad, y crear una familia allí. No le costaba trabajo imaginar a Poppy pintando en el jardín, mientras él la observaba, pretendiendo leer.

* * *

Poppy

Tras la cancelación de las clases del sábado, Poppy buscó cualquier excusa para evitar cruzarse con Will.

Lo ocurrido entre ellos fue inesperado, pero lo que más la sorprendió fue lo amable que se comportó después. Pocos meses atrás, en el bosque, Will la abandonó en aquel lugar, sin una despedida o palabra de por medio. Sin embargo, la noche anterior, este la abrazó hasta el amanecer. Y al despedirse en la madrugada, marcó un camino de besos en su cuello para

despertarla lo suficiente para decirle que tenía el día libre, por lo ocurrido el día anterior, y también para que descansara.

Will tenía la manía de tomarla desprevenida. Cuando creyó que él la odiaba y se acostumbró a su desagradable forma de ser, este la besó. Poppy hubiera ido hasta el final esa tarde, sin importarle que parte de Will la detestara, sin embargo, él los frenó para preservar su virtud. Acordaron olvidar lo ocurrido, mantener la distancia y, cada vez, Will volvía a ella. Impuso límites, que respetó con férrea decisión, para luego romperlos como si no significaran nada.

Tanto Poppy como su corazón estaban confundidos.

Si bien no lo recordaba, Will le dejó claro que no podía esperar nada de él, y aun así este se preocupaba por ella. La manera en que la miró en el carruaje estaba tallada en su mente, pero era ingenua al albergar alguna esperanza de que él cambiara de opinión, incluso tras cruzar la línea de la intimidad.

A pesar de lo dulce que había sido Will desde entonces, Poppy contaba los minutos para oírlo decir cuánto se arrepentía.

Se cruzaron en las escaleras después del desayuno.

El rostro de la joven se tiñó de rojo. Aún podía sentirlo dentro de ella. Will sonrió entretenido, casi maligno, al leer su expresión. Tras eso, Poppy huyó rumbo a Harland, con la excusa de visitar a la señora Floyd.

* * *

Will llamó a su puerta después de la cena.

—Me estás evitando —no era una pregunta.

Aunque estuviera esperándolo, Poppy no pudo contener el rubor que subía de su cuello hasta sus mejillas. El estupor no le permitió hablar.

Él continuó.

—Si necesitas espacio te lo daré. Solo necesito que me digas que todo está bien entre nosotros, Poppy.

La muchacha intentó sostenerle la mirada.

—¿Lo está?

Will miró alrededor. El internado estaba en silencio, aun así, era peligroso hablar en el corredor, sobre todo cuando la señora Floyd ya estaba de regreso en su alcoba. Poppy le permitió entrar.

—¿Por qué no lo estaría?

—Rompimos tu bendito límite, Will. Pensé que habría alguna represalia o consecuencia.

—Es demasiado pronto para conocer las consecuencias.

Un denso silencio se acentuó entre ellos.

—Yo no podría estar… —Poppy ni siquiera pudo pronunciar la palabra—, ¿verdad?

—Me retiré antes de *acabar*, pero existe la posibilidad.

—Will… —Quiso que él estuviera bromeando, no obstante, sabía que tenía razón.

El mundo perdió su eje por un largo momento.

«¿Qué haría? ¿Cómo explicaría a un hijo? Tendría que volver a huir, y ahora con un bebe en brazos».

Will la sostuvo.

—Tranquila, estoy seguro de que estaremos bien —él acarició su cabello—. Y si te

embarazas, lidiaré con ello.

Poppy notó la ambigüedad de sus palabras, pero confió en él. Se permitió respirar hondo, y relajarse entre sus brazos. Sin embargo, sus preocupaciones no acababan allí.

—¿Y qué pasará con Ernest? Hoy fui a Harland. No creo que le haya dicho a Lucy lo que ocurrió en el carruaje, pero no tardará en hacerlo.

—Él no dirá nada.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Él es mi amigo.

—Lucy también es mi amiga, y si es que se entera, no creo que me perdone jamás.

Will acunó su rostro entre sus manos. La pelirroja sintió el ardor en sus mejillas al trabar miradas con él a tan poca distancia.

—Poppy, no te preocupes por nada. Sea lo que sea, lo resolveré.

* * *

Will pasó la noche. Y aunque la dinámica entre ellos cambió, no volvió a repetirse lo ocurrido la noche anterior.

Poppy se consideraba una mujer inteligente, pero en el ardor del momento había olvidado la consecuencia más duradera del pecado de la fornicación: la concepción. Su moral podía estar corrupta, pero no era algo que los demás notaran, como si lo sería un niño. Si estaba embarazada, sería una paria. Tendría que abandonar a Will, al internado, y a sus amigos. Ni siquiera tenía una familia a la cual recurrir.

El domingo, Poppy se quedó un largo rato rezando. No podía arrepentirse de lo ocurrido ante los ojos de Dios, porque sabía que no lo hacía. Sin embargo, si rezaba lo suficiente, el señor se apiadaría de ella para no traer un hijo bastardo al mundo.

Tras terminar, Lucy la llevó en coche hasta la cabaña de los Rochester. Estos habían regresado esa mañana, y Poppy estaba ansiosa por conocer las buenas nuevas.

Al llegar, Ernest y William las esperaban en el porche.

—Esposo —llamó Lucy—, ¿por qué no han entrado?

—Algo pasa con tus padres. No nos han querido decir que ocurre.

Lucy apretó la mano de Ernest.

—¿Crees que algo haya ido mal con la revisión de su pierna?

—No lo sé.

Poppy se limitó a observar a Will, quien compartía la expresión preocupada.

—Vamos, vamos. Entremos.

Al llegar a la sala de estar, Poppy notó el frío recibimiento.

—Díganme qué ocurre —demandó Lucy, pero las miradas de sus padres estaban fijas en la pelirroja—. ¿Qué ha dicho el médico?

—Todo está bien, querida —la tranquilizó su padre, pero su expresión no cambió.

—Poppy… —La señora Rochester aclaró su garganta. Su expresión no era de dicha al volver a verla, sino de preocupación y desconfianza—. ¿Por qué no nos has dicho la verdad?

La sangre abandonó el rostro de la pelirroja.

—¿Qué ocurre? —se adelantó Lucy.

Will también dio un paso al frente, listo para defenderla.

Poppy quiso retroceder, pero las piernas no le funcionaban.

—Encontramos su nombre en el periódico, señorita Dashwood —contestó el señor—. Al

principio creímos que era una coincidencia, pero tras leer el anuncio, no nos cabe dudas de que se trata de usted.

Él estiró la hoja de periódico frente a Will hasta ella, donde se leía: *«El doctor Aaron Carmine ofrece una recompensa de 200 libras a quién entregue pista alguna del paradero de su prometida, la señorita Poppy Dashwood»*.

—Señorita Dashwood, ¿por qué no nos dijo que está comprometida? —preguntó la señora del hogar, con voz dolida.

Poppy no creía que aquello estuviera sucediendo, ni tampoco podía contestar o tan solo reaccionar a lo que ocurría. Escuchó los pasos de Will abandonar la cabaña, seguidos por los del señor Harland, pero no pudo moverse ni despegar la vista del periódico.

—Poppy, ¿estás bien? —Lucy la tomó por los hombros—. Estás temblando…

—¿Han respondido al anuncio? —logró pronunciar.

—Por supuesto que no, no lo haríamos sin antes preguntarle a usted. —El señor Rochester sonó ofendido—. Sin embargo, es probable que algunas personas nos hayan oído hablar del tema. Estábamos con unos conocidos cuando dimos con el periódico, y temo que el tema les haya interesado más de la cuenta, al saber de la recompensa.

El pánico tomó control de ella.

—Debo marcharme ahora, él no puede encontrarme.

Su mente giraba buscando lugares donde ir, donde escapar. *«Francia era el sitio más probable. Maxwell tenía fábricas allí, podría trabajar, pero sería el siguiente lugar donde el doctor la buscaría, si es que no lo hacía ya. ¿Estaría en Inglaterra o la buscaba desde Canadá? De ser así, aún tenía hasta que el invierno acabase para encontrar un nuevo escondite. No, debía esperar lo peor. Siempre lo peor»*.

Poppy apenas notó los brazos de Lucy sobre ella, o como la conducía a una de las alcobas ante la preocupada mirada de los señores. Lo único en lo que podía pensar era en huir.

CUARTA PARTE

La huida de la prometida

23

William

William Rochester dejó la cabaña atrás, haciendo oídos sordos al llamado de Ernest, ignorando el asfixiante entumecimiento que crecía dentro de su pecho, ansioso por interponer tanta distancia como le fuera posible entre ese periódico y él… entre Poppy y él.

Mientras atravesaba el bosque y la fina llovizna, que lo caló en cosa de segundos, Will repasó incrédulo lo que acababa de leer: *El doctor Aaron Carmine ofrece una recompensa de 200 libras a quien entregue pista alguna del paradero de su prometida, la señorita Poppy Dashwood.*

¿Acaso era posible que aquello le estuviera ocurriendo otra vez? ¿Qué el futuro que imaginó junto a ella volviera a desmoronarse? Casi una década había transcurrido desde la tarde en qué William regresó al internado, encontrándose con la noticia de que Poppy ya no estaba en Thorne. Sintió la misma incredulidad al oír que la muchacha a la que amaba había sido reclamada por desconocidos que decían ser su familia y que ella aceptó marcharse con ellos. Con el mismo vacio en el pecho, Will se dio cuenta de que su prometida se encontraba en algún lugar del océano, alejándose de él a cada segundo, y no había nada que él pudiese hacer al respecto para traerla de vuelta.

Su devastación se oscureció aún más al no encontrar palabra alguna de ella. Will volteó todos y cada uno de sus libros, revisó cada mueble y rincón de su cuarto en busca de una nota de despedida, pero no existía una. Esperó por meses una carta, alguna explicación, pero nada llegó.

El muchacho enloqueció al no saber si ella estaba a salvo con esos desconocidos. Inclusive llegó a creerla muerta, hasta que fue su hermana, y no él, quien recibió la esperada misiva de la pelirroja. En esta relataba su viaje a través del Atlántico, su corto paso por Estados Unidos y su llegada a Canadá. William deseó que, el saber que ella estuviera a salvo, fuera suficiente, pero una parte de él albergaba mención alguna de sí mismo en sus palabras.

Jamás la hubo.

Will supuso que imaginó todo, los paseos, las cartas, los susurros y los pocos besos que compartieron la tarde en que le pidió que fuera su esposa. No obstante, él guardaba todas sus notas, su caligrafía cursiva y apretada en aquel papel amarillo, el mechón de cabello rojizo que ocultaba entre las páginas de un libro. Se convenció de que, para ella, todo fue una jugarreta, y el único que vio un futuro juntos fue él. Incluso así, le tomó un año deshacerse de la evidencia, lanzando al fuego todo lo que perteneció a la muchacha, incluyendo su maltratado corazón.

Una década después, Poppy regresó a Thorne y, tras su coraza de rencor, Will decidió que jamás volvería a permitir que ella jugase con sus sentimientos. No obstante, en cuanto él se descuidó, ella se coló dentro, destrozándolo por segunda vez.

Will cruzó el bosque, llegando hasta las caballerizas del internado. Ensilló su caballo y dio riendas lejos del lugar. Esta vez no se detendría en el bar del pueblo. No había sitio en el que pudiera estar, o quisiera detenerse.

Quizás, si Will no fuera tan orgulloso, hubiese llorado, pero el viento cortaba la piel expuesta de su rostro, quemando sus fosas nasales a cada respiración, obligándolo a concentrarse en el dolor, en lugar del desconsuelo.

Una vez más, ella se alejaría de él.

Una vez más, el hogar que imaginó junto a ella se derrumbaba frente a sus ojos.

«Poppy, su Poppy, estaba comprometida con otro hombre, mientras lo besaba a él, mientras dormía con él». De solo pensarlo se le revolvía el estómago. *«¿Acaso le entretenía volver locos a los hombres? ¿Los enamoraba para luego marcharse en busca de una nueva presa?»*. No podía sentir empatía por ese hombre, el que quizás atravesó lo mismo que él al ser abandonado por Poppy, no cuando era William quien cargaba una herida doble.

Quizás ella ya estuviese armando las maletas para regresar con el tal doctor Aaron Carmine, aquel hombre capaz de cruzar el océano para recuperarla, capaz de ofrecer una fortuna por pista de su prometida. Will no tuvo el coraje para verla a la cara, antes de dejar la cabaña. Tampoco tenía el estómago para imaginar su expresión allí, solo a la mitad del páramo.

Will cabalgó sin tener un destino. La lluvia lavó el aroma dulce de la joven, y el resentimiento se encargó de borrar de su cabeza todo lo que le gustaba de ella, los planes que quiso crear para ella.

Una vez más, su nombre se transformó en una maldición.

* * *

Poppy

Con el pulso latiendo en sus oídos, y la respiración atrapada a medio camino dentro de su pecho, Poppy dejó que Lucy la dirigiera a una habitación cercana. En cuanto su amiga cerró la puerta a sus espaldas, la pelirroja se precipitó hacia la ventana. De un tirón dejó entrar la briza húmeda de la llovizna que bañó su rostro en segundos, brindándole algo de claridad frente a lo ocurrido.

Hace una semana, en la última misiva de Minnie, ella le advirtió que esto podría ocurrir, que el doctor no estaba dispuesto a dejarla partir. Ingenuamente, Poppy creyó que él no se tomaría la molestia de buscarla en Inglaterra. Era demasiado empeño por una mujer que no correspondía sus afectos.

La muchacha se secó el rostro con el dorso de la mano.

«¿Con cuánto tiempo contaba para huir, antes de que él la encontrase?»

Esta vez no podía contar con su prima y los ingresos de su esposo para huir. Aún guardaba las veinte libras que Will le entregó al comenzar las clases, pero no le correspondía quedárselas, no cuando iba a marcharse antes de terminar el primer semestre. ¿Qué tan lejos podría escapar con diez libras? Tendría que vender todo lo que tenía por un boleto en barco hasta el continente. Si no lograba llegar a Francia, y ocultarse en la fábrica de los Evans, su única forma de subsistir sería mendigar en alguna de las otras grandes capitales.

El toque de Lucy la hizo saltar lejos de la ventana.

—Poppy, ¿te sientes mejor? Creí que te desmayarías en la sala.

—Estoy bien —su tono era vacío, incluso el pánico parecía haberse evaporado de su sistema.

—¿Él es el hombre con quien tus tíos te prometieron?

—Sí.

Era evidente que Lucy esperaba una explicación, pero no fue capaz de pronunciar las palabras.

—Hay más en esa historia, ¿verdad? —continuó su amiga—. Cuando te dije que estaría para ti, en caso de que quisieras hablar al respecto, lo dije en serio, Poppy. Nuestras vidas son distintas, pero tú has sido mi amiga por tanto tiempo como puedo recordarlo. No hay nada que puedas decir que me haga verte como otra persona que como mi hermana. —Lucy tomaba sus manos—. Yo siempre estaré para ti.

—Gracias —respondió la muchacha. Quiso decir algo más que un simple gracias, que, sin importar sus leves discusiones o diferencia de opiniones, ella también la consideraba una hermana. Que se arrepentía por no decirle la verdad, por guardar tantos secretos, pero Poppy continuaba adormecida. Rehuyó a su mirada, sus ojos eran demasiado parecidos a los de Will. No podría afrontar ese frío azul, ni pensar en él, mientras no resolviera qué hacer.

—¿Qué pasó con el doctor Carmine? —insistió Lucy, con voz suave—. ¿Por qué te busca si rechazaste su propuesta?

La pelirroja no quería que creyera que al contarle su historia lo hacía con el motivo de apelar a su bondad, o para que la ayudara a fugarse o volviera a darle techo. Tan solo deseaba decirle la verdad de una vez por todas, y quitarse ese peso que llevaba dentro.

Sin soltar las manos de su amiga, Poppy la guio lejos de la lluvia, hasta el borde de la cama.

—Trabajé por largo tiempo con los Carmine, como su institutriz. —Poppy comenzó con su relato. Hace horas, jamás hubiera llegado a creer que pronunciaría esas palabras a su buena amiga. Poppy no imaginó que la parte más oscura de su vida en Canadá la seguiría hasta allí, el pueblo donde nació, donde yacían las tumbas de sus padres. Sin embargo, ya no tenía más opción que liberar sus secretos, para finalmente respirar en paz—. La familia del doctor era ejemplar. Los años allí fueron tan buenos como era de esperar. Yo pasaba el día ocupándome de Alice y el pequeño Aaron. Sin embargo, las cosas cambiaron cuando la esposa del señor enfermó.

»Era evidente que el doctor la quería mucho. No le importó dejar su trabajo de lado, por cuidar de su esposa, pero sin importar sus esfuerzos, ella murió en cosa de semanas a causa de la difteria. Luego de eso, la mansión se convirtió en un lugar lúgubre. Me centré en ayudar a los niños, mantenerlos a flote luego de la tragedia. Ellos apenas comprendían lo ocurrido.

Poppy se detuvo un momento, atreviéndose a sostener la mirada de su amiga. Esta la escuchaba en silencio, quizás confundida por su historia y como tenía relación con lo que ocurría.

—En un inicio, no noté nada extraño en el doctor —continuó Poppy—. Pasaba más tiempo en casa, y todos asumimos que era por los niños. No obstante, pronto notamos los primeros indicios de que él estaba trastornado por la pérdida. Quitó cada retrato de su esposa, se deshizo de los muebles de su sala de estar y sus lujosos vestidos. Pronto, no hubo rastros de que alguna vez existió una señora Carmine.

»También tardé en notar como la mirada del señor me seguía por doquier. Creí que lo imaginaba, ya que él jamás me prestó atención alguna en los años que llevaba trabajando allí. Una noche, me invitó a tomar té después de la cena. Llámame incauta, pero no sospeché nada. Los niños nos acompañaban, por lo que lo interpreté como una manera de retomar la rutina familiar, de la que yo jamás fui parte. Charlamos, me preguntó por mi familia, mi vida aquí y nada más.

»En los días siguientes, sus atenciones continuaron. En una de esas noches, el té me supo particularmente amargo. En esa misma velada, él me preguntó si me gustaría ser su esposa. Dijo que los niños me querían y veían como una madre, que sería una transición fácil para ellos. A

pesar de la fuerte jaqueca que me azotó tras beber el té, dije que no. Me disculpé utilizándola como excusa, y me retiré a mis aposentos. No fui capaz de quitarme la ropa antes de caer desmayada.

Lucy se llevó una mano a la boca, pero no la interrumpió.

—No sé cuáles eran sus planes, pero asumo lo peor. Por fortuna, soy una criatura desconfiada, y a menudo duermo bajo llave. Ese domingo, fui a casa de mis tíos. Quise comentarles mis planes de retirarme del servicio de los Carmine, sin decirles por qué, pero ellos me aconsejaron que era una terrible idea abandonar a los niños tan pronto. Ten en cuenta que apenas pasaron semanas desde la muerte de su madre. Yo estuve dispuesta a continuar allí por ellos.

»Regresé a la mansión del doctor, y a él pareció no importarle mi negativa. Sin embargo, no sentí alivio de continuar trabajando allí. Una noche, despachó a los niños a su cuarto después de la cena, y me invitó a acompañarlo por té. No me atreví a beber, por lo que fingí hacerlo. En ese entonces no sospeché que le hubiera puesto alguna de sus medicinas, pero su insistencia fue lo que me alertó a no beber. Esa noche, poco después de irme a la cama, lo escuché fuera de mi puerta. Reconocí sus pesados pasos vagar de un extremo a otro del pasillo, y como este sacudía la cerradura, intentando que cediera. Jamás experimenté un terror similar.

»La noche siguiente, el doctor volvió a declararse, y yo volví a negarme. Me asustaba que se lo tomara mal, que me golpeara o me despidiese, pero en parte quería que lo hiciera, para tener una excusa para poder regresar a casa de mis tíos. Sin embargo, ese domingo, cuando fui de visita, el doctor me esperaba en las escaleras de la mansión Gulp, hombro a hombro con mi tío.

»El doctor pidió mi mano en matrimonio, y mi tío se la entregó. Intenté explicarles que no era lo que yo quería, que no estaba en mis planes casarme, pero no les importó. Al parecer, este les dio a entender que necesitábamos llevar a cabo el matrimonio lo antes posible, insinuando que ambos tuvimos relaciones premaritales. Como bien sabes, dos prometidos no pueden dormir bajo el mismo techo. No obstante, en palabras de mi tía, el daño ya estaba hecho, por lo que me vi obligada a regresar a la mansión junto al doctor.

»Mientras mi tía se encargaba de los preparativos para la boda, mi salud decayó. No me atrevía a comer ni beber nada que él pudiese haber alterado. No dejé mi cuarto a menos que fuera para estar en compañía de los niños. Iba de camino a la guardería donde ellos jugaban, cuando una de las sirvientas me interceptó. No éramos amigas, pero varias de las sirvientas notaron que algo no iba bien conmigo. Ella me advirtió que el señor llevaba semanas reuniendo las llaves del tercer piso, y que creía que había dado con la copia de la mía. Me hizo sentido. Como yo no me atrevía a dejar mi cuarto, él se hizo con la llave. Podría encerrarme, entrar o hacer lo que él deseara. Ese fue el último horror que pude soportar.

»Esa misma tarde tomé un par de mis posesiones más preciadas, los retratos de mis padres, y huí a casa de mis tíos. Con ayuda de un mozo de cuadras que era mi amigo, entré en la casa sin que lo notaran. Fui hasta Minnie y le conté lo ocurrido.

»Ella puede ser joven, pero es brillante. Antes de que cayera el sol, el plan fue trazado. Le escribió a su prometido, nos reunimos en la parroquia y se casaron esa misma noche. La mañana siguiente, ya estábamos en un barco rumbo a Nueva York, con la excusa de una apresurada luna de miel. Pocas semanas después, me encontré frente a tu puerta, Lucy, cargando más mentiras de las que podía soportar.

—Poppy, jamás imaginé… —comenzó su amiga, pero la detuvo.

—Lamento haberte ocultado esto, Lucy. Debí contarte todo cuando me lo pediste, debí haber confiado en ti, pero no sabes cuanto me avergüenza haber sido tan ingenua. Quisiera

decirte que soporté esos meses debido a mi amor por esos niños, y si los amaba, pero en realidad me quedé porque estaba asustada.

—No tienes que lamentarlo —Lucy apretó sus manos con fuerza—. Yo comprendo tu silencio. En el prado, cuando me contaste de tu indeseado compromiso, pude leer en tu expresión que el tema te torturaba, por eso no insistí. Quizás debí hacerlo, para que depositaras parte del peso en mí.

—Tú no tienes responsabilidad alguna. No has hecho otra cosa que apoyarme, todo este tiempo. Me diste un techo, un escondite tranquilo y cariñoso, una familia.

Lucy la envolvió en un abrazo.

—Eres mi hermana.

Poppy agradeció el calor, la contención, y la silenciosa promesa que siempre estarían ahí para la otra. Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que Lucy era otra persona que se vería forzada a abandonar.

24

Poppy

Lucy fue a la sala por té y regresó al cuarto con la pelirroja. Antes de que cerrara la puerta a sus espaldas, pudo oír las incesantes preguntas de la señora Rochester sobre su estado, y acerca de las explicaciones que parecía deberles. Sin embargo, su amiga no les contestó. Depositó la bandeja con té frente a ellas, en una estrecha mesita de madera, mientras fuera la lluvia continuaba sin dar tregua.

—Dime qué puedo hacer para ayudarte, Poppy. Puedo no ser tan brillante como Minnie, pero si me ayudas, podremos evitar que ese doctor de pacotilla te encuentre.

—Ya no tengo donde ir. El señor Evans, el esposo de Minnie, me ofreció alojamiento y trabajo en Francia, pero estoy segura de qué ese fue el primer lugar donde el doctor me buscó. —Poppy quiso beber de su taza, pero el agua caliente mordió su lengua, obligándola a continuar hablando—. Me duele saber que mis tíos me repudian, y que jamás podré volver a ellos, a mi antigua vida, porque el rumor se extendió y mi reputación y la de los Gulp fue destruida.

»Lograron que me avergonzara de mis decisiones, que las resintiera. Siempre supe que podía tener la vida tranquila que siempre deseé, enseñando, pero me demostraron que no puedo valerme por mí misma, y que dependo de la bondad de mis amigos.

—Eres una mujer ejemplar, Poppy. Si tienes amigos que desean ayudarte, es porque te los has ganado de buena fe.

La pelirroja quiso sonreír, pero su rostro continuaba entumecido. ¿Acaso fue capaz de llorar desde que se enteró de la noticia? Tocó sus mejillas frías, humedecidas por la lluvia, más no lágrimas.

—Creo que sé dónde ocultarte por un tiempo, pero necesitaremos la ayuda de Will para lograrlo.

—Will no… —su voz se rompió—. Es mejor no incluir al señor Rochester en esto.

—¿Por qué no?

Poppy se aclaró la garganta.

—No creo que él esté dispuesto a ayudarme.

—Mi hermano parecía muy afectado al enterarse de la noticia. Ernest fue tras él, pero no pudo darle alcance. Supongo que, después de todo, mi madre tenía razón al suponer que Will albergaba sentimientos por ti.

La palabra sentimientos le quedaba grande. Él la deseaba, como un niño a un juguete nuevo, como un perro a un hueso, pero no más que eso.

Poppy no era capaz de contarle a Lucy lo ocurrido con su hermano. Podía darse el lujo de comprometer sus secretos, pero no los de Will.

—Ya veo por qué mi madre se tomó tan mal la noticia de tu compromiso —continuó su amiga—. Ella estaba empecinada con que William y tú se comprometieran.

—Puedes contarle la verdad, no me importaría.

—Quizás, deberías ser tú quien les contara, Poppy.

La joven asintió.

—Sí, es mejor que lo haga.

* * *

Poppy volvió a la sala de estar, y relató los acontecimientos previos a su llegada a los Rochester, la muerte de la esposa del doctor, sus incesantes intentos de convencerla y violar su privacidad, hasta su huida.

Si bien su rostro se mantenía sereno, Poppy debió ocultar el temblor de sus manos en los apoyabrazos de su silla, mientras relataba los turbios sucesos.

—Confié que en estos meses el doctor abandonaría sus esfuerzos, pero cuando mi prima regresó a Terranova, me escribió para informarme que él la abordó, inquiriendo acerca de mi paradero. Es un hombre serio, de carácter templado, pero sus amenazas dejan a la vista sus oscuras intenciones.

—No me cabe en la cabeza, no lo entiendo —respondió la señora, dejando caer su taza sobre el platillo con innecesaria fuerza.

Lucy, quien se mantuvo junto al asiento de Poppy en todo momento, fue quien preguntó:

—¿Qué es lo que no entiendes, madre?

—¿Por qué un hombre, un doctor, haría algo así? ¿Ser capaz de cruzar el mundo por una mujer que lo ha rechazado tantas veces?

Poppy quiso ignorar la doble intención en sus palabras, pero lo entendía. Se había ganado su desconfianza tras haberles mentido por tanto tiempo.

—Un hombre enfermo, eso es lo que es —se adelantó a contestar el señor Rochester.

—Señorita Dashwood —llamó Ernest—, no dude en que puede contar con nuestra ayuda. Lucinda me ha comentado lo que planea, y si podemos colaborar en algo, estaremos felices de hacerlo, en lo que necesite.

—Agradezco su ofrecimiento, señor Harland. La verdad es que sigo sin saber qué hacer. Supongo que mi mejor opción es huir, sin embargo, debido a mis circunstancias, las opciones son pocas.

—Podría enfrentarlo —dijo el señor Rochester—, al doctor, me refiero. Podría dejarle claro, por una última vez, que el compromiso no existe. No pueden forzarla a tomar un hombre que no desea. No sé cómo sean las cosas en Canadá, pero esto no es el medievo.

—Me temo que, por mucho que lo intenté, no logré hacerlo entrar en razón.

Y no sabía cómo hacerlo si volviera a tenerlo frente a ella. Antes, su ingenuidad la protegió. Sin embargo, ahora que entendía lo que el doctor planeaba hacer con ella al envenenar su té y comprendía la gravedad de los hechos, Poppy había llegado a temerle.

—¿Cuál es tu plan, querida? —la señora Rochester se dirigió a su hija.

Otro de los temores de Poppy estaba tomando lugar. Sus amigos, que la conocían desde su nacimiento, comenzaban a mirarla de manera diferente, o en el caso de la señora, a no mirarla en absoluto.

—No es tanto un plan, como una idea, madre. No obstante, primero necesito saber si mi hermano está dispuesto a ayudarnos.

—¿Planeas pedirle que despose a la señorita Dashwood? —la mujer arrugó el entrecejo.

—No, madre. Es evidente que mi hermano no se tomó bien la noticia, pero confío en que podré convencerlo de colaborar.

* * *

A Poppy, una vez más, su roída maleta le parecía demasiado pequeña.

En los ocho meses que llevaba en Inglaterra logró acumular pocas, pero preciadas pertenencias que le impedían cerrar su valija. Le tomó varios intentos acomodar el vestido de líneas que Minnie le envió desde Francia, su maletín de acuarelas, y diferentes prendas de abrigo que adquirió para capear el invierno del norte del país. Poppy esperaba que a Will no le importara que ella dejara algunas cosas atrás.

Después de su conversación con los Rochester, Lucy y ella regresaron al internado a empacar. Continuaban sin tener claro lo que harían, pero comenzaría por trasladarse de regreso a la mansión Harland. Sus empleadores aceptaron su renuncia sin problemas, y ofrecieron su colaboración en lo que necesitara.

Mientras Poppy guardaba sus cosas, Lucy esperaba por su hermano en la planta baja. Su amiga aún no le explicaba que tramaba, o si existía un plan el absoluto. La morena prefería convencer a su hermano de ayudarlas, antes de ilusionarla con los detalles de su plan.

De William, no existía pista. Su caballo no estaba en el establo, y ni Ernest o el señor Cooper lo encontraron en el pueblo.

Poppy no estaba preparada para la reacción de Will. Saber que no le había mentido, no la consolaba. Debió haberle confiado esa parte de su pasado, incluso si él no deseaba oírla. El día en que recibió la advertencia por parte de su prima, debió abrirse con él, contarle las intenciones del doctor y de su indeseado compromiso. Así, el golpe de la sorpresa no hubiera sido tan fuerte.

Will jamás accedería a socorrerla.

La pelirroja no deseaba ser pesimista, sin embargo, por mucho que valorara los esfuerzos de Lucy por prestarle ayuda, dudaba que su plan funcionara, porque Will era demasiado estricto con su moral para permitirle huir de su deber.

Quizás, si lograba hablar con él…

La voz de Maud la tomó por sorpresa.

—¿Necesita ayuda, señorita Dashwood? —preguntó desde la puerta de su estrecho cuarto.

—Ya he terminado de empacar, Maudie.

Poppy intentó sonreírle, pero el gesto no llegó a sus ojos.

—No quiero ser imprudente —la mujer entró en el cuarto, cerrando la puerta tras ella—, pero, ¿qué hará ahora, señorita?

—¿Ya lo sabes?

—Sí, la cocinera de los señores me ha contado.

«Fantástico» pensó Poppy. *«Bastó una hora para que el secreto que ocultó por tantos meses se esparciera por Thorne»*.

—¿Nos dejará otra vez? —preguntó Maud—. ¿Qué pasará con las niñas?

—La señora Rochester estuvo de acuerdo en tomar mis lecciones. De todas maneras, las muchachas regresarán a sus hogares este viernes.

—¿Usted volverá cuando el invierno acabe?

Poppy no fue capaz de verla a la cara, al oír la ilusión en su tono.

—Lo dudo, Maudie.

—Señorita… —dijo, tomando las pecosas manos de la pelirroja, pero esta la interrumpió.

—En serio me gustó haber regresado aquí, Maud, a mi hogar. Ha sido un sueño poder trabajar en el lugar donde crecí, estar cerca de mis más queridos amigos, del recuerdo de mis padres y del cariño de quienes los conocieron, pero todos los sueños terminan, eventualmente.

Una sensación cálida inundó el pecho de Poppy, porque supo que lo decía en serio. En pocos meses, logró ser feliz allí, y por doloroso que resultara abandonarlo todo, valoraba los

buenos momentos que albergaría en su memoria por el resto de su vida.

—Perdone la impertinencia —musitó Maud, contra la tela de su abrigo—, pero si llega a establecerse, donde quiera que sea, por favor escríbame.

—Lo haré, Maudie. Lamento no haberlo hecho cuando me marché antes.

—No se preocupe por eso —la mujer separó el abrazo, para sonreírle una última vez—. Vamos, la ayudaré con la maleta.

* * *

William

El sol se había ocultado horas atrás, cuando William Rochester regresó al internado.

Si bien se encontraba hambriento, cansado y mojado hasta la médula, no le importaba. La incomodidad lo ayudaba a desviar su atención del vacío en su pecho, de la incredulidad que revolvía su estómago. Con facilidad, hubiera vagado por el resto de la noche, pero era consciente del estado de su caballo, y reconocía sus necesidades como más importantes que las propias. Tras quitarle la montura, y rellenar su comedero con avena, Will hizo el camino a la mansión. Un par de sombras altas y delgadas lo esperaban al cruzar la puerta. Reconoció el aroma del tabaco y el perfume floral de su cuñado y hermana.

—¿Qué quieren?

—¿Dónde estabas, William? Te hemos buscado por toda la región.

La voz aguda de su hermana agravó su migraña.

—Tenía algunos asuntos por resolver.

Will no se detuvo a escuchar el resto de sus preguntas, y avanzó rumbo a su despacho.

—Necesitamos tu ayuda —dijo Lucy—, Poppy la necesita.

—No me interesa ayudarla —*«¿Acaso esa mujer tenía el coraje de pedir su ayuda después de lo que había hecho, de lo que había escondido?»*.

—Ella es mi amiga, mi hermana —declaró Lucy—, y si necesita ayuda, yo se la daré.

—Pues deberás resolverlo por tu cuenta, entonces. Mañana tengo clases y debo prepararme.

Will intentó cerrar la puerta, pero Ernest cruzó su bastón, impidiendo que lo hiciera.

—Poppy no está arriba, William —interfirió Ernest, capturando su atención—. La hemos llevado a Harland. La criatura está aterrorizada.

Will lamentó su expresión, cuál fuera, ya que Lucy la aprovechó para hablar sobre ella.

—Poppy está alteradísima, Will. No estuviste ahí cuando contó lo ocurrido, como su pulso temblaba al hablar de ese hombre. No sabes las barbaridades que ese tal doctor intentó hacer con ella, como manipuló a su familia para que la abandonaran, para que él fuera la única persona en quien ella pudiera apoyarse. Si no fuera por su prima, no sé qué sería de nuestra Poppy.

Quiso decir que no le importaba, pero un escozor lo aturdió al saber que ella no correspondía a ese hombre. Y una quemazón diferente lo atravesó al imaginar que este la había lastimado.

«Pero, ¿por qué jamás le dijo algo al respecto?»

—¿Y se supone que debo creerles? Después de que esa mujer ocultó por tanto tiempo su compromiso, ¿ustedes confían en ella?

—Por supuesto —respondieron al unísono.

—El verano pasado —agregó Lucy—, ella me contó que sus tíos la prometieron en

contra de su voluntad. No dijo mucho, pero yo entendí que no podía presionarla para averiguar más. Ahora sé la respuesta.

«Así que esa mujer le dijo la verdad a su hermana, pero no a él…»

—¿Qué tengo que ver yo en todo esto? Todos saben que es el hombre quien está obligado por la promesa, no la dama. Si ella quisiera romper el compromiso…

—¡No estás escuchando, William! —gritó Lucy.

—Calla, despertarás a todo el internado.

—¡Ese hombre está dispuesto a cruzar el océano para recuperarla! —continuó ella—. ¿Piensas que otra negativa lo hará desistir? Él perdió a su esposa y, por alguna razón, está obsesionado con Poppy desde entonces.

La bilis quemó su esófago.

—Al parecer —dijo Ernest—, tus padres comentaron el aviso con unos amigos de Londres, y estos se vieron tentados por el dinero. Sospechamos que ya han dado pista del paradero de la señorita Dashwood al doctor. No tenemos mucho tiempo para llevarla lejos de Thorne, antes de que él venga por ella.

Will respiró hondo, y posó su fría mirada en su cuñado. Confió en que él podría leer en esta el significado oculto, el secreto que él conocía.

—Ernest, ¿en serio supones que yo la ayudaría después de lo que me ocultó?

—Sí, lo creo —contestó sin un rastro de duda en su voz.

Will negó.

—La detesto, con cada fracción de mi alma.

—William —dijo Lucy—, tú la amas.

Su tono delataba en parte la sorpresa de su veredicto, y la plena confianza de que lo que decía era verdad.

Will quiso negarlo una vez más. Quiso, pero no pudo hacerlo.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Dejarlo todo aquí en el internado para batirme a duelo con ese tal doctor?

—No te estoy pidiendo que mates al hombre, ni siquiera que desposes a Poppy. Solo debes llevártela a un lugar donde este a salvo, y cuando sea seguro, veremos cómo resolver esto.

—Esto es ridículo…

—Y, sin embargo, lo harás —sentenció Lucy, con férrea disposición.

* * *

Poppy

Debido a las densas nubes que cubrían el cielo de manera uniforme, era difícil saber si ya había amanecido. La negrura, combinada de la nubosidad y el firmamento, lograban que este brillara de un azul oscuro, como el atlántico por la noche, profundo y aterrador. Poppy apenas fue capaz de dormir. Dudaba que hubiera descansado en absoluto.

La joven estaba de regreso en uno de los cuartos de invitados de la mansión Harland. Sus maletas reposaban junto a la puerta, tentándola a partir.

Poppy pasó la noche contemplando la idea de huir, por su propia cuenta. Le avergonzaba tener que depender de su amiga una vez más. Ella solo era una molestia para quienes se preocupaban por ella; depositando sus problemas sobre Lucy, cuando tenía una familia y niños por los que preocuparse.

«Quizás debería rendirme, aceptar como esposo al doctor Carmine de una vez por todas,

y reparar la vida que abandoné en Terranova» pensó Poppy. De aquella forma, tendría la vida solucionada. Estaría a obligada a soportar a ese perturbado hombre por el resto de su existencia, pero al menos podría proteger a los niños de él. Podría regresar a la isla, restaurar su relación con sus tíos, y volver a ser una mujer a la que ellos respetaran. Estaría cerca de Minnie y Maxwell, los vería crear una familia. Tal vez, ese sería consuelo suficiente. A cambio, debía sepultar en el fondo de su pecho el recuerdo de aquellos ocho meses, el poco tiempo que tuvo junto a Will, Lucy, la señora Floyd y el resto de sus amigos. Sonaba sencillo, pero sabía que no lo era.

Poppy consideró la opción de huir hasta que fue llamada a desayunar. Era la primera comida que tocaba su boca desde el desayuno del día anterior. Si no fuera por aquel fatídico anuncio, ella continuaría en el internado, preparándose para su última semana de clases del semestre. Ni siquiera tuvo oportunidad de despedirse de las muchachas, de desearles unas felices vacaciones.

Y Will…

No, no podía permitirse pensar en él. Ya lo haría cuando estuviera lejos, creyéndose a salvo, o cuando la tristeza fuera tanta, que su recuerdo se deslizaría de manera inevitable entre sus pensamientos, como un abrazo reconfortante. O tal vez, como el asfixiante peso de su más grande error, al albergar la esperanza vacía de recuperarlo.

Poppy compuso su expresión al escuchar los pasos de Lucy y su marido acercarse por el corredor. Se dijo a sí misma que se sentía mejor, preparada para lo que tuviera que ser. Al levantar la vista, no fue a Ernest a quien vio acompañar a su buena amiga, sino al mismísimo William Rochester.

La taza de porcelana en su mano tembló al contemplar su mirada gris.

—Partiremos —anunció él—, en cuanto termine de comer.

25

Poppy

Les tomó media hora de silencioso recorrido llegar a la estación de trenes de Doncaster.

Lucy se despidió de Poppy en Thorne, con un apretado abrazo y la promesa de que estaría bien. Entre su apresurada partida, la pelirroja apenas tuvo el tiempo suficiente para preguntar donde la enviarían en compañía de William.

—Te llevará a un lugar seguro, en el norte —le aseguró Lucy—. En cuanto pueda, iré contigo. No te preocupes, Poppy, estarás bien. Si hay alguna noticia del doctor, o de Minnie, te escribiré de inmediato.

La muchacha asintió, retratando en su mente el bonito rostro de su amiga, en caso de que fuera la última vez en un largo tiempo en que la viera. Correspondió a su abrazo por unos segundos, antes de subir al carruaje seguida por William Rochester.

Los minutos junto a él, en ese estrecho carruaje, fueron una tortura. No sabía qué tanto le había dicho Lucy, o como logró convencerlo de ayudarla en la ejecución de su plan, pero necesitaba que él conociera su historia por su propia boca. Sin embargo, por mucho que la joven intentó capturar su mirada, él actuó como si se encontrase solo, ignorándola por completo desde su anuncio en el comedor de los Harland. En la estación de Doncaster, él cargó su maleta hasta la ventanilla, y compró dos boletos rumbo a Berwick.

«Extraño destino» pensó la joven, quien en raras ocasiones escuchó hablar de aquella localidad en el límite de Inglaterra. No obstante, no fue el destino lo que le carcomía la mente, sino la compañía. Hasta ese momento, le costaba creer que Will la acompañaría a su siguiente destino. Ella llegó a pensar que su trato era acompañarla hasta que tuviera un pie dentro del tren, para marcharse de regreso al internado.

—Pagaré por los boletos. Tengo las veinte libras que me diste —la pelirroja hurgó entre su bolsa de mano, en busca de la nota bancaria.

—Guárdeselas.

El estómago de la muchacha se encogió tras oír el trato formal y distante de Will.

«¿Acaso pretendía fingir que nada ocurrió entre ellos? ¿Había olvidado que dos noches atrás él…?» El usual rubor que la agobiaba al recordar esos sucesos no logró teñir sus mejillas.

—¿Existe una razón específica para dirigirnos a Berwick?

Will gruñó, mientras depositaba el equipaje junto a una de las bancas, frente a la taquilla.

—Es una parada antes de llegar a Edimburgo.

—¿Por qué vamos a Escocia?

Él no le respondió. Tomó un libro desde dentro de su chaqueta y comenzó a leer. Poppy se sentó en la misma banca, pero mantuvo la distancia. El siguiente tren no saldría hasta dentro de tres horas, por lo que tendría que soportar el silencio. En ese tiempo, no caviló hasta imaginar la razón de dicho destino, la respuesta era evidente: el doctor Carmine no tenía razones para buscarla allí. O esperaba que así fuera. *«¿Cuánto tiempo tardaría en ir por ella a Thorne?»* Poppy imaginaba los rumores que esparciría allí. Esperaba que Lucy le contara la verdad a las personas que le importaban, como a la señora Floyd. Lamentaba no haberse despedido de ella. Ese domingo en la iglesia no tuvo oportunidad de charlar con la mujer tras el servicio, por

quedarse rezando. Ni siquiera se despidió de la tumba de sus padres…

Poppy se puso de pie y caminó hasta el exterior, donde el viento tormentoso estremecía los árboles frente a la vía.

Si lloraba, no quería que Will la viera.

* * *

El siguiente tren al norte arribó al mediodía. Poppy encontró dos asientos frente a un matrimonio de ancianos, mientras Will guardaba sus equipajes en el compartimiento sobre ellos. La joven se acomodó junto a la ventana, saludando con educación a sus compañeros de cabina, e intentó no sobresaltarse cuando el brazo de Will rozó el suyo, al tomar el asiento junto a ella. Él retomó su lectura, y Poppy, quien disfrutaba de la conversación ligera y hacer nuevos amigos, se vio demasiado agotaba para charlar. Pronto, se durmió con la frente presionada contra el cristal.

Tiempo después, la joven fue despertada por el tacto de Will sobre su hombro. No durmió lo suficiente para sentirse desorientada, u olvidar la razón de su huida.

—El vagón comedor está sirviendo el almuerzo, en caso de que tenga hambre —murmuró él. El ruido producido por la máquina ahogó su voz.

La joven negó, acomodando su sombrero.

—Vaya usted, si tiene hambre.

Poppy ignoró como la mirada gris de Will estudiaba su rostro, y se acomodó, dispuesta a seguir durmiendo.

—Míralos, tan jóvenes y peleados —murmuró la anciana a su esposo—. ¿Cuántos años llevarán casados?

—Querida, baja la voz. Te oirán.

—Pues que lo hagan, quizás así aprendan un par de cosas. Nosotros a su edad jamás discutíamos. Me parece ridículo que un matrimonio tan joven como ellos no pueda solucionar las cosas antes de salir de casa.

—Rebecca… —la reprendió el señor, en voz baja.

Poppy cerró los ojos, fingiendo dormir.

—Las pelirrojas son conocidas por su temperamento, pero mírala, pobre criatura. Se nota lo triste que está.

La muchacha escuchó uno de los familiares gruñidos de Will.

—Y míralo a él, ¿qué maravillas relatará ese atado de papeles para que le preste más atención que a su esposa?

—Vamos, querida, vamos —insistió el anciano—. Es mejor que vayamos por algo de comer.

—Tú solo quieres que coma para callarme unos minutos.

—Tan hermosa e inteligente como el día en que te conocí. Vamos, acompáñame, Rebecca querida.

La cabina hubiera quedado en silencio si no fuera por el constante ritmo del tren, y la pesada respiración de Will.

—No le hace un favor a nadie negándose a comer.

La voz de Will no llegó a sobresaltarla.

—No tengo hambre, y si usted la tiene, vaya. Estaré aquí cuando regrese. No tengo otro lugar al que ir. —Poppy no tenía ánimos de discutir, solo quería dormir un poco más y dejar de pensar en su incierto futuro.

—Mi tío vive en Edimburgo. Esa es la razón para ir al norte —respondió Will, a la pregunta que le hizo horas atrás—. Lucy cree que él le permitirá quedarse un tiempo, hasta que se le ocurra qué hacer respecto a su *prometido*.

La pelirroja no fue ajena a la amargura con la que pronunció la última palabra.

—¿Qué tanto pudo contarle Lucy? —preguntó, dudando en dejar de lado el trato cordial.

Will rehuyó a su mirada.

—No quiero hablar del asunto.

—¿Por qué no?

—No me interesa hacerlo, no me concierne.

—¿No le concierne? —repitió ella—. Veo que jamás le importé lo suficiente como para al menos tentar su curiosidad por mí, o mi pasado. —Poppy luchó por no sonar herida, pero falló miserablemente ante su silencio. Will mantuvo la vista fija en el asiento vacío frente a ellos. La muchacha respiró profundo, recopilando la rabia que bullía en su estómago—. Es evidente que a usted solo le interesaban los besos, marcar mi cuello como a un animal y meterse a mi cama a la medianoche.

Poppy notó como su máscara de seriedad se fracturaba por un segundo.

—Por un momento —continuó ella—, de verdad pensé que podía haber algo más que solo atracción, pero le concedo que usted siempre fue honesto, mantuvo su palabra. Después de lo ocurrido en el bosque, me lo dijo. Confesó que jamás sería capaz de perdonarme, y supe que lo decía en serio.

—Yo jamás dije eso.

—Claro que no lo recuerda, ¿cómo lo haría? Si apenas podía mantenerse en pie de lo borracho que estaba.

El hombre a su lado apretó la mandíbula.

Si tuviera que adivinar, Poppy diría que estaba avergonzado.

—Mañana llegaremos a Edimburgo —anunció Will, con la vista fija en sus manos enguantadas—. Dejaremos de lado para siempre lo que ocurrió.

La muchacha soltó una risa nasal, que finalmente hizo que Will se girara en su dirección.

—Hace menos de tres días me dijo que no me preocupara por nada, que fuera lo que fuera, usted lo resolvería —la muchacha volvió a reír—. Veo que la extensión de su deber tiene un límite bastante estrecho.

* * *

William

El camino se tiñó de blanco en cuanto se detuvieron en la parada de Newcastle. La nieve caía silenciosa detrás el incesante rugido de la máquina y de la tormenta que se llevaba a cabo en la mente de William Rochester.

Poppy lo dejó pasmado con sus declaraciones, y la amargura de sus palabras.

No podía negar que le había prometido aquello, que no se preocupara por nada, porque él lo resolvería, pero Will se refería a un posible embarazo después de su encuentro. Era difícil de creer que hace apenas dos noches estuvo dentro de ella, y ahora se sentía a mares de distancia.

Respecto a lo que le dijo la reprobable noche de su borrachera, era cierto que él no recordaba esa confesión. También era cierto que, en distintas ocasiones, él pensó aquello: que jamás sería capaz de perdonarla por su abandono. Sin embargo, nunca estuvo en sus planes decírselo. Will no desconocía el hecho de que era un ser rencoroso, y por eso él podía diferenciar

su desconfianza y la verdad. Y esta era que perdonó a Poppy hace mucho tiempo, incluso antes de su regreso.

Esa era la razón por la que nunca se atrevió a decirle aquello estando sobrio, y también la razón de haber establecido la mayor distancia con la mujer, en sus primeros meses en Thorne. Porque William sabía que, al menor descuido, él volvería a caer a sus pies, y ella volvería a abandonarlo.

Antes de lo esperado, el tiempo le dio la razón.

Will dejó su libro de lado, y centró su atención en el paisaje más allá de la pelirroja, quien dormía incómodamente con la sien presionada contra el cristal. Sentía una migraña nublar su vista, quizás por el esfuerzo de leer en movimiento, o debido al hambre, la deshidratación o la abstinencia de su sagrado té de mediodía.

Otra parte de la discusión vagó de regreso a su mente, del único rincón de esta donde existía algo parecido al optimismo.

Poppy conocía su resentimiento y, del mismo modo, accedió a estar con él. Tal vez pensó que sería capaz de hacerlo cambiar de opinión. Sin embargo, él jamás percibió tales intenciones. Si hubiese querido atarlo a ella, pudo haberle contado la verdad a Lucy, quien habría demandado que la unión se formalizara.

Con una punzada en el estómago, Will imaginó la expresión de Poppy si se hubiera enterado de que hasta la mañana anterior él estaba dispuesto a hacerla su esposa. Ya no era el caso. No era posible, y no lo hacía por resentimiento, sino como una forma de protegerse a sí mismo. Si la desposaba, si volvía a entregarle su corazón en bandeja de plata, ella encontraría la forma de lastimarlo.

La noche anterior, cuando su hermana le aclaró que no debía batirse a duelo con el doctor, ni casarse con Poppy, por un segundo, le entretuvo la idea de tomarla como esposa, arrebatársela a ese hombre por pura codicia. No obstante, aquella no era la razón correcta de unir su vida a la de otra persona.

Tal vez, Will debería encontrar una esposa que no despertara espinosas pasiones en él. Una mujer que no tentara sus límites. Una mujer tan desabrida como lo era él. Quizás, si algún día lograba olvidar a Poppy, lo haría.

* * *

Poppy

En algún momento del viaje, la pareja de ancianos frente a ellos bajó el tren. Poppy se incorporó en su asiento, aún agotada, y una densa nube dejó sus labios. Había dormido de manera tan profunda que ni siquiera notó que nevaba.

A su lado, William reposaba la cabeza contra el respaldo del asiento, con los ojos cerrados. Su expresión era seria, y su postura severa. Poppy no se atrevió a preguntarle cuanto faltaba para llegar a su destino. Will le dejó claro que no tenían nada de qué hablar.

Pronto, las luminarias de Berwick brillaron dándoles la bienvenida. No debía ser muy tarde, pero en el invierno los días eran cortos y las noches largas, sobre todo en el norte. En cuanto el tren se detuvo, Will se puso de pie y Poppy lo siguió en silencio. Este cargaba ambas valijas con una mano, y la sorpresa de la muchacha no fue menor cuando este extendió la mano libre para ayudarla a bajar del vagón.

Poppy agradeció su firme agarre.

Fuera de la estación, mientras Will averiguaba la dirección de un hostal cercano, Poppy

saboreó la sal en el viento. Su conocimiento sobre Berwick era limitado, sabía que era la localidad costera que marcaba el límite entre Inglaterra y Escocia y nada más. Por lo que mientras viajaban en coche rumbo al hospedaje, la muchacha se deleitó con el inesperado hallazgo de un río que cruzaba la ciudad.

El coche se detuvo en una bonita casa de paredes blancas y techo terracota, que comenzaba a teñirse con la nieve. En un cartel de madera colgado sobre la puerta se leía: *La posada del capitán Flynn*.

El administrador del hostal, quizás el mismísimo capitán Flynn, les dio la bienvenida. Will se ocupó del registro mientras Poppy solo observaba el pintoresco recibidor, repleto de parafernalias marítimas. A pesar de su distracción y agotamiento, escuchó como el hombre tras el mesón los llamaba esposos, tal como los ancianos en el tren, y como esa tarde, Will no se dio la molestia de corregirlo.

Poppy lo entendía, no porque albergara esperanza alguna de ser su esposa, sino por la lógica detrás de aquel título. No podían fingir ser familiares por las obvias diferencias físicas, y que una mujer viajara con un hombre que no fuera su familia, era impensado.

Con llave en mano, subieron hasta la segunda planta. La habitación era pequeña, donde todo el espacio era ocupado en su mayoría por una cama de dos cuerpos. No había chimenea.

—Es la única habitación disponible —murmuró Will, depositando las maletas sobre el baúl—. El señor no esperaba tener clientes, por lo que el resto de las habitaciones no han sido desempolvadas desde el verano.

Poppy levantó los hombros con indiferencia. No sería la primera vez en que compartiera alcoba con Will. De hecho, la amplitud de la cama era el doble de espaciosa en comparación con su angosto lecho en el internado. Esta le prometía espacio suficiente para dormir sin siquiera rozarlo.

—Si necesita refrescarse, hágalo rápido. La espero abajo para cenar —Will dejó el cuarto.

Poppy dio con el minúsculo espejo que guardaba en su maleta. Su sombrero estaba aplastado por la larga siesta, y su cabello escapaba en todas direcciones. Restauró el peinado con descuido, ya que en cosa de minutos tendría que desarmarlo para dormir.

Will la esperaba en el comedor. Este estaba compuesto por mesitas con dos sillas cada una, casi todas vacías, a excepción de la que ocupaba su acompañante, y otra ocupada por un anciano, en el rincón opuesto. Desde donde quiera que se encontrara la cocina, emergía un delicioso aroma a carne. El estómago de Poppy se retorció por primera vez aquel día.

Pronto llegó a su mesa una joven de la edad de Poppy, cargando dos grandes platos de pastel de carne y vegetales hervidos.

—Que lo disfruten —les deseó, antes de llevar la comida al otro comensal.

Poppy comió con rapidez, preparada para una velada silenciosa. Sin embargo, en cuanto se detuvo a dar un trago de su copa de vino, vio que Will la observaba.

—Dijo que no tenía hambre —comentó él.

—Sí, hace cinco horas.

Will murmuró algo que ella no alcanzó a oír, y continuó comiendo. Poppy tomó otro bocado, pero ya era tarde para detener las dudas que se formaban en su cabeza.

—¿Por qué aceptó ayudarme? —preguntó Poppy, incapaz de frenar su curiosidad—. Lo conozco, sé que es testarudo, y que no abandonaría su deber en el internado a menos de que le den una buena razón para hacerlo.

Pudo ver la vacilación en los ojos de Will antes de contestar.

—Soy el único en mi familia que tiene contacto con mi tío, o eso cree Lucy.

—¿Y lo tiene? Contacto con él, me refiero.

—No, hace años que no nos escribimos, y muchos más desde que estuvimos frente a frente.

Poppy recodaba haber averiguado parte del distanciamiento entre ambos, pero tal como Lucy, no imaginó que este llegara a ser definitivo.

—Entonces, ¿por qué nos dirigimos a Edimburgo?

Él no levantó la vista de su plato.

—Mi tío puede estar molesto conmigo, pero no dudará en ayudarla.

«Quizás era verdad que él y su tío eran parecidos».

Poppy estuvo un tanto emocionada por conocerlo.

—Eso no responde mi pregunta —insistió la muchacha—. ¿Por qué accedió a acompañarme?

Will la miró con frialdad.

—¿Piensa usted que está en condiciones de pedirme explicaciones?

Su tono fue cortante, y surtió el efecto deseado. El estómago de la muchacha se recogió dolorosamente.

—Will —su voz tembló al pronunciar su nombre—, yo nunca estuve de acuerdo con el compromiso, y que ese hombre continúe insistiendo, a pesar de mis negativas y mi huida, dice mucho de su estado. Hace un año, él enviudó…

—Ya conozco la historia —la interrumpió, volviendo la atención a su platillo.

—¿En serio actuarás así? —la muchacha elevó la voz, rompiendo las formalidades—. ¿No me darás la posibilidad de explicarte lo ocurrido?

—Poppy, basta. No *puedo* hablar de esto ahora.

Ella estudió su rostro, su expresión rígida. ¿Era posible que a él le doliera tanto como a ella? ¿Por qué no podía decírselo y aclarar las cosas antes de que sus caminos se separaran de manera definitiva?

—¿Cuándo, sino ahora? —preguntó Poppy—. ¿Acaso no regresarás a Thorne en cuanto bajemos del tren en Escocia?

Will guardó silencio.

Poppy asintió. El hambre que sintió hace minutos desapareció de forma súbita. Will pareció sentir lo mismo. Miró ambos platos, dando terminada la comida y se puso de pie.

26

William

El crujido de la madera a sus pies delató la presencia de Will fuera del cuarto que compartía con Poppy.

Después de la cena, y con la intención de darle privacidad, él se resguardó en el cuarto de baño al final del pasillo. Se aseó en la penumbra, apenas iluminado por la débil lámpara sobre el fregadero, empapando su camisa mientras lo hacía. Se demoró allí tanto como pudo, sin embargo, al regresar a la habitación, la muchacha continuaba a medio vestir.

Will intentó no mirar más de la cuenta.

Mientras se quitaba las botas vio como la pelirroja batallaba con el cordón que le ataba el polizón a la cintura. En otras circunstancias, él le habría ofrecido su ayuda, pero ahora lo correcto era ocuparse de sus propios asuntos. Tras doblar su ropa y depositarla en la superficie de su mesita de noche, Will se fue a la cama.

Cerró los párpados con firmeza, intentando desviar sus pensamientos de la mujer con quien compartiría el lecho. Will se centró en los deberes que debería retomar a su regreso a Thorne. Sus alumnos del pueblo lo detestaban, por lo que quizás estuvieran felices por su ausencia. Y las muchachas del internado estarían más preocupadas por la abrupta desaparición de su maestra, que la de él.

Si todo salía bien en Edimburgo, estaría de regreso el miércoles por la tarde, para retomar sus últimos dos días de clases del semestre. El único problema con el que tendría que lidiar sería encontrar una nueva maestra, y justificar la ausencia de la actual con las alumnas y sus padres. Quizás debería preguntarle a ella, a quien se le daba mejor mentir que a él.

Como si pudiera leer sus pensamientos, Poppy pronunció su nombre.

—Will —llamó casi sin aliento—, ¿podrías ayudarme?

El hombre se incorporó con pereza. Sus sienes latían, apretando dolorosamente su cerebro a cada movimiento. No pudo evitar gruñir.

Poppy cruzó la habitación hasta él, con las mejillas teñidas de rojo y el ceño fruncido. Continuaba molesta. Imaginaba el esfuerzo que debió ser para ella el pedir su ayuda.

Al llegar frente a él, vio que, tal como pensaba, ella aún batallaba con el nudo.

Sin decir una palabra, Will mantuvo la atención en el lazo, en lugar de la estrecha distancia que los separaba. Su aroma ya inundaba sus fosas nasales.

Mientras deshacía el apretado nudo en su cintura, no pudo evitar notar las marcas en sus muñecas. Las pulseras de moretones que habían dejado los bandidos que la atacaron días atrás. Quiso preguntarle si le dolían, pero no lo hizo. Estaba demasiado turbado por el suave movimiento de su pecho para pronunciar palabra alguna.

Tras varios intentos, el nudo cedió.

Poppy le agradeció, y regresó a su rincón del cuarto, acompañada por el silbido de sus enaguas. Una vez más, Will se concentró en dormir, contando cada doloroso latido en su cabeza, provocado por la migraña. En ocasiones el malestar era tan intenso que incluso la presión de sus párpados era demasiada, por lo que se veía obligado a abrirlos. Por fortuna, la luz de la lámpara de la muchacha estaba a sus espaldas, y no era particularmente intensa. Sin embargo, la

proyección de su silueta contra la pared le concedía una distracción a su descanso.

La sombra plasmada en la pared la mostraba a ella, mientras cepillaba su largo cabello, sentada a los pies de la cama. La luz cálida de la lámpara se filtraba a través de las fibras de su camisola. La prenda flotaba traslúcida alrededor de su figura, como un fantasma, mientras cada curva del contorno de su cuerpo era visible.

Will apretó los párpados, lastimándose.

Lo que menos necesitaba en ese momento era tener ese tipo de pensamientos. Estaba convencido de que todo aquello era una prueba y a la vez un castigo. Se había apresurado a acostarse con ella sin haberla desposado, y ahora pagaba las consecuencias.

Contuvo la respiración cuando Poppy entró a la cama y apagó la luz.

Intentó ser ajeno al calor que expedía su cuerpo, a su aroma que emanaba a centímetros de él. Una vez más, Will enumeró sus actividades de los próximos días, evitando pensar en ella. Canalizó el cansancio que sentía, que necesitaba para reposar y afrontar la probable discusión que tendría con su tío al día siguiente. Sin embargo, este no llegó. Al parecer, se había hecho dependiente a dormir bajo el suave latido de su corazón, envuelto en sus brazos.

Tendría que acostumbrarse a vivir sin ella, ya que esa era su última noche juntos.

En la anterior, Will tampoco logró dormir. El amanecer lo encontró en su despacho, con un libro sin leer bajo su mano. Él continuaba sin dar crédito a los acontecimientos del día. Y esa noche, a millas de distancia de Thorne y del internado, continuaba sin poner todas las piezas en orden.

Will contó los segundos, pero no logró dormirse. El dolor en su cabeza, el frío, incluso el mullido colchón relleno con lana le parecía un ataúd de clavos. Puso atención a la suave respiración de Poppy a su lado, y tras asegurarse de que estaba dormida, se giró. En cuanto vio su perfil iluminado por la luz que se colaba por el borde de la ventana, supo que fue un error hacerlo.

Se volteó de regreso a su posición original. Se acomodó en su lugar, luego de espaldas. Volvió a girar para descansar sobre su estómago, pero su cabeza punzó. Se revolvió una y otra vez, intentando encontrar la posición correcta, no obstante, cada una se tornaba más y más incomoda.

La voz de Poppy lo tomó por sorpresa.

—¿Podrías dejar de hacer eso? —susurró en la oscuridad —. Me destapas y haces que entre el viento frío.

Will se detuvo, con la vista fija en el techo.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó la muchacha.

—No —contestó él, en un gruñido.

—Sueles gruñir bastante cuando es así.

Apretó la mandíbula un tanto avergonzado. Detestaba ser tan transparente. Detestaba que lo hubiera llegado a conocer en esa medida, que era capaz de predecir y adivinar su humor.

—Tengo un poco de colonia en mi maleta —dijo la joven—, para que masajees tus sienes. Eso suele ayudar a aliviar el dolor.

—Estoy bien así.

Poppy suspiró, e hizo el intento de ponerse de pie. Will estiró el brazo, deteniéndola en su lugar.

—No es necesario.

—Te sientes incómodo, Will.

A pesar de la oscuridad, podía sentir sus ojos castaños sobre él.

—Ya pasará.

Fue el turno de Poppy de resoplar.

—¿Podrías dejar de evadir todo lo que pasa por un momento? —ya no susurraba—. Al menos déjame ayudarte con tu bendito dolor de cabeza.

Will guardó silencio, y la muchacha hizo el intento de volver a levantarse, pero él mantenía su brazo extendido sobre su estómago. Respiró hondo antes de hablar.

—No es que quiera evadir lo inevitable, es solo que me cuesta procesar lo ocurrido. Ayer por la mañana todo estaba bien, y de un momento a otro, ya nada fue igual. Me tomará un poco más de tiempo entenderlo todo.

—Si me dejaras contarte...

—Lucy me dijo parte de tu historia, y entiendo que no tienes la culpa de lo que ocurre. Lo que no comprendo es por qué no me dijiste nada. ¿Soy tan detestable que no pudiste confiar en mí?

—Creí que no querías saber nada de mi vida en Canadá —confesó ella—. Cuando te dije que no podía regresar, ¿en qué pensaste?

—Supuse que tenías problemas de dinero, alguna deuda que te impedía volver con tus tíos.

Poppy rozó su mano, la que aun descansaba sobre ella. Will quiso removerla, pero no tuvo la fuerza. Sus dedos estaban fríos.

—Quise decírtelo en ese momento, pero me odiabas. No quise darte un arma para que continuaras haciendo de mi vida un infierno.

Will se tensó, atravesado por una punzada de remordimiento.

—¿Lo fue?

—Supongo que por un tiempo. Un infierno bastante llevadero.

Will notó el humor en sus palabras, pero en lugar de agradecerlo, solo lo hizo sentir peor. Quería que Poppy se pusiera en sus zapatos, que intentara imaginar el dolor que él sintió al descubrir su compromiso con otro hombre. ¿Cómo hubiera reaccionado ella en el caso de que fuera Will quien estuviera comprometido a otra mujer? De seguro tan traicionada como se sentía él.

Pero la realidad no era esa. Quizás, era él quien debía ponerse en su lugar. Will no se había detenido a pensar en una vida sin una familia en la cual apoyarse. Verse obligado a soportar los malos tratos de un hombre que se negaba a aceptar sus negativas. Tener que soportarlo a él, egoísta, amargado y resentido.

«Tal vez, era para mejor que lo de ellos no resultara» pensó Will.

Por un momento, su respiración quedó atorada en su pecho.

Por una vez en su vida, tenía razón.

27

Poppy

Poppy no recordaba el momento exacto en que se quedó dormida. Mientras alejaba la bruma de ensueño en su consciencia, los últimos sucesos oscurecieron su cálido despertar. Una vez más, huía. Escapaba del lugar en que más feliz fue, donde había nacido, la tierra donde yacían sus padres. Thorne era el sitio en el que tenía amigos que la amaban incondicionalmente.

Sin embargo, no huía a solas.

El aroma de Will la envolvía. Poppy abrió los ojos, descubriendo que apoyaba su mejilla contra su hombro, mientras este la abrazaba, atrayéndola hacia él.

Regresó a ella parte de la conversación que sostuvieron la noche anterior. No había sido la conversación aclaratoria que esperó, pero en lo poco que hablaron, Will le dio a entender que la entendía, y que solo necesitaba un poco de tiempo para procesar lo ocurrido.

Pese a que el tiempo que les quedaba juntos era limitado, era lo mínimo que podía darle. Will abandonó todo por ayudarla, incluso cuando parte de él se sentía traicionado por su silencio. Poppy entendía su molestia y confusión. Incluso ella se hallaba desconcertada cuando pensaba en lo ocurrido. Ya tendría tiempo de procesarlo cuando se encontrara a salvo.

Poppy cerró los ojos y memorizó esos minutos de su última mañana junto a William Rochester. Sabía que en cosa de horas llegarían a Edimburgo, y que esa misma tarde, o la mañana siguiente, él regresaría al sur. Capturó en su memoria el suave ritmo de su respiración, su temperatura, y su aroma mentolado.

Escuchó el ruido de la cocina bajo la habitación, lo que le indicaba que el servicio del hostal ya estaba en pie. Aún no amanecía, pero Poppy tendría que despertar a Will para llegar a tiempo al tren. Se regaló un minuto más, en el que memorizó su perfil iluminado por la luz de las luminarias que se filtraba por las cortinas.

—Poppy, es hora de partir. Despierta ya —la voz de Will era dura.

La joven abrió los ojos. Una vez más, no recordaba haberse dormido.

Las cortinas ya estaban abiertas, y Will terminaba de vestirse a los pies de la cama. El cielo estaba gris, pero la luz que bañaba el cuarto era intensa.

Poppy salió de la cama, sintiéndose más cansada que antes. Mientras se envolvía entre sus brazos, para capear el frío de aquella mañana, vislumbró los techos de Berwick teñidos de blanco, y contrastando el río Tweed, que fluía como tinta negra rumbo al mar.

La muchacha hubiera deseado hacer un rápido boceto de aquel paisaje. No le bastaría más que una hoja y una pieza de carboncillo. Sin embargo, no tenía tiempo.

Sin prestarle atención a Will, quien abrochaba sus cordones, se desprendió de la camisola gruesa que ocupaba para dormir, y se calzó otra liviana que usaba bajo su ropa del día a día. Se puso al menos cuatro enaguas, para capear el frío y también para hacer menos bultos en su maleta. Los broches de su corsé fueron sencillos de abrochar, ya que apenas había comido el día anterior.

Mientras cruzaba al otro costado del baúl por sus botines, vio el rostro enrojecido de Will. Este giró de inmediato, pero ya era tarde para ocultar su expresión. A Poppy le asombraba que, habiendo hecho cosas peores que verla desnuda, este se ruborizara.

Claro, ella jamás tuvo el privilegio de verlo en un contexto similar. En el bosque, este estuvo por completo cubierto, y la noche del viernes, Will no tuvo oportunidad de desvestirse por completo en la premura de hundirse en ella.

Poppy alejó el pensamiento y continuó vistiéndose.

Bajaron juntos a desayunar. La muchacha esperó a que él dijera algo, sobre el viaje, sobre la conversación de la noche anterior. Algo en absoluto. No obstante, Will mantuvo la vista fija en su taza de té.

—¿Cuánto tarda el tren hasta Edimburgo? —preguntó ella, tras acabar su pan con mermelada de moras.

Will lo pensó un momento.

—Dos horas, quizás más debido a la nieve.

Poppy esperó a que Will dijera algo más. Esperó, esperó y esperó. Subieron al tren, hombro con hombro, y Will continuó sin decir nada. Tomó su libro desde el bolsillo interior de su chaqueta, y se sumergió en las palabras.

Fue ahí cuando Poppy entendió que sería otro viaje silencioso.

Parte de ella quería tomarlo de las solapas de su abrigo y maldecirlo por la facilidad que tenía para alejarse de ella, para cerrarse en sí mismo. Gritarle que la quisiera tanto como ella lo quería. Por la otra, quería ser paciente y darle el tiempo que necesitara para que comprendiera que su silencio no había sido más que cobardía.

Sin embargo, Poppy estaba harta de insistir, de conformarse con el indeciso cariño que Will le entregaba. Y estaba harta de depender de los demás para subsistir. Llegaría a Edimburgo y, contara o no con la ayuda del tío de este, ella buscaría su propio sustento. Retomaría los planes que hizo al llegar a Thorne, encontraría un nuevo trabajo, si no era como institutriz, de lo que fuera. Transformaría aquel acto desesperado, en una vida decente.

* * *

Las dos horas que les tomó llegar a Edimburgo pasaron con rapidez. Poppy mantuvo su atención en el paisaje de Escocia, a ratos nevado y a otro brumoso, evitando que sus pensamientos vagaran rumbo al silencioso hombre a su lado. Sin embargo, le era inevitable. La muchacha consideraba lo nervioso y pálido que William lucía, cuando se sorprendió al divisar las primeras edificaciones de la ciudad entre la espesa niebla.

Poppy afiló la mirada, intentando distinguir las famosas estructuras góticas, pero le fue casi imposible, ya que pronto, el tren entró en la estación de Waverly.

De la mano de Will, se abrieron paso entre la centena de personas que llenaba los andenes. Algunos hombres caminaban raudos a su destino, mientras otros provocaban aglomeraciones al ofrecer servicios. Apenas notó como Will hablaba con uno de ellos, le entregaba sus maletas y se dirigían fuera de la estación.

El aire frío le cortó las mejillas, y su aliento creó una nube cálida que contrastaba con la temperatura del exterior. Poppy levantó la vista hacia el cielo, donde las paredes de piedra gris de los edificios desaparecían en la niebla que los rodeaba. No nevaba en ese preciso instante, pero los restos blancos de la última caída estaban apilados en los bordes de las aceras y junto a las paredes, barridos por el tránsito de personas.

El cochero se detuvo frente a su transporte, guiado por un par de robustos caballos negros de patas blancas, y mientras él aseguraba las maletas, Will soltó su mano y la ayudó a subir, tomándola por la cintura.

Poppy le agradeció en voz baja.

—La primera parada será en el sesenta y seis de la calle Ferry —anunció Will, al conductor—. En caso de que haya una segunda, será la mansión Muirhouse, por favor.

—Entendido, señor.

El carruaje se incorporó al frenético tránsito de la ciudad.

—Han pasado meses de que estuve en una ciudad con tantas personas —dijo Poppy con voz agitada, por el frío que le quemaba en la nariz y el trote que hizo hasta el carruaje—. ¿Acaso dijiste que habrá una segunda parada?

—Eso depende de si encontramos a mi tío en la primera.

Will fijó su mirada gris en el asiento vacío frente a ellos.

Poppy miró por la ventanilla.

Había decidido no presionarlo fuera de sus arranques de silencio. Ella le concedería el tiempo que él le pidió para pensar las cosas, pero si no era Will quien se acercaba cuando estuviera listo para hablar, Poppy no creía ser la primera en hacerlo. Se había dado por vencida.

A través de la bruma distinguió la enorme cantidad de personas vertidas en las calles de aquella zona comercial. El coche giró y en un cruce casi pudo ver la torre de una iglesia. Continuaron por otros quince minutos cruzando una zona residencial, algunos negocios, para finalmente dejar las espesas y grisáceas construcciones atrás, y llegar a una un área de hermosas casas con jardines nevados.

El coche se detuvo fuera de una de aquellas.

—El sesenta y seis de la calle Ferry, señor.

—Concédame un momento.

Will bajó cerrando la puerta a sus espaldas. Cruzó la verja y entre la niebla distinguió su alta silueta en la entrada. No vio quién o si es que le abrieron la puerta, pero pronto Will estuvo de regreso en el carruaje.

—Muirhouse —demandó, y el coche retomó la marcha.

Poppy no tuvo que preguntar.

Las grandes casas comenzaron a esparcirse sobre el campo nevado. El aroma salado del mar llegó hasta Poppy, pero creyó que era parte de su imaginación. El carruaje tomó una curva que lo llevó a un estrecho camino de tierra. Allí la niebla los rodeó como una pared sólida. Poppy no vio los árboles, o las altas verjas de la propiedad. Fue en cuanto el vehículo se detuvo que distinguió la fantasmal mansión de piedra gris frente a ella.

—La mansión Muirhouse, señor.

* * *

William

Los pasos de Will hacían eco en la silenciosa y fría estancia.

Agatha, una de las sirvientas de su tío, los recibió en Muirhouse. Will recordaba bien su vida allí, y el fantasma que los esperaba no se parecía en absoluto a lo que algún día fue. Muirhouse estaba gélida, y no solo debido a la tormenta de nieve que comenzaba a tomar lugar fuera de las antiguas paredes de piedra, sino por la falta de vida dentro de las mismas. Antes, al menos una decena de sirvientes recorrían los pasillos a esa hora de la mañana, limpiando la casa y preparándose para la comida. Sin embargo, el silencio era tal que los pasos de Will eran lo único que se escuchaba.

—No me cuesta trabajo imaginarte viviendo aquí —la voz de Poppy lo tomó por sorpresa

—. Tu personalidad, tosca y oscura, va a la perfección con el lugar.

Will detuvo su nervioso paseo para observarla. La muchacha estudiaba el rincón más cercano, cubierto de polvorientas telarañas. Poppy pareció contener una sonrisa provocada por la expresión de molestia de Will.

—Viví aquí por un corto periodo —contestó con fastidio—. Luego tomé una propiedad en el centro.

—¿La de la calle Ferry?

—No, otra.

Poppy levantó las cejas, asombrada.

Comparada con la mansión Harland e inclusive el internado Rochester, Muirhouse podía lucir poco imponente por su apariencia casi rudimentaria y simples jardines. Sin embargo, su tío la prefería en comparación con sus propiedades más vistosas, debido al embarcadero y la privacidad que la mansión le ofrecía, lejos del bullicio de la ciudad.

Will continuó marchando de un extremo a otro de la sala.

—¿Estás nervioso porque piensas que tu tío no querrá recibirnos?

—¿Estás intentando molestarme a propósito? —su pregunta sonó más brusca de lo que pretendía.

—Intento distraerte antes de que hagas un orificio en el suelo.

—Pues no da resultado —respondió él, sin detenerse.

—Jamás pones de tu parte, ¿crees que para mí es placentero siempre dar el primer paso?

Will volteó a verla. La oscuridad de la estancia parecía absorberla, dándole una apariencia pequeña y gris. Sin embargo, no lucía tan molesta como la noche anterior en la cena. La breve conversación que tuvieron en la cama no debió ser la que ella esperaba, pero al menos logró aclarar el eje central del malentendido.

Él no la culpaba por lo ocurrido con el doctor. Si bien sabía que Poppy era una mentirosa experta, le creía cuando ella decía que no deseaba el compromiso. Will solo necesitaba tiempo para distinguir el remolino de emociones en su pecho, separar la vergüenza, del dolor y el resentimiento.

—Lo lamento.

—Me alegra que lo lamentes —Poppy le regaló una sonrisa, que arrugó su pequeña y pecosa nariz.

—Hoy pareces de buen humor.

—Estoy de un humor particularmente terrible, pero en situaciones como esta me obligo a poner buena cara. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo harás, aunque te diga que no —Will se apoyó contra el alfeizar de la ventana.

—Tienes razón. ¿Por qué tú y tu tío se distanciaron?

Will esperaba aquella pregunta.

—Él consideró tener el poder de controlar mi vida personal como lo hacía en lo laboral. Se equivocaba.

—¿Eso quiere decir…?

—Que se tomó atribuciones que no correspondían.

—¿Podrías ser más específico?

Will respiró hondo antes de contestar.

—Tras graduarme de la universidad, hice todo lo posible para preservar la fortuna de mi tío, dirigiendo sus negocios, pero no fue suficiente. Él comenzó a adueñarse de mi vida privada, a tomar decisiones que no le correspondían.

—¿Me dirás que tipo de decisiones?

Los pasos de Agatha se acercaban por el corredor.

—No lo creo.

La menuda mujer cruzó el arco que daba a la estancia.

—El señor Cunningham los espera en su despacho.

* * *

Agatha los guio por la mansión, desde la antigua estructura original, hasta el ala remodelada hace pocas décadas. Allí, las ventanas eran amplias y generosas, el aire más liviano y los muebles más modernos. La sirvienta no llamó antes de abrir la puerta del despacho de su tío.

El señor James Cunningham los esperaba tras su escritorio, con su cabello cano y pesado bigote del mismo color. Sus ojos, del mismo azul agrisado de los de Will, casi ocultos detrás del brillo de sus gafas.

—William —saludó con voz rasposa.

—Tío —asintió Will como saludo, para luego voltear en dirección a Poppy, quien lo seguía—. Esta es la señorita Poppy Dashwood, maestra del internado de mi padre. Señorita Dashwood, este es mi tío, el señor James Cunningham.

—Es un gusto conocerlo.

El señor Cunningham le dio lo que él consideraba una sonrisa, para pronto dirigir su atención a su sobrino.

—Me sorprende tu visita, William. ¿Qué te trae al norte después de tanto tiempo? Un favor, he de suponer.

Will ignoró la vergüenza que amenazaba con teñir sus mejillas. A pesar de los malentendidos, él respetaba a su tío tanto como a su propio padre. Se sentía como un crio malagradecido por haberlo abandonado después de lo que había gastado en su educación y bienestar.

—Supones bien.

—Déjame adivinar… —El hombre estudió a la pelirroja—. Se fugaron y ahora necesitas que responda por ambos ante su padre. ¿Hay una fianza, una dote?

—¡Por supuesto que no! —respondieron Poppy y Will al unísono.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —agregó Will, tras aclarar su voz—. Es mi hermana quien me envía. La señorita Dashwood es su amiga más preciada. Debido a un malentendido necesita un lugar discreto donde hospedarse.

—¿Por qué aquí? Dígame, señorita Dashwood, ¿no tiene algún familiar que pueda ayudarla?

—Me temo que los Rochester son lo más parecido que tengo a una familia.

—La compadezco —El anciano miró a Will con breve diversión—. ¿Qué le parece si me cuenta sobre este *malentendido* con una taza de té en las manos?

Will bufó.

—Creí que no tenías toda la mañana.

—Siempre tengo tiempo para una buena taza de té.

* * *

Poppy

La sirvienta no demoró en arribar al despacho, cargando una pesada bandeja de plata con la tetera humeante y tazas de porcelana. Mientras Will la asistía con la pesada carga, Poppy tomó una honda respiración, preparándose para contar su historia una vez más. Sí debía ser perfectamente honesta, la joven no tenía los mejores ánimos de hacerlo. Si bien el señor Cunningham pretendía ayudarla, continuaba siendo un extraño para ella. Para Poppy no fue en absoluto sencillo relatar su pasado a su mejor amiga, ni a los Rochester, que eran casi como su familia, por lo que expresar sus intimidades frente a él, era mortificante.

Una vez fue servido el té, Poppy comenzó.

Ignoró la potente mirada de Will mientras hablaba.

La joven explicó su desdichada situación con suma brevedad. Le contó que sirvió unos años como institutriz a los Carmine, y que, tras la muerte de la esposa del doctor, este se empeñó en tomarla a ella como su nueva esposa, yendo a sus espaldas a pedir su mano con su tío. Tras lo último, ella huyó de regreso a Inglaterra, sin esperar que el doctor le siguiera el rastro.

—Señorita Dashwood, ¿usted considera al doctor Carmine como un hombre peligroso? —preguntó el señor, una vez la joven hubo concluido.

—En un inicio, no lo consideraba así. Él era un padre cariñoso, y un esposo diligente, pero el luto dejó a la vista a un hombre vil, capaz de utilizar sus conocimientos de las medicinas y las drogas para concretar sus oscuras intenciones.

Poppy estuvo orgullosa de la fortaleza que tuvo para pronunciar esas palabras sin que su tono se quebrara.

—¿Él la lastimó?

—No tuvo la oportunidad de hacerlo. En cuanto me convencí de lo retorcidas que eran sus intenciones, tomé unas cuantas pertenencias y hui con ayuda de mi prima. Sin embargo, no puedo recurrir a ella. Continúa viviendo en Canadá, por lo que toma meses la comunicación entre ambas. Para cuando se entere de que el doctor me busca, él podría ya haberme encontrado.

—Es una muchacha muy inteligente, señorita Dashwood. Reconozco que no tendrá problemas en crear un futuro aquí.

—¿Permitirás que se quede? —soltó Will.

—Por supuesto que sí. Temía que el *malentendido* al que se referían tuviera que ver con la ley, pero aquel hombre no tiene el respaldo de ninguna para su actuar. Aquí no la encontrará, señorita Dashwood, no hay mejor refugio que Muirhouse. No obstante, me temo que solo existe un inconveniente. Este viernes partiré a Italia a pasar el invierno. Ya despaché a la mayoría de los sirvientes. Podría acompañarme si lo desea.

Poppy se permitió soñar con el destino un breve momento, sabiendo que lo más inteligente era negarse, por más tentadora que fuera la propuesta. Will la observó con el ceño fruncido, por un par de segundos más de lo apropiado.

—Preferiría quedarme en Escocia, mantener una vida discreta hasta que el doctor desista su búsqueda, y acostumbrarme a la ciudad.

—Entonces se quedará aquí. Agatha es buena compañía, algo callada, le advierto. Si desea conocer la ciudad, Rory y los coches quedarán a su completa disposición.

—Se lo agradezco inmensamente, señor Cunningham… —comenzó Poppy, pero se vio interrumpida por el anciano, quien se ponía de pie tras su escritorio.

—No es una molestia en absoluto. Ahora, tendrán que disculparme, pero ya voy tarde para una reunión. —El hombre posó su mirada sobre su sobrino—. William, hablaremos a mi regreso.

28

William

Will no sentía hambre, sin embargo, se obligaba a comer para así no tener que hablar. No poseía el coraje de enfrentarse a Poppy, no cuando fue un completo idiota. Estuvo tan cegado por los celos, el rencor y la arrogancia que se negó a escucharla, creyendo saberlo todo. Rehusó oírla una y otra vez, suponiendo que lo que tuviera que decir solo lo lastimaría. No se detuvo a pensar en las atrocidades que la joven pasó junto a ese hombre. Si la hubiera escuchado, no habría sido tan duro con ella. Si hubiera sabido que aquel doctor intentó drogarla para aprovecharse de ella, lo habría esperado para hacerlo pagar en carne propia.

Will quería culpar a la sorpresa por ser tan duro con ella, pero toda culpa recaía en él, en su egoísmo. En ese momento, con el remordimiento y la vergüenza revolviendo su estómago, Will solo pensaba en el daño que le causó a Poppy con su fingida indiferencia.

Ahora entendía el dolor en su voz cuando ella le preguntó si no le causaba curiosidad su pasado, la mañana anterior. Ella había querido hablar de lo ocurrido, pero él hizo oídos sordos, como siempre. Desde el inicio de su oculta relación, se dijo a sí mismo que todo lo que necesitaba de ella eran sus besos y su aroma embriagador. Ahora estaba convencido de que aquello no era más que una vil mentira.

Will no podía imaginarse existiendo lejos de Poppy.

Quería acompañarla siempre, conversar de sus clases, de sus pinturas, de su pasado, de todo. Sin embargo, la mañana siguiente, Will regresaría a Thorne y Poppy se quedaría en Edimburgo. No volvería a recorrer ansioso los corredores del internado, esperando cruzarse con ella, ni su corazón se detendría cada vez que entrara en el salón de profesores esperando encontrarla ahí, concentrada en su trabajo y con sus gafas cayendo por su nariz. Ya no tendría una excusa para llamar a su puerta a la mitad de la noche, y poco a poco, su aroma se desvanecería de aquel estrecho cuarto.

William ya no podía retractarse, ni creía que sirviera de algo. Supuso haber perdido a Poppy cuando se enteró de su compromiso con el doctor, pero tenía la certeza que había sido él quien cavó su tumba, con su desprecio. Era casi imposible que Poppy lo perdonara después de como actuó, y si lo hacía, las cosas jamás volverían a ser como antes.

Poppy jamás olvidaría que cuando ella más lo necesitó, Will la descartó como un paño viejo.

El hombre dejó el plato de lado, incapaz de tomar una siguiente cucharada. Fijó la vista en la ventana en dirección al extremo opuesto al que se encontraba la muchacha. El paisaje fuera era de un blanco prístino y cegador, pero la nieve ya no caía, ni el viento azotaba los árboles con la misma intensidad.

¿De qué le servía lamentarse ahora, cuando la decisión ya estaba tomada? Reflexionó William. Su tío accedió a recibirla, y ella también lucía conforme con la decisión. Will tampoco podía ofrecerle una opción diferente, un plan distinto. Entendía que un futuro juntos no era factible, no mientras continuaran lastimándose. Sin embargo, podía ofrecerle una disculpa, y quizás una última tarde agradable, antes de regresar al internado.

* * *

Poppy

Tras el almuerzo, Poppy dejó atrás a Will para regresar al recibidor en busca de su equipaje. Deseaba acomodarse en el que sería su cuarto pronto, no porque quisiera descansar, sino para encontrar su lugar seguro en aquella mansión llena de desconocidos. Ya comenzaba a extrañar el bullicio interminable del internado, las risas de las niñas haciendo eco en los pasillos. Si bien se sentía fuera de lugar, se dijo a sí misma que pronto se acostumbraría a la oscuridad y silencio de Muirhouse, y entre antes comenzara, mejor.

Levantaba su maleta cuando la mano tibia de Will le arrebató el peso de esta.

No fue la sorpresa lo que le hizo dar un paso atrás. Tampoco lo evitaba. Estar cerca de él no era una molestia, sobre todo cuando se encontraba tan silencioso como en ese momento, tan callado como lo estuvo desde que se enteró de la noticia de su nefasto compromiso. Will no había querido escuchar su historia antes, pero acabó haciéndolo de todas formas. Ahora era ella quien no deseaba oír lo que él tuviera que decir al respecto.

—Están preparando nuestras habitaciones. Agatha nos hará saber cuándo estén listas —dijo Will, mientras depositaba las maletas de ambos junto a las escaleras—. Es mejor esperar junto al fuego, pediré té.

A regañadientes, Poppy lo siguió hasta la sala de estar. En lugar de tomar asiento cerca del fuego, fue hasta la ventana. Quería ver algo más que el blanco prístino del exterior, algo que le indicara donde se encontraba en el mundo. El viaje en carruaje hasta la mansión la había dejado desorientada, y el cielo encapotado no le ayudaba.

—Cruzando el bosque está el fiordo de Forth.

La voz de Will la sorprendió. Supuso que él ya estaría inmerso en su lectura. Por otro lado, le inquietaba la facilidad que Will tenía para leerle la mente, a veces.

—¿Eso está al este? —preguntó, sin voltear a verlo.

—Al norte.

Ella asintió.

—¿Te gustaría dar un paseo hasta el fiordo?

Poppy contempló la propuesta por unos segundos, pero esta no acabó por convencerla. Se veía a sí misma hundida hasta las rodillas en la nieve del jardín, congelándose hasta la médula. Pensó que moriría antes de que llegara la Navidad.

Su estómago se contrajo al recordar que pasaría Nochebuena sola en Muirhouse, sin ningún ser querido o conocido a kilómetros de distancia. Aquel solo fue el primer escenario que comenzó a derrumbar por completo su anterior iniciativa en adaptarse. Las nubes oscuras prometían sepultar la mansión en una colina de nieve hasta la primavera. Tres meses atrapada allí… Quizás haría bien en aceptar la invitación de Will, y respirar todo el aire fresco que pudiera.

No obstante, una larga caminata invernal continuaba sin tentarla.

Will se aclaró la garganta, llamando su atención.

—¿Poppy?

—¿Estaría bien si en lugar de ir al fiordo vamos a la ciudad? Me gustaría proveerme de algunos artículos para el invierno.

—Por supuesto —Will se puso de pie, guardando su libro en el bolsillo interior de su chaqueta.

Sorprendida por su servicialidad, Poppy lo siguió a la entrada. Era capaz de asumir que alentaba su inesperado cambio de actitud.

* * *

Deshicieron el camino al centro de Edimburgo en uno de los cómodos carruajes del señor Cunningham. Para el agrado de la muchacha, la nieve era escasa en la ciudad, debido al tráfico y a las edificaciones, lo cual permitían el paso a través de la concurrida calle High.

Pese al impasible clima, las veredas estaban repletas de peatones y vendedores quienes anunciaban sus productos. La atención de la muchacha iba desde los llamativos escaparates de las tiendas establecidas, a los gritos de los ambulantes, al relinchar de los caballos que guiaban los carruajes en ambas direcciones. El movimiento y bullicio eran enloquecedores. Una cosa más que Poppy agregaría a su lista de cosas a las que debía acostumbrarse.

—¿A dónde? —preguntó Will junto a su oído.

Poppy contuvo la sorpresa al encontrarlo tan cerca de su rostro. Esa tarde, sus ojos lucían más celestes que grises, y sus mejillas estaban enrojecidas por el frío. Edimburgo le favorecía.

—A una tienda general, o a una papelería.

Él asintió y le tendió el brazo. Poppy deseó no tener que contar con él, pero los empujones de los peatones amenazaban con hacerle perder el equilibrio. Sin mencionar la piedra húmeda del camino.

Pese a los años que llevaba fuera de Escocia, William parecía recordar a la perfección en que tienda encontrar lo que ella necesitaba, o quizás, debido a su metro noventa de altura, podía leer los carteles con más facilidad que Poppy. Él la guio con facilidad de tienda en tienda, y ciertos callejones que le pusieron los pelos de punta, solo para encontrar los jabones más aromáticos que hubiese olido en su vida.

Al salir de la oscuridad del callejón, Will se detuvo frente a ella.

Su expresión era amable, muy diferente a la del día anterior.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

Poppy asintió, ya que dudaba que él lograra oírla. Él repitió el gesto.

—¿Quieres regresar a Muirhouse o prefieres dar un paseo? Hacia allá —dijo, apuntando al oeste—, está la catedral y la colina del castillo.

La joven no necesitó contestar. Presumía que su rostro se había iluminado al oír lo último.

Tal como Will le indicó, llegaron a una magnífica catedral de estilo gótico. Era imponente, firme y aterradora, y a la vez muy hermosa. Poppy se veía tentada a retratar edificios sublimes, pero su talento jamás sería el suficiente para hacerle justicia, comenzando por la complejidad del color de la piedra gris oscura, los altos pináculos que desaparecían, consumidos por la coraza de nubes sobre ellos, y los vitrales.

Dios, los vitrales.

Poppy imaginaba lo grandioso que lucirían cuando la luz los atravesara en días soleados.

Si no fuera por el frío y la compañía, Poppy habría dedicado la tarde entera a recorrer la catedral.

Will la guio fuera tomándola brevemente por la cintura, pero la presión de su mano permaneció con ella por el resto del recorrido.

Eran esos pequeños fantasmas los que la acompañarían la vez que regresara al lugar por su cuenta.

Continuaron caminando por la calle donde el carruaje los había dejado, esta vez en la dirección contraria. Las construcciones eran antiguas y magníficas, pero Will no pareció prestarles atención, centrado en el lugar al que se dirigían.

Los edificios del camino fueron perdiendo altura, abriéndose a una ventosa explanada, y frente a ellos aparecieron los muros de la fortaleza.

—¿Está permitido entrar?

—Sí, está abierto al público, pero parece bastante concurrido esta tarde. Quizás no nos permitan visitarlo.

—Puedo venir en el futuro.

—¿Estás cansada?

Días antes, esa pregunta siempre lograba teñir sus mejillas. Recordó a ambos en la oscuridad de su despacho, a Will haciéndole esa misma pregunta para poder besarla por un tiempo más.

Poppy se reprendió por esos recuerdos, y el dolor que estos le causaban.

—Podemos dar la vuelta hasta el carruaje por la colina del castillo. Conozco el camino.

Ella asintió.

Hubiera querido proponerle regresar al camino adoquinado, detenerse en una de las salas de té que vio, pero la idea de estar cara a cara con Will le parecía inaguantable, por el momento.

Con el permiso de los guardias reales, cruzaron uno de los muros rumbo a un empinado jardín. El blanco allí no era tan denso como en la mansión, pero sus pasos crujían en tierra congelada.

Si bien se encontraban en el corazón de Edimburgo, la tarde allí era silenciosa. A la distancia distinguía las vías del tren, pero el ruido no llegaba hasta ellos, solo el constante batir del viento en los árboles del sendero.

—¿Qué tal te pareció mi tío? —preguntó Will, sorprendiéndola una vez más con su iniciativa al crear conversación.

—Es, como lo describieron, una versión anciana de ti.

—Ambos nos parecemos a mi abuelo. O eso dice mi madre, pero jamás he visto un retrato de él.

—Quizás tu tío guarde uno.

—Lo dudo. Él detestaba a su padre.

Poppy dudó en preguntar por qué, pero acabó haciéndolo de todas maneras.

—Mi abuelo forzó a mi tío a acceder a un matrimonio por conveniencia, y este jamás lo perdonó por esto —él bufó con una minúscula pizca de humor—. Supongo que también nos parecemos en lo rencoroso de nuestras personalidades.

Lo último la tomó desprevenida. ¿Will admitiendo su rencor? ¿Will charlando sin tener que arrancarle las palabras a la fuerza? Edimburgo sacaba a flote una nueva faceta en él.

—Los Cunningham fueron una gran familia que, como la mía, cayó en desgracia —comentó Will, con la vista fija en el camino—. Mi bisabuelo era un caballero, cuyas amistades llegaban hasta la mismísima corona, pero sus habilidades financieras eran pobres comparadas con las sociales, por lo que pronto derrocharon su riqueza. Mi abuelo, empeñado en recuperar el esplendor del apellido Cunningham, instó a mi tío a contraer matrimonio con una mujer de gran fortuna.

»Mi tío no habla mucho de su juventud, pero según mis averiguaciones, él jamás estuvo de acuerdo con el compromiso. Mi tío amaba a otra persona, a alguien a quien su familia jamás aceptaría. Incluso él sabía que una relación entre ellos no era posible, por lo que contrajo

matrimonio con quien fue mi tía. A los pocos meses de casados, ella enfermó de gravedad y falleció, dejando a mi tío a cargo de una inmensa fortuna que invirtió en minas de hierro en Australia.

—¿No intentó regresar por ella luego de enviudar?

Will negó, moviendo la cabeza.

—Ese ha sido su más grande arrepentimiento. —Will abrió la boca un par de veces, dudando de si debía añadir lo que rondaba en su mente. Él comenzó a hablar con lentitud—. No podría asegurarlo, pero no creo que esa persona, a quien él amaba, haya sido una mujer.

Poppy meditó aquello un momento, pero no quiso indagar sobre el romance prohibido del señor Cunningham. No se sentía quién para husmear en la intimidad de una persona a quien acababa de conocer. No obstante, veía una pequeña conexión entre ambos, y sus respectivos amores imposibles.

Poppy presionó sus labios, saboreando la fina capa de aire salado sobre estos.

«¿Era Will un amor imposible?» En su fugaz romance juvenil, en el que acabaron comprometidos en secreto, Poppy podía asegurar que lo que sentía por Will era amor. Sin embargo, tras tomar la decisión de elegir a los Gulp en lugar de a Will, había transformado lo suyo en imposible. Will era rencoroso, y se negaba a perdonarla incluso una década más tarde, y Poppy no tenía interés en luchar esa batalla. Se sintió culpable por tanto tiempo, que se resignó a cargar con el peso de sus decisiones como una mujer solitaria, indigna de una segunda oportunidad.

Tampoco es que Will le haya dado una. Sospechaba que Will podía sentir cariño por ella, además de la evidente atracción. Sin embargo, era su cuerpo quien la deseaba, más no su corazón.

—¿Partirás en el primer tren de mañana?—preguntó Poppy, en cuanto regresaron a las calles adoquinadas. No debía ser demasiado tarde, pero a sus espaldas el sol se ponía, oculto tras el cielo nublado.

Will asintió. El brazo que la sostenía se tensó.

Poppy imitó su gesto.

Estaba conforme consigo misma por seguir de cerca el actuar de Will. Esto le ayudaba a evitar sorpresas. Su historia junto a él estaba por terminar, tal como ella había imaginado.

—¿Podrías darle algo de mi parte a Lucy? Estuve tan aturdida antes de partir que no recuerdo haberle agradecido como debía, por todo lo que hizo para ayudarme. Intentaré escribirle una carta de agradecimiento. —Una briza inesperada alborotó su cabello al doblar por una de las esquinas, haciendo que las hebras cobrizas abrazaran sus mejillas—. También escribiré a la señora Floyd. Temo que ella jamás vaya a perdonarme por haberme marchado sin despedirme.

—El sistema de correos también funciona aquí —respondió Will, con tono cortante—. Yo no soy tu mula de encargos.

El estómago de la muchacha se encogió ante sus cambios de humor. Hace meros instantes, Will le había demostrado que podía llevar a cabo una conversación educada, sin gruñidos y bufidos. Ahora, volvía a ser el Will de siempre.

—Solo era un favor, no pensé que fuera a molestarte.

Will avanzó a largas zancadas por el resto del trayecto al carruaje, en un tenso silencio que ella no acababa por comprender. La ayudó a subir, y se dejó caer en el cojín junto a ella. Su expresión era seria y pensativa.

Si Poppy había dicho algo que le molestara, honestamente le daba igual. Esas eran sus últimas horas juntos, y estaba segura de que a la mañana siguiente ni siquiera lo vería antes de

que partiera de regreso a Thorne.

—Poppy, si notas que algo ha cambiado, respecto a lo que pasó la noche del viernes… —Will se aclaró la garganta, tomó aire y comenzó de nuevo—. En caso de que estés embarazada, puedes escribirme.

—¿Me das tu *autorización* para escribirte?

—Te prometí que me haría cargo, y pretendo cumplir mi promesa.

Poppy no le creía. Había descubierto que el honor de Will solo contaba cuando le convenía.

—Entonces, si no estoy en cinta, no tendría razón para escribirte, ¿verdad?

—No veo que otra razón tendrías para hacerlo. —Will frunció el ceño—. La última vez que te marchaste no lo hiciste. No pretendo esperar que esta vez sea diferente.

Sus palabras se sintieron como un golpe en el estómago. Estas rebozaban resentimiento, y lo entendía, pero la culpa no lograba aplacar el enojo en su interior. A Poppy le tomó un instante volver a hablar.

—¿Para ti no fue diferente? —la ira en la voz de la joven era palpable, pero mantuvo el tono bajo para no llamar la atención del cochero—. ¿Acaso no pasó lo de la noche del viernes? ¿Las marcas que tienes en el cuello no son evidencia de lo ocurrido?

—No es a lo que me refería, Poppy.

Parte del enojo que bullía en sus venas amainó al ver la expresión herida en el rostro de Will, pero no podía detenerse. Al fin, estaba expresando lo que por tanto tiempo se guardó.

—Supongo que para ti no fue diferente en absoluto, porque una vez más te aseguraste que lo nuestro fuera un secreto. Así, puedes regodearte en tu faceta de víctima, sin lidiar con las verdaderas consecuencias.

—Estás siendo muy injusta.

—¿Injusta? Yo no elegí esto, Will, pero una y otra vez cargo con las repercusiones de mis actos, y a diferencia tuya, lo hago sin cerrarme y dejar a los demás fuera.

Esta vez, Will no replicó. Vio como su expresión se rompía. Su honestidad lo había lastimado, pero él había hecho lo mismo con ella de tantas formas, que le era difícil lamentar lo que dijo.

* * *

William

Al regresar a la mansión, Agatha los esperaba. El ama de llaves guio a la joven a su cuarto, mientras Will se desvió hasta la biblioteca. Quería estar solo para reflexionar sobre las palabras de Poppy, y quizás tomar prestados unos cuantos libros de la colección de su tío para su solitario viaje de regreso. Acababa de descubrir un tomo de poesía de Robert Browning, cuando fue llamado al comedor.

La velada fue silenciosa, como era de esperar de tres personas que también lo eran. Cuando se encontraban a mitad de la comida, Poppy y su tío charlaron brevemente acerca de panoramas que debía conocer en Edimburgo, pero Will no se unió a la plática.

Poppy no miraba en su dirección.

Le parecía extraño verla tan seria, tan molesta, pero se lo había ganado por mérito propio. Ella tenía razón, aunque en parte. Se equivocaba al creer que lograron mantener lo suyo oculto. Su hermana y cuñado sabían de sus sentimientos por ella, y era probable que el resto del personal del internado y su familia lo sospecharan. Y aunque su relación hubiera sido un secreto, ella

estuvo de acuerdo con esta.

Por el otro lado, Poppy tenía la razón al saber que lo que tuvieron en los últimos meses fue diferente, no solo por las líneas que cruzaron, sino por todo lo que habían descubierto del otro. Pasaron de un romance juvenil a encontrar una completa complicidad, una sincronía casi perfecta de sus vidas, que de haber madurado un corto tiempo más, hubiera sido inmejorable. Tal vez, esta era la prueba que los obligaba a llegar allí.

Poppy se excusó de la mesa, anunciando lo cansada que se sentía.

Con la mirada clavada en ella, Will se puso de pie también, pero su tío lo detuvo.

—Me debes una conversación, muchacho.

El anciano se puso de pie, y Will lo siguió hasta la sala contigua. Mientras el primero se dejaba caer en una silla cerca del fuego, el segundo vertió whiskey para ambos.

—Entonces… —comenzó el señor Cunningham—, partes mañana.

No era una pregunta.

—Así es.

—Hiciste un viaje largo, para marcharte tan pronto. Deberías quedarte unos días, sobre todo al saber que debo partir a Italia, y la señorita Dashwood se quedará sola.

—Tengo asuntos pendientes en el internado. Además, Lucinda no tardará en venir a hacerle compañía.

«Tal vez se uniría a su hermana en una próxima visita. Quizás el asunto del doctor estaría resulto para entonces».

Will bebió de su vaso. El sabor dulce y amaderado del licor fue agradable, pero el mordisco en sus entrañas le recordó que no se confiara del alcohol.

Su tío lo estudió por un largo minuto.

—Soy viejo, más no estúpido, William —dijo el hombre—. A pesar de mis años, gozo de una inmejorable memoria. ¿Piensas que no recuerdo lo ocurrido cuando cursabas la universidad? Fue a mí a quien le pediste la bendición para tomarla como esposa, no a tu padre.

—En aquel tiempo te creía el dueño de mi vida, y pienso que también lo creías.

—Si me inmiscuí en tu vida personal, fue solo al querer lo mejor para ti. Además, si bien recuerdo, yo accedí a tu compromiso con la pelirroja. Que las cosas no salieran como tú deseabas, no tiene nada que ver conmigo.

Ambos se sostuvieron la mirada a través de la sala.

Will no desconocía lo mucho que se parecían. Años antes, esperaba convertirse en un hombre tan respetable y ambicioso como él, pero había resultado ser blando, como su padre. Una decente segunda opción.

—Ella era joven y huérfana. Quise darle algo más, pero decidió tomar otro camino.

—Y así acabó en Canadá —concluyó el hombre—. ¿La amabas?

—Éramos demasiado jóvenes para saber el significado de esa palabra.

—Nunca se es demasiado joven, sino menos corrupto, por la culpa y expectativas.

—Supongo.

Will se acomodó en su asiento, intentando ocultar la incomodidad provocada por el tema.

—No has cambiado en absoluto, William. Cuando te vi llegar con la muchacha, creí que sí, pero continúas siendo el mismo ente de metal.

—Mira quién se atreve a hablar. —Will depositó su vaso vacío en la mesa auxiliar a su costado—. Es por esto que me alejé de esto y de ti. Supones saberlo todo, pero no logras ver la paja en tu propio ojo. Te consideras con el derecho a moldear todo a tu parecer.

—William, te comportabas como un autómata. Intenté ayudarte a dar el primer paso

dentro de la humanidad, con una joven atractiva y de buena familia, y tú me resientes por ello hasta el día de hoy. Explotaste, por una simple sugerencia…

—No fue una simple sugerencia —replicó Will.

Fue en su última semana en Escocia cuando recibieron visitantes desde Alemania. Eran dos hombres, y la joven hija de uno de estos. *Felice*, una muchacha alta, de al menos dieciocho años, con cabello rubio dorado y ojos celestes.

Will no le tomó importancia que su tío lo llamara de regreso a Muirhouse. No era en absoluto el centro de la fiesta, pero manejaba bien la empresa, incluso los detalles que su tío desconocía. Sin embargo, su presencia ahí no se debía a los negocios. Pudo leer las segundas intenciones en su tío y el padre de la muchacha, incitándolo a dejar sus responsabilidades de lado, por acompañarla de sol a sombra, en cenas sociales y paseos por el concurrido parque Meadows.

Era evidente lo que planeaban, y Will no pretendía ceder. Tampoco suponía que su tío lo obligaría a comprometerse con la joven a la fuerza, conociendo lo que había pasado en su juventud. Sin embargo, no era él quien le preocupaba, sino ilusionar a la joven. Detestaba suponer que la muchacha cultivara sentimientos hacia él, sentimientos que él jamás correspondería.

—No tenía malas intenciones, William. Yo jamás me hubiera atrevido a forzarte a un compromiso. Quise darte un empujoncito hacia el camino que juzgué el correcto. Estabas tan solo, que supuse que acabarías como yo.

—No me hubiera molestado.

—¿Y ahora? ¿Sigues sin cambiar de opinión? ¿Ni siquiera por la señorita Dashwood?

Will guardó silencio por un largo momento antes de hablar.

—Planeaba desposarla, pero entendí que siempre habrá una barrera entre los dos.

Will consideró ponerse de pie, y servirse otro vaso de whiskey, cuando la risa brotó de la boca de su tío. No recordaba haberlo escuchado reír así jamás.

—No seas melodramático, William —respondió, entre carcajadas—. Esos libros que tanto lees te han atrofiado el cerebro. Eres un matemático, céntrate en la lógica. —James Cunningham se inclinó hacia delante en su sillón—. Esa muchacha está en problemas, y necesita un esposo para escapar de ellos. Es evidente, incluso para un viejo como yo, que sienten algo el uno por el otro. Haz lo correcto, y puede que te veas recompensado de más de una forma.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Pues serás tú quien vuelva a perderlo todo.

* * *

Poppy

Poppy terminaba de cepillar su cabello cuando llamaron a la puerta. Reconoció el golpeteo de inmediato, como el de tantas noches: William Rochester.

«¿Sería eso lo que buscaba? ¿Una despedida entre sus labios antes de regresar a Thorne?». La muchacha descartó la idea de inmediato.

—Adelante —dijo sin voltearse hacia la puerta, podía verla a través del espejo del tocador.

Esta se abrió, dejando a la vista la silueta de Will. Este no entró en la habitación. La llama de su lámpara no lograba iluminarlo, y las luces del corredor solo le permitían distinguir el contorno de su alta figura.

—No te molestes en desempacar —dijo él, sin ninguna emoción en su tono—. Nos casaremos a primera hora de la mañana, y partiremos de regreso a Thorne.

La sorpresa no le permitió a la pelirroja contestar, y Will tampoco esperó una respuesta, antes de dejar la habitación.

QUINTA PARTE

La nueva señora Rochester

29

Poppy

La joven Poppy Dashwood aún no daba crédito de lo ocurrido. *«No, su apellido ya no era ese»* se regañó a sí misma. Había vivido veintiséis años siendo una Dashwood, una pelirroja sin familia, que intentaba no ser una molestia donde quiera que fuera. Sin embargo, ahora era una Rochester hasta que la muerte la separara de Will y estaba obligada a cargar con el peso que su nuevo apellido le confería.

Poppy repitió su nombre una y otra vez, pero no creía que fuera a acostumbrarse al sonido de aquellas palabras en una misma oración.

Las ruedas del tren hicieron un agudo sonido al detenerse en la parada de York. La siguiente sería la de ellos, en Doncaster.

A ojos de la recién casada, aquel día trascurrió con frenética rapidez. Luego del abrupto anuncio de Will, Poppy no fue capaz de descansar. Pasó la noche en vela, yendo de un lado a otro en la habitación, considerando si era momento de huir una vez más, preguntándose si aceptar era la decisión correcta.

La mañana llegó antes de que hubiera decidido qué hacer. La joven tomó un baño, se vistió y peinó, antes de bajar a desayunar. Alcanzó a servirse una taza de té cuando Agatha le informó que los señores la esperaban en el despacho. Poppy no supo cómo sus piernas tuvieron la capacidad de llevarla hasta allí sin tambalearse.

Will estaba serio, como siempre. Llevaba la misma ropa del día anterior, sin embargo, su cabello estaba húmedo. Lucía cansado, pero asentía a todo lo que su tío y el juez hablaban. Poppy no tenía idea de qué era lo que decían.

El señor Cunningham dejó la habitación, y solo fueron los tres en el despacho por un momento.

La mirada de Will capturó la suya.

Poppy quiso decirle que no tenía por qué hacerlo. Que no necesitaba que él se sacrificara por ella, ya que era capaz de arreglárselas por su cuenta. Solo debían esperar a que el doctor cesara su búsqueda, que cuando él no diera con ella en Thorne, se rendiría. No obstante, no fue capaz de decirle nada. Will le mantuvo la mirada por unos segundos, luego asintió, en una silenciosa búsqueda de consentimiento. Poppy respondió con el mismo gesto.

Pronto, el señor Cunningham regresó con dos sirvientes, que tomaron el lugar de los testigos.

El juez relató las formalidades del contrato, sus acuerdos y deberes. Poppy apenas entendía lo que decía debido al ensordecedor ritmo de su corazón, como también al fuerte acento escocés de quien hablaba.

—Señor Rochester.

Will se inclinó sobre el escritorio y firmó el contrato ofrecido por el juez.

—Señorita Dashwood —llamó el mismo—, si está dispuesta a llevar a cabo la unión, firme donde corresponde.

La joven asintió, y tomó la pluma que Will le extendía. Escribió su nombre con una caligrafía temblorosa que haría gritar de espanto a la señora Floyd.

—Como magistrado, y con la autoridad que me confiere la corona de Inglaterra y el gobierno de Escocia —vociferó el juez—, declaro que, de acuerdo a la ley y en virtud a las promesas hechas ante mi autoridad, los dos están oficialmente casados.

La habitación se mantuvo en silencio.

Por el rabillo del ojo, Poppy vio al señor Cunningham asentir, y al juez tomar los documentos. La muchacha no quiso mirar a su marido.

Luego, el señor Cunningham le pidió dejar la habitación. Agatha la esperaba para acompañarla hasta el comedor, donde el té ya estaba frío. No supo de qué hablaron los demás, y poco le importaba. Sentía un nudo en el estómago que le impidió comer, por lo que bebió del té frío y sin endulzar.

Poppy miraba el cielo nublado, cuando reconoció los pasos de Will acercándose por el pasillo.

—Le he pedido a Agatha que prepare tu maleta.

Poppy asintió.

—En cuanto todo esté listo, partiremos a la ciudad. Mi tío quiere invitarnos a almorzar antes de la salida del próximo tren.

La pelirroja volvió a repetir el gesto.

El resto de la mañana trascurrió tal como le fue anunciado. Esperaron a que el señor Cunningham terminara sus asuntos con el juez, para partir al centro de Edimburgo. Comieron en silencio en el restaurante de un lujoso hotel, antes de despedirse en la estación de Waverly.

—Señorita Dashwood —dijo el señor, sosteniendo sus manos. Ambos sabían que ese ya no era su apellido, pero lo había usado para darle un tono de familiaridad a lo que iba a decir—. Reconozco que esto fue precipitado, pero pronto entenderá que esta decisión es la necesaria para asegurarle un futuro a salvo. Espero no haberme equivocado.

Poppy quiso agradecerle, no porque le creyera, sino por mera cordialidad, pero no tuvo voz para hacerlo. Tras un reconfortante apretón de manos, se despidieron para subir al tren.

El resto del viaje también fue callado. Will no leía, pero descansaba la vista pretendiendo dormir. Mientras, Poppy miraba por la ventana sin ver en absoluto. Se sentía miserable y confundida.

En aquellos últimos días vivió algunos de los momentos más decisivos en su vida, desde la muerte de sus padres. A partir del viernes en que fue asaltada, y la noche de ese mismo día, en que cruzó la que supuso última línea de Will, como también el terrible domingo que derrumbó su vida en Thorne.

Terminó ese fin de semana en pedazos, habiéndolo perdido todo. Sin embargo, en cosa de horas, Will la ayudó a atravesar el país. El martes había llegado a Edimburgo, y el miércoles lo dejaba como una mujer casada.

«Poppy Rochester, Poppy Rochester, Poppy Rochester…» repitió una y otra vez, sin acostumbrarse.

¿Qué pensarían sus padres de todo eso? ¿Alguna vez habrían imaginado que su pequeña se convertiría en la esposa de un hombre como William Rochester? Aunque lo intentara, Poppy no podía imaginarlos contentos. No por Will, al que conocieron, y quien era el hijo de sus amigos más queridos, sino por las circunstancias que los llevaron al compromiso.

Era evidente que Will accedió a tomarla como esposa por la fuerza, obligado por su tío. Él lo confesó antes de despedirse de ella en la estación. Poppy no estaba lista para vivir con la culpa ni el resentimiento que Will alimentaría en su contra, por el resto de sus días.

* * *

Antes de dejar la estación de trenes en Doncaster, Poppy se aseguró de ver la hora. Según gigantesco reloj de pared cercano a la salida, ya eran pasadas las cinco de la tarde, aunque parecía más tarde debido al cielo oscuro, que anunciaba una nueva tormenta.

En el exterior, tomaron un carruaje para que los llevara a Thorne, hasta la mansión Harland.

—¿Estás bien? —preguntó Will, con la voz ronca por el desuso.

En la oscuridad y traqueteo del coche, Poppy asintió.

Will imitó su gesto.

—Nos acostumbraremos a esto —dijo, como si estuviera hablando consigo mismo—. Necesitas descansar, es mejor que pases esta noche con Lucy para preparar nuestra habitación en el internado.

«Nuestra habitación» el estómago de la muchacha se recogió.

—Quizás sea una buena idea ser discretos con nuestro matrimonio —continuó Will—. Al menos hasta que las muchachas se marchen a sus casas por las vacaciones de invierno. Cuando regresen, les daremos las explicaciones necesarias.

Una vez más, Poppy estuvo de acuerdo con un rígido asentir.

Entre más se acercaban a Thorne, peor se sentía. No sabía si era hambre, lo que le provocaba náuseas, o el nerviosismo por saber qué pensarían sus cercanos sobre lo ocurrido. Poppy intentaba convencerse a sí misma de que ellos comprenderían, pero no podía dejar de preocuparse acerca de los rumores que los extraños, y personas fuera de su círculo cercano, crearían a su costa:

«La maestra se fugó con el director, y ahora regresan casados. ¡Vaya escándalo!» —imaginó la joven.

Esperaba que estos no repercutieran en la reputación del internado.

* * *

Ya estaba por completo oscuro cuando el carruaje cruzó las rejas de la propiedad Harland. Poppy sintió el mismo temblor de piernas que sintió tras regresar de Canadá. Will la ayudó a bajar tomando su mano enguantada, y tras tomar una profunda respiración, este llamó a la puerta. Fue el mayordomo de la familia quien los recibió y guio hasta el salón, donde la familia esperaba a que fueran llamados a cenar.

Al verlos, los pequeños Ivy y Aspen corrieron a abrazar a su tío, mientras los adultos los miraron con una expresión de completo asombro. Lucy fue de inmediato hasta su amiga.

—¿Qué hacen de regreso tan pronto? —preguntó, con el pánico tiñendo su voz—. No lo puedo creer, ¿acaso mi tío se negó a recibirlos?

Poppy comenzaba a negar, cuando Will la interrumpió.

—Nos casamos.

Lucy se detuvo a medio camino hasta ellos.

—¿Por qué hiciste eso? —le preguntó a su hermano.

—Ya está hecho, Lucy.

Los niños chillaron emocionados por la noticia, a diferencia del pasmado asombro de los adultos. Will ignoró la sorpresa de su hermana, y tomó asiento cerca del fuego.

—Hablaremos de esto después de la cena —declaró Lucy con la mirada fija en su

hermano, luciendo confundida y molesta por partes iguales.

* * *

Terminaban la tensa cena en el comedor de los Harland, cuando el mayordomo anunció la llegada de los Rochester, padres.

—¿Para qué nos necesitabas con tanta premura, Lucy querida? —preguntó el señor, antes de llegar a la entrada del comedor. Sus ojos se abrieron por la sorpresa de encontrar a su hijo allí. —. William, pero ¿qué…?

Su esposa, quien lo seguía de cerca, boqueó sin saber qué decir. Su mirada cayó sobre Poppy.

—Padre, madre —saludó Lucy—, hablemos en la sala de estar. ¿Ya comieron?

—Sí, sí, por supuesto.

Ambos señores le dieron una inquisitiva mirada a su hijo y a la pelirroja, antes de seguir a Lucy. Los demás también lo hicieron.

Poppy caminó como un criminal a la horca, seguida por Will. Sus pasos eran pesados sobre la alfombra.

—Dígannos de una vez que pasó, ¿por qué están de regreso? ¿Recibieron noticias de ese tal doctor? —dijo la señora Rochester.

—No, madre —respondió Will, dejándose caer en uno de los sillones. Poppy se sentó en el otro extremo del mismo—. Nos casamos. Tras una conversación con el tío, llegamos a la conclusión de que era lo mejor para todos.

—¿Casados? ¡No lo puedo creer! —la señora se llevó las manos al rostro.

Poppy no supo si su reacción se debía al disgusto, la sorpresa o algo más.

—¿Y Poppy estuvo de acuerdo? —indagó Lucy, con sus ojos celestes fijos en su amiga.

La pelirroja asintió.

—¿Por qué aceptaste, Poppy? No era necesario que lo hicieras, podríamos haber encontrado otra manera de librarte de tu compromiso —dijo, caminando de un extremo al otro del salón—. Todo lo que necesitábamos era tiempo.

—Pues ya no es necesario —dijo Ernest—. Si la unión fue fidedigna, el doctor Carmine ya no tiene derechos a los que apelar sobre la señorita… señora Rochester.

A Poppy un extraño calor le subió del cuello a las mejillas al ser llamada así.

—Me sorprende tu molestia, Lucinda —dijo William, inclinándose hacia adelante en su asiento—. Siempre deseaste que Poppy fuera parte real de nuestra familia, y ahora lo es. ¿Acaso sientes celos?

Fue momento de que las mejillas de Lucy se encendieran.

—Tú no mereces a Poppy, William. Eres un brusco, maleducado y sínico. No sé qué le habrás hecho para que te aceptara como su esposo. Jamás debí pedir tu ayuda.

Esta vez, Will se dejó caer hacia el respaldo del asiento.

De reojo, Poppy notó como él movía frenéticamente su pierna.

—¡Ya es muy tarde para arrepentimientos, Lucy! —exclamó la madre de ambos, con la boca tirando en una sonrisa, aunque intentara disimularlo con el ceño fruncido—. ¡Lo hecho está hecho!

—Eso es cierto —convino su esposo.

—Poppy —llamó el señor Harland—, está muy callada. No la he oído hablar desde su llegada.

—Ha sido… —la pelirroja se tomó un momento para encontrar las palabras precisas— arduo de asimilar.

El silencio se alargó en la habitación por un minuto, aunque pareció más tiempo.

—¿Y qué ha pasado desde que partimos? —preguntó Will—. ¿Hubo noticias del doctor?

—No, del doctor nada —contestó Ernest—, pero a mediodía del lunes recibimos palabra de los oficiales, respecto al robo que sufrieron en el camino el viernes pasado.

Poppy se acomodó la manga de su vestido. Los moretones en su muñeca no eran visibles, pero los sentía bajo la tela.

—Los hombres fueron atrapados de camino a Manchester, eran buscados por robos en todo el norte, así que pasaran un largo tiempo tras las rejas.

—Es un alivio oír eso —dijo Poppy.

Will la miró, pero ella no fue capaz de hacerlo.

Ernest Harland continuó.

—Y las buenas noticias no terminan allí. Una vez los oficiales se marcharon, tuvimos la excusa perfecta para justificar la ausencia de ustedes. Hasta ese momento no habíamos dicho nada, pero en el almuerzo enviamos noticias al internado. Las alumnas y el servicio fueron enterados de que ustedes iban camino a Londres, a dar declaraciones.

—¿No saben lo del doctor?

Lucy negó.

—En absoluto, las únicas al tanto de la situación son Maud, algunas personas del servicio de mis padres, y la señora Floyd, quien estaba preocupada por la partida de ambos. Nos vimos forzados a contarle la verdad.

—¿Dijo algo? —soltó Poppy.

—Parecía un tanto molesta, pero convino en guardar el secreto, mientras la mantuviéramos al tanto de ti.

Poppy cerró los ojos con fuerza. El alivio que la invadió al saber que su pasado estaba a salvo de los rumores de la gente se evaporó al saber que debía enfrentar a su querida señora Floyd. Era lo correcto que ella supiera la verdad, pero estaba tan acostumbrada a mentirle a las personas que más quería, que ya no sabía cómo reunir el coraje para afrontar dichos engaños.

—Pienso que es mejor que Poppy se quede aquí, por esta noche —dijo Will—. Es sensato mantener el engaño de que nos encontrábamos en Londres, al menos hasta que las muchachas regresen a sus hogares.

«¿Alguna vez la había llamado por su nombre en público?» La muchacha supuso que ahora que eran familia, todos tenían el derecho de hacerlo.

—En ese caso, es más lógico que regresen juntos al internado —debatió la señora Rochester, madre—. Para no levantar sospechas.

—Puede quedarse aquí, no hay problema, madre —dijo Lucy—. Diremos que regresó afectada por lo ocurrido en la declaración, y que no puede retomar su labor de maestra.

—¡Pero si mañana solo tendrán la convivencia de despedida! Las clases acabaron hoy, y el viernes vendrán sus padres por ellas —replicó la mujer.

—No podemos ocultar nuestro matrimonio para siempre, aunque así lo quieras, Lucy —dijo Will, con la mirada entornada hacia su hermana.

—¿Qué significa eso?

Ahora era Poppy quien sentía las mejillas enrojecidas.

—¡Basta ya! —Fue el señor Rochester, padre, quien interfirió en el rumbo de la discusión. Will guardó silencio, mientras su pierna volvía a agitarse. Lucy acomodó su falda en

el asiento—. Díganos, Poppy, ¿qué es lo que *usted* prefiere hacer?

* * *

William

Mientras su familia continuaba discutiendo su matrimonio, y la alejada vida de su tío en Escocia, Will subió hasta la habitación de invitados a la que Poppy se retiró a descansar. Ella decidió pasar la noche con los Harland.

Para él, fue inevitable recordar la noche anterior, cuando le hizo saber su decisión a la mujer que ahora era su esposa. En cuanto pronunció las palabras, supo que fue demasiado frío, pero se encontraba tan aturdido, que su cuerpo estaba rígido. Él esperó a que ella se negara, que se riera en su cara y lo descartara todo como una pésima broma de mal gusto, sin embargo, su mirada permaneció imperturbable.

Will llamó a la puerta, y la clara voz de Poppy lo invitó a entrar. Las lámparas de la habitación estaban encendidas, bañándolo todo de luz cálida. El cabello de Poppy lucía particularmente rojo mientras se sentaba a los pies de la cama.

—Nos iremos ahora —anunció Will, refiriéndose a sus padres y él.

Poppy solo asintió.

Will se llevó las manos al cabello, en un vacío intento de despejar su mente. No le molestaba que ella hubiera decidido pasar su primera noche como marido y mujer alejada de él. Sin embargo, presentía que esta distancia no dejaría de crecer.

—Poppy, ¿estás segura de que te encuentras bien?

—Sí, solo estoy cansada —su voz lo demostraba.

—¿Mañana regresarás al internado?

La muchacha mordisqueó su labio con nerviosismo, antes de asentir.

—Soy una cobarde por dejarte a merced del interrogatorio de las muchachas, pero ya no puedo mentirles más, Will. Estoy harta de hacerlo. No sabría qué decirles, han pasado décadas desde que estuve en Londres por última vez. No podría hacerlo, y no quiero hacerlo…

—No te preocupes por eso, yo me haré cargo.

—Te lo agradezco.

Will asintió.

Tenía tantas ganas de abrazarla que sentía que sus brazos ardían. Sin embargo, algo en su fuero interno le decía que, de hacerlo, esto no sería bien recibido. Fue un perfecto imbécil los días pasados, y perdió el privilegio de su cercanía.

—Esto no tiene qué cambiar nada, Poppy —dijo Will, después de un largo silencio—. Ya eras parte de la familia antes de firmar el acta de matrimonio. Seguirás siendo maestra, tendrás tu propio dinero, tu propio espacio, si así lo decides. Sé que esto no es lo que querías, que no estaba en tus planes casarte, pero fue la decisión necesaria para asegurar tu bienestar. Ni Lucy o yo nos hubiéramos perdonado si te ocurría algo, sola en Edimburgo.

Will esperó a que ella dijera algo, lo que fuera, pero mantenía la vista fija en la alfombra. La luz no alcanzaba a iluminar su rostro por completo.

—¿Poppy?

—No quiero hablar ahora, estoy cansada.

Will asintió, y cerró la puerta detrás de él al salir.

30

Poppy

Todo el nerviosismo que Poppy llegó a sentir de camino al internado, quedó fuera de la puerta tras recibir el cálido recibimiento de sus alumnas.

—La extrañamos mucho, señorita. Pensamos que regresaríamos a casa sin despedirnos de usted. Nos alegra que haya vuelto justo a tiempo.

La mujer las abrazó a todas, una por una, mientras la guiaban hasta el salón de clases. En el pizarrón se leía el mensaje de despedida por las fiestas de invierno, redactado con la impecable caligrafía de la señora Floyd. Para celebrar la partida de las muchachas, Maud y la señora Rochester prepararon apetitosos refrigerios y pasteles para endulzar la velada.

Poppy recibió una taza de té de menta de parte de una de las alumnas mayores, cuando su mirada cayó en Will, quien la observaba desde el otro extremo de la habitación.

La muchacha reconocía que fue maleducada después de oír las que fueron las palabras más dulces que Will le dio desde que se conocían. Sin embargo, no tuvo la fuerza de contestarle sin largarse a llorar. Estaba agotada, en cuerpo y alma. Toda su vida anheló una familia y ahora la culpa la corroía por haberse impuesto sobre esta, con todas las complicaciones que la perseguían.

—Me alegra tenerla de vuelta tan pronto, señorita Dashwood —llamó Maud, tomándola por sorpresa.

La pelirroja dejó su taza de lado para abrazarla.

—No tuve oportunidad de escribirte antes de tomar el tren de regreso, Maudie.

—Eso no importa, ya no tendrá necesidad de hacerlo.

Aun abrazadas, vio de reojo a la mujer de cabello cano pasar a su lado, sin dirigirle la palabra. Poppy volteó, intentando llamar su atención, pero la señora Edith Floyd no se detuvo en su camino hasta la puerta.

—Está bastante molesta —le susurró Maud.

—Hablaré con ella.

Poppy siguió a la mujer fuera del salón, rumbo a la cocina. No supo si esta era ajena a los pasos que la seguían, o la ignoraba, pero pronto la muchacha le dio alcance.

—Señora Floyd —saludó Poppy, mientras esta revisaba una de las bandejas humeantes de pudines de Yorkshire.

La mujer se volteó con rigidez.

—Lamento haberme marchado sin despedirme — la pelirroja dijo de inmediato—, fue todo tan repentino que no tuve ocasión de escribirle una nota…

—Chiquilla ingrata —chasqueó la anciana—. Meses mintiéndonos a la cara, día tras día. Dígame, ¿le parezco una mujer en la que no pueda confiar?

—Por supuesto que no —respondió de inmediato la joven, recordando las reprimendas de sus años escolares. A lo mejor no podía recordar el tono firme de su propia madre, pero sí el de la señora Floyd, quien fue lo más cercano que tuvo desde la muerte de la primera.

Se sintió entumecida.

—Entonces —continuó la mujer—, ¿por qué tuvo la necesidad de ocultar el peligro en el

que se encuentra? ¿Acaso la ayuda de una mujer vieja como yo no vale?

—Señora Floyd, yo jamás pensé que ese hombre me seguiría hasta Inglaterra, yo jamás estuve de acuerdo con el compromiso, por eso hui.

Poppy dio un paso en su dirección, acortar la distancia entre ambas, que examinara la vergüenza en su pecoso rostro.

—Pese a eso, ¿alguna vez planeó decirme la verdad? ¿O esperaba a que esta le estallara en las narices como acabó sucediendo? —Edith la observó a través del cristal de sus anteojos, mientras Poppy boqueaba sin atreverse a contestar. La señora continuó: —No estoy molesta con usted, señorita Dashwood, pero sí decepcionada. La creí una amiga, una hija, pero veo que la confianza que sentía por usted solo fue unilateral.

La anciana enderezó la espalda, y la rodeó rumbo a la puerta.

Poppy olvidó el recato, incluso la existencia de algún oído curioso que pudiera estar escuchando la reprimenda, y siguió a la mujer por el corredor. Ansiaba recuperar su confianza, ser honesta con ella, quien tanto le importaba, contarle de su último secreto en un intento de aliviar el peso dentro de ella.

Apenas se habían alejado unos pasos de la cocina, cuando habló:

—Ayer en Edimburgo, el señor Rochester y yo nos casamos. Lo anunciaremos el domingo, pero quiero que usted lo sepa.

La mujer se detuvo, y la observó, como si intentara decidir si creerle o no.

Poppy continuó.

—Lamento haberles mentido, a usted y a todos aquí en Thorne, pero no lo hice con el propósito de herirlos. Si no hablé, no fue por desconfianza, sino por vergüenza, y cargaré con esta por el resto de mi vida.

La mujer la miró fijo, y Poppy imaginó que sus delgados hombros se relajaban tras una profunda respiración, pero no pudo asegurarlo.

—Todavía queda sentido común en las cabezas de ambos.

La señora regresó al salón, y no le dirigió la palabra a la pelirroja por el resto del día.

* * *

William

Horas más tarde, cuando se preparaban para cenar, Will finalmente tuvo el coraje de acercarse a su esposa. La muchacha estaba en la biblioteca, ayudando a algunas de las alumnas a ordenar los libros que tomaron prestados, para regresarlos a su lugar antes de volver a casa. Cuando las pequeñas se disiparon, en busca de los poemarios que preferían, Will fue donde Poppy.

—¿Necesitas que el señor Cooper te lleve hasta Harland?

—No, él ya subió mi equipaje a mi habitación.

Will intentó ocultar la sorpresa y el gusto que le daba en un seco asentir de cabeza.

—Lamento lo de anoche —dijo Poppy—, no actué de la mejor manera.

—Estabas cansada, no era el momento de charlar —él aclaró su garganta, para suavizar su tono de voz áspero —. Lo entiendo.

Quiso decirle algo más, capturar el mechón de cabello que caía sobre su mejilla, o borrar su expresión de angustia con un abrazo, pero habían alumnas rondando por la biblioteca. Además, Poppy no levantaba la vista hasta él.

Will pensó que ella debía odiarlo.

* * *

Después de la cena, su madre y las maestras subieron al tercer piso a ayudar a las alumnas a preparar su equipaje para partir a la mañana siguiente.

Will subía con cansancio las escaleras, cuando se cruzó con la señora Brennan, la joven mucama quien se unió con su esposo al servicio del internado, al inicio del otoño. Se sobresaltó al verlo allí.

—Señor Rochester —saludó la veinteañera—, su cuarto todavía no está listo. Necesito ir por las cortinas de su cama, y llevar los libros del despacho hasta la biblioteca para terminar.

—Yo puedo hacer lo último.

La mucama comenzaba a negar con la cabeza, cuando Will hizo el camino hasta su alcoba. Esta no recibía una limpieza adecuada desde la primavera pasada, pero era necesaria, en caso de que Poppy decidiera quedarse con él.

Al entrar, le sorprendió el aroma liviano y limpio del ambiente. La típica capa de polvo que solía cubrir cada superficie, había desaparecido. Las tazas de té vacías que estuvieron apiladas sobre su mesa de noche ya no estaban, mientras que los libros que olvidó dispersos por la alcoba lo esperaban desempolvados sobre la cómoda de la entrada.

Will abrió la puerta de su inutilizada oficina.

En su infancia, esa pequeña habitación con vistas al frente fue el vestidor de su madre, cuando sus vestidos y joyas triplicaban los que poseía en la actualidad. Sin embargo, hace veinte años, cuando la familia cayó en desgracia, esta pasó a ser la oficina de su madre, donde preparaba sus clases de etiqueta y caligrafía.

Cuando Will tomó el control del internado, prefirió quedarse con el despacho en el primer piso, donde la vista a los jardines traseros era más tranquila, y donde estaba a pasos de la biblioteca. Desde entonces, aquel cuarto se empolvaba por el desuso. No obstante, le pidió a la señora Brennan que también lo limpiase, con la absurda esperanza de que Poppy pudiera darle utilidad.

* * *

Poppy

Temprano el viernes llegaron carruajes en busca de las primeras alumnas. Algunas fueron recogidas por sus padres, otras por sirvientes. Will y su madre dejaron a un grupo de las jóvenes en la estación, por órdenes de sus familiares, quienes las recibirían en la parada de sus respectivos pueblos. Otras, esperaron hasta el sábado por los suyos.

En ambos días, Poppy fue invitada a Harland, pero la muchacha evitó ir. Sabía que tenía una deuda pendiente con Lucy, un secreto que ocultó por tanto tiempo que comenzaba a pudrirse.

Si bien deseaba convencerse de que Lucy no tenía por qué enterarse de sus pasadas relaciones con Will, tanto la que concluyó hace diez años como la que se derrumbó apenas una semana atrás, Poppy tenía la necesidad de contarle la verdad, en pro de su amistad.

Era evidente que Lucy percibía algo extraño, tras su insistencia al exigir saber si su hermano se comportó de manera maleducada con ella, si él o su tío la forzaron a aceptar el compromiso. A ojos de su amiga, ella era una víctima, pero de acuerdo a Poppy, fue ella quien arrinconó a Will al matrimonio.

A pesar de su forma de ser, Will no podía decir que no cuando alguien necesitaba su ayuda. No se había negado a llevarla al norte, incluso si esto significaba dejar de lado sus obligaciones en el internado, y tampoco dijo que no cuando su tío le pidió tomarla como esposa, para protegerla del doctor.

Will le dijo que se acostumbrarían, como tantos matrimonios por conveniencia y no por amor. Sin embargo, Poppy sabía que una vez que el impacto se desvaneciera, volvería a bullir el rencor en él. Aún podía escuchar dentro de su mente las palabras de Will, la noche en que él llegó ebrio tras su encuentro en el bosque.

«No puedo hacerte mi esposa, Poppy. Porque jamás te perdonaré por lo que hiciste».

Hace una década lo abandonó, y ahora lo obligó a unirse de por vida a ella. Poppy no quería imaginar cuanto resentimiento cabía en el pozo sin fondo de William Rochester.

* * *

Faltaba para que amaneciera y Poppy Rochester ya estaba en pie, escribiendo una carta para su querida prima Minnie.

Era domingo, y la joven extrañaba el crujir de la madera en el piso superior, que por tanto tiempo le indicó que era hora de levantarse. Ahora, el silencio era insoportable. El viento en el exterior aullaba como un alma en pena, provocándole pavor. Sin pensar en la hora, se levantó, tomó pluma y papel, y distrajo su mente relatando los últimos acontecimientos. La misiva tardaría semanas en llegar a Minnie en Terranova, si no meses, debido al terrible clima invernal. Imaginaba que la carta actual acompañaría a la anterior, enviada una semana antes tras enterarse de la búsqueda del doctor. Esperaba que la noticia de su matrimonio le otorgara algo de tranquilidad.

Poppy comenzaba el tercer borrador de la carta, cuando Maud llamó a su puerta, anunciando que el desayuno estaba servido.

La joven mantuvo silencio durante la comida. La señora Floyd continuaba sin dirigirle la palabra, y se entretenía charlando con la señora Price, mientras Will estaba inmerso en su lectura, mientras movía su pierna con nerviosismo.

Poppy estuvo a punto de olvidarlo. En esa misa, el párroco anunciaría la unión de ambos, y los bendeciría frente a todo el pueblo. Ambos quedarían a la merced de las habladurías debido a su ilícita huida y apresurado matrimonio.

La muchacha respiró hondo.

—Señor Cooper, Maud, Señora Price —llamó Poppy, incapaz de mirar a la celadora a los ojos y concentrándose en la que era su amiga más cercana de los tres—, creo que es justo que lo sepan por mí, para que los anuncios del sermón de hoy no los tomen por sorpresa —Poppy se acomodó las hebras de cabello suelto tras la oreja—. El señor Rochester y yo no fuimos a Londres, sino a Edimburgo, donde nos casamos el miércoles pasado.

Por el rabillo del ojo, sintió la mirada de Will sobre ella.

Poppy comenzó a contar los segundos de incómodo silencio, cuando Maud avanzó hasta ella y le dio un abrazo cuando la cuenta iba en tres.

—¡Pero qué maravillosa noticia!

Aspiró reconfortante el aroma de la mujer. Olía a pan recién horneado.

—No hay más que decir, ¡felicitaciones! —replicó con alegría el señor Cooper.

Si la señora Price la juzgaba por huir y casarse en secreto, no le importaba tanto cuando gozaba con la contención que sus amigos le entregaban.

* * *

La misa transcurrió de forma tan tensa como lo predijo la chica. Tras el anuncio de su matrimonio, Poppy mantuvo la vista fija en el párroco mientras todos se volteaban hacia ellos. Finalmente, para el pueblo era la nueva señora Rochester.

Cuando terminó el sermón, algunas personas que conocieron desde su infancia se acercaron a felicitarlos, proclamando que siempre supieron que aquello ocurriría. Otros se mantuvieron al margen, y susurraron sobre lo ocurrido rumbo a sus hogares. Los Lackenby fueron del grupo que se acercó a saludar, y Thomas se mantuvo en silencio, pese a su típica extroversión.

Los saludos fuera de la iglesia se prolongaron, y el viento continuaba aullando sobre sus cabezas. Sin ser notada, Poppy se alejó del grupo rumbo al cementerio. Desde la chimenea de la casa del párroco, salía humo, la casa donde ella creció, y la casa donde sus padres murieron. Poppy se detuvo frente a la tumba de estos sin saber qué decir.

«Aquí lo tienen, me he casado» pensó, sin un deje de alegría. Quiso imaginar el abrazo de estos, las palabras de aliento, pero Poppy apenas podía recordar sus rostros.

La muchacha esperó un momento, esperando llorar o que el entumecimiento en su pecho acabara, pero aquello no ocurrió. El viento cesó, y pronto densos copos de nieve comenzaron a caer sobre ella.

Poppy estiró su mano enguantada, esperando que alguno cayera en esta. Giró intentando capturar uno, cuando notó que alguien más la acompañaba.

El grito contenido ardió en su pecho.

—Lamento haberte asustado —se excusó Will.

Poppy se llevó las manos a la cara, ocultando el pavor en su expresión. Por un momento, creyó que se trataba de otra persona.

Los pasos de Will crujieron al acercarse a ella, y apoyar sus manos sobre sus hombros.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —contestó la chica, con el corazón latiéndole en los oídos.

Will acarició sus hombros, a través de la gruesa tela de su abrigo. Poppy sintió como la tensión en estos se reducía, poco a poco.

—Mi madre nos ha pedido que nos reunamos en la cabaña. Al parecer ha preparado algo para nosotros.

La muchacha asintió, aun recuperándose del susto.

—Hace tiempo que no te veía visitarlos —comentó Will, haciendo un gesto hacia las tumbas.

—No soy muy cercana al recuerdo de mis padres —respondió con inesperada amargura —. Apenas los recuerdo.

—Eran buenas personas. Tu padre era amable, siempre intentaba ayudar a las personas. Antes de que mi padre se accidentara, nuestras familias no eran cercanas, pero tras este, tu padre le brindó la mano al mío, y se hicieron buenos amigos. Y tu madre… —Will se detuvo un momento—. Bueno, ella era idéntica a ti. Recuerdo que la escuela dominical era mi parte favorita de la semana.

Poppy no se había dado cuenta de que sonreía.

—¿Era buena maestra?

Will asintió.

—Entre otras cosas.

Poppy quiso preguntar, con la única razón de que él le endulzara el oído, pero no lo hizo.

—Vamos ya.

Los nuevos esposos se unieron a su familia, rumbo a la cabaña de los Rochester. *«De sus suegros»* se corrigió la chica.

Debido al tamaño de la sala de estar y a la cantidad de personas, los niños fueron enviados a jugar al comedor. Poppy tomó asiento en uno de los sofás triples y Will le cedió el espacio junto a ella a la señora Floyd, mientras él permaneció de pie tras su esposa.

—Vengo enseguida —anunció la señora Rochester, desapareciendo por el corredor, para regresar unos minutos más tarde, con una sonrisa en el rostro—. Sabía que estas nos serían de utilidad algún día, como también supe que mi querido William no se haría cargo de este tipo de cosas sin que se lo dijeran.

La mujer cruzó la sala hasta Poppy y su esposo, y le entregó un pañuelo a este.

—Vamos, vamos. Pruébenselos. Serán necesarias unas modificaciones para que se les ajusten bien, pero algo es algo, ¿no?

Poppy vio como Will estudiaba el contenido del pañuelo, su expresión era inescrutable, pero rodeó el sofá, permitiendo que la muchacha viera las alianzas de oro en su palma.

Will estiró su mano hacia ella, y Poppy dudó un momento antes de tocarlo. Miró rápidamente a las personas congregadas allí, todos atentos a ellos. La muchacha sentía la sangre quemar sus mejillas. Su mirada cayó sobre la de Will. Otra vez, le costaba leer su expresión. Parecía tan nervioso como ella.

Poppy depositó su mano sobre la suya, Will quitó el guante de piel dedo por dedo, y deslizó el anillo en su anular. La muchacha descubrió como la respiración de Will parecía entrecortada, tal vez por una silenciosa furia.

—¿Y qué tal? —preguntó la señora Rochester, madre.

Will se calzó la argolla más grande, y esta entró hasta la mitad de su dedo, no obstante, la forzó hasta el fondo. La de Poppy calzaba a la perfección.

—Es perfecta —respondió la joven, agradeciendo la amabilidad de su suegra.

—Me alegra, querida —la mujer sonreía—. Esas fueron nuestras primeras alianzas, pero con el paso de los años fuimos ganando peso, y dejaron de quedarnos. Quizás les pase lo mismo. —La señora Rochester notó la mano de su hijo—. William, dámela, acabarás estrangulando tu dedo.

Guardó su mano en el bolsillo de su chaqueta.

—Mañana la llevaré con el joyero. Yo me encargaré.

31

Poppy

Poppy contemplaba la idea de comer otro dulce después del almuerzo cuando Lucy le hizo señas de que la siguiera. La pelirroja miró alrededor, expectante por una idea que le evitara hacerlo, pero tras un segundo de duda, la siguió por el corredor de la cabaña de sus suegros hasta una de las habitaciones.

—Poppy Dashwood, ¿por qué me has estado evitando? —demandó saber la morena, errando en su apellido—. ¿Acaso mi hermano te obliga a hacerlo?

—Por supuesto que no, y no lo hago.

Lucy bufó sin despegar la mirada de la muchacha.

—Es evidente que lo haces. Dime, ¿hice algo mal? ¿Dije algo que no debí decir?

—No, Lucy. Has sido maravillosa en todo momento.

—Entonces no lo entiendo, Poppy. No me has prestado una visita desde que te marchaste de mi hogar el jueves pasado.

—Han sido solo dos días, Lucy.

—Sí, y dos invitaciones que has declinado. Ya no tienes alumnas a las que atender. Dime, Poppy, ¿mi hermano te retiene en el internado? Puedes decirme si es así, Ernest y yo haremos algo al respecto.

—Lucy, no. Will no ha sido otra cosa que un perfecto caballero.

Los ojos azules de la muchacha se abrieron por la sorpresa.

—¿Lo defiendes?

—No —dudó—, sí. Creo que sí lo hago. Le debo mucho, si no fuera por él, estaría lejos en Escocia, en esa tétrica propiedad.

—Poppy, no le debes nada a ese ogro. Si se casó contigo fue solo para aprovecharse de ti y tus circunstancias. El trato, el que por cierto lo obligué a aceptar, era que te llevara y te dejara en la seguridad de la casa de mi tío hasta que Ernest y yo pudiésemos ayudarte. No que tomara este tipo de decisiones por cuenta propia.

—Lucy, sigues pintándome como la víctima, y no lo soy. William solo me tomó como su esposa porque su tío lo obligó.

Como respuesta, la morena volvió a resoplar, mientras ponía los ojos en blanco.

—Poppy, debes ser la única mujer a millas de distancia que no se da cuenta de la manera en que mi hermano te mira.

La pelirroja sintió como el calor subía por sus mejillas. Quiso creer que lo que Lucy le decía era cierto, pero ya se había lastimado lo suficiente creándose falsas expectativas. Además, aprendió a identificar el brillo en la mirada de Will como lujuria, un sentimiento muy diferente al amor que ella esperaba.

—Hay algo que debí decirte, hace ya mucho tiempo, Lucy —Poppy se dejó caer a los pies de la cama—. Es probable que por tu hermano sienta algo más que gratitud. Puede que haya sentido esto desde hace meses, décadas incluso.

—¿Algo como qué?

—Tú sabes que, no me hagas decirlo, Lucy —contestó con la mirada clavada en sus

propias manos—. Quise suponer que con nuestra cercanía en el internado podría alimentar esos sentimientos también en él, pero cuando la noticia de mi compromiso con el doctor me estalló en la cara, todas esas ideas se desvanecieron también. Lo que menos quise que pasara era que Will se viera obligado a estar conmigo, quería que él lo decidiera por cuenta propia, que no hubiera nada en el mundo que quisiera más.

—Poppy… —Lucy se detuvo con la duda tiñendo su tono—, quizás estés equivocada y él sí se sienta de la misma forma. Mamá sigue creyendo que estaban destinados a estar juntos, y Will…

—Me dijo que no era posible —la interrumpió.

Lucy suspiró, dando amables palmaditas en el hombro de su amiga.

—En ese caso, mi hermano es un estúpido, y no deberíamos tenerlo a cargo de la dirección del internado.

Aquello hizo sonreír a la pelirroja.

—Por favor, señora Harland, no nos deje a mi esposo y a mí sin trabajo —bromeó Poppy con un inesperado brillo de humor dentro de ella. Había olvidado que era capaz de hacerlo.

—Es por eso que te contratamos, Poppy querida, para que salves las mentes de nuestras alumnas de la estupidez de mi hermano. Espero que tu inteligencia también se le contagie a él, eventualmente.

* * *

Will y Poppy tomaron el camino largo de regreso al internado, evitando cruzar el bosque y los recuerdos que este conllevaba. El sendero era apenas distinguible debido a la espesura de la nieve, pero lo conocían lo suficiente para confiar que no habría ningún altibajo que los hiciera tropezar.

Las señoras Price y Floyd se habían adelantado a regresar, después del almuerzo, por lo que el joven matrimonio iba a solas.

Poppy esperó paciente a que Will rompiera el silencio, como lo hacía desde el regreso de ambos, pero esto no ocurrió hasta que cruzaron la puerta del internado.

—Ahora que ya salió a la luz nuestro matrimonio, me preguntaba si conservarás tu cuarto o compartiremos el mío —dijo Will, con celeridad, mientras colgaba su abrigo.

Poppy sintió como los latidos se le subían hasta el rostro. Como acto reflejo, quiso decirle que se quedaría en su estrecho cuartito verde, donde sus pocas pertenencias cabían a la perfección, que no era necesario exceder las líneas de su acuerdo.

La joven se obligó a respirar.

Fuera o no forzado su matrimonio, este era real y legal. No fingían ser esposos, su acuerdo no se rompería una vez el doctor diera con ella, ni después. Era un acuerdo de por vida, y Poppy debía convencerse de aquello tarde o temprano.

—Se espera que, como esposos, compartamos recámara —recitó despacio, dejando espacio para que él se negara, de quererlo así.

Will se acomodó el cabello con ambas manos. De pronto, a Poppy le pareció altísimo mientras este enderezaba su postura.

—Así es.

—Debería pedirle ayuda a Maud para limpiarlo, la última vez que estuve allí me pareció bastante polvoriento.

—La señora Brennan ya se ocupó de eso.

—¿Cuándo?

—El jueves. No le dije por qué, pero supongo qué tras el anuncio de esta mañana, ya sabrá la razón.

Poppy asintió.

—Entonces llamaré a Maud para que me ayude a llevar mis pertenencias.

—Yo puedo ayudarte. Maud y el señor Cooper están en el pueblo, visitando a su familia.

Will se adelantó por el pasillo hasta las escaleras. Poppy no quedó con más opción que seguirlo, nerviosa de encontrarse a solas con él. Se llamó a sí misma ridícula por sus nervios. Había estado a solas con Will una decena de veces, ¿por qué ahora era diferente? Tal vez la razón estaba conectada a su reciente confesión a Lucy acerca de los sentimientos que albergaba por él, o quizás era debido a que desde esa noche hasta la última compartirían el lecho.

Mientras Will cargaba el pesado baúl con sus pertenencias, Poppy llevaba su maleta tras él.

—Esa cómoda está vacía —señaló hacia la ventana, donde también estaba un fastuoso tocador de madera oscura—. Eso era de mi madre, lo encontré en el sótano.

Poppy asintió a la vez que depositaba su maleta sobre la cama.

—Suelo dormir en esta orilla —continuó Will—, lejos de la luz de la ventana, pero si la prefieres puedes tenerla.

—Me quedaré con la orilla derecha, me gusta la luz.

Poppy no creyó necesitar un recorrido de la alcoba, pero reconocía que esta lucía como un lugar diferente sin la gruesa capa de polvo que antes la cubría.

—La puerta del rincón es el cuarto de baño, y esta… —Will titubeó y cruzó la habitación a zancadas para llegar al sitio que indicaba—. Este cuarto lo puedes ocupar para tus pasatiempos.

Will abrió la puerta, y Poppy asomó la cabeza en la luminosa salita.

Los muebles eran antiguos, pero lucían limpios y brillantes. Estos constaban de un escritorio pequeño, un sofá acompañado por una mesa, un librero casi vacío y un atril junto a la ventana.

—Tiene una puerta camuflada que da al corredor, y puedo subir otro sofá o silla por si deseas recibir visitas aquí.

Poppy entró en la habitación. Era dos veces del tamaño de su anterior cuarto. Las cortinas eran amarillas, e iluminaban el lugar con un brillo cálido a pesar de las nubes oscuras del exterior. Las vistas daban al jardín, al bosque, y a lo lejos distinguía el hilo de humo proveniente de la chimenea de los Rochester.

Algo extraño bullía dentro del estómago de la joven, pero lo ignoró hasta que estuviera a solas.

Caminó hasta la pared opuesta a la ventana, donde estaba el librero. Este tenía algunos tomos que leyó antes, como una colección de cuentos de los hermanos Grimm, Cumbres Borrascosas, y Mujercitas de Louisa May Alcott, que de joven la hizo desear tener hermanas más que nada en el mundo. También había libros que desconocía, como Poesía Floral, de Sarah Carter Edgarton Mayo, y la colección de Flores Salvajes de Gran Bretaña.

—Puedes tomar los libros que quieras de la biblioteca principal —dijo Will, aun de pie junto a la puerta.

—Te lo agradezco —la voz de la muchacha estaba atorada en su pecho. Sentía que, si la forzaba, lloraría de pura felicidad—, por todo.

Poppy continuó recorriendo su salita, absorbiendo cada detalle, desde los paneles de madera, la alfombra, incluso los apliques en las paredes.

—Te dejaré a solas, si necesitas algo más estaré leyendo en mi despacho.

La muchacha asintió con energía en su dirección y, mientras su esposo cerraba la puerta, creyó distinguir una pequeña sonrisa en sus labios.

* * *

William

Diciembre continuó con incesantes nevazones que los forzaron a resguardarse tras las gruesas paredes del internado. Para el Will del invierno pasado, ese habría sido el panorama ideal. Hubiera pasado las tardes encerrado en su cálido despacho, leyendo, bebiendo té, y disfrutando del silencio que le confería su internado vacío.

Sin embargo, el Will del presente tenía la incómoda sensación de no hacer lo suficiente.

Se levantaba al alba a partir leña, para ahorrarle el esfuerzo al señor Cooper y de paso ejercitarse. Luego de bañarse y desayunar, partía al pueblo en busca de novedades. Había advertido en la estación de trenes y en el hotel de Thorne que le fuera informado cualquier avistamiento de desconocidos que inquirieran acerca de su esposa, y que dieran a estos tan poca información como fuera posible.

Poppy le entregó una completa descripción del doctor Aaron Carmine. Este era un hombre de cuarenta y cinco años, de complexión media, piel clara y cabello oscuro con manchas grises a sus costados. No era más alto que Will, sus cejas eran tupidas, sus facciones afiladas y sus ojos de un brillante color avellana.

La cualidad más particular acerca del hombre era una rojiza cicatriz en la punta de su nariz, de cuando uno de sus pacientes lo atacó debido al dolor de uno de sus procedimientos. O esa fue la historia que le contó a Poppy.

Will admiró su tranquilidad al describir al hombre que tantos infortunios le causó. No obstante, notó como la joven estrujaba el cuero de sus guantes mientras hablaba.

—Thorne es un pueblo pequeño, en cuanto él o sus hombres pongan pie aquí, estaremos preparados.

—No temo a lo que él haga, es solo un hombre cobarde. Lo que me asusta es cómo la gente me mirará cuando su presencia alimente rumores sobre mí.

Will deseó ser capaz de tomar su mentón y dirigir su mirada castaña hasta la suya.

—Los rumores van y vienen —dijo él—, pero la verdad prevalece. Esta es que llegaste aquí como una mujer soltera, en busca de trabajo honesto como maestra. Ahora eres mi esposa, y cuentas con el respaldo de *nuestra* familia para lo que necesites. Ni los rumores ni ese doctor podrán cambiar los hechos.

William esperó unos segundos a que Poppy dijera algo, pero ella guardó silencio. Él se puso de pie para partir rumbo al pueblo, y al pasar a su lado acarició su mano en un distraído gesto. Cruzaba la puerta cuando se dio cuenta de lo que había hecho. Era la primera vez que tocaba su piel desde la noche en el hostal de Berwick. La sensación de esta permaneció en él hasta que se fue a la cama.

Si bien dormían juntos, las interacciones entre ambos eran mínimas. Ya no conversaban hasta dormirse a la mitad de una frase, ni se besaban para capear el frío. En el día, Poppy

permanecía cobijada en su sala de estar, o recibiendo las visitas de su madre y hermana.

Esa tarde, en su décimo día como un hombre casado, Will se encontraba en su despacho, pretendiendo leer, cuando llamaron a su puerta. Cuatro golpes rápidos. Supo de inmediato de quién se trataba.

—Adelante.

La señora Floyd entró, con su postura elegante y mentón en alto.

—Señor Rochester —saludó.

—Dígame, ¿qué la trae por aquí?

—He venido a presentar mi renuncia —contestó sin más.

Will esperó un instante, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Puedo inquirir acerca de la razón de su renuncia, señora Floyd?

Ella meditó su respuesta.

—Me parece que mi tiempo aquí terminó.

—¿Ha ocurrido algo que la molestó?

—Varias cosas, si me permite decirle. Sin embargo, esa no es la razón.

—¿Y cuál es?

—Tras el robo que tomó lugar en el camino, me di cuenta de que debo privilegiar mi salud y tranquilidad, señor Rochester. He trabajado aquí desde que mi marido murió hace cerca de veinte años, creo que ya ha sido tiempo suficiente para una mujer de mi edad.

—Lo comprendo, pero quizás la solución más apropiada y menos drástica sea reducir su carga horaria. Tal vez a un par de clases a la semana. Sus conocimientos son necesarios aquí, dudo que alguien pueda reemplazarla, sobre todo a esta altura del año escolar.

—Quizás pueda cumplir con dos o tres clases semanales, hasta que encuentre a alguien que me reemplace. No obstante, no planeo continuar viviendo aquí. Ya he acordado mudarme junto a mi querida señora Scott.

—¿Es por la señora Rochester y yo? —Will notó que era la primera vez que se refería así de Poppy.

—No. Hace años que la señora Scott me ha propuesto mudarme con ella, y considero que es momento de aceptar su proposición. Pero… —La mujer apretó los labios, como si se frenara a sí misma de hablar. No surtió efecto—. De igual manera, le comento que un internado no es el mejor lugar para comenzar un matrimonio. Luego llegaran los niños, y se tornará en un ambiente demasiado ruidoso e inestable. Dudo que los padres estén de acuerdo de enviar a sus hijas a un lugar así.

—Por el momento estamos obligados a mantenernos aquí.

—Lo sé, solo le estoy dando un pedazo de mi opinión. Cuando el señor Floyd y yo contrajimos matrimonio, no había cosa que valorásemos más que nuestra privacidad, y aquí, con una veintena de niñas sobre sus cabezas, tendrán muy poca.

Will sintió el calor subir por su cuello. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Tendré en cuenta sus palabras.

—Bueno, mi señor. Cumplo con anunciarle mi decisión. Podríamos acordar nuestros horarios para el próximo semestre la semana después de Nochebuena.

—¿Se mudará enseguida?

—Mañana, de ser posible.

—Le ayudaremos en lo que requiera, Edith —Will se puso de pie, y estrechó su mano—. ¿Ya le informó la noticia a mis padres?

—No, para allá me dirigía, exactamente.

—¿Y mi esposa lo sabe?

—No, pero no dudo de que se enterará de una manera u otra.

* * *

A la hora de la cena, la señora Floyd anunció su parcial renuncia a toda la mesa. Al parecer, la noticia fue tan inesperada como lo fue para él esa misma tarde, ya que el rostro de Poppy se descompuso al enterarse. Comprendía su impacto, porque para ella no existía momento en su vida en que la señora Floyd no viviese en el internado.

La señora Price también anunció que partiría una semana a Doncaster a pasar la Navidad con la familia de su hermana. Eso los dejaba a ellos y al servicio.

Por el resto de la velada, Poppy revolvió su comida sin probar bocado, para luego excusarse y retirarse de la mesa.

Will no estaba convencido sobre qué causaba aquel decaimiento. La probabilidad más certera era que la noticia de la renuncia le afectaba más de lo que imaginó. Poppy y Edith Floyd tenían una amistad que bordeaba una relación madre e hija. No obstante, Will no las veía juntas desde que regresaron de Edimburgo.

Algo pasó entre ellas, y Will no tenía idea de qué.

Tras terminar de comer, Will fue a su despacho a reflexionar hasta que se sintió cansado. Al llegar a su alcoba no vio a Poppy en la cama, la cual estaba por completo estirada. ¿Dónde había ido?

Revisó el cuarto de baño y se atrevió a mirar en su salita. Allí estaba Poppy, dormida sobre el sofá. Estaba con su camisa y bata de dormir, envuelta en una manta. La lámpara sobre la mesita iluminaba el libro caído en la alfombra junto a ella.

—¿Poppy? —llamó Will, abriendo la puerta para ser visible. La habitación olía a madera y galletas de azúcar.

—¿Sí? —su tono demostraba que acababa de despertarla.

—¿Dormirás aquí?

Poppy tardó en contestar.

—No, ya voy —respondió con la voz pesada por el sueño.

Will cerró la puerta y regresó a la alcoba. Se desvistió y se puso su ropa de dormir. Se lavó el rostro, y tiró de la barba que cubría sus mejillas. Admitía que estaba harto de esta, apenas recordaba como lucia debajo de tanto cabello.

Dejó el cuarto de baño esperando ver a Poppy ya dormida, pero esta continuaba ausente.

Will regresó a la sala de estar. Hacía demasiado frío para dejarla dormir allí, por lo que se acercó al sofá y tomó en brazos a Poppy intentando no despertarla, ni destaparla.

La respiración de Poppy cambió.

—Estaba punto de ponerme en marcha, no había necesidad de esto, Will.

—Patrañas, estabas dormida. Quizás esta noche no esté nevando, pero hace tanto frío como si lo estuviera. No permitiré que te enfermes por algo que puedo remediar en cosa de segundos.

Y la depositó en su lado de la cama.

—Gracias.

Will fue a su orilla, apagó la vela y se tapó.

Era cierto que era una noche particularmente helada. Era invierno, aunque el equinoccio aún no llegara.

—¿Ya sabías de la renuncia de la señora Floyd? —preguntó Poppy, frente a él.

Sintió como su estómago se recogía. Hablar con Poppy a oscuras era un acto familiar e íntimo. Pasaron semanas desde la última vez.

—Sí, vino a mi despacho esta tarde.

—¿Te dijo el porqué de su renuncia?

—Sí, dijo que quería privilegiar su salud. Quedó bastante afectada tras el asalto.

—¿Estás seguro de que dijo eso? ¿No dijo nada sobre mí?

—¿Por qué diría algo sobre ti?

—Está molesta, más bien decepcionada porque no le dije la verdad. La entiendo, y he intentado remediar la situación, pero ella no hace más que interponer distancia entre ambas. Ya apenas me habla, y ahora renuncia.

—Cada persona tiene diferentes maneras de procesar las cosas, algunos son más rápidos que otros. Debes darle tiempo. Ella es orgullosa, pero te quiere como si fueras su hija.

A Will le pareció que Poppy asentía, a través de la almohada.

—¿A ti cuanto tiempo te tomará perdonarme? —su voz era casi un susurro.

—Te perdoné hace años, Poppy.

32

Poppy

—Me cuesta creer que me hayas perdonado —respondió Poppy, tras digerir lo que acababa de escuchar.

Frente a ella, en la cama, en la oscuridad de la habitación, Will se removió.

—He intentado demostrártelo, pero supongo que mis intentos han pasado desapercibidos. —Su voz era suave, cargada de sueño—. Mañana haré un mejor trabajo.

Poppy se quedó quieta, su corazón estaba contraído por lo que acababa de escuchar. No podía ignorar los detalles que Will tenía con ella, incluso desde antes de que contrajeran matrimonio. Sus palabras de aliento cuando más las necesitaba estaban grabadas en su memoria, y en su pecho, incluso cuando no podía replicarlas. Sin embargo, no interpretó nada de aquello como perdón.

A su favor podía decir que llevaba cerca de una década convenciéndose a sí misma de que Will jamás podría perdonarla por su abandono. *«¿Estaría él diciendo la verdad? ¿Veía esta en sus actos? Quizás».*

Incluso creyéndolo molesto, Will no trataba a nadie como a ella. Así mismo, él lo abandonó todo por llevarla a salvo a Edimburgo, renunció a su tranquila vida de soltero para darle un hogar. A pesar de ello, Poppy no podía estar por completo convencida de sus palabras.

* * *

Temprano esa mañana, Lucy y su madre irrumpieron en el internado, como hacían varias veces a la semana. Debido a que Poppy jamás tuvo un hogar del cual ocuparse, su querida suegra se tomó a pecho la tarea de educarla en la materia. Esa mañana, a portas de Nochebuena, se ocupaban de las decoraciones del inhóspito internado.

—Hemos traído algunas de nuestras guirnaldas, para darle un brillo diferente al lugar.

Lucy le entregó una canasta rebosante de ramas verdes, piñas de pino, guirnaldas de naranjas secas, bayas de acebo y listones de un rojo brillante.

—Debiste haber pasado por Harland el fin de semana, los niños y la señora Norris pasaron la tarde del sábado armando algunos adornos para el pino de navidad. Hubieras fabricado algunas para decorar aquí.

—¡Ahora nos ocuparemos de eso!

El grupo de mujeres se congregó en el salón de clases. Poppy tomó la tarea de pintar tarjetas con escenas invernales, Lucy de armar un centro de mesa con velas, ramas y piñas. Mientras la señora Rochester apuñalaba naranjas con pequeños clavos de olor. Rápidamente, el lugar se inundó de deliciosos aromas.

—Maud —llamó la última, limpiando el jugo de naranja de sus dedos—, ¿podrías decirle a mi hijo que venga un momento?

La sirvienta asintió y se precipitó por el corredor. Minutos más tarde, regresó.

—El señor está ayudando a cargar el carruaje con las pertenencias de la señora Floyd.

—Pero ¡qué! —exclamó la mujer—. ¡Lo olvidé por completo! ¿Acaso ella ya partió?

—No, está ordenando sus últimas pertenencias en su habitación.

—Por favor, déjale saber que estamos aquí. Que no se le ocurra marcharse sin despedirse.

El estómago de Poppy se hundió dentro de ella. No lo había olvidado, pero la distracción ofrecida por las recién llegadas, le ayudaron a desviar sus pensamientos del hecho. La joven continuó pintando, pero su mente gravitaba alrededor de la señora Floyd.

La noche anterior, William le aclaró el motivo de su renuncia parcial, y la entendía, tenía sentido. Pero, esta la obligaba a distanciarse más de su querida amiga, y a tener menos oportunidades de ganarse su confianza.

—¡Edith! —saludó la señora Rochester, sobresaltando a la pelirroja con la energía de su voz—. ¿Ya se va?

—Sí, la señora Scott me espera.

Edith Floyd se encontraba a los pies de la puerta del salón, seguida por la alta figura de Will. Poppy quiso recordar su primer día de clases allí, como alumna y con la señora Floyd siendo su maestra. Sin embargo, esos recuerdos ya habían desaparecido de su mente.

Will se adelantó por el salón, hasta llegar junto a Poppy. Este estudió sus tarjetas pintadas con acuarelas. Las figuras eran casi abstractas, ya que la joven planeaba repasar los detalles con lápices de madera. La escena retrataba una cabañita hundida en la nieve y rodeada por frondosos pinos.

—Señora Floyd —dijo Lucy—, usted y la señora Scott nos acompañarán esta Nochebuena, ¿verdad?

—Por supuesto, hemos recibido su invitación, señora Harland.

—Me alegra. Extrañaremos verla por aquí.

—El sentimiento es mutuo.

Lucy se acercó a tomar las manos de la mujer, y su madre imitó la acción. Poppy se puso de pie con lentitud. No sabía si el gesto sería bien recibido. Mientras esperaba su turno, Will le dio un rápido apretón en el hombro, para transferirle coraje.

La pelirroja se acercó a la mujer.

—Mi querida niña —dijo la señora al tomar las manos de Poppy—, he sido dura contigo, quizás más de lo que merecías. Aun así, espero que puedas visitarme seguido, ¿sí?

Poppy asintió, incapaz de hablar, ya que sabía que su voz se rompería. En su lugar, se abalanzó sobre ella y la abrazó, aspirando su conocido y reconfortante perfume.

—Ya, ya —dijo la señora Rochester—. Solo se muda a diez minutos camino arriba, se verán a diario tras el invierno, estoy segura.

—Puede que sea un cambio pequeño para ti, madre, pero nosotros estábamos acostumbrados a contar con la presencia de la señora Floyd a diario.

Poppy volteó a ver a Will, que las observaba con los brazos cruzados sobre su pecho.

«Sin la chaqueta, y con aquel suéter de lana azul, los hombros de Will lucen particularmente anchos», pensó su esposa.

—¡Pero mira quién también está afectado por la partida de la señora! —rio Lucy.

Will la ignoró.

—Ya es hora de que me vaya —anunció la anciana—, pronto comenzará a nevar y debemos aprovechar que el camino está despejado.

* * *

El martes, en la víspera de Navidad, los Rochester se dirigieron en carruaje a la mansión Harland. La invitación había sido extendida a todos los integrantes del internado, sin embargo, el servicio declinó la invitación, ya que estos pasarían Nochebuena con sus respectivas familias.

En la mansión, los recibió una eufórica Lucy, quien iba de salón en salón repasando los últimos detalles. Esta los guio hasta la sala, donde los esperaba una humeante tetera con té de menta.

En una mesa cerca del rincón estaba montado el pino navideño, decorado con velas, nueces doradas, figuras de madera, medallones de papel brillante, y una infinidad de pequeños ornamentos.

El calor de la chimenea intensificaba la danza de aromas.

Tras recuperar el calor en los huesos, Poppy subió a prepararse para la cena. Su limitado guardarropa no le permitía variar mucho en sus atuendos, pero por costumbre intentaba no usar su mejor vestido para llevarlo en ocasiones especiales como esta. El vestido verde esmeralda que no utilizaba desde el verano se ajustaba a su figura, quizás demasiado. Había ganado peso desde entonces. No mucho, pero el suficiente para que las costuras bajo su axila le incomodaran. En realidad, comenzaba a recuperar su peso normal, que perdió debido al asedio del doctor Carmine.

La muchacha pensó en ajustar los cordones de su corsé, pero ya se sentía lo bastante incómoda sin someterse a dicha asfixia. Su periodo llegó esa mañana y con este la realización de que su encuentro íntimo con Will, tres semanas atrás, fue infructuoso.

Para Poppy era un alivio no estar embarazada, no obstante, tenía la duda si aquella era una información que debía compartir con Will.

«Se casó conmigo por nada», pensó la joven. Quizás Will había accedido a la orden de su tío debido a la probabilidad de haberla embarazado. *«¿Cómo reaccionaría cuando lo supiera?»*

Un par de noches transcurrieron desde su conversación en la oscuridad de su recámara, y no mucho cambió desde entonces. Era Poppy quien evitaba a Will, incapaz de darle un orden coherente a sus pensamientos.

Will le dijo que la perdonó hace años, y eso le daba a entender a qué se refería al hecho de haberse marchado a Canadá, rompiendo su compromiso. Sin embargo, ¿qué pasaba con lo ocurrido recientemente? ¿La perdonaba también por mentirle respecto al doctor, o se encontraba en deuda?

Poppy meditó al respecto mientas peinaba su cabello en un intento de Pompadour suave. En cuanto estuvo conforme, estudió su apariencia, un tanto indecisa sobre ajustar o no su corsé a la altura del pecho.

«Sí, solo un poco». Sin embargo, las manos de la joven no llegaban a esa altura.

Mientras se debatía en tirar la campana de servicio o quedarse así, Will entró en la habitación.

—Creí que ya estarías lista.

—Lo estoy, solo necesito ajustar esto, ¿podrías ir por Lucy?

—Puedo hacerlo yo mismo.

Will cruzó la habitación hasta ella. Sus ojos la recorrieron de forma sutil, deteniéndose en sus hombros pecosos.

Poppy le dio la espalda de inmediato.

—Debes ajustar la parte superior, con cuidado.

A través del espejo lo vio asentir, con la vista fija en ella. Will tomó los cordones de la prenda, soltando y ajustándolas, antes de tirar. Tenía el ceño fruncido por la concentración, haciendo que sus ojos lucieran oscuros.

A Poppy se le erizaba la piel al tenerlo tan cerca, al sentir como su respiración acariciaba la piel desnuda de su espalda. En momentos como aquel, le entraba unas ansias inmensas de besarlo como antes.

—¿Así está bien? —preguntó Will, regresando a su metro noventa.

La muchacha cuadró sus hombros, y respiró hondo para restaurar su respiración.

—Ajusta un poco la cintura, por favor.

Will volvió a asentir y obedeció. Dio un leve tirón, obligándola a afirmarse del borde del tocador frente a ella.

—¿Fue demasiado? —volvió a preguntar él.

—No, así está bien.

Will amarró los cordones en un nudo y se incorporó. Su mirada la encontró en el espejo. Su boca se curvó en una leve sonrisa, pero esta no llegó a sus ojos, los cuales brillaban oscuros y perversos.

Poppy volvió la mirada a su propio reflejo. Estaba ruborizada, sus labios entreabiertos, y el castaño de sus ojos era apenas perceptible. Lucía tan agitada como se sentía. La muchacha pensó en girarse lejos de él, para vestirse lo antes posible, pero notó las manos de Will en su cintura.

Él continuaba mirándola.

—Te lo agradezco —contestó Poppy, controlando el temblor en su voz.

«Un beso, ¿sería una mala idea?»

—No hay problema. —Will se aclaró la garganta, y la dejó ir.

Poppy tomó su muñeca y la devolvió a su cintura sin despegar la vista de él en su reflejo.

Will dudó un momento mientras ella acariciaba el dorso de su mano, pero finalmente se inclinó para besar la piel sensible de su cuello.

La joven soltó una respiración ahogada al sentir sus labios y la comezón de su barba. Sus rodillas estuvieron a punto de ceder. Las manos de él se deslizaron por la seda de su corsé, hasta llegar a la parte superior de sus pechos. Will introdujo una mano dentro, apretando su pecho al desnudo, provocándole una punzada directo a su entrepierna, mientras que llevó la otra hasta su cuello y mentón, guiando su boca a la de él.

El beso fue hambriento, al punto de que Poppy olvidó como respirar.

Will giró a la muchacha en su dirección, y levantó sus brazos para que lo envolviera por el cuello. Poppy obedeció como una marioneta, mientras que él la levantaba por las caderas para depositarla sobre el tocador.

—No imaginas cuanto extrañaba esto —murmuró Will contra sus labios.

Poppy estaba de acuerdo, nadie besaba como Will.

* * *

William

La joven lo detuvo cuando llevó la mano a su entrepierna.

—Es suficiente, Will —dijo la pelirroja, con inesperada severidad.

Will no pudo negar que le encantó. Asintió, como un muchacho ejemplar, pero fue incapaz de retroceder sin antes recuperar el ritmo de su respiración y acomodar la rigidez en su pantalón.

Poppy bajó del tocador y se giró hacia el espejo, presionando su trasero contra él, en un gesto distraído. Will contuvo un gemido ante el roce y dio un paso atrás. Su esposa revisó su reflejo, en busca de alguna marca delatora en su cuello. Este no era el caso.

—Tendré que volver a peinarme —murmuró Poppy, para sí misma.

Will esperó otro instante a que Poppy lo mirase, o le diera alguna pista sobre lo que había pasado momentos antes.

«¿Qué esperaba? ¿Una calificación?», se regañó a sí mismo por su idiotez.

Will corrió los dedos por su corto cabello con frustración, antes de comenzar a prepararse para la cena.

* * *

A lo largo de la comida, Will buscó a Poppy con la mirada en todo momento, entre cada bocado, pero ella parecía evitarlo.

La atención de la mesa estaba puesta sobre las señoras Scott y Floyd. La primera jamás los había acompañado en Nochebuena. La mujer les explicó que sus hijos suelen invitarla a York por las festividades, pero en dicha ocasión ella insistió en quedarse y acompañar a su buena amiga, y ahora compañera de casa.

Para sorpresa de todos, la anciana Edith Floyd lucía radiante. Siempre fue una mujer habladora, pero esta vez sus comentarios estaban por completo desprovistos de críticas camufladas. Era evidente que el cambio de hospedaje le sentaba bien.

A Will le resultó entristecedor saber que ella había sido miserable bajo su techo, pero se alegraba al saber que ahora estaba en un lugar que la hacía feliz.

Tras comer, el grupo se dirigió a la sala de estar.

Will quiso sentarse en el lugar vacío junto a Poppy, pero el pequeño Aspen fue más rápido y le arrebató el puesto, obligándolo a sentarse en el extremo opuesto de la sala.

—Algo curioso llegó a mi puerta esta mañana —anunció su madre—. Inesperado se le queda corto, si les soy sincera. Tal parece que la visita de mi hijo y esposa a Edimburgo surtieron efecto en mi hermano, quien después de casi ocho años vuelve a escribirme.

—¿Tío Cunningham? —preguntó Lucy.

Will quiso burlarse de ella como un crío. *«Claro que se refería a él, ¿acaso su madre tenía otro hermano que él no conociera?»*

—¿Qué te dijo? —fue el turno de Will de alimentar el discurso de su madre.

—No mucho, nos deseó felices fiestas y me comentó de su estadía en Italia. A ti también te escribió, William, pero el cartero dejó tu misiva en nuestra casa.

Aquello no era una sorpresa. Su madre solía convencer al cartero de dejar su mensajería en la cabaña, para tener una excusa de atraerlo allí cuando deseaba hablar con él.

La mujer rebuscó en su bolso y sacó una carta cuadrada y con cera gris marcada con el sello del anillo de su tío.

—Aquí tienes. No seas tímido y dinos que dice.

Will meditó la idea de abrirlo más tarde.

—Ya que mi hermano recibió su primer regalo, no veo por qué el resto deberíamos esperar a recibir los nuestros. —Lucy se puso de pie y fue hasta el pino, iluminado con decenas de velas y adornos—. Ivy y yo preparamos algunas sorpresas para ustedes.

Ambas tomaron algunos adornos del árbol y los depositaron en una bandeja de plata, luego recorrieron la habitación haciendo que cada uno tomara uno de este. Cuando fue su turno, Will vio que se trataba de nueces doradas.

Will sonrió al tener la nuez envuelta en filme dorado en sus manos, los recuerdos de la infancia llegaron a él cómo un abrazo cálido, junto con la absurda curiosidad de saber qué pequeño tesoro se ocultaba dentro.

Tiznando sus dedos con polvo dorado, Will separó ambas cáscaras y una figurita de madera cayó en su mano: un pequeño búho de madera, tan diminuto como una de las falanges de sus dedos. Él admiró los detalles del plumaje de este, y la dificultad de tallar un trozo de madera así de pequeño.

—¿Cuál le tocó, tío? —Los pequeños de la casa se encontraban frente a él—. Aspen recibió un perro, muéstrale.

El pequeño levantó las manos en su dirección, cargando con cuidado una figurita de un can semejante a un Beagel.

—Y yo —continuó Ivy— obtuve una oveja. Aspen dice que eso significa que a él le regalaran un perro, pero a mí me parece inaceptable que me den una oveja. No sabría cómo cuidarla, y mi madre jamás dejaría que se quedara en mi cuarto.

—Lucy no permitiría que te dieran una. Eres un peligro, Ivette.

La pequeña sonrió con malicia.

Aspen trepó al asiento y tiró de su camisa para ver el búho que Will tenía en su mano.

—¡Un pájaro!

—¡Es una lechuza, Aspen! —lo corrigió, erróneamente, su hermana de siete años.

—Tío, ¿qué harás con una lechuza en el internado?

—Me dejará jugar con ella, ¡cuando vaya a clases en febrero!

—Entonces yo también quiero ir al internado.

—Es para señoritas, Aspen…

William se puso de pie, para dejar a los niños discutir a solas. Poppy volvía a estar acompañada, esta vez por su hermana, quienes comentaban la emoción de Ivy por unirse al internado y convivir con más niñas de su edad.

Poppy lo miró un momento, y luego apartó la mirada, como si hubiera recordado algo desagradable.

«¿Hice algo mal?» se preguntó Will.

Le ofreció su ayuda, y pese a las ganas que tenía de abrazarla tras ajustar los cordones de su corsé, él se apartó. Fue ella quien lo atrajo hacia sí misma. Tal vez ella esperó eso, un abrazo, y no el desplante que él tuvo.

«¿Alguna vez haría algo bien?», se increpó mentalmente.

* * *

Poppy

Pese a la obscena cantidad de azúcar que los niños consumieron, no pudieron resistir mucho pasado su hora de irse a la cama. La señora Rochester también se retiró a su cuarto, debido a un malestar estomacal.

Poppy no se sentía cansada, pero sí melancólica. No podía dejar de pensar en Minnie y sus tíos, las tranquilas Navidades en Canadá. *«¿Acaso jamás se conformaría con lo que tenía? ¿Estaba condenada a siempre mirar atrás?»*

La pelirroja se centró en la magnífica habitación frente a ella, rodeada de personas que formaban parte de su familia, incluso antes de que lo fueran legalmente. Lucy y Ernest sentados cerca del fuego, tomados con disimulo de la mano, mientras este contaba una tétrica historia de fantasmas. La señora Floyd y su querida amiga, quienes se daban apoyo mutuo mientras escuchaban el cuento.

Aquella era la noche más larga y fría del año, por lo tanto, la más aterradora.

Cuando era pequeña, en uno de sus ataques de curiosidad en la biblioteca, dio con un pasaje de un libro cristiano donde se leía que Jesús en realidad había nacido en el verano, y no en esa fecha. Jamás resolvió aquel conflicto de información, pero de cierto modo, lo entendía. Llevar el natalicio de Jesús a la noche más larga del año, le daba un brillo esperanzador, una oportunidad de celebrar y no temer. Como también un intento de la iglesia de mezclar sus creencias con la de los nativos celtas.

—… la caja de música se abrió lentamente, pero de esta no emergió la melodía suave que todos esperaban, sino una serie de indescifrables susurros, en tantas lenguas como las había… —relató el señor Harland.

Poppy decidió poner poca atención a su historia debido a que se asustaba fácil. Era la única en la habitación que estaba sentada sin compañía, y su asiento le daba la espalda al oscuro corredor. Sentía que en cualquier momento una helada y fantasmagórica mano la tomaría por el cuello y la arrastraría hasta la tumba.

La muchacha se removió en su asiento, atrayendo la mirada de Will.

Su esposo escuchaba la historia desde el rincón más alejado del fuego, acompañado de su padre. Entre estos había un asiento vacío que llamaba a Poppy, pero la muchacha estaba demasiado aterrada como para ir hasta allí. Si se ponía de pie, el ente tras ella la perseguiría si no llegaba al sillón a tiempo.

Will hizo un gesto para que los acompañara, pero ella se negó. Él continuó escuchando la historia con la mirada fija en el pino navideño. La luz caída de las velas bañaba el costado de su rostro, marcando sus facciones, la suave curva de sus párpados, su nariz recta, y tiñendo de dorado su cabello oscuro.

—… fue el grito del más pequeño del grupo el que rompió los susurros de la caja. Zacharias tomaba su cabeza entre sus manos, con las uñas hundidas en su propia piel, mientras que un grito rasgaba su garganta…

Poppy volvió a centrar sus pensamientos en otra cosa. Lo que fuera. El regreso a clases, las plantas que se marchitaban en el invernadero, la cajita de música que descubrió en el sótano cuando acompañó a Maud en busca de una silla para su sala de estar…

«Basta, Poppy Eliza Rochester, Basta ya».

El movimiento en el rabillo de su ojo derecho la sobresaltó. Se giró de inmediato y vio a

Will dar la vuelta al sillón para sentarse junto a ella. Este estiró el brazo por el respaldar del asiento, proporcionándole una barrera de la oscuridad del pasillo.

Los hombros de la muchacha, los que no había notado tan tensos, se relajaron.

Notó como el resto del grupo ocultaba una sonrisa cómplice.

—…el pequeño Zacharias era el único que entendía los lamentos provenientes de la caja musical, el desconsuelo de aquel plañido. Las voces le relataban los horrores más sangrientos y crueles…

La joven apretó con fuerza sus manos sobre su regazo.

—¿Quieres que nos retiremos ahora? —susurró Will en su dirección.

Poppy negó.

—Sería maleducado hacerlo antes de que el señor Harland termine su historia.

—Ernest sabe que se está excediendo en su relato. Lo tiene merecido.

La joven sonrió, y vio como la comisura del labio de su esposo también tiraba de la suya.

—¿Qué obtuviste en tu nuez? —preguntó Will, distrayéndola.

Ella rebuscó en su bolso de mano y sacó la figura.

—Un conejo, ¿y tú?

Will le arrebató su pequeño obsequio, y le dio el suyo: un búho con mirada estricta.

—Me quedaré con este —anunció él, guardando el conejo en su bolsillo.

—Eres un patán —respondió la joven, guardando también su búho.

De repente, la historia del señor Harland ya no le pareció tan atemorizante.

33

Poppy

Para el alivio de todos, Ernest acabó su historia. El señor Rochester padre quiso contar una de las suyas, pero su audiencia estaba agotada, y era evidente que Poppy tuvo suficiente. En compañía de Will y una lámpara de gas, la muchacha subió hasta la habitación de invitados asignada a ellos.

Mientras William desataba el nudo de su corbata, y depositaba sus gemelos de plata sobre la superficie de la cómoda, Poppy se dejó caer en una de las sillas frente a la chimenea apagada.

—¿No vendrás a la cama? —preguntó Will. El brillo en sus ojos delataba que esperaba algo más de ella.

—Todavía no —contestó Poppy, sacando los prendedores de su cabello. *«Al besarlo, ¿abrió la puerta para retomar su relación previa? ¿Tenía sentido esperar que esta vez fuera diferente?»*

Will la observó con duda un momento, pero continuó quitándose los zapatos.

—¿Hice algo mal? —su tono era más bajo que antes.

Su estómago se contrajo al oírlo de esa manera.

—No… —En su voz existía más duda que certeza—. A veces creo que piensas mucho, pero dices muy poco en comparación.

—¿Acaso eso no es normal?

—Depende de la persona, muchos hablan más de lo que piensan. O hablan sin siquiera contemplar lo que dirán. A veces los envidio.

Will dejó de lado lo que hacía, para depositar su completa atención en ella.

—¿De eso se trata? Si tienes algo que decirme, hazlo. Lo que sea, Poppy.

La joven blanqueó los ojos.

—Eres tú quien debe decirme más, William. Dices que hace años me perdonaste, pero aquello no hace otra cosa que alimentar cientos de dudas en mí. ¿Realmente lo hiciste? ¿Qué pasa con lo ocurrido hace semanas? ¿Podrás perdonarme por ocultarte lo ocurrido con el doctor? —Poppy se detuvo un momento a recuperar la respiración, antes de continuar—. Te abandoné, te mentí, de alguna forma te obligué a unirte a mí, y a todos los problemas que me persiguen. No te culpo por tomar tu tiempo para procesar todo esto, solo necesito saber que lo que me dijiste hace meses no es cierto, y que sí podrás perdonarme.

Descalzo, Will fue hasta ella. Poppy pensó que se arrodillaba, pero en realidad acercó un apoyapié y se sentó sobre este, quedando por debajo de su altura.

—No sé por dónde empezar —Will tomó su mano y fijó su mirada en esta—. Tienes razón, pienso demasiado y digo muy poco. Debí decirte, a tu llegada, que entendía tu partida a Canadá, aunque me haya destrozado en cuerpo y alma, lo entiendo. Desearía que me hubieras escrito, pero yo también pude hacerlo, robar tu dirección de Lucy, pero la amargura me detuvo y esa es *mi* culpa.

»Respecto al doctor, debí permitir que depositaras tu confianza en mí, en lugar de imponer límites absurdos. Cuando me enteré, parte del enojo era conmigo mismo, por no darme cuenta de que algo pasaba, o tal vez por notarlo y no hacer lo suficiente.

Will respiró profundo, antes de retomar sus palabras.

—Te vi decaer semanas antes, y lo malinterpreté como cansancio, debido al peso de las clases y las noches en vela juntos. Jamás imaginé lo que enfrentabas. —Su mirada se encontró al fin con la de ella—. Quisiera que, desde ahora en adelante, confíes en mí lo que sea que te inquiete o lastime, Poppy. Lo que sea, porque es mi obligación como tu esposo, amigo y compañero apoyarte y solucionarlo juntos.

—Lo haré… —susurró ella, incrédula de estar al fin oyendo la respuesta a sus dudas.

—No seré ingenuo y asegurar que me he ganado tu confianza, porque reconozco que te he decepcionado antes, pero necesitamos darnos la oportunidad de avanzar.

Poppy asintió. Había mentido y ocultado sus emociones por tanto tiempo, que olvidó como externalizarlas.

—Por último, no sé cómo llegaste a la conclusión que alguien tan cabeza dura como yo podría ser obligado a hacer algo que no quiere —Will resopló con humor—. Nadie me forzó a casarme contigo, Poppy. Ya había decidido hacerte mi esposa, incluso antes de la tarde del robo. Incluso mi madre pudo ver lo que siento por ti. Me faltaron agallas para pronunciar las palabras, y continué creando excusas para demorar la propuesta, porque me aterrorizaba que dijeras que no, o que alguien volviera a alejarte de mí.

—Y casi acaba ocurriendo, otra vez.

—Quizás ahora entiendas lo aturdido que me sentí en ese momento. Reconozco que reaccioné como un imbécil, y que no debió tomarme más de un minuto creer en ti, pero soy un imbécil orgulloso.

Poppy rio, sus mejillas tiraban y sus ojos ardían al contener lágrimas que surgieron sin previo aviso.

—Creí que tu tío te convenció de hacerlo, él me dio a entender que…

—Él solo me hizo ver lo estúpido que estaba siendo al dejarte allí. No hubiera resistido una semana lejos, antes de regresar por ti a Edimburgo. Él me ayudó a acelerar el proceso.

Will atrajo a Poppy hacia él en el apoyapié, quedando a horcajadas sobre sus piernas. Llevó la mano libre hasta su rostro. Él acarició su mejilla, nariz, labios y mentón, antes de tomar uno de sus mechones entre sus dedos. Los labios de la chica temblaban por besarlo.

—No pensé que después de como actué fueras capaz de aceptarme como esposo —confesó él—. Admito que me aproveché de tus circunstancias para que me aceptaras, en eso Lucy no se equivoca.

Poppy sintió una sensación fría llegar a sus hombros.

Se alejó de él de inmediato, poniéndose de pie.

—¿Es por eso que te acostaste conmigo? ¿Para atarme a ser tu esposa? —Súbitas náuseas ardieron en su pecho.

Will frunció el ceño, aparentemente descolocado por la dirección que tomó la conversación.

—¡Por supuesto que no! Yo habría estado perfectamente satisfecho con nuestra dinámica, si esta hubiera sido suficiente para ti. Si pasó lo que pasó, no fue con ninguna segunda intención de por medio.

—¿Estás siendo sincero?

—¿Por qué mentiría? —preguntó herido.

Will tenía razón. Ella estaba confundiendo el actuar del doctor con el de Will. Eso era inaceptable.

—Lo lamento —se disculpó la chica, volviendo a su asiento, y lamentando haber causado

la tristeza que cruzaba por la mirada de Will en ese momento—. Es evidente que me encuentro a la defensiva con el tema, no debí dudar de ti. De todas maneras, no hubiera dado frutos, porque mi periodo llegó esta mañana.

—¿No estás embarazada?

—Me temo que no —Poppy tragó, y estudió la expresión del hombre frente a ella—, ¿cómo te hace sentir esto?

—Un tanto aliviado, la verdad. —Su honestidad sorprendió a la pelirroja—. El otro día, la señora Floyd me dio un discurso enumerando las razones por las que era inaceptable criar un bebe en un internado.

—Me gusta el internado.

—A mí también, pero estoy seguro de que nos gustará menos cuando los gritos de las niñas se mezclen con el llanto del bebe. Necesitamos un lugar propio. Quizás pueda pedir un préstamo, conseguir una casa pequeña en el pueblo, o remodelar alguna de las cabañas abandonadas de las tierras de mi padre. Podría ocuparme del internado desde allí…

—No te adelantes, te dije que no estoy embarazada.

—Solo estoy soñando en voz alta, con una casita, un jardín lleno de flores, una biblioteca llena de libros…

Poppy capturó su rostro entre sus manos, admirando el brillo dorado de sus ojos creado por la luz de la lámpara. Extrañaba a ese Will, la parte dulce que solo reservaba para ella. Semanas atrás, creyó haberlo perdido para siempre, bajo un cerro de duro resentimiento, pero allí estaba, planeando un futuro junto a ella, pese a todo.

—Diez años atrás, ¿nos imaginaste juntos otra vez?

—Nunca pensé que tendría tanta suerte.

Poppy lo besó con ternura, sintiendo con detalle la suavidad, textura y calor de sus labios. Will tiró de ella, para regresar a la posición de la que ella había escapado, sentada sobre sus piernas. El grosor de su atuendo le impedía sentir la temperatura de Will a su alrededor.

—Will, respecto a lo que dijiste antes —ella deslizó la mirada por su rostro confundido —, acerca de que tu madre ve lo que sientes por mi —susurró, con el pulso latiendo por todos lados.

—¿Sí? —Lo vio tragar con dificultad.

—Es justo que sepas, que yo siento lo mismo por ti. Que nunca dejé de hacerlo. —Poppy lo pensó un momento, mientras mordía con fuerza su propio labio. La mirada de Will estaba fija sobre ella—. Quizás te odié por algunas horas de camino a Edimburgo, pero eso no cambió lo que siento, aunque en esos momentos desee que así fuera.

—¿Me amas?

—Sí —Poppy quería decirlo, pero sus cuerdas vocales no cedían. Había leído la palabra cientos de veces, en novelas, en la biblia, pero no era capaz de pronunciarla. Sus ojos ardieron por la rabia y vergüenza, pero vio que Will sonreía, radiante como pocas veces lo había visto.

Antes de que llegara a preguntarle acerca de su sonrisa, o que él dijera lo que ella no había sido capaz de decir, Will la abrazó con fuerza y la besó como nunca antes.

* * *

William

En la gélida mañana del veinticinco de diciembre, mientras todos desayunaban en la mansión Harland, recibieron las invitaciones del baile de invierno organizado por los Lackenby.

A Will no le importó como antes el sonido de aquel apellido. Él había pasado una noche fantástica durmiendo junto a Poppy, protegiéndose mutuamente del frío, charlando y besándose como en los viejos tiempo. Will no recordaba el momento en que se durmió, pero al despertar, Poppy continuaba entre sus brazos, y ella lo amaba. Amaba al malhumorado hombre que él era. Lo amaba, quizás tanto como él la amaba a ella, si es que cantidades y comparaciones existían en aquel contexto.

El estupor por la inesperada invitación llevó a todas las conversaciones a girar en torno a esta. Mientras tanto, Will, con perfecto disimulo, intercambió asientos con la señora Scott para sentarse junto a Poppy. Comían *scones* con mermelada de naranja, y se tomaban de la mano por debajo de la mesa.

—¡Iremos, por supuesto! —vociferó Lucy, a toda la mesa.

Will ojeó la cartulina brevemente, antes de entregársela a su hermosa esposa.

—¿Lo que leo es cierto? —su madre sonaba ofendida—. ¡Es el próximo martes! ¡Año nuevo ni más ni menos! ¿A qué se deberá la premura del evento? ¿Sabe algo, señor Harland?

Este asintió antes de contestar.

—George Lackenby me comentó la idea hace unas semanas. Él y su esposa están esmerados en encontrar una prometida para el joven Thomas, pero este se negaba a participar en el trato. He de suponer que cambió de opinión.

Will escondió una sonrisa. Podía estar al borde de la locura, pero le gustaba adjudicarse la idea de que su matrimonio con Poppy acabó con las esperanzas del joven Thomas.

Un apretón en su mano lo llevó a centrar su atención en su esposa. Esta lo miraba con sus brillantes ojos marrones y una silenciosa pregunta que le tomó un segundo descifrar. Will asintió, dándole a entender que, si ella deseaba atender a la fiesta, él la acompañaría. Pese a que no era un ambiente que prefiriera o se sintiera cómodo, Will quería acompañarla donde ella quisiera ir con él.

—Supongo que los tortolitos también irán —dijo Lucy, desde su extremo de la mesa.

Will no se había dado cuenta de que continuaba mirando a Poppy, mientras esta bebía de su té.

—Iremos.

—Poppy, querida, ¿has pensado en qué usaras? —preguntó Lucy, intentando no sonar maleducada. Quizás la pregunta no era la ideal para ser formulada frente a tantas personas, pero en el grupo estaba la confianza para hacerlo, sabiendo que Lucy jamás intentaría ofender a su amiga—. Tengo uno que podemos modificar para que uses este domingo, estoy segura de que te encantará.

Will hubiera deseado ser más atento con ella, tener el dinero suficiente para llenar su armario de los más hermosos vestidos y joyas, pero por el momento, aquello no era una posibilidad. Quizás cuando su tío lo obligara a asumir su puesto en la compañía, podría darle a Poppy una vida llena de lujos.

Lo último le hizo recordar el sobre sin abrir en el bolsillo interior de su chaqueta. Su tío le advirtió que recibiría noticias de él, pero no esperó que fuera tan pronto.

* * *

De regreso en su despacho, Will leyó el breve mensaje de su tío. En este se leía una corta felicitación por las fiestas, el deseo de que su familia estuviera bien, y la fecha y lugar de su cita con su abogado, el señor Foster. Will no se alertó por lo último. La mañana en que el juez lo casó

con Poppy, su tío le había pedido que también firmara algunos documentos donde se legalizaba a Will como el futuro heredero de la compañía y propiedades. Estos no tomarían lugar hasta la muerte del señor Cunningham, o hasta que él lo dispusiera, por lo que tenía tiempo para hacerse a la idea de regresar a su antigua vida.

* * *

Los días que siguieron la Navidad, pese a las incesantes nevazones, estuvieron marcados por una atmósfera cálida y acogedora. Los días eran cortos, pero Will se las arregló para mantener su rutina diaria, visitando el pueblo para estar al tanto de noticias del doctor, y para pasar más tiempo con Poppy.

Su adorada esposa pasaba el día confinada en su sala de estar. Will pensó que quizás lo hacía para mantenerse alejada de él, pero con su reencuentro supo que en realidad ella preparaba las clases para el regreso de las muchachas. Faltaba todavía un mes para que estas volvieran, y Poppy tenía todo un semestre planificado.

Will tomó nota de algunas de las actividades para ponerlas en práctica en sus lecciones, y adoptar su metodología más didáctica al enseñar. Quizás de esa manera, sus pupilos no encontrarían sus clases tan tediosas, y sería una buena forma de demostrarles el lado entretenido de la historia mundial.

La mañana del viernes fueron invitados a almorzar a la cabaña de sus padres. Salían del internado, ataviados con sus gruesos abrigos, guantes y bufandas cuando Poppy recordó que no había cerrado apropiadamente la puerta del invernadero. Por supuesto, Will la acompañó, y pronto la tarea se transformó en un paseo por los jardines níveos. Alargaron su regreso, disfrutando de la suave caída de la nieve, el débil brillo del sol a través de las densas nubes y bebiendo los copos derretidos de los labios del otro.

Estaban tan a gusto paseando, que Will intentó convencer a Poppy de continuar y no llegar jamás a casa de sus padres. Por supuesto, Poppy no estuvo de acuerdo con su propuesta.

Will hizo su mayor esfuerzo de participar en la conversación.

Pese a ser callado, tenía fuertes opiniones sobre todo lo que su familia debatía, y ahí nacía la raíz de su frecuente silencio: cuando él opinaba algo, Lucy o su madre no hacían otra cosa que intentar convencerlo de cambiar de opinión. Y la conversación se transformaba en un agotador debate de quién tenía la razón. Sin embargo, la presencia de Poppy obligaba a todos a comportarse de mejor manera.

* * *

El lunes, el joven matrimonio tomó el carruaje hasta la ciudad de York para hacer algunos recados, entre estos, encontrarse con el abogado del señor Cunningham.

Al detenerse en una estrecha e inclinada calle, Poppy estudió su reflejo en un pequeño espejito que sacó de su bolso. Tenía los labios enrojecidos por la sesión de besos que tuvieron en la hora de camino. Will esperaba que su apariencia no lo delatara tan abiertamente.

La noche anterior, los abrazos y besos tomaron un camino más apasionado de lo previsto. Will estuvo a punto de perderse en ella, cuando Poppy lo detuvo.

Entre tantas conversaciones habian acordado que en el futuro querían hijos. En la mente de él tres o cuatro niñas, pero no era preciso apurarse. La prioridad de Will en ese momento era tener estabilidad económica para ofrecerle lo mejor a su familia, y para esto debía sacar a flote el

internado. Mientras que Poppy aún no se sentía preparada para tal responsabilidad.

Según sus propias palabras, ella continuaba en un estado mental que la preparaba a huir en cualquier momento, y si iba a ser madre, prefería tener la oportunidad de hacerlo en un momento en que se encontrara tranquila, sin amenazas respirándole en la nuca. Tal vez, cuando todo estuviera resuelto, podrían intentarlo con más entusiasmo.

Tras un último beso en la privacidad del carruaje, bajaron a la vereda frente a la consulta de un oculista.

No fue una sorpresa para nadie descubrir que la vista de Will era el motivo de sus frecuentes jaquecas, por lo que le recetaron gafas. Al enterarse, Will sintió como la edad le cayó encima como un balde de agua fría. Su vista comenzaba a deteriorarse, pronto sus músculos emblandecerían, sus huesos se harían más delgados, y su cerebro olvidaría tantas cosas…

Poppy lo trajo de regreso al presente con un fugaz beso en la mejilla.

Will miró a su alrededor en la calle adoquinada, había muchas personas, pero nadie se fijaba en ellos. Y si lo hacían, de poco importaba allí, donde nadie los conocía.

—¿A qué se debe? —preguntó, con los labios de Poppy aun hormigueando en su piel.

—Te ves muy apuesto con anteojos.

Con una sonrisa aun tirando de la comisura de sus labios, Will se despidió de su esposa. Mientras ella era conducida por el señor Cooper hasta la papelería más cercana, Will partió hasta su primera parada: la casa de correos de York. Will se presentó con el encargado, y pese a su edad, este lo reconoció de inmediato por su apellido y el inusual paquete a su nombre.

El anciano le tendió el grueso fardo de periódicos. Era una copia de cada una de las crónicas de ciudades y pueblos cercanos. Algunos eran breves y solo contaban con el sermón del domingo previo, alguna receta y un poema, mientras otros tenían varias páginas. Fue en los de Lincoln, York y Bradford que encontró el anuncio del doctor Carmine, buscando a Poppy.

Los restos de su sonrisa se extinguieron.

Era una pésima noticia que el doctor Carmine comenzara a reducir su búsqueda al norte, y específicamente a las ciudades más cercanas a Thorne. Will había albergado la esperanza de que, debido a la gran recompensa que ofreció, personas mal intencionadas aprovecharan la oportunidad de dar pistas falsas para otorgarse el dinero, y así el doctor perdiera tiempo o descartara Thorne por completo, juzgando la pista como una patraña.

Tal parecía que él o sus secuaces avanzaban rápido.

Will no le temía a la llegada de estos, porque no había nada que ellos pudieran hacer para separarlo de Poppy. Sin embargo, el temor de ella era que algún conocido se encontrara con el anuncio y la tildaran de promiscua, y así acabar con el buen nombre del internado. A él solo le preocupaba verla a ella tan nerviosa al respecto.

No paraba de repetirle que, si eso llegaba a ocurrir, no importaba, porque las personas importantes de sus vidas conocían la verdad. El resto solo serían habladurías, que perdurarían hasta que el siguiente escandalo llegara al pueblo. Y sobre la reputación del internado, ni hablar. Saldrían adelante sin importar qué.

Will desechó los periódicos ante la sorprendida mirada del cartero.

Pese a haberle prometido a Poppy ser más abierto con ella, no era capaz de cargarla con más preocupaciones. Cuando el doctor llegara, él se ofrecería a enfrentarlo y ahorrarle a ella tantos malos ratos como él fuera capaz.

Ajustando su sombrero, para que la fina llovizna de York no le cayera de pleno en el rostro, Will caminó hasta el hotel donde fue citado, esperando con todas sus fuerzas por buenas noticias.

* * *

Poppy

El camino de regreso a Thorne lo hicieron en sepulcral silencio, muy diferente al silencio de ida, entre besos y susurros. Poppy suponía que algo había ocurrido con Will en su reunión con el abogado de su tío, y por su expresión, ella temía lo peor. Había insistido un par de veces en saber que era, pero Will le dijo que prefería hablarlo cuando estuvieran en el internado, para poner en orden lo que le diría, pero que no se preocupara al respecto.

Eso no le produjo ni un ápice de calma.

Al llegar, Poppy fue a la cocina por algunos refrigerios para acompañar la dura conversación que estaba por venir. Will la esperaba deambulando de un rincón a otro de su despacho.

—William, debes decirme que pasa. ¿Tu tío está bien? ¿Qué ocurre? —insistió ella, depositando la bandeja en una esquina del escritorio.

El hombre asintió, sin detener su incesante andar.

—Sí, se encuentra de maravilla. Él continúa en Italia.

—¿Entonces? —Las manos le temblaban al servir el té.

—Su abogado me dio buenas noticias. Creo que lo son, al menos. —Will se detuvo, apoyó las manos sobre el respaldo de su silla de escritorio—. Sí, lo son.

Y continuó caminando.

—Dime que pasa, Will. Me estás poniendo nerviosa. Acaso, ¿llegó la hora de que nos mudemos a Escocia?

—No, por el momento, no. Se trata de otra cosa, dinero más bien. Mucho dinero —Will respiró hondo—. El señor Foster me ha traído una copia del estado de mi cuenta del banco de Escocia. Cuando dejé el lado de mi tío, dejé todo mi dinero ahí. Pensé que, si tocaba esos ahorros me lo sacaría en cara, pese a que fue el fruto de mi trabajo de varios años. Bueno, ese dinero continúa en mi cuenta y ha cosechado grandes intereses, en adición a algunas inversiones que olvidé que había hecho.

—¿Qué tanto dinero es?

—El suficiente para edificar una nueva ala para el internado, o para construir un hogar para nosotros.

Poppy se quedó muda. Debía ser una cantidad obscena.

Will acabó su marcha y se plató frente a Poppy, acariciando su barbilla con sus largos dedos.

—Estaba en mis planes remodelar una cabaña fronteriza, en nuestra propiedad. Está abandonada hace décadas, incluso desde antes que yo naciera. Quería decírtelo cuando tuviera el dinero suficiente para pagar a los trabajadores y comprar el material.

Poppy lo observó incapaz de hablar.

—Este es el momento, querida. Un lugar para nosotros. ¿Qué te parece?

—Me parece —la joven dudó un momento— inesperado.

—¿No te gusta la idea?

—Yo no dije eso.

—Está bien, Poppy. No debemos tomar una decisión de inmediato, el dinero no se irá a ningún lado. Podemos esperar a la primavera, donde será más fácil comenzar el trabajo de reconstrucción.

—¿Estás seguro de que es prudente invertirlo en una remodelación, en lugar del internado, Will?

—Si tuviéramos una cabaña, habría más espacio en el internado para dormitorios o salones de clase. Podríamos recibir una decena de alumnas nuevas. —Will se detuvo—. El dinero es suficiente para la remodelación, algunas mejoras en el internado e incluso nos sobraría para vivir cómodamente por un tiempo.

—¿Hablas en serio?

Will asintió.

—El señor Foster me hizo saber que mi propiedad en Regent Terrace, en Edimburgo, tiene interesados en comprarla y rentarla. Si accediera, asumiríamos otro gran ingreso. No tendríamos que preocuparnos jamás por el dinero, y todas las ganancias que genere el internado irían directo a mis padres. Aquello les solucionaría la vida.

—Dios mío, Will… —Los ojos castaños de Poppy recorrieron su rostro, analizando cualquier evidencia de que se tratase de una broma.

—Reconozco que es una noticia abrumadora. Lo mejor será ir paso a paso. Cuando el clima mejore, podríamos visitar la cabaña. Si te gusta, y si logras imaginarnos viviendo ahí, pues daremos el siguiente paso. Si no, consideraremos nuestras opciones, ¿sí?

Poppy asintió con energía.

Una cabaña, un hogar para ambos. Podría colgar sus pinturas en la sala de estar, merodear por la casa con el delantal manchado de pintura, el cabello despeinado sin sentirse juzgada o fuera de lugar. Decoraría la casa con los colores de sus flores favoritas, e incluso podría adornar una habitación para un futuro bebé, prepararse para tener su propia familia. Podría estar con Will a todas horas, no tener que esconder sus caricias y besos de la mirada curiosa de sus alumnas.

Will la observaba con atención, mientras ella se encontraba absorta en la infinidad de opciones que el futuro le ofrecía.

34

Poppy

Pese a que la fiesta de la familia Lackenby tomaría lugar del otro lado del pueblo, la expectación por esta era palpable incluso en el internado.

Lucy había pasado temprano a dejar el vestido que preparó para Poppy, dándole todas las indicaciones que su inexperta amiga necesitaría para aquella velada rodeada de la alta sociedad de la zona. Le advirtió que sería abrumador, pero valdría la pena. Su suegra estuvo de acuerdo con esto.

Al parecer, las relaciones con los antiguos inversores se habían roto debido a la introversión de Will, quien se negaba visitar a las grandes familias y se había obstinado con no depender de estas. Y pese a que él hacía un espléndido trabajo manteniendo a la institución a flote, lo hacía a duras penas. De acuerdo a la señora Rochester, era allí donde entraba el rol de Poppy. En la velada, Poppy se daría a conocer con las esposas de estos, y su trabajo era mantener esas relaciones a través de visitas e invitaciones.

—Estoy segura de que congeniaran. Dos de ellas son jóvenes londinenses. Deben estar ansiosas por encontrar nuevas amistades aquí en Thorne. —dijo la señora, buscando entre sus joyas las que fueran mejor con el vestido de la pelirroja—. Mañana mismo te refrescaré la memoria con la etiqueta de las visitas, las tarjetas y lo demás. Verás que será muy sencillo.

—Solo tendremos que darle una clase magistral de buenos modales a William —dijo Lucy—, para que se comporte de manera civilizada con los caballeros.

Poppy estuvo de acuerdo.

—Y tú, Lucinda —continuó la madre de esta—. Aprovecha de convencer a tu esposo de abrir sus puertas a más amistades, querida, o acabarán aburridos de ver siempre las mismas caras.

—Pretendo hacer que la señora Lackenby nos presente a tantas familias como haga falta. Entre alguna Ernest deberá encontrar un alma afín.

—Maravilloso, simplemente maravilloso. Si todo sale bien, pronto tendremos nuevos inversionistas, e incluso nuevas alumnas inscritas para el próximo otoño.

Si bien a Poppy le emocionaba la idea de ayudar al internado, y de paso hacer nuevas amistades, debió morderse la lengua para no divulgar el secreto de su inesperada fortuna.

Will le pidió dejar la noticia entre ambos hasta que decidieran qué hacer con el dinero. Y así, evitar ilusionar a sus padres o que la noticia de su fortuna llegara a oídos malintencionados. Poppy lo entendía y estuvo de acuerdo con esto, no obstante, continuaba sin convencerse a sí misma de que era real.

Aquel inesperado ingreso de dinero lo cambiaba todo, pero a la vez, todo continuaba igual. No se consideraba en absoluto una mujer ambiciosa. Su objetivo siempre había sido tener una vida tranquila y, ahora, tenía la oportunidad de soñar un poco más lejos. ¿Qué podía darle el dinero, que no tuviera ya?

* * *

El resto de la familia se reunió en el internado para una cena temprana, antes de partir a la fiesta.

Los hombres pasaron la tarde en la nueva barbería del pueblo, también preparándose para la velada.

Poppy fue incapaz de dejar de mirar a Will a lo largo de la comida.

La palabra apuesto le quedaba pequeña.

El barbero trasformó su espesa barba en una sombra ceñida a la piel, que marcaba a la perfección el contorno de su mandíbula. Su cabello estaba acomodado de forma elegante, pese al escaso largo de este. Además, Will vestía un traje azul marino que, de acuerdo a él, le quedaba pequeño. Poppy veía que le quedaba perfecto.

Para fortuna de la chica, la familia se dividió en dos carruajes, dejando a la pareja a solas. Les tomó más tiempo del esperado llegar a la residencia Lackenby, debido a los estragos del clima, pero para ella no era un problema en absoluto. En cuanto tuvo la oportunidad, se abalanzó sobre Will, y lo besó como estuvo toda la cena esperando hacerlo.

Cuando el carruaje disminuyó velocidad, alertándolos de que estaban llegando a su destino, se precipitaron a acomodar sus atuendos. Poppy alisó la tela del vestido de terciopelo rojo que Lucy le prestó, y revisó en su pequeño espejo de mano que los lazos del mismo color y material en su cabello continuaran allí. Cuando todo estuvo en su lugar, bajaron del carruaje con un rubor delator en las mejillas.

Tras saludar a los anfitriones, se unieron a su familia, donde la pareja fue presentada a antiguos inversores del internado, quienes resaltaron la vitalidad de la pareja.

—Tal parece que el matrimonio le sentó bien al joven señor Rochester —comentó la señora Eden, su nueva conocida, a su hermana, la señora Hastings. Tras charlar por unos minutos, ambas se comprometieron a prestarle una visita a Poppy antes de que la estación concluyera.

Para el segundo baile, Poppy había conocido a al menos seis nuevas familias, todas probables inversoras para el internado.

Tomando un descanso de tanta conversación, Poppy admiró la decoración, las cálidas luminarias, los adornos dorados que bañaban la estancia como una lluvia de oro, los aromas de los perfumes de las damas y los apetecibles manjares de la mesa de refrigerios más próxima.

En Terranova, los Gulp, solían organizar veladas similares por cada gran evento y festividad, y pese a no ser una gran bailarina, Poppy disfrutaba de la conversación, la música y la oportunidad para despejar su mente de su tedioso trabajo y animar las frías jornadas invernales. Pese a la nostalgia que esto le provocaba, Poppy notó como el ardor del rechazo de sus tíos, que había prevalecido por tanto tiempo sobre ella, como una quemadura recién hecha, no le dolía como antes.

* * *

A pesar de la insistencia de su suegra, Poppy no accedió a unirse a la pista de baile.

En parte, quería atribuirle la culpa a ella, quien fue su maestra en su juventud, por jamás lograr que aprendiera siquiera un estilo de baile.

Poppy logró escabullirse de ella en busca de un bocadillo azucarado que la ayudara a mantenerse en pie a tal hora, pese a que aún no era medianoche. Comía un mazapán, cuando Thomas Lackenby apareció frente a ella, con las mejillas coloradas.

—Señorita Dashwood —la saludó erróneamente—, encantado de verla esta noche.

—Le agradezco a su familia y a usted por la invitación, señor Lackenby.

—¿Ha tenido una buena noche? No la he visto bailar.

—Temo que la danza no es lo mío.

—Quizás si tuviera un compañero más estable, en lo que refiere a la danza, podría hacerlo.

El rubio sonrió de manera melosa. Era evidente que estaba pasado de copas.

—Soy una causa perdida en lo que respecta, créalo.

—¿Y si yo la invitara a la pista en el siguiente baile? ¿Aceptaría? —Thomas la miró entre sus tupidas pestañas.

—Me temo que no, señor. Lamento mi sinceridad, pero no me apetece bailar. Además, no corresponde que baile con una persona que no pertenezca a mi familia, ahora que soy una mujer *casada*.

Poppy tuvo cuidado en enfatizar lo último.

El señor bajó la mirada, y tamborileó sus dedos sobre la mesa más cercana. El sonido fue absorbido por la poblada estancia.

—Ojalá no se hubiera casado con él —murmuró Thomas, sin mirarla a los ojos.

Poppy guardó silencio, sorprendida por la audacia de sus palabras.

Él continuó.

—¿El señor Rochester la trata bien?

—Por completo… —La muchacha estaba a punto de dejarle saber lo ofendida que se encontraba por sus palabras y que, pese a su amistad, este no tenía el derecho de increparla de esa manera, pero el rubio la interrumpió.

—Si necesita algo, Poppy, no dude en acudir a mí —dijo, sonando más sobrio de lo que ella hubiera esperado. Era como si él hubiese estado actuando, protegiéndose tras su fingida embriaguez—. Puede que usted no retribuya mis sentimientos, pero espero que nuestra amistad aún exista.

—Te lo agradezco, Thomas. —Ya que él había usado su nombre, a Poppy le pareció correcto hacer lo mismo—. Espero que tengas una hermosa vida por delante.

—Igualmente.

El joven sonrió, y se perdió entre las personas. Debió haber reconocido el tono amable, pero tenso de Poppy. Ella respiró hondo. Las mejillas le ardían, por la sorpresa, rabia y desconcierto.

Si bien él tenía razón al decir que ella no correspondía sus sentimientos, Poppy jamás supo la existencia de estos. Él siempre fue amable y amistoso, pero jamás supo que él sentía algo más que cariño por ella. Lo creyó un coqueto innato, que solía endulzar el oído, inclusive de la señora Floyd.

—Me alegra saber que el pequeño Thomas dio un paso al costado.

Las manos de Will la envolvieron por la cintura, atrayéndola hacia él. La estancia estaba tan poblada, que el gesto no resaltó.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto que sí —susurró contra su oído—. Pocas veces estuve más alerta que las tardes en que ese muchacho te rondaba.

Poppy giró entre sus brazos, deseando que este la sostuviera, pero recordando que no se encontraban a solas.

—¿Es por eso que ahora nos espiabas?

Will rio bajito.

—Es una pésima costumbre mía siempre estar pendiente de dónde vas. Y este vestido rojo no ayuda mucho.

—Debo parecer una antorcha —se lamentó—. Las pelirrojas no deberíamos usar estos colores, pero Lucy insistió en que me quedaba bien… —El resto de sus lamentos quedaron a mitad de su garganta cuando Will se inclinó hacia ella.

Sus labios estaban tan cerca que solo debía ponerse en puntillas para besarlo.

—Por primera vez debo estar de acuerdo con mi hermana. Luces hermosa, querida. No puedo esperar para llegar a casa y demostrarte lo mucho que me gusta.

El rojo de su vestido subió hasta sus mejillas. Poppy miró a su alrededor, esperando que no hubiera nadie pendiente en ellos, o que hubiera oído lo que Will acababa de decir. Parte de ella quiso reprenderlo por su inmodestia. La otra deseó poder llevarlo a alguna habitación vacía y…

Llevaban apenas una semana en buenos términos, desde Nochebuena si es que buscaba ser específica, algunos días desde que acordaron ser precavidos, y nada había vuelto a pasar entre ellos.

Poppy no tenía idea de cuánto tiempo durarían así, pero no podía ser mucho. Tenerlo cerca despertaba en ella un hambre insaciable. No podía negar cuanto deseaba estar con Will. Había momentos del día en que no existía otra cosa en su mente que la lejana sensación de él dentro de ella, el calor que expedían sus cuerpos en esa noche fría, y el deseo en su mirada oscura.

Y sus labios.

Ella estaba convencida de que podía vivir en base a sus besos.

* * *

Cuando el reloj dio las doce, anunciando el año nuevo, la pareja se apresuró por despedirse y regresar al sanctum sanctorum que era el internado. Sin embargo, mientras se despedían de los anfitriones, los padres de William se unieron a ellos para regresar juntos.

Poppy no fue capaz de ocultar su decepción. Esperaba tener a Will solo para ella en el camino de vuelta. En cuanto su suegra comentó su cara larga, ella se excusó con un profundo cansancio. Aquello, por supuesto, no aplacó las ganas de charlar de su suegra, quien comentó cada una de sus interacciones con las damas de la velada.

El señor Cooper los dejó a portas del internado, y partió camino abajo hacia las caballerizas. En cuanto cruzaron las gruesas puertas de madera, Will la tomó por la cintura y comenzó a besarla.

Poppy se sintió complacida al saber que no era la única deseosa.

Subieron las escaleras con torpeza, con sus manos enguantadas deshaciendo los inacabables botones del atuendo de su esposo, a la vez que este la besaba y la guiaba a ciegas hacia el segundo piso. La pelirroja fue consciente que se encontraban en su habitación, cuando cayó de espaldas sobre la cama con Will sobre ella. Se besaron en la oscuridad, deshaciendo las vestimentas del otro a tientas, hasta que finalmente fue Will quien encendió la lámpara de gas sobre su mesita de noche.

Ni siquiera notaron que la puerta permanecía abierta.

Will la cerró, y volvió junto a Poppy.

—¿Crees que el señor Cooper nos haya visto? —preguntó ella, quitándose las medias de lana blanca, que llegaban hasta sus gruesos muslos.

—Lo dudo, querida.

Con poco cuidado o decoro, Will la tomó por los tobillos y la arrastró por la cama hasta

él. Poppy quiso protestar por tomarla por sorpresa, pero la mirada de su esposo la detuvo. Este admiraba con detenimiento sus piernas y donde ambas se reunían.

El deseo en sus ojos le secó la boca.

Will comenzó a acariciar sus piernas, observando como la pelirroja se desvestía hasta quedar en nada más que sus medias. Poppy levantó las caderas, y él le quitó la ropa interior de un tirón. Hizo el intento de acercarse, pero, apoyando uno de sus pies en su pecho, ella lo detuvo.

—¿No te parece que continúas demasiado abrigado?

Así era. Poppy solo había conseguido quitarle el abrigo, la chaqueta y abrir algunos botones de su chaleco y camisa. Sin ningún miramiento, Will se deshizo de su ropa con violencia, arrojándola al piso hasta quedar desnudo.

Poppy le dio una larga mirada.

Lo había tocado varias veces bajo las sábanas, pero jamás había visto el panorama completo. Conocía su pecho amplio y desprovisto de pecas, su abdomen suavemente marcado, e incluso la gruesa erección que la apuntaba, pero era la primera vez que tenía la oportunidad de admirar sus musculosas piernas. ¿Cómo un maestro de matemáticas, que pasaba su tiempo libre leyendo, podía tener tales piernas? Will no pareció cohibirse ante su mirada, porque estaba tan concentrado en admirar el cuerpo de su esposa, que parecía apenas consiente de su desnudez.

—¿Me permitirías…?

Poppy esperó a que continuara. Tenían un acuerdo, el que ambos deseaban romper, pero era una mala idea hacerlo. Su método de retirarse antes de acabar podía haberlos ayudado una vez, no obstante, no podían confiarse siempre de este.

—Acordamos no hacerlo, Will. Recuerda nuestros *límites*.

Poppy estaba consciente de que estaba tentando su acuerdo, pero no podía evitarlo.

—Tengo algo más en mente, algo que no interfiere con nuestros límites. ¿Me permitirías intentarlo?

Poppy entrecerró los ojos. Por cada segundo que se tomaba en considerar su respuesta veía como los ojos de Will se suavizaban, hasta convertirse en una súplica.

Aceptó.

Will acomodó sus piernas en la posición que habían estado antes, flexionadas y abiertas, dejando a la vista su centro. La tocó, tanteando su humedad y hundiéndose levemente en ella.

Poppy se llevó las manos a la cara en cuanto sintió su toque. Estaba sensible y expectante. Cada roce le provocaba una electricidad que la hacía saltar como un conejo asustado. Mientras controlaba su respiración ahogada, no fueron sus dedos los que sintió en su abertura, sino la boca de Will.

Este besaba su zona con voracidad.

La presión de su lengua, el calor de su boca, su humedad contra la suya, y el roce de su barba contra la piel suave de su entrepierna. Todo era tan extraño, tan sórdido, pero extrañamente placentero. Quiso detenerlo, sin embargo, cada vez que se preparaba para decir las palabras, una ola de placer la azotaba, quitándole la respiración, hasta que la vergüenza fue alejándose más y más de la costa.

El calor subía desde las plantas de sus pies y se concentraba en el lugar que Will besaba, contorsionando su columna de placer. Preocupada de que sus gemidos fueran demasiado altos, se cubrió el rostro con una almohada, pero sus lamentos continuaban siendo audibles.

El placer pronto acabó, haciéndola trizas, inundando sus venas por largos segundos.

Poppy batallaba con tomar el control de su respiración, cuando Will le quitó la almohada del rostro y la besó con ternura.

—Resultó mejor de lo que esperaba —comentó él, complacido.

Poppy se secó el sudor del cuello. Ni siquiera notó que sudaba, en pleno invierno. Le tomó algunos minutos retomar el ritmo normal de su corazón, mientras, Will acariciaba sus pechos y pecosa piel.

—¿Habías hecho eso antes?

—No —respondió Will con la vista vagando por su cuerpo—. Recuerdo que alguna vez me lo pidieron, pero no tuve el valor de intentarlo.

—¿Quién? —La pregunta dejó su boca antes de que pudiera impedirlo.

—Fue hace mucho tiempo, Poppy. Acababa de terminar la universidad en Edimburgo.

Ella sintió celos de aquella mujer o mujeres que estuvieron antes que ella. Sabía que Will era más experimentado que ella, se lo había demostrado antes. No podía ser tan ingenua para imaginar que la hubiera esperado por una década, cuando no le había dado pista alguna de que volverían a reunirse. Además, ella también hizo más que besar a Garrett.

—¿Está todo bien?

Poppy lo tomó por el cuello y lo besó con fuerza. La profundidad de este pronto avivó las llamas entre ellos.

Mientras ella acariciaba su suave y ancha espalda, Will apretaba sin contemplaciones la piel blanda de sus glúteos.

—Querida —él jadeó sobre su boca—, ¿te importaría si me ocupo de esto junto a ti?

Se refería a su erección, por supuesto.

Poppy había estado tan movida por su propio placer que no se detuvo a pensar en que si él había llegado al mismo punto que ella.

La muchacha asintió, lamentando su egoísmo.

—Déjame ayudarte.

—¿Me dejarías venirme en tu trasero?

Poppy no esperaba esa pregunta, pero no vio razón para negarse.

Se volteó, mirándolo sobre su hombro. Will tenía la vista fija sobre sus regordetes glúteos. Ella acercó su cadera hacia él, haciendo que su punta la rozara solo un poco.

Una vez más, Will la tomó por sorpresa, propinándole un sonoro, pero indoloro azote.

—¡William!

—Compórtate —respondió él, con la mandíbula tensa.

Poppy mordió sus labios para esconder su sonrisa. Se sentía sonrojada, y una vez más, deseosa. ¿Acaso eso era lo que les esperaba por los meses o años que venían? ¿Pasarían sus noches tomando turnos para complacerse, una y otra vez? Pese al cansancio, a Poppy no le disgustó el panorama.

35

William

Fue a mitad de enero cuando la rutina diaria de Will se vio interrumpida por una noticia, tanto inesperada como lo opuesto.

Su montón de periódicos semanal le hizo albergar la ingenua esperanza de que el doctor había desviado su búsqueda hacia la costa opuesta, tras ver que el anuncio llegó a Liverpool y Manchester. Por fortuna, Thorne no contaba con noticias propias y se valían de las de Doncaster, la cual continuaba sin ser intervenida por el doctor. Tal vez apropósito, para tomarlos desprevenidos.

Sin embargo, la tarde anterior, un trío de hombres llegó al hotel buscando hospedaje. Nada fuera de lo común, y ninguno de ellos se había identificado como el doctor Aaron Carmine, por lo que no levantó especial sospecha al encargado que ahora le notificaba a Will. Sin embargo, en la cena una de las mucamas llegó a la recepción, sorprendida por la insistencia de uno de estos desconocidos respecto a si ella, o alguna mujer allí, conocía o había escuchado de una tal señorita Dashwood.

Parte de Will esperaba que el momento jamás llegara, pero, de cierta manera, lo invadió una ola de serenidad al entender que pronto saldarían aquel malentendido.

William cabalgó de regreso al internado con una extraña sensación en su pecho. La inicial tranquilidad desapareció en cuanto se dio cuenta de que, mientras ese hombre se encontraba en Thorne, a minutos de distancia de Poppy, y él no estaba junto a ella para protegerla.

El camino al internado estaba fangoso, y debido a la velocidad de su caballo, el agua lluvia acabó transformándose en pequeños cuchillos sobre la piel desnuda de su rostro, pero no le importó. Will cruzó los jardines a toda velocidad, y para su fortuna, el señor Brennan se encontraba despejando la nieve vieja de las escaleras de piedra de la entrada, y fue capaz de tomar las riendas del caballo cuando Will saltó de este, y se precipitó dentro.

Gritó el nombre de su esposa.

Maud asomó la cabeza por el arco del comedor debido a la conmoción. Sus ojos reflejaban pánico y sorpresa.

—¿Dónde está Poppy? —inquirió él.

—Es su sala de estar, señor. Acabo de subirle el desayuno.

Aquella inhalación, de aire amaderado y fresco, fue como respirar por primera vez.

De todas maneras, subió la escalera de dos, encontrando a su esposa en lo alto de esta.

—¿Qué fue ese grito, William, por el amor de Dios? ¿Estás bien?

Enganchó su brazo en su cintura y la atrajo hacia él. Acunó su rostro gélido en el delicado arco de su cuello, antes de contestar.

—Lamento el escándalo, querida. Tuve el peor de los presentimientos.

Will sostuvo su rostro entre sus frías y temblorosas manos, para besar el espacio entre sus ojos, la punta de su nariz y sus labios.

—¿Qué pasa?

—El momento ha llegado. El doctor y otros dos hombres se han hospedado en el pueblo.

Puede que recibamos una visita de él hoy.

Poppy asintió, con tranquilidad, pero era evidente la tensión en sus facciones. Más tranquilo, Will guio a Poppy de regreso a su sala de estar. El té humeaba recién preparado, sirvió una taza para cada uno, mientras acordaban qué harían al respecto.

—Yo puedo hablar con él, si así lo decides —le propuso Will—. No tendrás que verte involucrada.

—¿Estás seguro?

—Ese hombre sería un idiota al insistir en su compromiso, una vez que vea el acta de matrimonio. Y si lo hace, me ocuparé de escoltarlo fuera de la propiedad.

Poppy se llevó las manos al rostro. Sus dedos temblaban levemente.

Will la acunó entre sus brazos.

—No es miedo lo que siento —dijo Poppy, con la mejilla presionada contra la chaqueta de él—, es más bien rabia de que esto esté ocurriendo, una vez más. Es frustrante tener que llegar a estas circunstancias para que el doctor Carmine entienda el significado de la palabra no.

—Lamento que tenga que ser así.

* * *

Poppy

Por las horas que vinieron, Poppy buscó distracción tras distracción, yendo al invernadero, leyendo en su sala de estar, ordenando el salón de clases, pero cada vez la muchacha terminaba con la vista fija en la verja de la entrada. Hasta que finalmente, su imaginación cobró vida y el galope de los caballos se hizo presente en la ruta. Un carruaje de renta del hotel, tal como el que utilizó Minnie en su visita, se acercaba. Caballos negros, con manchas blancas, y un coche pintado de color vino tinto con las iniciales del Crimson Rose Hotel.

Poppy corrió al despacho de Will, para hacerle saber que habían llegado y darle un último beso, para infundir de coraje a ambos.

«La pesadilla estaba pronta a acabar».

—Es mejor que subas, Poppy. Y pide a Maud que te acompañe.

—Quiero estar cerca, en caso de que deba aclarar alguno de sus embustes.

—¿Estás segura?

Poppy volvió a besarlo.

—Sí, estaré en la biblioteca, escuchando.

Y así lo hizo. No miró por la ventana cuando llamaron a la puerta, por temor a verlo. Aunque escuchó sus pesados pasos acercarse cada vez más a donde estaba. La piel se le puso de punta cuando Maud llamó a la puerta adyacente a la suya.

Escuchó el murmullo de la voz de Will permitiéndoles entrar.

Se sentía como una cobarde. Una vez más, Will se ocupaba de resolver sus problemas. La realidad era que no deseaba aspirar el desagradable aroma del doctor, ni verse obligada a contemplar su presencia a menos de que fuera necesario. Esperaba que no lo fuera. Y que aquel detestable hombre se marchara, sin llegar a esparcir los nefastos rumores, que arruinaron su reputación en Terranova.

Poppy avanzó hasta la pared que daba al despacho de Will, y al reconocer la voz del doctor, se le retorció el estómago con una mezcla de rabia y asco.

Este se presentó con Will, como doctor y el prometido de Poppy. Su tono era cordial, como siempre. Aquello era lo que más le espeluznaba del hombre.

—¿Y qué lo trae por aquí?

—Me he enterado de que la señorita Dashwood se encuentra trabajando en su respetable institución.

—Así es.

—Bueno, debí comenzar por esto, pero su familia y yo tenemos un acuerdo desde hace ya un año. Por diversas circunstancias, el compromiso se ha extendido de sobremanera, y he venido en busca de ella para que concretemos la alianza, ¿está ella aquí?

—Sí, ella trabaja aquí, pero me temo que hay un malentendido. La señorita Dashwood nos comentó sobre un compromiso forzado, en las colonias, pero ella jamás estuvo de acuerdo con este, por lo que no es válido.

—Es que usted no lo entiende, señor Rochester.

—Estoy al tanto de la situación, doctor Carmine, y me temo que, para su desventaja, no tiene soporte legal para reclamar dicho compromiso.

—He contratado a un abogado en el camino, él está esperando en el carruaje en caso de ser de utilidad.

Poppy no esperaba eso, pero de poco importaba su presencia.

—Dudo que lo sea.

—¿Podría ver a la señorita ahora? ¿Para confirmar que se encuentra aquí?

—Temo que ella no desea verlo.

La risa del doctor le revolvió el estómago. Él era un hombre tranquilo, y pese a su mente perturbada y oscuros deseos, jamás dejaba caer su careta de fingida adulación. Era con esa misma risa, y rostro amable, que hacía oídos sordos a las negativas de Poppy. Imaginaba que con esa misma expresión intentaba abrir la puerta de su alcoba, tras drogarla.

—La señorita Dashwood es una joven muy llevada a sus ideas —continuó el doctor—, pero el acuerdo entre nuestras familias ya está hecho. Es con su dote que he podido auspiciar mi viaje hasta Inglaterra, la contratación de ciertas personas y una pequeña recompensa para dar con ella. El dinero ya está gastado, y el matrimonio aún no se lleva a cabo.

—Y no se llevará.

—¿A qué se refiere? —preguntó ofendido—. Ya he tenido suficiente, señor. No intento ser descortés, pero este asunto no le compete en absoluto. Usted es su empleador, de la misma forma en que lo fui. Quisiera hablar con ella, de inmediato, antes de que deba incluir a la policía en esto.

Will guardó silencio y llamó con la campanilla a Maud. No supo qué le dijo, pero pronto la mujer apareció en la biblioteca con pies livianos.

—El señor me ha preguntado si le gustaría unirse a ellos. Solo si le parece bien.

Poppy lo pensó un momento.

—Sí, Maudie, iré.

—¿Sabe lo que está pasando ahí dentro? Se escucha todo muy tranquilo, pero el rostro del señor Rochester está tenso como un bloque de hielo. ¿Acaso ese es el hombre que intentó maltratarla…?

Poppy asintió. Pese al intento de Maud de convencerla de que no fuera, la muchacha dejó la biblioteca y entró en el despacho segundos después. En cuanto cruzó la puerta, el doctor se puso de pie con entusiasmo y se acercó a ella, intentando tomar sus manos.

—¡Señorita Dashwood, es usted al fin! Creí que jamás la encontraría.

El doctor lucía como si tuviera una década más encima. Su cabello, antes parcialmente cano, había sido abarcado por completo por las canas. Sus ojos color avellana estaban rodeados

de profundas arrugas, y oscurecidos por amoratadas ojeras.

Poppy retrocedió, y rodeó el escritorio para ubicarse tras Will.

—Eso era lo que yo esperaba, pero veo que ha dado conmigo de igual forma.

Él ignoró su comentario con una expresión imperturbable.

—Los niños la han extrañado. Están ansiosos por su regreso. No hacen más que preguntar por cuándo volverá.

—Me temo que los pequeños se encontraran muy decepcionados, doctor, porque yo no regresaré.

—Señorita Dashwood, su tío, el señor…

Poppy lo interrumpió.

—Ese ya no es mi apellido. —Levantó su mano izquierda, enseñándole la banda de oro en su dedo—. Mi apellido es Rochester, y este es mi esposo.

El doctor sonrió incrédulo, posando su mirada temblorosa en ambos.

—Eso no es posible —tartamudeó—. Usted está comprometida conmigo. Tengo testigos, sus tíos avalan la unión.

—Poppy tiene veintiséis años —contestó Will—, no necesita de la autorización de terceros para casarse con quien desee.

—¡Pero teníamos un acuerdo! —su voz era brusca y desesperada. Jamás lo escuchó así.

—Quizás ustedes lo tenían, pero yo jamás fui parte de este. Nunca estuve de acuerdo, y espero que finalmente pueda entenderlo. Usted, doctor, debería centrarse en velar a su difunta esposa, como es debido, darle la contención que sus hijos necesitan, en lugar de estar aquí en Inglaterra, tan lejos de su hogar.

—Mi esposa ya ha hablado, doctor. Es mejor que medite lo ocurrido camino a casa.

—Llevaré esto ante la ley —amenazó el hombre.

—Se lo repetiré por última vez —dijo Will—, no hay nada que usted pueda hacer al respecto.

El hombre los observó molesto, absolutamente perdido, fuera de sus cabales. Quiso decir algo, pero en su lugar, empujó la silla frente a él, haciendo que esta callera junto a un polvoriento librero.

Poppy apretó el hombro de Will, asustada, y este de inmediato se puso de pie. No pudo ver la manera en que su esposo miraba al doctor, pero el rostro de este se contrajo, antes de darles la espalda y salir del despacho rumbo a la entrada.

El sordo golpe de la puerta les dejó saber que se había marchado.

Poppy cerró los ojos, y dejó salir con lentitud el aire que sus pulmones aguantaban. *«¿Eso era todo?»*

Will la abrazó con fuerza, levantándola del piso.

Se sentía débil y quebradiza.

—Ya está, Poppy —la consoló, con voz dulce.

—Temo lo que dirá, los rumores que esparcirá.

—Eso no importa. Quizás en Canadá la gente prestó el oído porque lo conocían, pero aquí él es un forastero. Todos te conocen desde que eras una niña, saben que eres una mujer íntegra.

—Yo no me daría esos aires de persona ejemplar, he cometido errores.

—Ninguno de la magnitud del resto de nosotros, no te tortures por eso, querida. Le envié un recado al abogado de mi padre en el pueblo, en caso de que sea necesario llevar esto ante la ley, pero no será necesario. Debes estar tranquila, porque ya todo acabó.

* * *

Esa tarde, Poppy se fue a la cama temprano, incluso antes de que ese corto día de invierno acabara. Will la acompañó, tranquilizándola y acariciándola con ternura hasta que se durmió. La joven creyó haber dormido un par de minutos cuando abrió los ojos, y vio a Will levantarse de la cama. Había amanecido. La luz blanquecina del sol de la mañana, reflejada en la nieve del exterior, era casi cegadora.

Al verla despierta, Will la besó.

—Iré al pueblo a verificar que el doctor y sus acompañantes se hayan marchado. ¿Hay algo que quieras que te traiga?

Poppy negó con la cabeza, y continuó durmiendo. Se sentía tranquila y liviana, como si se encontrara en un sueño, pero sabía que no era así. Podía oler el aroma del pan con pasas que Maud horneaba cada mañana, deslizarse hasta la alcoba.

El estómago le rugió, aunque lo ignoró para dormir un poco más.

Oyó a Will salir del baño, el leve ruido que hacía al vestirse, y luego sus pasos crujir en las escaleras. Comenzaba a deslizarse de nuevo al reino de los sueños, cuando un estruendo la trajo de regreso. Pensó en un trueno, un árbol cayendo, o el cielo partiéndose en dos.

Se puso de pie de manera instintiva, sin entender la procedencia del estallido, hasta que por la ventana vio la montura de Will partir despavorida por los jardines, sin él.

Poppy volvió la vista, y le tomó un momento para que su visión descubriera las formas que escondía la niebla. Una sombra se escabullía rumbo al bosque, tras los establos, y frente a este, la figura de Will, desplomada sobre la nieve.

Le habían disparado.

36

Poppy

Sus pies reaccionaron antes que el resto de su cuerpo.

Poppy corrió descalza fuera del internado, tropezando con el terreno desigual, con la nieve quemando en sus plantas, y hundiéndose hasta los tobillos. El frío ardió en sus pulmones. A cada paso, la silueta de Will se hizo más distinguible entre la niebla, como un fantasma. Por fortuna, lo vio moverse, llevarse las manos al pecho. Estaba vivo, respiraba, y eso era lo único que a Poppy le importó en ese momento.

—Will —la muchacha cayó de rodillas junto a él.

Sus ojos azules grisáceos estaban teñidos de sorpresa. Tan claros como las mismas nubes.

—Estoy bien —su voz temblaba levemente, como si no lo creyera.

Poppy vio el agujero en su abrigo, el negro de la lana camuflaba el color de la sangre. Sus manos tiritaban mientras deshacía los botones de la chaqueta de su esposo. No tenía idea de cómo contener la hemorragia, como tratar una herida de bala, ni cuánto tiempo tenía para remediarlo.

—¡Poppy, señor Rochester! —gritó Maud a sus espaldas. Su voz rompió el ulular del viento.

—¡Le dispararon! ¡Vayan en busca del médico! —gritó de vuelta.

Will intentó enderezarse, pero Poppy lo detuvo.

—No debes moverte. Dime qué hacer, ¿cómo contengo la hemorragia, Will?

—Poppy, no creo que me haya dado…

La pelirroja lo besó. Hace tiempo, en una novela, leyó que las emociones solían anteponerse al dolor en situaciones similares. Will podía no sentir la bala en él, pero Poppy vio el agujero en su abrigo. La bala le dio justo en el pecho.

—Tranquilo, por favor, Will…

Su rostro continuaba caliente, sus mejillas y nariz teñidas de rojo por el frío. Poppy forzó a su cerebro a memorizar esos últimos momentos. Will lucía apuesto, incluso al borde de la muerte.

Poppy miró sobre su hombro, para ver al señor Cooper correr rumbo a las caballerizas, Maud dar órdenes al señor Brennan para que fuera a dar aviso a la cabaña de los Rochester. Al volver la vista de regreso a Will, este se incorporaba con ayuda de sus brazos. Sus manos no temblaban cuando abrió los últimos botones de su chaleco, dejando a la vista su impoluta camisa blanca.

Ni una sola gota de sangre o marca de hollín, arruinaba la seda.

—La bala no me dio.

Sin dar crédito de lo que veía, Poppy recorrió su abdomen con las manos. Nada estaba fuera de su lugar. Cada hilo de su camisa estaba intacto.

—Pero tu abrigo…

Ambos buscaron.

El agujero estaba ahí, justo debajo de la ranura del bolsillo de su pecho. Sin embargo, la bala no cruzaba la lana. Will buscó en el bolsillo interior, y sacó un pequeño tomo empastado en

cuero verde, *Confesiones* de San Agustín en letras doradas. E incrustada en la tapa trasera, estaba la bala.

Poppy mantuvo la vista fija en el libro en su mano, hasta que Will lo lanzó a la nieve y se dejó caer de espaldas, llevándose las manos al rostro. Comenzó a reír.

Tras ellos, los pasos de Maud y la señora Brennan se acercaban, crujiendo en la nieve.

Poppy continuaba congelada en su lugar, cuando Maud la envolvió en lo que parecía una manta.

—Señor… —chilló la mujer, arrodillándose entre ellos. Su cara estaba roja, sus mejillas húmedas.

Poppy se llevó las manos a su rostro, y se sorprendió al no encontrar lágrimas. En ese mismo instante, comenzaron a rodar livianos y cálidos ríos. Lágrimas sin rastro de dolor, u otra cosa que no fuera perfecto alivio.

—La bala no le dio, Maudie —su propia voz sonó a millas de distancia.

—¿Cómo?

Poppy le entregó el libro, y luego pellizcó con fuerza su propio antebrazo. Sintió la dolorosa punzada, pero repitió la acción varias veces, solo para asegurarse de que no estaba soñando. Fue Will quien se dio cuenta.

—Querida —él detuvo sus dedos antes de que la pelirroja se volviera a lastimar. Will se arrodilló frente a ella, tomando su rostro entre sus manos febriles.

Poppy puso las palmas sobre su pecho, bajo estas, el corazón de Will latía con fuerza.

—Estás helada como un témpano, ven aquí.

Will la ayudó a ponerse de pie. Poppy recordó que se encontraba descalza, y apenas cubierta por su fina camisola, y la manta que Maud depositó sobre sus hombros. Will la alzó en brazos, y la muchacha hundió el rostro en su pecho, inhalando su aroma, repitiéndose una y mil veces que no estaba soñando.

* * *

Cuando Will la depositó en el sillón frente a la chimenea, Poppy se negó a soltarlo. Por un momento, creyó haberlo perdido para siempre, que esos momentos junto a Will eran los últimos. No había logrado convencerse a sí misma de que era su esposa, de que pasarían el resto de sus vidas juntos, cuando todo aquello estuvo a punto de serle arrebatado.

Continuaba sollozando abrazada a su pecho, mientras Will acariciaba su cabello, cuando sus suegros llegaron.

—¡William! —gritó su madre, al cruzar las puertas, pero sus pasos se detuvieron al verlos en el sillón.

—Estoy bien, madre. El libro que traía en el abrigo amortiguó el disparo.

—¿Viste quien fue?

Poppy reconoció la voz de su suegro. No quiso despegar el rostro del cálido pecho de Will para mirar, o saludar. La vibración de su voz contra su mejilla era tranquilizadora.

—El doctor Carmine, por supuesto —respondió Will—. No dijo nada, pero lucía perturbado. Debemos enviar a alguien por la policía. Se fue rumbo al bosque, y me pareció escuchar el relinchar de un caballo esperándolo no muy lejos.

—El señor Brennan partió al cuartel tras dar aviso en la cabaña. Ya se encontrarán de camino aquí, como el médico. Aunque no estés herido, debe revisarte, William.

La voz de la señora Rochester sonó más cerca de lo que Poppy esperaba, rebosante de

preocupación.

—¿Poppy está bien?

—Está conmocionada —Will la abrazó con fuerza—. Poppy fue la primera en llegar. Estaba dormida cuando escuchó el disparo, y aun así llegó junto a mí en un santiamén. Cuando la vi junto a mí en la nieve, pensé que estaba soñando.

—Mi pobre niña…

—Poppy creyó que estaba herido, y supongo que ni yo entendía qué había pasado, cuando encontramos la bala incrustada en el libro.

—Un milagro —dijo la señora Rochester, pero su voz pareció perderse en un ataque de sollozos.

Fue el señor Rochester quien completó la oración de su esposa.

—Finalmente, tu mala costumbre de cargar un libro a todos lados te salvó la vida, hijo.

* * *

Bien envuelta en su manta, Poppy bebía té con un chorro de whiskey para calentar el cuerpo. A su lado, y con un brazo alrededor de su cintura, Will charlaba con su padre sobre la reciente visita del médico.

Este revisó a Will, quien por fortuna se encontraba en perfectas condiciones. El disparo solo había golpeado sus costillas, provocándole un moretón en el pecho, pero nada más. La nieve había amortiguado la caída, previniendo una lesión en la cabeza.

El médico también se tomó un momento para observar a Poppy, y le recetó el té que bebía en ese momento. *«Para regresarle el alma al cuerpo»* dijo él.

Más tranquila, y muy al tanto de su estado de semi desnudez frente a sus suegros, Poppy se excusó para ir a vestirse. Will la acompañó sin soltar su mano.

—¿El té te sentó bien?

—Bastante —respondió ella. No acostumbraba a beber alcohol, por lo que su rostro debía estar rojo. Sentía como sus mejillas hormigueaban.

—Espero que no te resfríes, aunque la verdad no me sorprendería que pasara —Will reprobó su actuar con un movimiento de cabeza—. Hundida en la nieve en camisola y descalza.

—Ni siquiera lo noté.

Will resopló.

—Vamos, abrígate bien.

Poppy lo abrazó una vez más. Ahí estaba su firme latido, su temperatura. Will le devolvió el abrazo, levantándola de la alfombra para besar el espacio entre sus cejas.

—Ya pasó, querida. Fue un gran susto, pero ambos estamos bien.

Poppy se aferró a él, para hundir su rostro en la curva de su cuello.

—Él quería matarte, Will. Esa bala iba directo a tu pecho. Si no fuera por ese libro… no sé qué haría. Pensé que te estabas muriendo. No creo que jamás deje de pensar en esto, en que es mi culpa que ese hombre te haya disparado. Yo lo conduje aquí, al huir de él…

—Detente, Poppy. —Will la depositó sobre la cama, y se agachó frente a ella—. No tienes la culpa de nada, ¿me escuchas? Aquí el único culpable es el doctor, de todo y cada uno de los infortunios que te ha causado. Y ahora, finalmente lo pagará.

—¿Y si vuelve a salirse con la suya? ¿Y si regresa?

—Pues no descansaré hasta que él esté tras las rejas, o en su defecto, bajo tierra. Si esa es la única forma en que puedas vivir en paz.

Poppy sintió la boca seca.

No solía permitirse a sí misma pesar de forma así de mórbida, sobre todo conociendo y queriendo a los hijos del doctor Carmine. Sin embargo, en el tiempo que pasó atormentada por la presencia de aquel hombre, sí deseó que él muriera. No por su mano, pero quizás una caída o una gripe letal.

—Will, no hagas nada fuera de la ley, te lo pido.

Para su sorpresa, este rio.

—¿De verdad me crees capaz de matar a un hombre, querida?

Poppy también quiso reír por lo absurdo que resultaba, pero ¿lo era? El doctor acababa de tomar esa medida, asesinar a Will de un disparo en el corazón, y por mucho que este le dijera que no era su culpa, no cambiaba lo ocurrido. Estuvo a un libro de perder al amor de su vida. ¿Cómo se habría sentido al saber que Will había partido y ella no fue capaz de pronunciar las palabras?

—Te amo, Will —dijo, sin dificultad alguna—. Desearía habértelo dicho antes. No haber llegado a estas desastrosas instancias para hacerlo.

—Lo hiciste, querida.

—No, antes no fui capaz de pronunciar las palabras. Sé que no importa lo que diga, sino lo que siento, pero me hubiera roto el alma que te hubieras ido sin haberlas escuchado.

Will acarició su entrecejo con ternura. Poppy no notó que fruncía el ceño hasta que sintió su caricia.

—Yo también te amo, Poppy. Gracias por estar junto a mí, aquí, en la nieve, en las buenas y en las malas.

* * *

Tardaron más de lo esperado en bajar. Al llegar a la sala, se sorprendieron al ver ahí a Lucy, Ernest y la seria mirada de dos oficiales. Poppy bajó el mentón para que no vieran sus mejillas enrojecidas y labios irritados.

—William, por Dios. —Para sorpresa de todos, Lucy se puso de pie de un salto, y se apresuró a abrazar a su hermano. La mujer le dio un golpe en el pecho. Por fortuna, en el lado opuesto al gran moretón que se formaba en este—. Bendita tu suerte.

Will, tan sorprendido como el resto, parecía haberse quedado sin palabras.

Ernest, tranquilo como siempre, se acercó también a ellos.

—Te tocará hacer una donación a la iglesia después de esto, Rochester —dijo, dándole tres golpes en la espalda a su amigo.

Poppy, quien estaba en especial protectora con Will, miró con malos ojos la manera en que aporreaban a su esposo.

—Supongo que es lo que corresponde —contestó Will, con una radiante sonrisa, antes de abrazar a ambos y volver a tomar la mano de Poppy.

Uno de los oficiales, un hombre de cincuenta años con un grueso bigote, se acercó a ellos.

—Señor Rochester, su familia nos ha puesto al tanto de lo ocurrido, pero nos gustaría escucharlo de su propia boca. ¿Podría describir los hechos, y qué motivos tendrían para atacarlo?

Will detalló lo ocurrido la tarde anterior con la visita del doctor, los motivos que este tenía para viajar a Inglaterra y su terrible trato con Poppy en Canadá. Luego, relató los sucesos de esa mañana, previos al disparo.

—Como cada mañana, me preparaba para ir al pueblo. Esta vez a verificar que el doctor

hubiera abandonado Thorne. Me encontraba ajustando la montura de mi caballo, cuando este reaccionó. Escuché pasos venir desde el otro lado de las caballerizas, pero creí que se trataba del señor Cooper, el encargado. Me tomó un momento, debido a la densidad de la niebla, darme cuenta de que no era él.

—¿Usted vio con claridad de que se trataba del señor Carmine? —preguntó el segundo oficial, más joven que el de bigote. Si habían dicho sus nombres, Poppy no los recordaba, pero parecía haberlos visto antes, quizás en la iglesia.

—Sí, él avanzó con rapidez y pude advertir sus facciones. A diferencia de la tarde anterior, lucía demacrado, como si no hubiera sido capaz de dormir. Vestía el mismo traje, también. Y su barba estaba crecida.

—¿Él le dijo algo?

—No, él parecía murmurar para sí mismo, y de un momento a otro, accionó el arma. Mi caballo huyó, y el doctor corrió rumbo al bosque. Sabía que me había dado, sentía la presión del golpe sobre mi pecho. Conté los segundos, esperando que llegara el dolor, el mareo, pero no ocurrió. De pronto, mi esposa estuvo junto a mí y nos dimos cuenta de que la bala fue detenida por el libro en el bolsillo de mi abrigo.

—¿La conserva?

Will apuntó al ejemplar de San Agustín sobre la chimenea. Los oficiales extrajeron la bala.

—Una Remington. Americana —murmuraron los oficiales—. Una vez que su trabajador llegó a nosotros, nos apresuramos a visitar el hotel. Sin embargo, las actas dictan que el doctor y sus acompañantes se retiraron del lugar temprano esta mañana, al menos dos horas antes de que usted fuese agredido.

—¿Eso qué significa? —las palabras se precipitaron fuera de Poppy.

—No debe preocuparse, señora Rochester. Significa que dejaron su alojamiento. Eso no descarta la posibilidad de que permanecieran merodeando por el pueblo. Es probable que encontremos testigos que abalen esta teoría. Thorne es un pueblo pequeño.

Su respuesta no fue tranquilizadora en absoluto.

—Tras tomar algunas declaraciones —continuó el oficial del mostacho—, que concuerdan con lo que nos dice acerca de la apariencia del doctor Aaron Carmine, fuimos hasta la estación. El encargado nos aseguró que al tren solo abordaron dos hombres, y ninguno de estos era el doctor.

—Tenemos el nombre de uno de ellos, el abogado Webster Lipton, de Londres. Ya enviamos un telegrama advirtiendo su detención. Ahora, con su declaración, daremos alerta a los pueblos cercanos y comenzará la búsqueda del doctor.

—¿Qué debemos hacer ahora? ¿Encerrarnos aquí hasta que lo atrapen? —preguntó su suegro.

—Es probable que él se encuentre a millas de distancia, pero les recomiendo que sean precavidos. Es evidente que el doctor se encuentra fuera de sus cabales, y en aquel estado de inestabilidad, puede actuar de manera temeraria. Les aconsejamos que permanezcan aquí, eviten merodear por lugares solitarios. En cuanto hayamos organizado las partidas de búsqueda, enviaremos a un oficial a resguardar el área, si les parece bien.

—¡Por supuesto! —contestó la señora Rochester—. Creo que es mejor que todos nos quedemos aquí. Es un internado, hay camas suficientes para todos.

—No podemos, madre —respondió Lucy—. Dejamos a los niños en Harland, con un asesino rondando el pueblo…

Los ojos azules de Lucy parecían querer escapar de sus órbitas.

—Puedo ir por ellos, querida.

—No quiero parecer impertinente —dijo el oficial del bigote—, pero me parece que los únicos en peligro aquí son el señor William Rochester y su esposa.

—Si les tranquiliza, señores Harland—se apresuró a añadir el oficial más joven—, su hogar nos queda de camino al pueblo, podríamos pasar a revisar que todo se encuentra bajo control, y prevenir a la servidumbre.

—Se lo agradeceríamos, oficial Wood. Nosotros no tardaremos en regresar.

Los oficiales se despidieron con un seco asentir de cabeza, sin antes anunciar que volverían en cuanto tuvieran novedades al respecto.

* * *

La noticia del ataque a Will no tardó en atraer grupos de personas curiosas y preocupadas por su estado.

Las primeras en llegar fueron las señoras Floyd y Scott, sus vecinas más cercanas y queridas. Sin embargo, debido al peligro inminente, y los cortos días de mitad de enero, también fueron las primeras en partir. Los siguientes fueron el señor y la señora Lackenby, sin el joven Thomas, quien se encontraba de paso en Londres preparándose para la primavera. Además de la señora Hastings y su hermana, la señora Eden, a quienes conocieron en el baile de año nuevo.

Los Rochester padres estaban encantados de tener visitas en su internado. *«Las primeras desde que William tomó el mando»,* dijo su suegra a Poppy mientras ayudaban a Maud con las bandejas de té. Parecía que el estupor del disparo había quedado de lado por el momento. Pero no para Poppy, quien continuaba reticente a alejarse más de unos pasos de Will.

Lucy apareció en la cocina, con una sonrisa en el rostro.

—Tal parece que a Will la muerte le sienta bien.

—¡Lucinda! —exclamó su madre, indignada por las palabras elegidas.

La muchacha le restó importancia.

—Míralo, madre. ¿Alguna vez lo viste sonreír dos veces el mismo día? No para de hacerlo, e incluso está charlando con los señores. Mi padre ya les dio un recorrido por el internado, y parecen interesados en hacer una donación, o incluso inscribir a sus hijas para este próximo semestre.

—¡Eso me parece maravilloso! —comentó su suegra, acomodando los *scones* recién horneados en la bandeja. Esa tarde prefirieron reemplazar el almuerzo por refrigerios, ya que nadie se encontraba particularmente hambriento—. Me parece que la felicidad de Will no se debe a su roce con la muerte, más bien parece contento porque Poppy no se separa de él.

—No me sorprendería que William contratara a algún malhechor que le disparara de vez en cuando solo para tener la atención de Poppy…

—¡Lucinda, ya basta de esos comentarios tan mórbidos! Un disparo ya es suficiente para tu hermano.

Poppy escondió una sonrisa en el dorso de su mano.

La mujer le dio un ligero toque con el codo en las costillas, que la hizo saltar.

—Me alegra ver que se llevan mejor, querida. A todos nos pareció una maravillosa idea que ustedes se casaran… —Lucy la interrumpió con una carraspera, que su madre ignoró—. Bueno, todos menos Lucinda. Pero, la verdad es que nos preocupamos bastante al principio. Se comentaba que ustedes apenas comían juntos, y que dormían en camas separadas. Lo que no está

mal, por supuesto, y tampoco es de mi incumbencia… —La mujer reformuló su comentario—. Es bueno verlos felices, querida.

—Se lo agradezco —contestó la pelirroja, abrazándola—. Solo espero que este infierno acabe, y que el doctor regrese de una vez por todas a Canadá.

—O que sea apresado. ¿Qué harás cuando eso ocurra? —preguntó Lucy.

Poppy lo pensó un momento.

—Me cuesta recordar un día en el que no me haya sentido enferma, por la amenaza del doctor. Supongo que tendré que acostumbrarme a vivir sin esa inquietud, y cuando eso ocurra, me centraré en lo que vendrá.

—Nietos, querida. Queremos nietos.

—¿Mis hijos no te bastan, madre? —preguntó Lucy, indignada.

Poppy aprovechó la discusión para escabullirse de regreso a la sala, con Will. Mientras se acomodaba junto a él, estuvieron a punto de besarse frente a las visitas, pero, por fortuna, solo ellos parecieron notar lo cerca que estuvieron de ese bochorno.

Poppy miró el reloj en la pared. Eran las tres de la tarde, y ya comenzaba a atardecer.

«¿Cuánto tendría que esperar para tener a Will solo para ella?».

Quedaban dos semanas más de vacaciones de invierno. En quince días, regresaría la horda de alumnas que mermaban por completo su energía y privacidad. Poppy lamentaba no haber aprovechado mejor el tiempo. Y si de ella dependía, estaba dispuesta a aprovechar cada minuto a solas que tuviera con Will de ahora en adelante. Recordaba a la perfección la sensación de él en su interior, el roce casi sofocante, su peso sobre ella. Si él ponía en práctica la técnica que empleó la última vez en que tuvieron relaciones, podría evitar embarazarse por un tiempo, hasta que se hiciera a la idea de ser madre.

—¿Por qué te ruborizas, querida? —murmuró Will junto a su oreja. El calor la hizo removerse sobre el asiento.

La muchacha se aclaró la garganta con agitación.

—Me gustaría descansar, antes de la cena.

—¿Te sientes bien? ¿Tienes fiebre?

Will tomó su temperatura, y de pronto las miradas de todos estuvieron atentas a ellos.

—Me encuentro bien.

—Pues me pareces algo afiebrada, querida. Deberías subir a descansar.

Antes de que ella pudiera repetir que se encontraba en perfectas condiciones, el señor Lackenby anunció:

—Es mejor que nos marchemos. Ha sido un largo día para ustedes.

Poppy se limitó a asentir y despedirse de los visitantes. Pronto los siguieron los Harland y los Rochester padres, quienes dejaron instrucciones para controlar la ficticia fiebre de la joven.

Cuando estuvieron a solas, Will la abrazó por la espalda, atrayéndola hacia su pecho.

—Nuestro engaño funcionó, al fin se marcharon.

Will besó la piel de su cuello, visible sobre el borde de su vestido. Poppy absorbió el cosquilleo y la sensación cálida en su estómago. Aquel día, que comenzó de manera terrible, no hacía más que mejorar.

Se sentía liviana, atrapada en un hermoso sueño, pero sabía que no era así. Estaba despierta y eso lo hacía mucho mejor. Sabía que la sensación en su pecho era real, alivio palpable en su piel. Estaba contenta, agotada y preocupada, pero no le apetecía darle vueltas a lo último. Pasó meses preocupándose por el doctor, y al fin estaba siendo perseguido por la ley, para pagar sus crímenes.

—¿Will?

—¿Sí, Poppy querida? —respondió entre besos.

—¿Crees que todo estará bien de ahora en adelante?

Will dejó de besarla, pero no la soltó. Descansó su mentón en la curva de su cuello, y su tupida barba cosquilleaba en la piel de la joven, mientras contemplaba su respuesta.

—Sí —dijo sin un ápice de duda en su voz—, estoy convencido de que así será.

—Yo creo lo mismo.

No necesitaba enlistar las razones, porqué lo creía y sentía por todas partes. Estaban bien, y lo estarían por un largo tiempo. La vida tranquila y feliz que añoró desde la muerte de sus padres, finalmente se materializaba a su alrededor. Y nacía allí, entre los brazos de Will.

37

William

Tres días después del disparo, los oficiales regresaron al internado con buenas noticias. Se encontraban todos reunidos en la biblioteca, cuando se enteraron de que el doctor Aaron Carmine se había entregado, por voluntad propia, a la justicia británica.

Will, quien se encontraba de pie tras el sillón de Poppy, acarició su hombro con disimulo. Notó como el cuerpo de su esposa se relajaba.

El día anterior, el doctor llegó a primera hora a un cuartel en Liverpool, donde confesó el asesinato del señor William Rochester, a punta de su arma. Tras detallar el ataque, el perturbado señor Carmine había sido apresado en la prisión HMP, también conocida como Walton Gaol. De acuerdo a la ley, se preparaba a pasar al menos ocho años en la institución.

Una vez los oficiales se marcharon, instándolos a continuar su vida con normalidad, Will abrazó a Poppy. La levantó alto, obligándola a aferrarse a él y a envolverlo con su aroma, que le aguaba la boca y le agitaba el pecho.

—No puedo creerlo, Will —murmuró la joven, con su pequeña nariz rozando la suya—. Está hecho, pasará ocho años en la cárcel. Tan solo espero que lo transfieran a Canadá, lejos de aquí. Cerca de sus hijos… Dios.

—¿Qué ocurre, querida?

Will la cargó hasta el despacho, lejos de las miradas curiosas de los sirvientes.

—Los niños —continuó la pelirroja—. ¿Qué harán sin su padre? La pequeña Alice tendrá diecinueve cuando vuelva a verlo, y su hermano será ya un hombrecito.

—¿Tienen algún familiar que pueda hacerse cargo de ellos?

Poppy asintió.

—Sí, el doctor tiene hermanas. Quizás los dejó encargados con alguna de ellas, antes de venir aquí.

—Es probable, querida. ¿Crees que tu prima esté al tanto? Si le preguntas, puede que tus preocupaciones se vean aliviadas.

—Tienes razón. —Poppy lo besó, pero sus labios se congelaron a mitad de este, perdida en sus pensamientos—. Las cartas de Minnie siguen sin llegar, y ya he gastado la mayoría de mis ahorros enviando misivas al otro lado del mar. ¿Qué debería hacer?

—Poppy, no haces más que preocuparte por cosas fuera de tu control. El clima está mejorando, y la primavera no tarda en llegar. Ya verás que pronto recibirás las respuestas que tanto esperas.

* * *

Poppy

La medicina para las preocupaciones de Poppy fue una ola de las mismas, esta vez dirigidas al inicio de clases.

En los primeros días de febrero, las alumnas regresaron. Las que habitaban en las

cercanías estaban al tanto del matrimonio de sus profesores, mientras que las que se enteraban en el inicio de clases parecían tan sorprendidas como dudosas.

En el caso de algunas de ellas, sus padres les prohibieron regresar, debido a la inseguridad del pueblo tras los ataques a las alumnas en el camino, y a Will en los mismos terrenos del internado. Crónicamente preocupada como lo era Poppy, no podía evitar imaginar que otra de las razones que llevaron a dichos padres a retirar a sus hijas fue el reciente matrimonio de ellos. Ya se había topado con algunos susurros en el pueblo, donde tachaban de escandalosa la inesperada unión del director con una de sus maestras.

No obstante, el abandono de aquellas muchachas fue pronto reemplazado por la inscripción de cinco nuevas alumnas del área. Dos de ellas sobrinas de la señora Eden, su reciente conocida.

Otra de las muchachas que se incorporó al cuerpo estudiantil fue la diablilla de Ivy Harland. Pese a las duras advertencias de sus padres para que no hablara acerca de los dramas familiares de aquel invierno, la pequeña parecía disfrutar haciendo creer a sus tíos que sus secretos no se encontraban a salvo, susurrando a sus compañeras y riendo cada vez que su tío o Poppy aparecían en el salón de clases.

Por fortuna, la versión de los hechos que confeccionaron, fue la que prevaleció. Tras un corto compromiso, aprobado por los Rochester, la pareja había viajado a Londres a solucionar el asunto del robo y a visitar a familiares de la pelirroja, donde se llevó a cabo una respetable ceremonia.

Si bien la gente del pueblo comenzaba a ver con buenos ojos a la pareja, las alumnas continuaban observándolos con dudas. Se esmeraban en poner a prueba la estima que tenían entre ellos, remarcando que jamás notaron que estos siquiera notaban la presencia del otro en el comedor antes de regresar aquel febrero.

Cuando las clases terminaban, ponían a prueba a Poppy con incómodas preguntas acerca de desde cuando estaban comprometidos, o si habían ocultado su compromiso para no invitarlas a la ceremonia. Poppy evitaba responderles, porque no desestimaba la habilidad de las muchachas de buscar significados ocultos en sus palabras, y asumir argumentos que no les concernían.

Un domingo, en que regresaban de la parroquia, las jóvenes encontraron a una gata vieja en el camino. Estas le insistieron a Poppy de que convenciera a Will de quedársela, puesto que la pobre criatura se encontraba demasiado débil. La joven maestra quiso creer que se trataba de una verdadera buena acción, en lugar de una treta para poner a prueba el cariño y poder que tenía la maestra sobre Will.

Cayendo de lleno en la trampa, Poppy cargó a la gata hasta llegar al internado, donde Will la esperaba junto a las escaleras de la entrada.

—¿De qué se trata esto? —preguntó él, acomodándose las gafas sobre el puente de su nariz, con aire estricto.

—Las niñas la encontraron cerca del río. Es una gata, y está débil.

—Hay que alimentarla. Se nota famélica.

—Entonces, ¿podemos quedárnosla? —Poppy acomodó el cuerpo delgado de la gata sobre sus brazos. Era de un gris casi azul, y sus ojos eran grandes y amarillos.

La gata maulló de manera inaudible.

Will estudió al animal un momento. A sus espaldas, al otro lado de la puerta, se escuchaba el murmullo de una veintena de niñas apostando en si accedería o no.

—En caso de que sobreviva la noche, ¿quieres adoptarla?

Poppy mordisqueó su labio.

—Las niñas parecen bastante comprometidas a cuidarla, y yo puedo ayudarlas. No sería un gran peso para la economía del internado, y no parece enferma, solo flacucha…

—Dime algo, querida. ¿Eres tú quien quiere a la gata, o estas consentidas a mis espaldas te presionan para quedártela? —él se volteó, provocando el chillido de las niñas que espiaban por el borde de la puerta.

Poppy lo pensó unos segundos.

—Ambas.

—¿Ambas? —insistió Will, quien contenía una sonrisa. Le gustaba hacerse el duro y estricto frente a las alumnas.

—Las niñas me han enviado a convencerte, pero la verdad es que nunca he tenido una mascota y admito que siempre he querido una.

—¿Y esta gata te parece bien?

—Sí, me parece que tiene muy buen carácter. Fue muy dócil con las muchachas.

—¿Y crees que ellas se comportaran bien con la gata? ¿La cuidarán como es debido, y no se pelearán por ella?

Un coro de voces descoordinado entonó al mismo tiempo un sí.

—Me encargaré de que sea así.

—Entonces bien, llevémosla dentro —Will acarició su lomo—. Necesita una buena comida y un bonito nombre.

No tardaron en descubrir que fue un error dejar que las muchachas decidieran el nombre del animal. Tenían al menos una centena de opciones, y no parecían ponerse de acuerdo con ninguna, provocando la frustración de todos allí. La gata no tardó en ocultarse de ellos y del ruido, provocando que todos partieran a buscarla.

La llamaban Luna, Gatita, Canela y la gata no respondía a ninguno de ellos. Hasta que fue Will quien la encontró acurrucada junto a la chimenea de su despacho, y la llamó Ceniza, por su capacidad de camuflarse cerca de estas.

* * *

Fue a principios de abril, cuando el cartero llegó con un paquete con estampillas de Canadá y Estados Unidos.

La caligrafía de Minnie era casi inteligible en las primeras páginas. Al parecer, la mensajería había sido retenida en Toronto debido al mal clima. Todas sus cartas, desde que descubrió que el doctor la buscaba a través de un anuncio en el periódico, su desapasionado matrimonio e incluso el ataque del doctor a William. Todas esas noticias habían llegado demasiado tarde a manos de su querida prima, quien apenas se enteraba de la encarcelación del doctor en Inglaterra.

Minnie le informaba que la incertidumbre la había torturado, ya que lo último que pudo advertirle fue que el doctor pretendía continuar su compromiso, para luego desaparecer por todo el invierno. Minnie presumía que podía encontrarse en el viejo continente, buscándola, pero no imaginó que la encontraría.

En su carta le repitió cuanto lamentaba no haber podido ayudarla una vez más, y también lamentaba tener que posponer su visita a Thorne ese verano, ya que ella y Maxwell esperaban la llegada de su primogénito.

Poppy soltó un grito de pura felicidad, asustando a las alumnas que estudiaban cerca de

ella en la biblioteca. La pelirroja se excusó y continuó su lectura en el despacho de Will, quien se encontraba dando clases en la escuela de varones. Al parecer, su sobrino o sobrina nacería en septiembre, y pese a las preocupaciones de Minnie, se encontraba tan saludable como podría estar. Tanto los Evans como los Gulp estaban sobre las nubes por la llegada del primer nieto o nieta de las familias.

En cuanto Will regresó al internado, Poppy le contó las buenas noticias.

Estaba emocionada, y algo melancólica, ya que no sería parte de la vida de su sobrino o sobrina debido a la distancia. Will la consoló con sus abrazos y pensamientos lógicos, enumerando las opciones que tenían para conocerle, incluso proponiendo un viaje a Canadá en el verano. Sin embargo, Poppy todavía no creía ser capaz de volver a ver a sus tíos.

Esa noche, Poppy pensó largo y tendido acerca de su relación con ellos. Los quería y les agradecería toda la vida por velar por ella como lo hicieron por tanto tiempo. Y si bien los perdonaba y deseaba lo mejor, ella no sería quien diera el primer paso para enmendar su relación. Si los Gulp reconocían su error al comprometerla al doctor, quien tenía un largo camino que recorrer en la cárcel, ellos serían quienes se disculparan con ella.

Hasta que eso ocurriera, Poppy estaba comprometida en privilegiar su vida y felicidad en Thorne, con quienes jamás dudaron de ella, y siempre le tendieron una mano amiga.

* * *

Mayo los recibió con un sábado radiante.

Las muchachas se preparaban emocionadas para celebrar la fiesta de té mensual, donde celebraban al grupo que consiguió la mayor cantidad de puntos, cuando Will anunció un cambio de planes.

Él y Poppy hicieron una rápida visita a York la tarde anterior. Y con ayuda del señor Cooper, Maud y sus padres organizaron una celebración tanto para las alumnas como para ellos, por el solo hecho de compartir.

Por fortuna el clima los acompañaba e invitaba a llevar la celebración a los jardines, donde las mesas estaban cubiertas por dulces, pasteles y flores. Las menores corrían por el pasto, mientras las más grandes estiraban mantas sobre este para charlar bañadas por el casi cálido sol. Ivy jugaba con su hermano pequeño, mientras Lucy les ordenaba no alejarse demasiado. La señora Price charlaba con los Rochester padres, comentando lo mucho que había cambiado el internado en los últimos meses, y como le emocionaba permanecer en este un año más. Maud y la señora Brennan bebían té en una de las mesas a la sombra. La señora Floyd, quien los visitaba junto a la señora Scott, paseaban por los jardines tomadas del brazo, charlando de lo que fuera que las hiciera sonreír.

Distraída y rodeada por todos sus amigos, Poppy intentaba acabar de pintar un nuevo retrato de Will. Este leía a pocos metros frente a ella, sentado frente a un enorme arbusto de hortensias blancas. Su expresión era tan distinta a la del boceto que guardaba en su maletín, el que había hecho tantos meses atrás, en el jardín de sus suegros. Ese Will hosco y de gesto malvado, que oscurecía hasta el escenario más colorido.

La tensa postura había sido reemplazada por una más serena, donde este se dejaba caer sobre la silla, con su tobillo apoyado sobre su rodilla, y el libro sobre su muslo. El sol lo bañaba por la espalda, tiñendo de dorado algunos de sus cabellos.

Debido al ángulo de su rostro, no podía detallar su expresión en el lienzo.

Le tomó toda la mañana acabar el boceto y pintar los colores base con acuarelas. Los

detalles los haría con lápices de madera tras el almuerzo. Sin embargo, mientras preparaba sus materiales para continuar, Will la abrazó por la espalda.

—¿Puedo distraerte de tu labor? —le dijo al oído antes de besarla.

Poppy asintió, creyendo que la invitaba a una breve sesión de besos en algún rincón alejado del internado, pero en su lugar, Will la llevó hasta el linde del bosque.

—¿Es buena idea ir al bosque con las muchachas corriendo por las cercanías?

Will sonrió.

—Lamento arruinar tus expectativas, querida, pero nuestro destino es otro.

Will le entregó su reloj de bolsillo, y le indicó que tomara el tiempo que les tomaría llegar a la locación. Habían pasado diez cuando Poppy se dio cuenta a donde se dirigían: la cabaña fronteriza.

—A pie son quince o veinte, y a caballo nos demoraríamos menos de diez —comentó Will. Ambos avanzaban por un camino plagado de hierba, tomados de la mano. Aquella ruta no era utilizada hace años, por lo que la maleza estaba alta, cubriéndolos hasta la cintura. La briza era fría, pero el sol brillaba cálido sobre sus cabezas. Las flores silvestres teñían la linde del bosque de amarillos y rosados pálidos. Pese a los insectos, Poppy no recordaba haberse sentido tan emocionada y feliz.

—¿Estamos cerca? —la muchacha vibraba.

—¿Ves esos fresnos? —Will apuntó al oeste—. Ese par marca el final de los terrenos. La cabaña se encuentra allí.

Poppy se aferró a la mano de Will, y tiró de él para avanzar con rapidez por la hierba.

Rodearon un arce y la estructura se asomó a la distancia. Se trataba de un verdoso rectángulo, medio oculto entre las malezas crecidas. Al acercarse, Poppy descubrió más detalles. Las paredes de la cabaña eran de ladrillo rojo, como las del internado, pero estas estaban cubiertas por salvajes enredaderas. El techo era de cuatro aguas, y parecía bastante dañado, con una de las dos chimeneas por completo derrumbada.

Atravesando las hierbas y arbustos, llegaron a metros de la propiedad. Sin duda la cabaña era del estilo típico de la era Georgina, con líneas rectas y pocos ornamentos. La madera de las amplias ventanas, al menos de las que no habían perecido con los años, estaba pintada de blanco. Había tres de ellas en el primer piso, rodeando la puerta, otras cuatro en el segundo piso, y dos pequeñas en el techo, en las habitaciones del servicio.

—Según mi padre, tiene cuatro habitaciones en el piso superior. El primero está dispuesto para una sala, cocina, comedor y un estudio, pero podemos hacer las mejoras que desees.

—No puedo imaginar qué mejorar —susurró, perdida en la cabaña de ensueño que tenía frente a ella.

—Estaba pensando en añadir una sala soleada, con techos de invernadero.

La imagen vino a su mente, y amó la idea. Se vio a sí misma pintando allí, regando las plantas, recibiendo visitas o leyendo junto a Will. En ese instante, no fue capaz de imaginar nada que le gustara más que aquello.

—Me encanta.

—Entonces, ¿es un sí? ¿Nos imaginas viviendo aquí? Los jardines necesitarán…

—Sí, me encanta —lo interrumpió.

Las mejillas tiraban de su sonrisa. La joven se cubrió con el dorso de la mano, pero no pudo dejar de hacerlo. Su risa, nerviosa y emocionada, contagió a Will.

—¿Sí?

—Claro que sí, Will.

Este la abrazó, tomándola por las caderas para igualar sus alturas y besarla, sin dejar de sonreír. Poppy se dejó cargar por Will, concentrándose en su aroma fresco, en su pecho fuerte y en el ritmo de su respiración tranquila y familiar.

Ya no tendría que volver a huir —pensó la joven—, ni volvería a enfrentarse a la incertidumbre de su futuro o a la soledad, por ser una huérfana sin fortuna. Después de tantos horrores, tenía una familia, un hogar, y a William Rochester junto a ella.

EPÍLOGO

Inglaterra, 1897.

Desde el nacimiento de la pequeña Lily, el caos reinaba en la cabaña de Will y Poppy. En sus cortos dos meses de vida, Lilium Eliza Rochester había transformado su recién estrenado hogar, y a sus inexpertos padres, en un desastre.

En la cocina humeaba un pastel de carne a medio quemarse, incluso cuando el fuego del horno llevaba horas extinguido. En el fregadero flotaban diez de las doce tazas disponibles para el té, y había una silla tirada a la mitad de la sala de estar, por la vez en que Will se levantó con fuerza para correr escaleras arriba. No llegó a levantarla. Y si la amenaza de la humareda provocada por el pastel no acababa por matarlos, en pocos minutos llegaría el resto de la familia a celebrar el cumpleaños 31 de Will, y la pequeña Lily no dejaba de llorar.

Su suegra, la señora Rochester, debió llamar a la puerta por cuarta vez cuando Poppy al fin fue capaz de oírla. Al verla, quiso saltar a sus brazos.

—¡Gracias a Dios que está aquí!

—¿Pasó algo con la florecita? Su llanto se escucha desde el internado, querida.

—No deja de llorar. Pienso que puede tratarse de reflujo, pero con Will lo hemos intentado todo y no parece ayudar. —Poppy la hizo pasar a la desordenada cabaña. Recogió la silla caída, y se desvió a indagar acerca de la fuente de tanto humo. Pese a que llevaba dos meses sin dormir como se debía, tuvo el buen tino de envolver sus manos en un paño antes de retirar la bandeja del horno.

—Ya, ya. Me haré cargo de mi nieta. Will y tú deben ir a prepararse para recibir a los invitados… ¿Dónde está Maud?

—Vino esta mañana, pero debió regresar al internado a ayudar a la señora Graham.

—No sé por qué se empeñan en mantener la casa ustedes solos. Maud debería estar aquí tiempo completo, miren como tienen la cabaña. Acabará en ruinas antes de que Lily cumpla el año.

Como si la hubieran invocado, Maud cruzó la puerta de la entrada, restregando sus manos sin guantes. Su voz se escuchaba acercarse desde la habitación contigua.

—Ya estoy aquí. Por el camino vi que venía la señora Rochester, la llamé, pero no me escuchó… Pero, ¿qué pasó aquí? ¿Por qué hay tanto humo? —Maud llegó hasta la cocina—. ¿Qué hace mi pastel…? Señora Poppy, le dije que debía revisar el fuego mientras yo no estaba.

—Perdóname, Maudie. No tuve oportunidad.

—¿Tienes tiempo para preparar otro, Maud querida? —preguntó la mayor de ellas—. De todas maneras, traje scones desde mi cocina, para que los invitados no mueran de hambre.

—Tiempo tengo, ingredientes, no lo sé, pero me las apañaré, mi señora —respondió Maud.

—Bien, ahora subamos, antes de que Lucy y los demás lleguen.

* * *

Will y ella tuvieron apenas el tiempo suficiente para asearse y vestirse cuando los Harland llegaron. Mientras Will se ocupaba de recibir a los invitados, Poppy acomodó su cabello en una

trenza descuidada, que caía sobre su hombro, y la amarró con un listón verde, del color de su falda.

—Huele a que el pastel del cumpleañero ardió en la cocina —comentó Lucy, asomando la cabeza en la habitación contigua.

—Fue nuestro almuerzo el que ardió —respondió Poppy—. El pastel viene en camino.

—No me dirás que le encomendaron la tarea a mi padre, ¿verdad? Lo vimos charlando con el señor Cooper, no parecía muy apremiado por llegar, ni tampoco cargaba un pastel en su montura.

—Por fortuna, no. La señora Floyd fue quien se ofreció a hornear uno.

Lucy y su esposo Ernest se acomodaron en el sillón que era bañado por la luz cálida del medio día, tan despreocupados como siempre. Como si el pánico de sus amigos los entretuviera. Por su parte, Poppy y Will intentaban aprovechar esos minutos de descanso, pero les era imposible. Ninguno duraba más de treinta segundos sentados, parándose a ayudar en la cocina, o asegurarse de que Lily se encontraba bien.

Pronto, su abuela bajó con ella en brazos, y vestida con un adorable vestido amarillo, que resaltaba la pelusa de cabello pelirrojo y sus ojitos de color azul oscuro. La pequeña había dejado de llorar, pero continuaba enrojecida e irritada.

—¿Cómo la calmaste? —preguntó Will, que había perdido toda esperanza de que su pequeña cesara de llorar algún día.

—Yo no tuve nada que ver. La florecita solo necesitaba algo de espacio. Me dispuse a elegir su ropa y al voltearme ya estaba chupándose la mano, calladita y observando las figuras colgantes que Poppy pintó para ella.

—Entonces, ¿es Will quien irrita a Lily? —preguntó Lucy, preparada para burlarse de su hermano mayor.

—Ambos la atosigan. Denle un poco de espacio, de vez en cuando, a la pobre criatura. —La mujer depositó a la pequeña en su moisés.

El primer instinto de los padres primerizos fue ir hasta ella, y tomarla en brazos. Extrañaban su peso y su aroma, pero se detuvieron justo antes de llegar a ella.

—¡Basta ya! —los reprendió la abuela de la niña—. William, es tu cumpleaños, disfruta un poco, lee un libro, no sé, haz algo más que respirarle en la nuca a la pobre niña.

Entre risas, Poppy dirigió a Will hasta la desusada biblioteca, que era más bien un hueco de lectura tras las escaleras que otra cosa, pero era silenciosa, íntima y, cuando estaba desempolvada, bastante acogedora.

—Es oficial, Lily nos odia —sentenció el cumpleañero.

—Así es, querido —Poppy se acomodó frente a él en el sillón de dos cuerpos que Will utilizaba para leer—. Tendremos que aceptarlo, y seguir adelante con nuestras vidas.

—¿Será muy pronto para abandonarla en el internado más próximo?

—Uno en Bélgica, suena mejor.

—Sí, Bélgica. Lo tiene merecido, por ingrata.

Poppy escondió su risa en el pecho de Will. Olía tan bien.

Llevaban semanas turnándose para dormir, y las veces en que lograban coincidir en la cama, uno junto al otro, se dormían de manera tan profunda que apenas eran conscientes de la cercanía entre ambos, hasta que el llanto de Lily los despertaba. Poppy extrañaba las tardes de otoño de su embarazo, donde tomaban largas siestas, ensamblado al otro como dos piezas de un reloj.

—¿Querida? —preguntó él al notar que Poppy continuaba con el rostro hundido en su

pecho, adormilada por su temperatura.

—¿Sí? —respondió sin levantar la cara de su lugar.

—¿Se molestarán los invitados si, en lugar de unirnos a ellos, nos tomamos un descanso?

—Quizás, pero no te preocupes, cuando el pastel llegue, me encargaré de despertarte para que apagues las velas.

—¿No te quedarás conmigo?

—No es buena idea dejar sola a Lily.

—Ya escuchaste que nos detesta, además está mi madre, Lucy, Ernest, Maud… —la voz de Will se fue tornando más y más pastosa, y el estrecho asiento, más y más mullido.

—Solo cinco minutos —respondió Poppy, acomodándose contra Will, mientras él la abrazaba.

* * *

Cuando despertaron, la casa ya no olía a humo. Las voces y risas en la sala de estar eran fuertes y animadas. Poppy no podía creer que tuviera el sueño tan pesado como para no notarlas.

Will se desperezó, y le dio un largo beso, hasta que su estómago gruñó por el hambre que le provocaba el delicioso aroma que inundaba su hogar.

Poppy lo besó un poco más, antes de regresar con sus invitados.

Para su sorpresa, era bien pasado el mediodía. Debian ser las seis o siete de la tarde, ya que todos bebían té, incluso Ivy y Aspen, quienes debían haber terminado sus clases por el día. También los acompañaban la señora Floyd y Scott, y el señor Rochester.

—¡Pero, miren quienes decidieron unirse finalmente a la fiesta! —exclamó el último.

Will se acomodó el cabello, en un intento de espantar el sueño, y Poppy se dirigió al moisés de su hija. Lily estaba plácidamente dormida, pese al ruido y a la multitud. Pronto tendría hambre, y necesitaría al fin de su madre.

Mientras todos felicitaban a Will por sus treinta y un años, Maud salió de la cocina con el pastel de crema de limón y menta que la señora Floyd preparó, siendo su favorito, y le entregó la bandeja a Poppy.

Will apagó las velas, y todos aplaudieron bajito para no alertar a la niña.

Comieron en la sala de estar, y pese a la informalidad de la fiesta, todo era perfecto. Las risas y anécdotas abundaban. Poppy y Will se encontraban más descansados de lo que se encontraron en meses, lo que les confería la energía y optimismo para mirar al futuro con ojos amables.

Imaginaban las alegrías y obstáculos que la vida les daría, pero estaban convencidos de que tendrían la fuerza para aprender de estos, porque valía la pena hacerlo, por su pequeña e ingrata Lily, por sus amigos, y por la maravillosa vida que estaban creando juntos.

Fin.

AGRADECIMIENTOS

Grandes riesgos, traen grandes recompensas. Para esta historia me aventuré fuera de mi zona de confort, a explorar una época distinta y a enfrentar los desafíos que conlleva la autopublicación. Me vi obligada a dejar proyectos de lado, porque simplemente, las voces de Poppy y Will lo acapararon todo.

Mentiría al decir que la escritura de este libro fluyó sin problemas, porque gran parte de las ganas y emoción por escribir fueron alimentadas por las madrinas de este proyecto. Su apoyo, entusiasmo y sabiduría me impulsaron a embancarme en este proceso, y a poner en práctica los conocimientos que adquirí en estos cuatro años de escritura.

Le doy las gracias a mi primera lectora, alma gemela, *parabatai*, y madrina de este proyecto, Ambra Joselin. Gracias por acompañarme tanto tiempo, por sembrar la semilla de la escritura y alimentarla cada día. Este libro es tanto tuyo, como mío.

Agradezco también a las amigas que hice a lo largo de los años, que creyeron en mí cuando yo no lo hacía. A Carolina Ortiz, por ofrecerme su punto de vista y apoyo cuando lo necesitaba. A Tamara Torres por animarme a seguir. A Constanza Segura, por su sabiduría y entusiasmo, y por ser la segunda madrina de este libro. Espero que pronto podamos retomar nuestras sesiones de escritura.

Les agradezco a mis lectoras, quienes me dieron la oportunidad, que leyeron mis escritos y los disfrutaron pese a todos sus defectos. Sé que me quedan muchas cosas por mejorar, y espero contar con su apoyo en el camino.

Por último, y por supuesto más importante, a mi mamá. Por amarme incondicionalmente, por cuidarme en mis peores momentos y por animarme a crecer un poquito más cada día. Espero algún día estar a la altura.



CONTENIDO

PRIMERA PARTE
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

SEGUNDA PARTE
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14

TERCERA PARTE
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22

CUARTA PARTE
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28

QUINTA PARTE
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34
- 35
- 36
- 37

EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
CONTENIDO